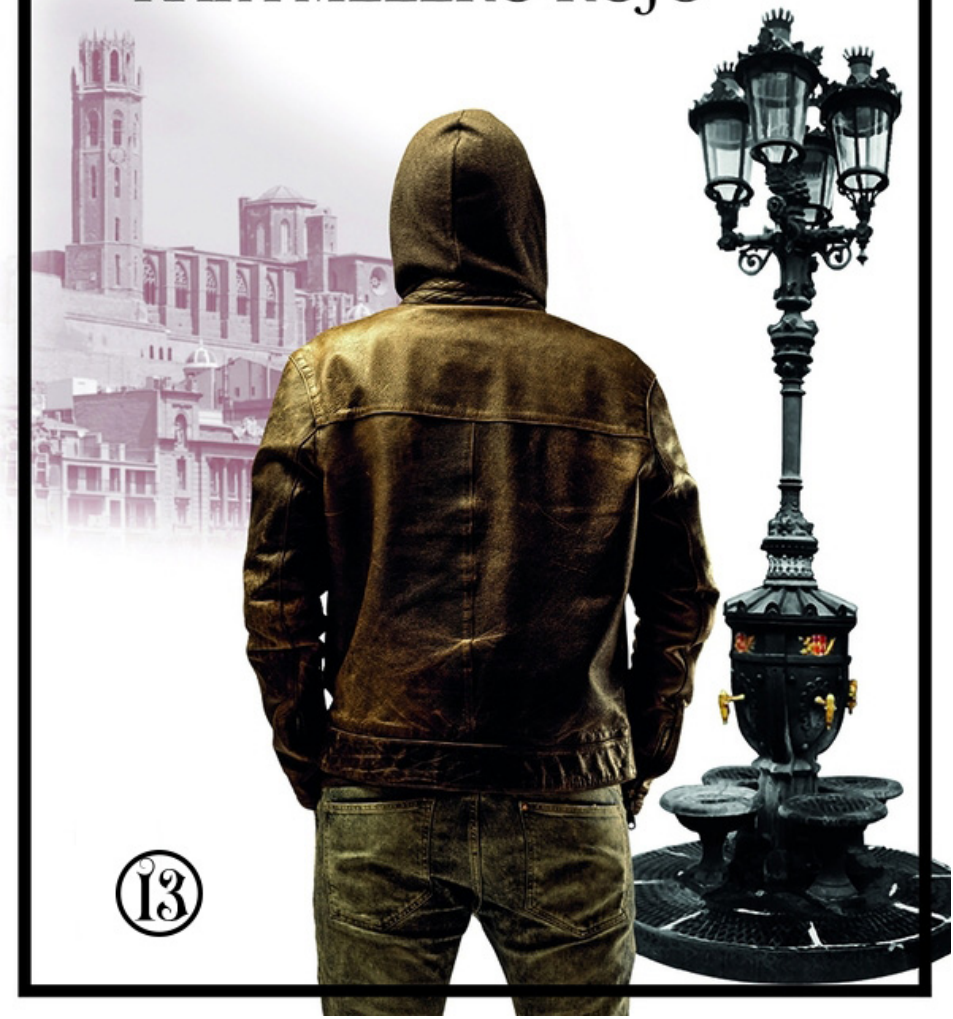
Todos me llaman Ful

RAFA MELERO ROJO



Cuando vas a dar un palo que tenía que salir bien y sale mal, no es difícil suponer que, a partir de ahí, todo lo demás vendrá torcido. Eso lo sabe bien el protagonista de esta novela, a quien todos llaman Ful y que se confiesa «doctorado en calamidades».

Sin embargo, por muy mal dadas que vengan, no deja de apretar los dientes e intentar levantar cabeza, junto a su amigo de siempre, Pepe el Mosso, y un nuevo compinche, Carapán, en un plan que esta vez, con todo estudiado al milímetro, tiene que salir bien porque, sencillamente, ya no puede soportar que la vida le dé más veces con la puerta en las narices.

Ful está cansado de ver cómo sus sueños corren cuesta abajo y más rápido que él. Solo que esta vez la aparición inesperada de Jessi, su gran amor, y la confianza que Pepe le infunde en ese plan que no puede fallar le hacen creer que tal vez existe un resquicio de esperanza que le permitirá encauzar su vida. Y se aferra a él con todas sus fuerzas. Con una prosa directa, a la vez luminosa y descarnada, plagada de ironía, agilísima y, sobre todo, viva y veraz, Rafa Melero nos sumerge en el mundo de Ful, un personaje inolvidable, tan cargado de humanidad que se vuelve real, carne, hueso y corazón en una trama adictiva que transcurre entre Barcelona y Lleida y que no nos soltará hasta que lleguemos a su última página. Puede que allí tengamos la certeza que recibe ese final que deseamos para él. Si es que eso es posible en la vida de Ful.

Rafa Melero Rojo

Todos me llaman Ful

Ful
2

Título original: *Todos me llaman Ful*
Rafa Melero Rojo, 2022

-

Revisión: 1.0
28.07.2022

A mi amigo Quim Erta, entrenador olímpico y, sobre todo,
una de las mejores
personas que conozco

PRIMERA PARTE

SUERTE O MUERTE, UNA LETRA DE DIFERENCIA

Ese día tenía que ir a la oficina de mi abogada, pero decidí pasar por la casa de Robin para un «rapidito». Qué puedo decir, yo era joven y la extrañaba.
Ella llegó en su coche y yo la esperaba en la acera de enfrente dentro del mío. Pero no venía sola. No parecía posible, pero el que se bajaba del coche con ella era nada más y nada menos que el puto Brad Pitt.
Me bajé del coche, me acerqué y, por sus caras, creo que el tiempo se detuvo para los tres.
No, no estoy enojado con Brad, de ninguna manera. Claramente no le guardo rencor porque, si así fuese, ya no estaría vivo.

MIKE TYSON
Toda la verdad

1

Sin querer, la vida siguió

Siempre he pensado que es mejor no apostar tu vida a la suerte, porque, en el abecedario, seis letras delante de la ese está la eme. Un simple cambio de letras que puede significar un maldito *game over* de maquinita recreativa de mi infancia, y a eso yo pensaba que había dejado de jugar. Cómo me equivocaba.

Lo cierto es que apenas superé la EGB, pero al cabo de los años me doctoré en calamidades y desgracias propias con especialidad en el «qué hay de lo mío». Ha tenido que pasar media vida para que haya podido saber de verdad quién soy yo, y eso después de poder entender que la mierda que peor huele es siempre la que cagan los demás. La tuya acabas aceptándola.

Después de todo, siempre tengo la sensación de que sigo corriendo hacia ninguna parte, que sigo huyendo. Y que a pesar de la vida que he llevado sigo siendo un perdedor con esperanza. No sé si hay algo peor, pero uno acaba apostando con las cartas que le tocan en esta partida de póquer existencial que es la vida, donde, en cualquier caso, yo siempre acabo yendo de farol, porque ese dios o quien sea que reparte las cartas nunca me las da buenas.

Así que corriendo, literalmente, estoy ahora mismo.

Me duelen tantos músculos diferentes que algunos ni sabía que existían, y soy incapaz de saber cómo mierdas se llaman. A mi amigo Pepe no parece afectarle tanto la carrera; en cambio, al colombiano que me presentaron como Carapán parece que se le

vaya a parar el corazón. El muy idiota solo tenía que vigilar, pero se colocó en la única posición donde era fácil que coincidiera con nuestra huida. En lugar de ignorarnos y disimular, le dio por salir detrás pegado a nosotros, y eso solo hará que lo identifiquen con el robo. Eso sí, un tipo que se disponía a seguirnos se ha ido al suelo de morros por la zancadilla que le ha puesto Carapán antes de iniciar la huida.

No hay pasma por el momento. Solo nos persigue otro buen samaritano. Este se ha unido después de girar la primera esquina y escuchar los gritos del viejo. Lo hace a distancia y eso es un problema, porque puede alentar a otros transeúntes.

Espero que nadie se ponga en medio, no les conviene. La gente se va apartando a nuestro paso, pero tenemos que llegar a la calle Consell de Cent para dejar ese tráfico de personas que son posibles testigos para los polis. O peor aún, que alerte a los mossos d'Esquadra de paisano que están por la zona. El paseo de Gracia no era la mejor opción. La zona en sí no lo es, pero el reloj estaba aquí, así que no teníamos alternativa.

Estudié la ruta de huida y no hay demasiadas cámaras, que yo sepa. Por si hay algunas de ellas privadas en los portales, nuestro pequeño disfraz, que consiste en una barba postiza y una gorra de béisbol, desarmará cualquier reconocimiento.

Cuando llegamos al paseo de Sant Joan, creo que me va a dar un pasmo, pero sé que ya no queda mucho. Me concentro en respirar. Eso me decía mi profe de gimnasia del cole.

Observo mi mano y me aseguro de que aún conservo el reloj. Un Richard Mille o no sé qué. No era mío hace tan solo unos minutos, pero ahora llevo en mi mano un peluco de ciento cincuenta mil pavos. Ni siquiera conozco bien la marca. No la había oído en mi vida. Es de esas de ricos que la gente de a pie ni conoce, porque no les hace falta salir en los anuncios de la tele. ¿Para qué? El aborregado espectador medio como yo no podría pagarlo. Este reloj vale más que el piso de mi padre en Lleida. Yo diría que el doble.

Tengo que concentrarme en respirar y hasta me cuesta pensar, porque me queman las piernas y el pecho, pero enseguida llegaré a la furgoneta, donde nos espera Juan, un amigo del colombiano, que es español.

Recuerdo la última vez que corrí así. Me alivia pensar que no es

lo mismo. En aquella ocasión dejábamos atrás dos cadáveres. Ahora solo a un viejo sin su reloj de lujo. Seguro que tiene más. Casi siento alivio.

Cuando planeamos el palo, mil metros me parecieron poco. La ingenuidad del ignorante. Tenía que haberlos recorrido antes. No teníamos mucho tiempo porque estos golpes se adaptan a la estancia en la ciudad de los turistas ricos, pero en todo caso tendría que haber probado esa distancia. Por alguna calle secundaria, para que no nos grabara una cámara de algún establecimiento que se nos pasara al buscar en Google Maps. Si hasta tengo la aplicación esa del móvil para contar los pasos.

No puedo negar que este año de estancamiento me ha hecho mella. Estos pequeños errores de cálculo no me hubieran pasado hace tanto. Y sobre todo si ella hubiera estado conmigo, pero se fue. Y con ella, media vida.

Ya llegamos, menos mal. Me doy la vuelta y miro hacia la esquina que dejamos atrás; el individuo que se ha querido hacer el héroe ha abandonado la persecución hace dos calles, supongo que al pensar fríamente que nadie lo acompañaba y que nosotros somos tres, después de que el tal Carapán se uniera a la carrera.

Joder, así empezó la ruina de mi anterior vida, no entiendo cómo siempre acabo corriendo con alguien detrás. Correr era lo peor que recuerdo del colegio. A Pepe, antes llamado Pepe *el Mosso*, le sigue yendo mejor. Él era el deportista del grupo de amiguetes del barrio. Eso creo que lo salvó de recorrer la otra clase de vida que nos deparó a los que no supimos decir que no al primer porro. Aunque, en realidad, los problemas vienen cuando no se sabe decir «no» al segundo. Aun así, Pepe está corriendo a mi lado después de pegar un palo. La vida nos ha puesto al final a la misma altura. Quién lo iba a decir.

Pepe me mira, supongo que piensa lo mismo que yo, que estamos hechos una mierda, aunque él se mantiene en mejor forma.

Uf, la furgoneta, al fin. Ya no me dan más las piernas.

Tal y como llegamos, entramos en el vehículo, que nos espera con el portón lateral abierto. Pepe se pone delante acompañando a Juan, el conductor, y yo detrás. Intento recobrar el aliento y dejo sitio al que queda por llegar.

Carapán está a unos metros. Le sobran veinte kilos, espero que

no se muera en la calle. No sabe cómo coger más aire para llenar unos pulmones que habitualmente llena de maría. Observo por detrás del colombiano y no veo a nadie. En cuanto entra, cierro la puerta como puedo pasando mi brazo extendido por encima de los kilos de grasa del sujeto exhausto.

Esta vez, al menos, no hemos metido la pata. El viejo al que le hemos robado el reloj solo se ha ido al suelo, pero he visto de reojo que se movía y gritaba en un idioma que no he reconocido. Los gritos eran más bien de la impotencia de saber que a alguien como él, que está por encima de los demás y que se aloja en una habitación de mil euros la noche, también le pasan cosas banales, como que le roben unos desgraciados. Un tipo que lleva un reloj de esa pasta se puede comprar otro sin problema. Por eso sé que en realidad le hemos robado el orgullo, más que un pequeño artefacto fabricado con toda clase de lujos y engranajes milimétricos para las muñecas de los ricachones.

No me siento mal, a pesar de que pensaba que esa vida había quedado atrás. Lo peor es que en la furgoneta no está Jessi. Ella se fue y he tenido que seguir adelante. Solo. Muy solo. Pero esa monotonía se acabó hace solo dos semanas cuando apareció en mi puerta mi viejo amigo Pepe para ofrecerme un trabajo, y aunque ya no vivo en mi barrio de Lleida, en esta vida siempre hay que hacer algo.

Poco rato después, Pepe me deja en la puerta de lo que es mi domicilio. Es un pequeño apartamento ubicado en la entrada de la portería de un gran edificio en la ronda del General Mitre de Barcelona, donde evidentemente yo solo soy el portero. Allí llegué hace más de un año y tengo un trabajo legal. No he tenido muchos en mi vida.

Son más de las diez de la noche, yo trabajo hasta las seis de la tarde, por lo que no tengo previsto cruzarme con nadie. Es una comunidad de gente mayor y algunos funcionarios de alto rango que se pueden permitir el lujo de vivir en un piso de más de ciento cincuenta metros cuadrados en la gran capital catalana.

Entro en casa en silencio. Antes de nada, me acerco al lavabo diminuto y me miro al espejo. Solo tengo cuarenta y un años, pero cada día me veo más viejo. Las entradas se están ensanchando, aunque aún conservo mi pelo castaño, algo canoso. Mis ojos

marrones no engañan a nadie ya. En breve necesitaré gafas. Suelto el aire en forma de suspiro, esperando que eso me dé algo de alivio. Es en vano.

Me siento en el pequeño sofá de dos plazas de mi diminuto comedor. Aún no he recuperado del todo el aliento y mañana tendré agujetas, no tengo dudas. Todo ha salido bien.

¿*De* verdad todo ha salido bien?

A veces no me reconozco, pero una cosa es segura: sé que aún tengo algo importante que hacer. Me resisto a ser un don nadie.

Pase lo que pase, mis amigos me siguen llamando Ful.

2

Me siguen llamando Ful

Aquel día, de hace ya dos semanas, debían de ser casi las ocho de la tarde cuando, a contraluz, vi aparecer por la puerta de entrada del edificio una silueta que me pareció reconocer. No a la primera, como cuando no reconoces a alguien por estar en un lugar donde nunca lo ubicarías, pero al acercarse reconocí su caminar. Jamás podría olvidarlo, no en vano se trataba de mi viejo amigo del cole, de los cómics de superhéroes, de salir a jugar a la calle sin adultos con ingenua seguridad, de una infancia pobre y soñadora, porque los soñadores son pobres, de eso estoy seguro. Los ricos no tienen con qué soñar; en eso sí son pobres. Aunque tengo que reconocer que, a pesar de todo y del carácter de mi padre, no pasamos hambre.

El que estaba delante de mí era mi amigo Pepe, que en realidad se llama Alfredo Pujol. José es su segundo nombre y pocos lo saben. Para mí siempre será Pepe, en el barrio apodado *el Mosso*. Ya no, aunque los motes lo son de por vida. Por lo poco que sabía por mi padre, que es amigo de su tío, que tiene un bar, estaba como expulsado del cuerpo, aunque pendiente de recursos y esas mierdas de abogados, pero de momento, sin trabajo y, lo peor para él, sin su familia. Sobre todo, sin su hijo. Pero hablando de motes, yo en realidad me llamo Fulgencio Villarte. Aún tuve suerte, sabedor de los apodos que corrían en mi época, de que el chistoso del barrio, el que acababa haciendo la gracia apodándote de por vida, me

acortara el nombre y me quedara con *Ful*. A los dieciocho, mi tatuaje en el brazo derecho de esa buena mano de póquer hizo que con los años nadie me preguntase mi nombre y diesen por hecho que *Ful* es un mote. No me quejo.

Pero volviendo a quien se presentaba en mi portería, no parecía que para él hubieran pasado los años. Pepe mide casi metro ochenta y sigue con su complexión atlética, a pesar de que ha ganado algunos kilos. Sus ojos marrón oscuro y su buen corte de pelo a lo militar le hacen ganar un respeto que sabe que perdió con su placa, pero él sigue mirando a los demás muy por encima del hombro. Eso, creo, le da seguridad, aunque le ha hecho meterse en algún lío. Allí estaba, a fin de cuentas, mi amigo.

Salí de la zona de la entrada, detrás de una pequeña vidriera, donde tengo mi silla, mi mesa, mi lámpara, mi ordenador portátil y mi libro para pasar las muchísimas horas muertas que tengo en esta mierda de trabajo. No sé qué advirtió él cuando me vio allí, aunque por la conversación posterior puedo imaginarlo, pero yo solo vi a mi amigo de la infancia, por lo que de manera instintiva abrí los brazos y nos fundimos en ese encuentro reparador. Ese momento en que borras de un plumazo los malos ratos y solo se quedan tus más tiernos recuerdos de infancia. Hasta me pareció ver una lágrima en sus ojos oscuros, ya gastados de una vida rancia y ahora algo vacía.

—De verdad que no esperaba esta visita, pero me alegra muchísimo verte, Pepe.

—Yo también me alegro, Ful. Tu padre me dio tu dirección hace tiempo, pero la vida no me ha tratado bien y no quería venir hasta no estar seguro. Sé que… —dudó al buscar las palabras— nuestro último encuentro no acabó bien, pero no me arrepiento. Yo…

—Déjalo, fueron unos días que es mejor olvidar.

Se hizo el silencio. Creo que esos momentos sin mediar palabra eran necesarios para coser un poco algunas viejas heridas.

—Y Jessi… —volvió a dudar al pronunciar ese nombre—. ¿Cómo lo llevas? Sé que ella…

Pepe se debía de referir a los hechos en Lleida cuando ella desapareció. Nunca la culpé. Se llevó la peor parte, y eso sí, también se llevó la pasta.

—Pues qué quieres que te diga. Se fue. Me rompió por dentro, pero qué le vamos a hacer. La vida solo nos derrumba para volver a

levantarnos. Además, te tengo que presentar a Bilma —intenté cambiar de tema. No me apetecía hablar del amor de mi vida cuando ya no estaba en ella.

Pepe me miró con esa mirada de poli que, a pesar del paso del tiempo, no se le iba.

—Sí, como los Picapiedra —le aclaré medio en broma al ponerle ese mote a la mujer que me tiraba de vez en cuando—. Se llama Bilma y es brasileña, trabaja en un local de aquí cerca. Oye, acabo en media hora, ¿nos tomamos algo allí? Te puedes quedar a dormir en mi sofá. El piso que me dan para vivir por trabajar aquí es gratis y diminuto, pero el sofá es cómodo, aunque pequeño.

—No, por eso no te preocupes. Acepto la copa, pero ya tengo sitio donde quedarme. También tengo amigos aquí en Barcelona.

Eso de tener amigos por aquí me sonó extraño, y mi instinto me puso en prealerta. No me equivoqué.

—Oye, Ful, no te quiero engañar, pero tengo un trabajo en mente. Muy lucrativo.

—¿Ah, sí? ¿Me quieres sacar de mi mansión? —le pregunté mostrándole la entrada del edificio donde ejercía las tareas de conserje.

—No te hablo de un palito, aunque antes sí que tenemos que hacer algo más pequeño. Te hablo de siete cifras. De retirarte al Caribe si quieres y comprarte allí una casita frente al mar.

—¿Vas a asaltar un furgón blindado? ¿Tienes un par de bazucas? —bromeé.

—No va a ser tan peligroso como eso. Y la verdad es que todo me vino después de darle vueltas a tu asunto en Lleida. Tu primer plan era buena idea, pero de vista miope. Pero sí te reconozco el mérito. Cuando le das a la perola tienes buenas ideas.

No pude reprimir un escalofrío. Si hubieran escrito un libro sobre mí, aquel sería el primer capítulo. Intentaba no recordar la cara del africano mientras lo apuñalaba, pero no podía. Esa cara me trajo pesadillas durante meses y no hacía demasiado que había comenzado a olvidarla. Se podría decir que aquella muerte estaba escrita en la primera página de la que podría ser mi propia novela negra. Como las que leo en estos tiempos. Era un sentimiento extraño, porque en realidad no tengo demasiados remordimientos por haber matado a un traficante. Para ser sincero, no tengo

ninguno. No sé en qué clase de persona me convierte eso. Pero su cara, y sobre todo su expresión al dejar de respirar, aún me atormenta muchas noches.

—Vale, por lo que entiendo, un trabajito sencillo antes, y después uno de los que retiran a toda tu familia.

—Así es.

—Pues mejor los detalles me los cuentas en el bar. Aunque ahora mismo no sé qué te voy a contestar. Esto no es mucho —le volví a señalar la entrada—, pero he conseguido dormir algunas noches.

—Ful, no estaría aquí si no supiera que con este asunto nos retiramos los dos. Sabes que estos trabajos solo se pueden hacer con gente de confianza. Y como dijo De Niro en aquella peli de los samuráis: «Vamos a herir algunos sentimientos», y eso escuece a gente no muy acostumbrada a la mercromina.

—Creo que ahora se llama Betadine y la peli es *Ronin*. Y no son samuráis, tío, son mercenarios.

—Ya me entiendes, hombre.

—Vamos a tomar algo y me explicas, pero no te aseguro nada. Acabé escaldado la última vez. Lo sabes. Creo que todos perdimos mucho. Tú también, amigo. Quiero creer que lo has pensado mucho antes de decidirte.

—Bueno… —En ese momento fue él quien miró con detenimiento la entrada del edificio—. Ahora tampoco vas a perder demasiado.

3

No vas a perder demasiado

No hace falta decir que la primera parte de su plan era hacernos con aquel peluco. Nada más que una prueba de confianza para los miembros del plan, del de verdad. De ese que te saca a flote a los mandos de un yate de lujo o te envía al fondo del mar atado al ancla. Es evidente que no se puede conocer mejor a nadie que trabajando con ellos. Además, siempre se necesita *cash* para ejecutar un buen golpe, nada es gratis en esta vida. Hay que comprar documentos falsos, teléfonos limpios y utensilios varios que no son gratis.

Aquella noche, Pepe y yo no fuimos a mi bar favorito a ver los encantos de Bilma, me llevó a otro tugurio de sudamericanos donde el que conocía a todo quisqui era mi amigo. Valga decir que la camarera, más parecida a Betty con las tetas recauchutadas, no le envidiaba nada a la mujer de Pedro Picapiedra de mi bar habitual. Es más, esta era más joven, casi no pasaba de los veinte, con el cabello negro azabache y una mirada limpia. Sus ojos azules se clavaron en los míos al pedirle la primera ronda de cervezas. Apenas tenía acento, a pesar de que aún arrastraba algunas palabras de su tierra, que supe después que era colombiana. El resto de los empleados eran de Colombia y Venezuela o de países anejos.

«Le van los de aquí y pasa de sus compatriotas», me dijo Pepe con un guiño que no supe interpretar pero que, como todo lo que él decía, tendría su sentido.

Naturalmente, la clientela era de Sudamérica, a pesar de que el local estaba en el Eixample barcelonés. Nada que ver con el antro donde yo me metía a cortejar a Bilma, la cual solo me devolvía sonrisas cuando yo le anticipaba alguna propina, extraída de mi rácana nómina. A veces conseguía que me devolviera algo más, pero nada serio.

Nos sentamos cerca de la entrada. Al principio me extrañó que Pepe no buscara la intimidad de una zona más interior, pero a medida que pasaba el rato comprendí que allí poco nos iban a molestar. En las tres horas que estuvimos no entró ni un cliente, solo nosotros.

—Vale, vamos con el primero. ¿Qué tienes pensado?

—El primero será algo fácil. Nos proporcionará los recursos para afrontar el de verdad.

—¿Y de qué se trata?

—Le robaremos un reloj de lujo a un ricachón de los que se alojan en el centro, en un hotel de gran lujo.

Lo miré extrañado. No me parecía que eso requiriera de gran preparación. Estaba equivocado y me hacía falta escuchar bien a mi amigo, era evidente que su plan no consistía en ir al centro como los morillos a ver qué pillábamos.

—No pongas esa cara. Se trata de un golpe por encargo del que sacaremos unos quince mil pavos.

Ahora sí puse cara de estupefacción. Esa pasta era más de lo que nosotros sacamos en mis golpes anteriores y ahora la íbamos a conseguir por un puto reloj.

—Sí, amigo, los buenos negocios están ahí. Solo hay que saber buscarlos.

Vale, no lo negaré. Se me hacía muy, pero que muy extraño oír eso de mi amigo Pepe *el Mosso*. Había llegado a tener la graduación de cabo; bueno, ellos lo llaman *caporal*. Hasta le habían dado una medalla por resolver un homicidio, y ahora, allí estaba, planeando palos a lo grande. Como dice la canción: «Sorpresas te da la vida…».

—Está bien, sacaré mi talento del mal para ver si consigo entender a qué me invitas a participar. Como veo que tienes ya previsto el resultado final, he de pensar que tienes un cliente que va a pagar esa pasta por un reloj así.

Pepe sonrió.

—Es algo así. Tengo un contacto que quiere una serie de artículos que se venden muy bien en el extranjero, o más bien, a las personas apropiadas. Aunque sé que también tiene clientes aquí. Él se encarga de todo, y a nosotros nos paga al contado por el producto.

—A ver, ¿me estás diciendo que hay peña forrada de pasta que se gasta ese dineral en un reloj robado?

—En realidad, ellos no van a ir más allá, y solo se trata de un objeto de segunda mano. Eso les debe de limpiar la conciencia, creo.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Cierto. Imagina que tienes un negocio en el que te entra mucho dinero negro. Y por negocio, en este país, te hablo de los legales y de los no tan legales.

—Vale.

—¿Irías a una tienda a comprar un reloj de lujo que deja un rastro o te lo comprarías por lo bajini y de paso te quitas pasta oscura? Muchos de esos compradores se podrían permitir pagarlo nuevo, claro, pero de esta manera tienen el objeto de lujo que desean y no tienen que justificar nada a Hacienda. Por supuesto, aquí también entran los traficantes, mafiosos y un largo etcétera. Lo que te digo, un gran mercado.

Analicé lo que me dijo y no le faltaba razón, pero entonces me di cuenta de que, antes de la explicación, no había reparado en un detalle.

—¿Cuando has dicho «nosotros», te refieres solo a ti y a mí?

—No, esto no podemos hacerlo solos. Necesitamos a más gente, y te confieso que, a muerte, solo confío en ti. Y claro, de tus viejos amigos, Jessi ya no está y al Pelota dudo que sea buena idea involucrarlo, aunque reconozco que el tío no abrió la boca. —Se paró y me miró muy serio—. Ful, ¿te estás tomando las pastillas? Tío, te necesito a tope y…

—Pues claro —lo interrumpí algo enojado, aunque era comprensible su preocupación—, te lo aseguro.

—Vale, no te enfades, aunque confieso que cuando estabas pillado tenías buenas ideas —dijo a modo de disculpa y medio sonriendo.

La sonrisa acabó en risa entera y acabé por seguirlo. Bien mirado, era mejor reírse.

Pero no es cosa de risa. Tengo un trastorno esquizofrénico provocado por el consumo de drogas en mi juventud que me ha dejado el cerebro patas arriba si no me medico. Por eso, ni me acerco a la coca. A cada persona le afecta de una manera y cada uno tiene una tolerancia distinta a las drogas. Hay gente que ya no vuelve, otros vuelven solo en cuerpo porque el cerebro se les queda frito, y a mí me provocó esos delirios donde apareció una persona que solo veía yo. El golpe emocional al darme cuenta de ello fue tan bestia que acabé de conserje en un portal de Barcelona alejado de todo y de todos. Hasta hace unos pocos días.

—Bien —decidí suspender las risas a mi costa—, entonces tenemos un cliente y nos falta el producto. ¿Cómo lo conseguimos?

—Eso es lo bueno. Es un trabajo muy seguro. El primo de Giselle —dijo señalando a la que yo había bautizado en mi mente como Betty— trabaja en la recepción del hotel Mandarín. El pavo es un *crack* con los relojes, y cuando aparezca el cliente con uno de los pelucos de una lista que nos proporcionó el comprador, nos avisará.

Betty se esfumó de inmediato de mi mente. La chica de mirada limpia ya no estaba, a pesar de que quizá la juzgaba antes de tiempo. De alguna manera, ella ya estaba metida en el juego, aunque solo fuera por parentesco. Me sonrió al traerme la tercera ronda de cervezas y me costaba verla metida en el ajo. Me equivocaba. Ella, como vería más adelante, era parte fundamental en todo el plan.

—Muy bien, le vamos a birlar un reloj a un ricachón. ¿Y del otro trabajo? El de verdad. ¿Qué tienes allí?

Pepe sonrió de una manera que no pude percibir en ese momento, ya que no entendí su respuesta; poco después me quedó claro cuando me desveló en qué consistía:

—Tengo lo principal en todo buen plan: un buen contacto dentro.

Sonreí, pero era más bien por amargura. Le di un trago a la cerveza, que decidí que sería la última de la noche. Me había quedado atrás de todo, viviendo una vida tranquila pero sin esa chispa que se necesita para poder respirar. Observé a Pepe cuando se levantó a pedir más bebida, que yo rehusé. Un buen contacto.

Cuando volvió, me miró y me dijo:

—¿A qué viene esa cara? ¿No te mola el plan?

—No, no. Me mola el plan, al menos lo poco que me has contado, pero ya veremos.

—¿Entonces?

—Es que te veo moverte por aquí como Pedro por su casa y me cuesta acostumbrarme.

—Esto es lo que soy ahora, amigo.

Volví a sonreírle mientras él sacaba a bailar, en una improvisada pista de baile, a la camarera, que le siguió el juego. Así que me dije:

—Yo solo soy una cama vacía.

4

Una cama vacía

Llegué a mi casa pasadas las cuatro de la mañana. El *pub* había cerrado hacía media hora, pero mi amigo y yo nos quedamos en el coche un buen rato rememorando viejas historias. Eso que se hace cuando te visita alguien que te importa y hace demasiado que no ves, aunque te las haya contado infinidad de veces. Luego nos despedimos con ese deseo de un futuro prometedor.

En la escalera, todo era silencio y paz. No lo valoro lo suficiente, lo sé. Como todo dios, que nunca valora lo que tiene hasta que lo pierde. Ese es el sino de muchos, mantra de soñadores sin remedio y razón de ser para los que siempre queremos algo mejor y nunca acertamos el camino a seguir para conseguirlo.

Mi amigo tenía un plan para conseguir eso, o sea, que esa noche tocaba darle a la chola, y ver si era necesario para mí, después de todo lo que pasé en Lleida, buscar esa oportunidad, sabiendo que eso siempre conlleva riesgos. Muchos riesgos.

Fui directo a la cocina y me serví un vaso de agua embotellada. Una birra quizá no era la mejor opción, sabiendo que al día siguiente a las nueve tenía que estar en la portería y ya iba a dormir pocas horas.

Me la bebí casi de un trago, tenía sed, entonces recordé demasiado tarde que entre las cervezas con Pepe y el agua me tocaría levantarme a mear en un par de horas. La edad no perdona, y a punto de cumplir cuarenta y dos ya tenía la vejiga de un

anciano de setenta. Es lo que tienen los desmadres de juventud, en mi caso, muchos y seguidos, hasta el punto de que soy incapaz de meterme una raya, a pesar de lo a gusto que me quedaba cuando lo hacía. Con el tiempo te das cuenta, demasiado tarde, de que el problema es lo que te va quitando, aunque en mi caso era lo que me iba poniendo. Esquizofrenia, se llama. Vaya nombre, por cierto. Da grima solo pronunciarlo. Aunque en realidad puede que eso me lo provocaran las pastillas de éxtasis que se hicieron tan populares en tiempos de la Ruta del Bakalao y que se llevó a no pocos al camposanto.

De pronto oí un ruido en mi habitación. Me puse en alerta. No hacía ni dos horas que me habían propuesto un palo de los buenos y ya podría tener problemas. Y de los gordos. Cogí un cuchillo jamonero que siempre tengo en la encimera de la cocina. Me acerqué sigilosamente y vi que algo se movía en mi cama. Escondí el cuchillo detrás de mí y encendí la luz. Solo una persona tiene la llave de mi casa en Barcelona.

Bilma me miró con los ojos medio cerrados.

—Hoy no viniste, cielo.

No era la primera vez que ella aparecía en mi casa a esas horas, pero era la primera vez que yo no estaba allí. No tengo excesivas posesiones por las que sufrir y no creo que a Bilma le vayan los cómics. Tenía unas llaves por una gripe muy bestia que pasé la primavera pasada y ella se ofreció a traerme la compra y hacerme algo de compañía. Nunca le pedí que me las devolviera.

—Bilma, cariño. Mejor avísame antes de venir.

—¿*Po qué*? ¿Te has echado novia y ya no quieres saber nada de estas? —me dijo con ese acento sureño, bajando las sábanas y enseñando sus buenas tetas.

Tiene cerca de los treinta, pero mucha vida. El pelo oscuro y los ojos negros le dan un aspecto exótico que acentúa su piel morena. Es un pibón, a pesar de que hoy conocí a quien seguramente fue ella hace diez años. Porque Betty le sigue los pasos, no tengo dudas. Pero allí estaba tumbada en mi cama, desnuda, la que, con permiso de mi Jessica, era una mujer diez.

—¿Te vas a quedar ahí? —insistió.

—No, ahora mismo voy.

No lo tenía previsto, pero un polvo es un polvo. Y este es de esos

que valen la pena.

Como siempre, es cuando a ella le apetece, y yo nunca le diría que no. Lo sabe. No tenemos nada serio que nos obligue. Hay días que liga delante de mí en el bar donde trabaja. Me da igual, aprovecho estos momentos en que es mía.

Cuando me levanto por las mañanas, por pronto que sea, ella ya no está, nunca se queda. Es un espíritu libre. Viene cuando quiere porque tiene ganas de follarse a un español y le caigo bien.

Así que, cuando me quitaba la camisa y me bajaba los pantalones, ya empalmado por saber lo que me esperaba, olvidé por un buen rato aquello que era mi futuro inmediato. Salir de una vez del apartamentucho y buscar una nueva vida.

Aunque, mientras observaba el cuerpo desnudo de Bilma, que se me ofrecía abriendo las sábanas para que me metiera dentro de la cama, pensé que tampoco tenía una mala vida.

5

Una mala vida

Adalberto Rojas se levantó temprano como era costumbre en él. Sus dos hijos, niño y niña, aún dormían, y su mujer se dio media vuelta en la cama al escucharlo en el baño. La casa en una buena zona de Castelldefels no era comparable a la de algunos jugadores del Barça que vivían no muy lejos de allí, pero sus hijos iban al mismo colegio privado. Estos no dejan de ser personas normales con necesidades como el resto de los mortales. Y sí, también llevan a sus hijos a la escuela. A Adalberto le gustaba ir a buscarlos, porque algunas veces podía ver allí a los ídolos de medio mundo haciendo lo mismo que él, y eso le hacía sentirse importante.

Era un hombre práctico. Muy pronto comprendió que con un trabajo no iba a tener la vida con la que siempre había soñado, así que en cuanto pudo cogió el primer tren hacia el dinero fácil. No era persona de arrepentimientos, y una vez metido en ese mundo sabía bien que, como los trenes, solo hay una vía hacia delante.

Se miró al espejo y vio que las canas hacían ya mucha presencia en la parte lateral de la cabeza. En su bigote también asomaban las zonas blancas. Así era la vida, un camino hacia el blanco. Qué ironía para alguien bien relacionado con el polvo de ese color. Y no por ser consumidor, pero sí por ser una persona importante en el ocio de gran parte del país. Gracias a él y a sus gestiones, muchos jóvenes y no tan jóvenes abonaban sus narices con harina elaborada a sesenta pavos el gramo y se dejaban llevar por las sensaciones

momentáneas de entusiasmo y emancipación eufórica. Adalberto vivía la era dorada de una sociedad que quería escapar de ella misma buscando esa alternativa que ofrece el vicio: el evadirse, el ser una persona especial a base de desgastar el tabique nasal.

Con la farlopa, vamos.

Se recortó el bigote y lo ajustó a su afeitado impoluto. Ni un pelo fuera de sitio. Se vistió y se preparó un vaso de leche con Nesquik. No soportaba el olor del café, así que se conformaba con ese brebaje que consumía casi más por costumbre que por necesidad.

En el comedor de ochenta metros cuadrados de aquella casa con piscina había un armario, de donde abrió una caja de seguridad y sacó un arma. Una pistola semiautomática de la marca Walther. Se la puso en una funda en la cadera y se observó en el espejo de cuerpo entero que tenía en la entrada.

Las tareas domésticas las hacía una empleada, y del cuidado de los niños se ocupaba su mujer. Básicamente consistía en llevarlos al colegio privado e irlos a buscar, cuando no lo hacía él. Y, entre esas horas, dedicarse a ella misma, sobre todo a estar guapa para su marido, que no dejaba de cuidarla con detalles y regalos caros. Amaya no tenía ojos para otros hombres.

Adalberto, para otras mujeres, sí.

Sacó del parking su Jaguar F-Pace y salió de la zona residencial en el paseo de la Valí, en la urbanización Bellamar, para coger la autovía C-32 en dirección a Barcelona. A las siete de la mañana no solía tener problemas para llegar a su destino, aunque a veces, y más con los disturbios y protestas por la sentencia del *procés*, encontraba alguna carretera cortada y se cagaba en los muertos de todos aquellos hijos de puta.

Aquel día no. Llegó tan bien de tiempo que era el primero de los tipos importantes en la zona. Al llegar a la zona del puerto se desvió por la salida trece de la ronda del Litoral, y condujo hasta las oficinas de la Compañía Puerto de Barcelona, de la Guardia Civil, en el muelle Álvarez de la Campa. Al verlo llegar, salieron tres agentes y un cabo, que se cuadraron en formación.

—A sus órdenes, mi sargento —le dijo este último, cuadrándose de nuevo en forma de saludo militar nada más bajó del coche.

Adalberto agradeció el saludo sin mucho entusiasmo. De hecho,

a la que llegara el teniente, él tendría que hacer lo mismo. Según él, este era un niñato recién salido de la academia que no sabía lo que era ponerle las esposas a un delincuente, pero él estaba por encima de eso. Su trabajo solo era eso, un trabajo. Dejó de creer en «la divisa» hacía mucho tiempo, justo cuando le empezaron a llover billetes y después de dejar pasar contenedores cargados de cocaína. Encima, de vez en cuando tenía que aprehender algún cargamento trampa, y tras esto le caía una medalla. Tenía una buena vida y la disfrutaba. Eso sí, nada de Twitter, Instagram o chorradas de esas que llaman la atención de aquellos que podrían acabar con su modo de vida. Eso para los imbéciles que no saben del negocio y los acaban pillando por estúpidos.

Adalberto nunca se consideró un policía corrupto. Sabía muy bien estar por encima de eso. Él, simplemente, era un visionario.

6

Un visionario

Recuerdo que al día siguiente me desperté con dolor de cabeza. La mañana iba a ser larga si los propietarios estaban pesados. No fue así. Regué las plantas de la entrada, ayudé a la señora Martínez a entrar la compra en su casa y repasé la prensa. Después del ibuprofeno logré apaciguar el pitido de mi sien y pude pensar un poco.

Lo que me ofrecía Pepe era un caramelo, pero no estaba seguro de aceptarlo. En aquella portería de Barcelona tenía una nómina fija —a pesar de no ser muy boyante— por primera vez en mi vida, y me la ingresaban sin falta cada fin de mes. Tenía un sitio donde dormir y, en definitiva, donde seguir con mi vida. Pero, entonces, ¿era eso lo que me esperaba hasta el fin de mis días? ¿Ya podía dar por terminada mi existencia desde este momento? ¿Me haría viejo regando las plantas del portal y socorriendo a las ancianas que vivían solas para que no se les cayeran los tomates de la compra por las escaleras? No. En el fondo, y no tan en el fondo, siempre he sabido que no.

La tarde no fue mejor. Se me hizo muy larga. Ya de por sí no tengo otra cosa más interesante que hacer que espantar a los que pretenden dejar propaganda en los buzones y convencer a los albanokosovares, colombianos o el grupo de ladrones de turno que en este edificio, al que en alguna ocasión entran en parejas a observar, no van a poder robar porque tienen a un portero que los

huele a leguas y les sale al paso al instante. Con la de pisos que hay en la gran ciudad catalana, se dan la vuelta rápido y no se arriesgan a una detención o a que simplemente llame a los Mossos y los delate. Además, como estos trabajan en grupos organizados y se pasan información entre ellos, es fácil que desistan. Así que una vez detectados, se dan los avisos y no se vuelven a presentar por aquí en muchos meses.

A las ocho de la tarde, puntual, salía por la puerta. No había abierto un libro en toda la tarde ni había jugado a los juegos del móvil que a veces usaba para matar el tiempo. Matar el tiempo, con lo caro que es y lo poco que lo valoramos. ¿Era eso lo que estaba haciendo allí? ¿Asesinar lo más valioso que jamás tendría en esta vida? Me seguía haciendo esas preguntas que sabía bien adonde conducían.

Seguí mi rutina habitual para llegar al bar de Bilma, pero aquellos días eran convulsos en Cataluña. Hacía unos días habían condenado a los políticos catalanes a prisión. Reconozco que no me sabía todos sus nombres, nunca me ha interesado la política, pero de tanto verlos en los pocos ratos en que ponía la tele por la noche acabé por saber algo de ellos. Lo justo, ni siquiera he votado en mi vida. Siempre he pensado que todos estaban allí para robar, pero a lo grande, nada de minucias como nuestros asuntos. Aunque lo cierto es que me acojoné cuando vi las penas de prisión; joder, ni que hubieran matado al Papa de Roma. No es que eso me quitara el sueño, pero la verdad es que pensé en mi hermano. Él estaba preso por un robo con violencia, y ahora compartía estancia con gente que apenas habrá pisado una comisaría de Policía si no era para inaugurarla. Al menos eso me había contado siempre mi amigo Pepe.

Al girar la esquina comprendí de golpe que aquello, al final, podría afectarme incluso a mí. Por mi lado pasaron cuatro encapuchados a la carrera y lo primero que pensé es que habrían hecho algún alunizaje y se les había quedado el vehículo encallado en el escaparate. Tenían toda la pinta. Iban de negro con mochilas a juego y apenas se les veían los ojos.

Pero no, no eran ladrones.

La verdad es que los escuché hablar brevemente en su carrera de huida, y eran críos de no más de veinte primaveras. Pero algo gordo

debían de haber hecho, porque a unos cincuenta metros venía un ejército de mossos o nacionales. En ese momento no supe verlo, era igual: venían cargados con escudos y unas porras enormes persiguiendo a los chavales, con la energía que solo te da la rabia. Pensé de entrada que aquello no iba conmigo, pero los antidisturbios se iban acercando en línea y, detrás, conté cuatro furgonetas que intentaban ganar terreno. No me podía quedar allí, sé cómo funciona esto y podría acabar cobrando yo. Giré la vista y solo vi un pequeño bar que aún permanecía abierto, a pesar de que al fondo de la calle aquello parecía el Beirut de los ochenta, con aquellos contenedores en llamas en medio de la calle junto a dos motos y el coche de sus desafortunados dueños.

Una vez dentro, desde la tenue seguridad de la cristalera junto a otros dos clientes del bar, pudimos ver cómo nos sobrepasaba la línea policial. Eran los Mossos, según pude ver en sus escudos maltrechos. De hecho, iban con los uniformes negros llenos de pinturas de colores. Me impactó ver orificios de entrada en las puertas de algunas furgonetas, que hubiera jurado que eran de bala si no hubiera visto a uno de aquellos chavales guardar un tirachinas, que por aquellos agujeros debía de tener una potencia de cojones. Los vehículos también tenían algunos cristales rotos y una de las furgonetas parecía como si la hubieran intentado quemar. El mundo se estaba volviendo loco. Cuando yo era joven y veíamos venir a la Guardia Civil o a los nacionales, nos cagábamos de miedo. De un extremo a otro, ahora ven a los mossos y les tiran piedras. Yo ya no me acojono con ninguno de ellos, pero a pesar de todo no soy tan insensato, y lo último que haría es cabrearlos. Los porrazos saben igual te los dé quien te los dé, de eso no entienden los colores de un uniforme.

Los chicos habían huido y estos no iban a alcanzarlos, eso estaba claro. Cuando los mossos se replegaron, no sin antes escudriñar la cristalera del bar por si allí se escondía alguno de los que estaban buscando, decidí salir, dando las gracias al dueño del bar por haberme dejado entrar. El hombre solo exclamó que estaba harto de todo y de todos y yo asentí comprensivo.

En diez minutos llegué al bar Caribe. Allí, Bilma, ajena a lo que acontecía en una Barcelona que ardía, me sonrió, me sirvió una cerveza y, después de comprobar que no iba a haber más propinas

extra, me ignoró. Hay que ganarse el pan.

Así estaba mi vida. Quemando mi tiempo sobre este mundo en un trabajo seguro pero sin futuro, muy acorde a como estaban las calles de la ciudad que me había acogido. Me sentí muy solo, esa noche. Cuando acabé la segunda cerveza, supe que había aceptado el trato con Pepe nada más había aparecido él por la puerta.

Unas horas más tarde llegué a casa con un sentimiento agridulce. Quería saber más del plan, quería saberlo todo. Me fui hasta el armarito del baño donde guardaba mis pastillas; allí estaban. Las tomé en mi mano, no me tocaba una dosis porque las tomo por las mañanas, pero allí estaba aquel bote que decidía que yo era una persona normal. Lo dejé en su sitio. Sentí un alivio. Y después me estremecí.

Empecé a comprender que aceptar el encargo de Pepe equivalía a enfadar a alguien. De eso yo sabía un rato, y que, una vez iniciado todo, el hogar que ahora tenía iba a desaparecer. Sí, en unos días iba a haber alguien muy cabreado.

Otra vez.

7

Otra vez

En la zona de la Guardia Civil de Travessera de Gracia, en Barcelona, el teniente José Carlos López Cuervo, al que todos conocen por *Cuervo*, esperaba impaciente las noticias sobre un alijo que debía entrar por el puerto. En general siempre manifestaba un carácter fuerte y seguro, por no llamarlo de otro modo, pero aquel día se mostraba algo nervioso. Un gran cargamento estaba por llegar, o eso les había soplado un infiltrado en la organización de uno de los más prominentes narcos del momento. Con residencia en Venezuela, aunque de nacionalidad colombiana, había conseguido una posición dominante a base de sobornos y asesinatos que ya empezaban a registrarse en España. El «plata o plomo» de siempre estaba arraigando en nuestra sociedad multicultural, porque cuando se importa talento de fuera se importa todo el talento.

Cuervo se movía por las dependencias mientras el guardia Andreu tecleaba y observaba casi sin pestañear el aplicativo informático.

—Tranquilo, mi teniente. Llamará.

—Lo sé, Andreu, pero en estos momentos me arrepiento de haber dejado de fumar.

—Tampoco podría hacerlo aquí en las oficinas. Casi le diría que ni en toda la comandancia.

—Eso lo dirás tú.

—No, mi teniente —le contradijo en voz baja casi susurrando—.

Lo dice el capitán. Que usted ya sabe que ahora le ha dado por hacer triatlones y no vea cómo está con los vicios ajenos.

El teniente encajó bien la réplica de su cabo. Llevaban cuatro años juntos en la unidad y se podía decir que era de su total confianza. Hasta para decirle cosas a la cara que si se las señalara otro le costarían un par de gritos. Lo miró a través de sus ojos verdes y vio que este había vuelto a la pantalla del ordenador.

Cuervo se rascó la cabeza del poco pelo castaño que le quedaba. Medía metro setenta y cinco y se mantenía en forma. Siempre pensaba que si hubiera aceptado aquella plaza de jefe de puesto en Ponts, hacía ya tres años, aún mantendría algo más de cabello. Pero a Cuervo le iba la marcha, y eso atesoraban sus dos matrimonios rotos, con dos hijos del primero de ellos. Para el segundo matrimonio había aprendido la lección y no trajo más vidas a este mundo. Y eso le costó, en parte, ese divorcio.

Sus ojos se clavaron de nuevo en el guardia que le había hecho esas dos observaciones tan acertadas. Era un buen tipo. Disciplinado y leal, muy alto y espigado. Decían que había sido jugador de baloncesto y que hasta había formado parte de la cantera del Madrid, pero él jamás alardeaba de ello y se dedicó a trabajar sin descanso hasta conseguir llegar a la unidad de Cuervo, cuya fama le precedía.

El teléfono empezó a vibrar en la mesa con el tono de *Star Wars* que tanto gustaba al teniente, pero solo las tres películas originales, las otras ni regaladas, repetía siempre.

Era un número desconocido, pero pocos tenían aquel número al que llamar.

Andreu descolgó y escuchó lo que el interlocutor le decía, mientras Cuervo permanecía expectante.

Colgó el teléfono y miró a su jefe.

—El alijo ha salido. Está en ruta y llegará como estaba previsto.

—Bien, Andreu, estamos dentro. Voy a buscar café antes de ir a informar al capitán. De esta operación quiere estar al corriente en todo momento. ¿Te apetece droga negra y legal en vaso de plástico? Pago yo.

—No, gracias, mi teniente. Ya me he tomado tres.

—Pues yo voy a por el quinto.

Cuervo se fue hacia el bar de la comandancia sumido en sus

pensamientos. Ese era un caso especial. Siempre lo son cuando aprehenden cargamentos en el puerto. Son los casos que sacan la mierda a relucir.

Los policías son como son y los hay de todas las clases, pero si hay algo que odian con todas sus fuerzas es a los policías corruptos.

Y cuando persiguen a uno… los tipos como Cuervo no cogen vacaciones.

8

Vacaciones

Al día siguiente, después de arreglar algunos papeles con el señor Hipólito, que hacía las veces de presidente de la comunidad, me dispuse a preparar una pequeña maleta para mis días de descanso. No podía más que agradecer a aquel guardia civil retirado la oportunidad que me había dado un año antes, sin saberlo, claro. Si hubiera sabido de mis andanzas, ahora estaría en el trullo y no en aquel portal de conserje.

Me hubiera ido de perlas poder montarme una coartada con el curro, pero era demasiado arriesgado y fácil que me necesitaran para cualquier tarea y yo no estuviera en la portería. Necesitaba unas vacaciones, al menos un par de semanas. Ya pensaría en la coartada más adelante, pero ahora, antes de eso, me convenía saber en qué consistía el plan, y sobre todo en conocer a mis compañeros. Era lo más importante. Con ellos es con quien me jugaba mi suerte. No era mi equipo y, aparte de Pepe, no me podía fiar de nadie.

Nos reunimos en la terraza de la cafetería Zurich de la plaza de Catalunya. Es un garito muy concurrido y caro como para no llamar demasiado la atención. Pepe llegó acompañado de un tipo alto, me lo presentó como Juan y se sentaron a mi mesa. Nos pedimos cafés, que era lo que se pedían allí los demás clientes. Las cervezas, mejor para la noche. El otro individuo llegó poco después y se sentó allí sin decir ni buenos días. Era sudamericano y venía con apodo, *Carapán*. La tenía de verdad. Cara redonda y poco pelo. De cuerpo

más bien fondón sin llegar a gordo, aunque poco le faltaba. El otro era alto y delgado. Joder, parecían el Gordo y el Flaco.

Pepe hizo las presentaciones. Les explicó que, de entrada, el primer palo era para recoger fondos para el gran golpe. La documentación falsa, las pipas, las matrículas dobladas, pasta para un médico que no haga preguntas por si hiciera falta y un largo etcétera cuestan dinero si quieres hacerlo bien.

Juan, que había venido con mi amigo, parecía conocer ya el plan, y el otro escuchaba atento las instrucciones. Para esa primera parte solo le tocaría controlar el entorno y avisar, por lo que en principio no le hacía falta saber mucho.

Deduje que Carapán era primo de Giselle, no el que trabajaba en el hotel Mandarín, sino otro. Además, Juan, que iba a hacer de conductor, parecía un poco *empanao*. No era el mejor equipo, pero si Pepe los traía sería por algo. Luego me lo explicó. El regordete no es que fuera un hacha en nada en especial, pero por alguna razón era un tipo dispuesto a todo; una vez hasta lo detuvo la Policía de su país durante cuatro días. Aquella no es como la de aquí, en la que te cae alguna hostia si te rebotas demasiado —por suerte ya no en los calabozos, que tienen cámaras—; allí, directamente te torturan. Así que el tipo acabó en el hospital con tres dedos rotos, la cadera partida y unos cortes muy feos en la espalda, pero por lo que parece no abrió la boca. En fin, que su aporte al plan era que, si lo cogían, no iba a hablar. No me pareció una habilidad demasiado práctica, pero bueno, imaginé que Pepe tendría sus motivos. Como el alto no parecía mucho más listo, esperé a ver sus destrezas en el primer golpe.

—Estamos esta mañana aquí porque tu primo Claudio nos ha dado ya la alerta. Hay un tipo con un Richard Mille que vale unos ciento cincuenta mil euros. Dice que es un vejete forrado, así que será fácil.

—En realidad, Claudio solo es primo de Giselle. A mí no me toca demasiado —aclaró Carapán.

—Es igual.

—Solo por dejarlo claro, *bro*.

—Claro está, ¿seguimos?

Asintió.

La extracción del reloj la haremos Ful y yo. Tú limítate a

ampliar nuestro ángulo de visión. Controla que no haya mossos de paisano por la zona.

—Tranqui, güey. Los huelo a la legua.

Lo dudé al instante, pero no me quedaba otra que confiar en el buen criterio de Pepe.

—El viejo también podría tener un guardaespaldas —intervine —. Si tiene tanta pasta…

—No le perderé ojo, cuando me lo indiquen estaré atento.

—Estaremos a las nueve de la noche por la zona, el tipo va a cenar pronto y no suele llegar tarde. Claudio nos dirá cómo va vestido y actuaremos cuando regrese. Es el mejor momento. Al volver al hotel, la gente se relaja, y la tensión de que les pase algo se va disipando a medida que están por la calle. Al ver la entrada del hotel, donde se sienten seguros, bajan la guardia. Es un proceso natural.

—Intentad no pasar por delante de las sucursales bancarias. Las cámaras ya casi no enfocan la calle, pero no os fiéis —dije mientras Pepe asentía.

—Tú —le dijo al que iba a hacer de conductor—, saca *tickets* de aparcamiento de zona azul aunque estés dentro del coche, para que no pasen la matrícula con el aparato ese que llevan, que eso va a un registro y deja un rastro.

—De acuerdo —aseguró.

Nos acabamos los cafés, que pagó Pepe, y nos despedimos. Mi amigo se ofreció a llevarme a casa, pero pensé que me apetecía caminar un poco. En breve iba a tener que correr un buen rato, y de portero no se suele practicar el *running* ese que hace todo dios hoy en día. Opté por un largo paseo hasta casa.

No pude pasar por Via Laietana porque estaba literalmente tomada por la Policía. Desde luego aquellos eran unos días de puta madre para pegar un buen palo. Toda la pasma estaba ocupada con el tema de la independencia o las protestas o lo que mierdas fuera aquello. Mira por dónde, al final nos iba a ir de perlas que hubieran encerrado a aquellos políticos.

Sobre ese primer golpe poco queda que decir que no haya explicado ya, el palo salió muy bien y estábamos preparados para el gran golpe. Ese que definitivamente nos iba a retirar a todos. Llegué al piso medio contento, la cosa había salido muy bien y sin

sorpresas. La sorpresa de verdad me la iba a encontrar al entrar en casa. Ahí, a oscuras, sentada en mi mierda de sofá, me esperaba alguien que pensaba que no vería nunca más.

Allí estaba Jessi.

9

Jessi

En la sombra, sentada en el centro de aquel escuálido sofá, estaba la que para mí era la mujer más atractiva del mundo. La que cuando se fue con la pasta se llevó también mi corazón y creo que mi alma.

Ella se incorporó sin levantarse, y cuando encendí la luz solo vi su sonrisa. Si yo pretendía estar enfadado y mostrar algún tipo de orgullo herido, este se diluyó entre aquella luz que deslumbraba su ser, así que solo pude decir:

—Hola.

Ella no lo dijo en voz alta, pero lo leí en su mirada. Se levantó y ahora sí avanzó hasta mí mientras la observaba moverse como si no creyera que estuviera allí de nuevo. Me abrazó, y yo, sin quererlo ni beberlo, acabé haciendo lo mismo. La apreté fuerte hasta que ella, medio sonriendo, me dio un toque en el hombro y vi que quizá le estaba haciendo daño.

—Hola, Ful —soltó al fin.

—Hola, Jessi.

Se apartó un poco para mirarme.

—Te he echado de menos.

—Hostia, Jessi, yo también. De hecho, no pensaba que nos volviéramos a ver más, la verdad.

—Hombre, Ful, eso es un poco radical. Solo necesitaba apartarme, pero yo siempre estaré para ti.

Le sonreí con toda la sinceridad que pude encontrar en mi interior. Era una visión sanadora.

—Te vi una vez hace algún tiempo —le comenté.

—¿Por la calle? ¿Aquí en Barcelona? ¿Y no me dijiste nada?

—No, no. En una revista. De esas del corazón. Me lo dijo mi padre, que te había visto en una de esas revistas que ponen en la sala de espera cuando vas al dentista. Así que la compré.

—Bueno, ya sabes, el dinero me sirvió para conocer a gente de pasta, la verdad.

—Y famosa, ¿no? Porque ese de la revista era…

—Qué más da —me interrumpió—, gentuza igual que la del barrio pero con dinero. La única diferencia es que a ellos no les hace falta robar para obtener lo mismo que deseábamos nosotros.

Arqueé una ceja sin saber muy bien a qué se refería.

—Dinero y sexo, Ful.

—Ya. Sea como sea, me alegro de que estés aquí, pero… —dudé — ¿por qué estás aquí? ¿Se te ha acabado la pasta? ¿Necesitas más? Y… ¿cómo has entrado? Ah, ya. El señor Hipólito. Qué le has vendido, ¿que soy tu primo?

Ella sonrió e iluminó la habitación.

—No necesito dinero, Ful. Solo quería verte. Y ver qué había sido de ti. De tus sueños de salir del barrio.

—Pues ya lo ves —le señalé el pequeño comedor—, los dos conseguimos salir.

Sonreí.

No coló.

—Trabajas de conserje en un edificio de Barcelona. ¿Esa es tu apuesta de vida?

No me quería enfadar con ella. De hecho, no podría. Y por lo que leí en aquella revista, se había enrollado con uno de esos famosos de la tele venido a menos, sin oficio pero rico gracias a salir en la caja tonta. Los había pillado su mujer y la cosa no había acabado muy bien, pero ella se había llevado un buen bocado en regalos. Era muy hipócrita criticar que yo no hubiera podido aspirar a más. Ni siquiera sabía si ella conocía lo que pasó cuando se fue de aquella torre en Lleida.

—No, esta no es mi apuesta de nada. De hecho, tengo un plan. Bueno, el plan es de Pepe *el Mosso*, que ya no es mosso —le intenté

aclarar ante su cara de póquer.

—¿Y de qué se trata?

—Aún no lo sé del todo, pero esta vez no iremos a reventar a un pequeño camello. Me huelo algo muy gordo.

Se volvió a sentar en el sofá y me miró con aquella mirada que solo ella sabía lanzar, la que me escudriñaba el alma.

—No, no quiero participar, Ful, si eso es lo que piensas.

—No, Jessi, yo jamás te pediría eso. Sé que no lo necesitas. Solo quería saber que estabas bien y ahora lo veo. Con eso me doy por satisfecho. Pero ¿estarás algunos días por aquí? Creo que vivías en Madrid. Te puedo enseñar un poco la Barcelona de verdad.

—Me quedaré algunos días. ¿Tienes el mismo número de móvil?

—No, claro que no. Lo cambié después del asunto de Lleida.

Me ofreció su móvil desbloqueado para que le marcara mi teléfono. Al cogerlo, nuestros dedos se rozaron y yo sentí el impulso de abrazarla y besarla allí mismo. Y por lo que se ve, me leyó el pensamiento.

—No he venido a echar un polvo —aclaró con una sonrisa.

—Me lo imagino, aunque eso no lo rechazaría nunca —sonreí de nuevo.

Ella también sonrió, mientras recogía el bolso y la chaqueta de piel del sofá. Se acercó hasta mí y me dio un beso en la mejilla rozando la comisura de mis labios. Se fue hasta la puerta y antes de irse solo añadió:

—Bueno, lo del polvo… —hizo una pausa mientras me miraba —, sabes que eso yo nunca lo descarto.

10

Nunca lo descarto

Esta pasada noche me ha costado dormir. Mientras camino por la calle Muntaner tengo una sensación de vacío desde la visita de Jessica. Mi Jessi ha vuelto a mi vida. Aunque parece que nunca me pasan las cosas en el momento adecuado.

En resumidas cuentas, eso es todo lo que me ha pasado hasta llegar a este momento. Dimos un buen palo con el asunto del reloj y ahora necesito salir de casa un rato. He vuelto a una vida que había dejado atrás y que, a pesar de que dos años y algo es poco tiempo, casi había logrado conciliar el sueño de nuevo.

El robo de un reloj a un viejo puede parecer poco. Los montos dan palos como ese cada día a los turistas, pero mi vida está reducida a una rutina muy banal. Y me estaba dando paz, lo reconozco. Pero ha aparecido Pepe y ya me he metido de lleno en otro asunto turbio. Me han vuelto a perseguir por la calle, pero, por encima de todo, he vuelto a ver a mi Jessi. No dejo de preguntarme si ha sido solo una casualidad o es que mi destino es estar siempre rozando el larguero para nunca llegar al fondo de la red. Quizá sea esa la respuesta. Dije que sí al palo y Jessi ha vuelto a mi vida, aunque puede que haya sido solo fugazmente.

Debe de ser una señal, y no creo que divina, la verdad. Más bien en el sentido contrario. Si hay alguien que esté observándome desde algún punto más allá de este puto mundo, seguro que lleva cola y cuernos, no tengo dudas. Si existe un dios, no visita a los pobres,

por mucho que le rezara de niño. Al crecer te das cuenta de que solo siguen yendo a la iglesia algunas pocas buenas personas, algo ingenuas a mi modo de ver, otras muy necesitadas, y, eso sí, los ricos. Los poderosos. Esos que no se pierden el sermón del obispo, aunque luego engañen a su esposa con otra. O la engañen con otro. Porque hasta para eso hay clases.

En fin, que ya es tarde para echarse atrás. Y lo peor, a pesar de todo, es que mientras huía con el reloj, y corría con Pepe al lado, me sentí muy vivo.

Más que en mucho tiempo.

Tampoco sé por qué no le hablé a Jessi de mi Bilma. Ella ya tiene su propio maromo. Las dudas. Siempre las dudas. Cuando ella hace acto de presencia, siempre me entran. Años atrás fue por no perderla; y la perdí. O porque no encontrara a otro que la hiciera más feliz y que le diera cosas que yo no podía ofrecerle; y lo encontró. O al menos eso mostraban esas fotos en aquella revista mientras tomaba el sol en la cubierta de un barco en Ibiza y donde decía, debajo, en letras grandes: «¿Quién es la misteriosa mujer que acompaña a…?». Bah, no quiero ni pronunciar su nombre, ni siquiera para mí. Y no son celos, simplemente es rabia, es impotencia, son algunas noches de desesperación.

Solo desapareció esa sensación cuando la vi en mi sofá. Guapa como la recordaba. Con un perfume que yo no había olido en mi vida pero que pensé que debía de valer mi sueldo de un mes en la portería. O más. Pero así es ella ahora, otra persona que, a pesar de todo, aún se acordaba de mí. Ha sido una sorpresa agradable, la verdad. Pero eso me hace estar alerta. En mi vida las sorpresas siempre vienen acompañadas de un buen susto.

11

Un buen susto

En la clínica Dexeus de Barcelona, tres hombres caminaban por sus pasillos con paso decidido. Dos de ellos seguían los pasos del otro, que, con una envergadura mucho más pequeña, dirigía sus vidas. De hecho, acostumbraba a decidir quién vive y quién muere cuando se trataba de negocios, pero no estaban allí por negocios. El padre del jefe de un clan ruso de la Bratvá, que aquí se la conoce como la mafia rusa, estaba ingresado en una de sus habitaciones, aunque su estado era leve. Su vida no corría peligro, pero sí la reputación de su hijo. Este no podía tolerar una afrenta como la que había recibido su padre mientras visitaba Barcelona.

Antes de entrar a verlo, Alexei se giró hacia una de aquellas moles.

—Que los hombres se preparen.

—Jefe, si me lo permite, no es el momento. Usted sabe lo que nos jugamos.

El tipo, que además de músculos tenía algo de cerebro, sabía que podía decirle eso sin contrariarlo, puesto que eran amigos desde la infancia, cuando ninguno de los dos casi tenía para comer. Era su más leal amigo, y Pavel sabía que llevaba razón. Tenían un importante negocio entre manos con otro grupo y no podían salirse del guion.

Resopló.

—No puedo dejar esto así. Lo sabes.

—Llama al Burán. Que él se ocupe.

—Está bien, tienes razón, pero pon a trabajar a todos nuestros contactos en la pasma. Consíguele información.

Unas horas después, aquella misma tarde un coche atravesaba Francia a velocidad de crucero por la autopista francesa A-9 en dirección a La Jonquera para entrar en España por ese acceso de la frontera. El viaje había sido largo, pero a Antonof, conocido como *el Burán*, le gustaba conducir. La llamada lo había pillado en París, así que cogió su Audi A6 negro y se puso en marcha. Si el motivo de la llamada no era de vida o muerte, siempre era mejor viajar en coche por Europa. Los aviones tienen demasiada seguridad y no permiten llevar «cierto equipaje».

Aquel coche diseñado a su medida albergaba unos compartimentos que le permitían entrar en los países sin pasar más que algún control aleatorio de frontera. Los agentes apenas reparaban en su documentación, que, aunque falsa, y siendo de las caras, no frenaba esa entrada. En algún caso solo un vistazo fugaz al maletero cuando llegaba a las aduanas, que siempre era en horarios de comida o cena, o en cambios de turno, buscando el descanso de muchos de aquellos funcionarios policiales. Eso significaba menos agentes y, por lo tanto, menos controles.

Medía metro noventa, fuerte y con mirada glacial de ojos casi grises. Bien vestido y educado, no tenía problemas para ir de un lugar a otro. Sus años en el Ejército le habían enseñado disciplina; su entrenamiento como francotirador, paciencia; y el lucrativo trabajo en el sector privado, los placeres de la vida para quien poseía el dinero para contratarlo.

Ya hacía dos años de su última visita a España y cinco desde que estuvo en Barcelona. En aquella ocasión salió airoso por los pelos tras una redada en los clubs de Castelldefels, donde detuvieron a una buena parte de los que en aquel momento eran sus jefes o *vor*, como se les suele llamar. No le fue mal, después de todo: quedó libre y escogió ser su propio jefe. Así que un mediador le enviaba los trabajos y él elegía si participaba. La propuesta que le habían hecho no parecía ser fácil, pero pagaban muy bien. Por algún motivo, quien lo contrataba quería a alguien de fuera. Eso quería decir que, o no se fiaba de los suyos, o no quería que nadie relacionara su trabajo con el cliente. Le daba igual. Sabía bien quién

era y ya le había adelantado una buena suma. Ni siquiera iba a tener contacto con su pagador, y al llegar le darían la información necesaria para comenzar.

Qué más le daba. Alguien había pagado para que hiciera desaparecer un alma. O dos. O todas las que hicieran falta. A eso se dedica un profesional de la muerte.

Solo necesitaba un objetivo.

12

Un objetivo

Ya ha pasado un día del palo al reloj y la pasma no llama a mi puerta. Todo va bien, si no menciono que casi no me puedo mover de las agujetas por la carrera hasta el coche. Me bebo lo que me queda del Aquarius de litro. Dicen que con eso se pasan antes. Me parece, sin saber mucho del tema, que es un cuento chino, pero no tengo otro remedio a mano.

Pepe me recogerá en breve en mi casa e iremos en coche hacia el lugar del golpe. Del gran golpe. En realidad, es una ruta de información sobre el objetivo, pero antes tenemos una gestión importante que hacer y mi amigo solo confía en mí para llevarla a cabo.

Suena mi móvil. Pepe está abajo. Salgo de la portería intentando no encontrarme a ningún vecino. No en vano todos ellos son mis jefes. No es mi horario de trabajo, pero nunca le niego una ayuda a los de mayor edad, que, además, se comportan bien conmigo. Nadie a la vista. Pepe está en doble fila y algunos coches le pitan. Subo rápido y me pongo el cinturón. Arranca, me extiende la mano y yo se la choco con firmeza.

—¿Estás bien?

—Dolorido, tío. Si te digo la verdad, no sé cómo muevo las piernas.

—Yo estoy parecido, no te creas.

—Pero sigues yendo a correr y en bici, ¿no?

—Menos de lo que me gustaría.

Se hace el silencio y Pepe aprovecha para poner la radio. Da con una de esas emisoras que ponen música de los ochenta y noventa, y suena «Heaven is a Place on Earth» de Belinda Carlisle. Tararea mientras conduce y espera a que acabe la canción. Baja el volumen y me explica más o menos adónde vamos. Observo que también llevaremos algo de disfraz. Lo veo en una bolsa de deporte abierta que tengo entre las piernas, donde hay, que se distinga, una barba falsa y un par de gorras de béisbol.

Antes recogemos a Carapán, que se sienta detrás de mí en el coche. Por algún motivo tiene que venir. Supongo que porque es primo de Giselle o algo parecido, y no puedo olvidar que era miembro del equipo antes que yo.

Nos dirigimos a un pequeño local de la Barceloneta donde antes me suena que había habido una librería de novela negra. Ahora se ha establecido allí un pequeño comerciante de cacharros varios de segunda mano. Las vueltas que da la vida, yo, que me he aficionado a las novelas de este género, no había estado nunca allí, pero en una ocasión un librero me habló de ella.

Pepe le pide a Carapán que espere en la puerta. A este no le gusta eso, pero acepta. Sabe que con el jefe no se discute.

El local no es muy grande, pero aún conserva fotografías de autores de libros, incluso de alguno que yo había leído en mis ratos aprovechados en la portería. Ahora sirven para tapar los negocios de este mercader de objetos de segunda mano, y supongo que al propietario original le hubiera hecho gracia que allí se hicieran pequeños negocios turbios para dar argumento a alguna de las novelas que habían habitado aquellos estantes, ahora repletos de objetos usados.

El tipo nos atiende con un acento que parece portugués y cara de no haber roto nunca un plato. Un espejismo. Porque detrás de una mirada picara, tras unos cristales gruesos, un pellejo por piel y una calva prominente, se esconde una mente inquisidora y desconfiada. Pasados unos minutos, y después de una conversación superflua sobre unas lámparas que nos ofrece y por las que no tenemos ningún interés, me examina de arriba abajo y se dirige a la puerta de madera de la entrada. La atranca y cuelga el cartel de cerrado. Después, para mi asombro, se dirige a mi amigo con acento

más bien castizo.

—No me gustan los desconocidos, Jack.

¿Jack?

—Es de total confianza, como mi hermano.

—Yo tengo ocho hermanos y no me fío de siete. El octavo murió el año pasado.

—No lo hubiera traído aquí si no me fiara, cojones.

Joder con el vendedor, ni portugués, ni mierdas…, y Pepe, ¿escoge de nombre de guerra *Jack*?

—No sé.

—Mira, tengo tu encargo, si no lo quieres tienes un problema, diré por ahí que no cumples. Y ya sabes que la confianza en este negocio lo es todo.

El viejo, o eso aparenta, aunque debe de tener menos de sesenta por cómo se expresa, parece sopesar sus opciones. No se tiene éxito en estos negocios sin desconfiar, pero claro, llevarlo al extremo tiene sus consecuencias.

—Enséñamelo —dice secamente.

Pepe saca un pañuelo que lleva en una especie de bolsillo que ni yo había visto en la manga derecha de su anorak y lo desenvuelve.

Allí está el reloj del viejo rico, que ahora es un poco más pobre, sobre todo en orgullo. El vendedor lo examina con una lupa y hace anotaciones en una libreta.

—Una raya —dice señalando el lateral de la caja. Pepe se acerca a verla.

—No me jodas. La estás viendo a través de esa lupa, no se ve nada a simple vista. Si me quieres joder, sabré dónde colocarlo —le gruñe poniendo la mano en el reloj.

El viejo le coge la muñeca de manera suave, de alguna forma sabe que si lo hace de manera brusca se puede llevar un puñetazo en la jeta.

Se aparta del mostrador y abre una pequeña caja fuerte que tiene bajo la mesa, asegurándose de que no vemos la combinación. Como si pudiéramos ver a través de la madera del mostrador. Saca un fajo de billetes que no cuenta, por lo que es fácil pensar que allí no se negocia, o en todo caso se hace antes, y se lo entrega a Pepe, que tampoco lo cuenta. Sé que ese peluco vale ciento cincuenta mil euros en la tienda (lo he mirado por internet), aunque a nosotros

nos paga quince mil. Él lo venderá a otro por cuarenta y cinco mil. Ese es el gran negocio de los relojes robados a los ricos en Barcelona. Al ladrón, un diez por ciento del valor, y el que lo vende lo hace por un treinta, y se gana un veinte por ciento limpio. Buen negocio, la verdad.

Me limito a observar todo aquello sin decir ni mu. Mi amigo guarda el dinero en el mismo bolsillo secreto que tenía en la manga del abrigo y sonríe de manera forzada al vendedor, que sin perder tiempo se va hasta la puerta.

Se despide recobrando su acento portugués con una sonrisa tan falsa como la lengua que imita. Nosotros salimos y, después de hacerle una señal a Carapán, nos dirigimos al coche, que hemos dejado en un parking subterráneo cercano. Pepe le guiña el ojo al colombiano y este medio sonríe. Se sube detrás y nos volvemos al centro. Carapán se baja en Via Laietana, cerca de la plaza del Ángel, y nosotros seguimos adelante.

Miro a Pepe mientras me quito la barba postiza, y aunque ya sabe qué le voy a decir, tengo que preguntar.

—¿Jack? Puestos a elegir, ¿no era mejor Matt?

Me mira con la ceja levantada.

—Matt Murdock, ¿lo has olvidado? Daredevil —le aclaro.

—Cómo voy a olvidarlo, hombre. —Me mira y sonríe—. Y en nuestros tiempos era Dan Defensor.

—Claro, por eso. ¿Jack?

—Vale. Entonces, para el trabajo, ¿te presento como Peter Parker?

Me la devuelve sin contemplaciones. Jack no me suena a nada, en todo caso solo a *Piratas del Caribe*, que no es una mala analogía. Pero creo que siempre es mejor recordar a su superhéroe de la infancia, Daredevil, con su *alter ego*, Matt Murdock. Y sí, yo también podría decidir llamarme Peter, como el mío, que siempre fue el Spiderman de Peter Parker, aunque en la vida real es mejor alejarse de sentimentalismos e ir a lo práctico. Jack no significa nada, y cuando quieres pasar desapercibido siempre es mucho mejor. Porque yo, aunque siempre vive en nosotros ese niño que nos empeñamos en no abandonar, sé muy bien que nunca seré de nuevo Peter Parker. Un personaje de papel que se podría decir que me ayudó a superar mi desgraciada niñez. Siempre acaba llegando ese

día en que comprendes que, aunque fabules, aunque casi sueñes despierto, jamás escalarás edificios ni te descolgarás surcando las calles de Nueva York o de tu barrio lanzando tus telarañas. Y cuando acabas sabiendo eso, se ha acabado tu infancia. La mía demasiado pronto. A pesar de los años pasados aún duele saber que nunca volveré a ser Spiderman. No me volveré a ocultar, como hacíamos de niños, con máscaras de cartón pintadas a mano, detrás de una identidad secreta para despistar a los malos. Esos que siempre se hacían la misma pregunta. ¿Quién se esconde detrás de la máscara? ¿Quién cojones es Spiderman?

13

¿Quién cojones es Spiderman?

En la vida real no hay superhéroes, eso lo aprendí hace demasiados años, pero sí personas que intentan hacer las cosas bien. Quizá yo fui de ese tipo una vez, pero de eso hace ya demasiados años. Hace tanto de todo que casi no sabría decir qué clase de persona soy. Y sí, hasta la gente como yo una vez fuimos niños. Y quisimos ser superhéroes, salvar a la gente. Salvarla a ella. Salvarlas a todas. Todo quedó atrás y ahora me muevo en coche hacia lo que debería ser un golpe de los que me van a sacar de la mierda de una vez por todas y para siempre. A veces creo que estoy en un círculo vicioso. Muy vicioso.

Por lo menos mi amigo está conmigo.

Barcelona no tiene rascacielos. Solo cuando veo a lo lejos las torres Mapfre me imagino a ese hombre araña que no sale todavía de mi fuero más íntimo balanceándose entre ellas. Y nada más, porque las pierdo de vista enseguida y vuelvo a mi realidad. Solo soy un sujeto intentando salir a flote.

Nos movemos rápido por la ronda del Litoral, que ese día no está condicionada por los cortes de carreteras que hay, día sí y día no, la última semana. Hemos dado una buena vuelta para llegar, pero Pepe, que sigue siendo un profesional, no deja de hacer maniobras de contravigilancia, como las llama él. En definitiva, no dejar de controlar que no nos sigan.

Al final llegamos al puerto de Barcelona.

Las historias de un puerto como este o el de Ámsterdam, por poner un ejemplo, son legendarias. Se dice que por allí entra de todo y casi no se detecta, pero por esa misma razón es muy difícil dar un palo allí. De hecho, puedes tener el mismo problema que la poli. ¿Cómo saber en qué contenedor mirar? Eso suponiendo que lo que se proponga mi amigo sea entrar a mirar, y eso tengo claro que no es lo que pretende. De mirar no se vive, por lo que alguien va a perder algo y alguien va a ganar algo. Tan sencillo como eso.

Y tan peligroso.

Siendo material del puerto solo puede ser una cosa. No veo a mi amigo traficando con mujeres y niños que han entrado clandestinamente, ni tampoco haciendo negocios con armas. La ropa de los chinos está descartada, así que tienen que ser drogas. Y, viendo el comentario de mi primer golpe cuando nos vimos el otro día, estoy seguro de ello.

Cae la tarde y ya nos hemos tomado dos birras en un bareto muy cerca de allí cuando Pepe me indica con la mirada que toca moverse. Hasta ese momento no hemos hecho nada más que hablar del barrio. Me ha enseñado orgulloso unas fotos de su hijo jugando al fútbol en el equipo del barrio, y yo le he hablado de que mi hermano, si se comporta bien, saldrá en dos años de la cárcel y que mi padre está ya más p'allí que p'acá, pero que el muy cabrón aguanta.

De nuevo en el coche, nos colocamos cerca de la puerta de salida en la calle del Cementerio. No muy lejos hay una rotonda y eso nos da cierta ventaja a la hora de ver quién se acerca. Al principio me da grima, lo reconozco. Como ver cualquier uniforme encargado de la ley y el orden. Por allí no paran de entrar vehículos de la Guardia Civil, pero Pepe no se inmuta. Solo me indica que no haga movimientos bruscos dentro del coche para no llamar la atención. Dentro de un automóvil parado en una zona poco iluminada, si no te mueves no parece que haya nadie. No llevamos mucho tiempo allí, pero ya no puedo más. Y no por estar casi sin respirar, necesito saber de una vez dónde me estoy metiendo.

—Vale, Pepe. Estamos en el puerto. Puedo suponer que tu plan es hacerte con un contenedor. Por lo menos, con lo que hay dentro, que no puede ser otra cosa que cocaína, o algo parecido. No hemos hecho más que dar vueltas y observar, y te lo confieso, no he visto

ningún punto débil para entrar y salir con un vehículo grande y llevarnos lo que sea que hayas pensado. Y si tienes solución para eso, me quito el sombrero. Creo que ni James lo hubiera resuelto —digo bromeando, aunque sé que tan solo es un personaje de mi peor pasado que no tendría ni que nombrar.

Pepe me mira con naturalidad y esboza una sonrisa. Se toma su tiempo para responder. Aunque creo que por su cara va a ser mejor no volver a mencionar a James.

—Ful, no vamos a entrar en el puerto de Barcelona a atracarlo. ¿Te ves haciendo eso con el Carapán y Juanito?

Niego con la cabeza sin decir nada, en espera de más información.

—La cosa es más sencilla. ¿Sabes lo que gana un traficante que sea capaz de sacar del puerto, digamos —arrastra la palabra como si calculara—, mil kilos de cocaína?

—No, ni idea, pero imagino que les pagarán un pico.

Pepe sonríe.

—No, ahora ya no les pagan con dinero. Ahora se quedan con una parte de la coca. Un treinta por ciento.

—Trescientos kilos. Joder.

—Sí.

Calculo mentalmente lo que vale eso en el mercado. El kilo de importación a precio de coste creo que está a treinta y cinco mil euros.

—Joder —se me escapa ante la sonrisa de Pepe—, eso son… —saco el teléfono y abro la aplicación de la calculadora. Mi cara me delata—: ¡más de diez millones de euros!

—Sí, por ahí andará.

—Está bien —dudo—. Pero para poder hacer eso necesitas un buen chivatazo, ¿no?

Vuelve a sonreír. Estoy acostumbrado a que mi amigo sea condescendiente conmigo. Siempre lo ha sido. Pero a veces cansa y me lo ve en la cara.

—Mira, el plan es sencillo. No le vamos a robar la droga a un narco. Eso, como bien sabes, nunca trae nada bueno. No queremos que nadie nos envíe un sicario, ¿verdad?

Asiento.

—Le robaremos al contacto que tienen aquí. Este, si no sabe por

dónde vienen los tiros, poco puede hacer más que llorar la pérdida. Tampoco se arriesgará a que los capos mafiosos sepan que le han hecho «un vuelco» a esa cantidad de droga para que sigan confiando en él. Si me pasara a mí, solo esperaría a otro encargo y extremaría las precauciones en el futuro. No va a perder más que su paga y el riesgo de extraviar la droga con el que ya carga siempre. Lo mires por donde lo mires es un plan muy seguro.

No sé qué decir a eso. En estos negocios nunca hay nada seguro. Son tantas las cosas que pueden salir mal que, si las pensáramos bien, nunca lo haríamos. Pero he de admitirlo, no está mal pensado. Un traficante que se queda trescientos kilos que ya no pertenecen al jefe de los narcos no irá a la pasma a denunciar el robo, eso está claro. Y si no tiene detrás a la organización, que no estará interesada en una *vendetta* personal, es probable que renuncie a perseguirnos.

Casi siento admiración, pero me gusta ser prudente. Tengo que saber más.

—Es un buen plan, lo reconozco. Vaya con tus nuevos amigos *chiwis*, colega. Porque entiendo que los contactos los sacas de allí, como con lo del reloj.

—Me busqué la vida, Ful. Necesito un montón de pasta para recuperar a mi hijo. Hace tres meses que no lo veo. Los Mossos ya no son una opción. Me dijo mi abogado que en un año es probable que me readmitan con las pagas atrasadas y todo, pero yo no puedo esperar tanto. Está creciendo sin mí. Un día su padre será un extraño para él, y no voy a permitirlo.

Lo miro a los ojos y me parece ver que los tiene humedecidos. No sabría decir, a estas alturas, si por su hijo o por perder un trabajo que realmente le gustaba. Me inclino a pensar que por lo primero. Conozco a mi amigo desde niño, no es de lágrima fácil, y las ha pasado canutas, como casi todos en el barrio. Verlo frágil me desconcierta un poco, no es amigo de enseñar eso a nadie. Ni siquiera a mí, que debo de ser lo más parecido a un familiar fuera de su núcleo obligado. A los amigos sí los eliges.

—Ya sale —me dice de repente mientras se incorpora y enciende el coche.

El Golf arranca a la primera y empezamos a seguir a un Audi TT de color negro último modelo. Lo sé por las revistas de coches que

me deja en la mesa de la entrada el señor Pérez cuando ya las ha leído.

Lo seguimos a distancia. Circula por la calle Urgell y después de callejear acaba tirando por la calle Provenga. Hoy parece que los CDR esos se han tomado un descanso y el tráfico no está obstaculizado. Tardamos lo habitual en un día cualquiera a las siete de la tarde en la capital catalana. Al final, parece que llegamos a nuestro destino en la calle Rosselló, muy cerca de lo que había sido la prisión de la Modelo. Nos paramos a una distancia prudencial en doble fila. Nada que no hagan otros conductores de la gran urbe de forma habitual.

El Audi TT está también en doble fila a unos cien metros de nosotros y parece esperar a alguien. Entonces aparece una mujer de un portal y descubro que los Picapiedra quedan lejos. Betty se evapora a las pocas horas de conocerla en ese bar, y ahora Giselle, con aquella mirada ya no tan inocente, se introduce en el coche negro.

Con la camarera del bar ya en su interior, y una amplia sonrisa de mi amigo en la cara, el coche se pierde calle abajo. Allí está su contacto en el puerto. Lo seguimos, aunque creo que no hará falta, pues la chica parece que está haciendo las labores de información. Está claro que, si no ha pensado en todo, poco le falta.

14

Poco le falta

Paran a cenar en un restaurante griego y nosotros nos comemos un *dürüm* en un *paki* que hay cerca. No le perdemos la pista, aunque Pepe ya sabe o intuye hacia dónde se dirigirán después, pero no me lo cuenta y yo no pregunto. Quiero saber qué pasa sin que me lo cuente.

Seguimos el coche hasta una zona del puerto deportivo. Allí hay unos bares musicales y discotecas de moda. El tipo aparca casi en la puerta de una de ellas y Giselle baja como si fuera una de esas modelos de revista. No le falta cuerpo para eso, la verdad, y vestida para salir es un auténtico pibón. Rivalizaría con mi Jessi.

El tipo saluda a los porteros con un medio abrazo después de chocar sus manos. Muy americano. Después se pierden por la puerta. Nosotros no llevamos un deportivo, así que aparcamos lejos y vamos andando. Mientras nos acercamos, los dos porteros, dos auténticas moles que resultan ser búlgaros, nos hacen un examen visual. Sé bien que mientras caminamos hacia ellos están decidiendo si vamos a entrar o no. Ese es el trabajo que tienen. En el fondo, vaya mierda de objetivo vital si tu única misión en la vida es decidir si alguien entra o no en una birria de local, por muy de moda que esté. Hay gente maja en estos curros, yo tengo amigos en Lleida y son muy buena gente, aunque te suelten un tortazo si te pasas de listo, pero desde que en Barcelona estos trabajos los ocupan estas mafias de gentuza del Este hay que ir con cuidado.

De todas maneras, sé que debemos entrar sí o sí en ese local. Pepe va con paso firme y sé bien seguirle el juego. Lo llevo haciendo desde niño.

Intentamos acceder, pero tal y como me imaginaba, uno de ellos se nos planta delante. Me mira de arriba abajo, y después mira a Pepe, que con la mirada tranquila le sostiene la suya. Guerra de gallos. Y yo con estos pelos.

—Puedes pasar —le dice a mi amigo, con acento del Este—, pero tu amigo… —mirándome hace una mueca como de negación forzada— no viste bien para el local.

Voy a intervenir, pero Pepe se adelanta y le susurra algo al oído. El tipo va cambiando la cara a medida que Pepe habla. Duda. Le dice algo en su idioma al otro, que a su vez le contesta medio murmurando, como si nosotros fuéramos a saber qué cojones dicen en búlgaro. Un tipo que está detrás, medio en la sombra, nos mira y contesta al de la puerta. Ese es el que manda.

—Pasa, pero otro día viste bien —me suelta.

Voy a contestar, pero mejor lo ignoro. Llegados a este punto, creo que es lo mejor. Accedemos adentro pasando por el lado del tipo que lleva el cotarro. En su muñeca veo un reloj que canta. El tipo casi lo exhibe y yo reconozco el modelo. Es un Richard Mille. Nunca he entendido de relojes caros, pero tuve uno igual en las manos hace apenas un par de días. Es el mismo que le robamos a aquel tipo. Entiendo que debe de ser falso, porque nuevo vale una pasta para un portero de discoteca. O eso, o es de otro palo. O quizá sí que es… Bah, qué más da. Sigo adelante con mi amigo hacia dentro de la disco.

—¿Qué le has dicho al segurata?

—Secreto profesional.

—No me vaciles, Pepe.

Sonríe y sigue adelante. Las cosas de poli siguen siendo suyas. No me lo dirá, aunque intuyo alguna amenaza de redada o algo parecido, ya lo había hecho en otras ocasiones. O vete a saber qué, porque a veces me cuesta reconocer a mi amigo de la infancia. No lleva placa, pero supongo que siempre le quedará dentro el madero que siempre quiso ser. Sé que lo añora, y qué lejos le queda en este momento. Lo cierto es que lo lamento por él.

El *flash* de luces me da en la cara. La sala está medio llena. Aún

me sorprende más que no dejen entrar a la gente por excusas de mierda. Aquí cabe muchísima gente, más gente de la que hay, y eso son consumiciones. O el dueño es tonto, o este es un local de blanqueo, o los bichos del Este se han hecho ya con las riendas.

—Este, como otros garitos, es para blanquear —me dice Pepe, como si me leyera la mente—. Pertenece a los gitanos del barrio del sur, aunque no lo parezca. Cuando salgamos, igual puedes ver sus cochazos en la puerta. Aquí pinchó hace un año David Guetta, y también es frecuente ver a jugadores del Barˆa por aquí, aunque ellos no saben qué tipo de sitio es. Estos locales se ponen de moda así, los tratan bien, como buenos vips que son, y ya está. También vienen otros famosos. Todos se ponen allí. —Me señala una zona elevada a la que se accede por una pequeña escalera custodiada por otro armario ropero. Desde esa zona privilegiada se ve todo el local, pero también se los observa a ellos—. Imagino que de eso debe de ir la zona vip. Si no pueden mirar a la gente por encima del hombro, como si fuéramos parásitos sin posibilidad de acceder hasta donde están ellos, no disfrutarían.

Hay una cola de gente, sobre todo chicas, que esperan para acceder. Arriba, esa gente que yo no conozco, pero que pagan por una botella de whisky lo que gano yo de sueldo, miran a la plebe desde la altura, no más de un metro y medio, como si estuvieran muy por encima.

Sé quiénes son los gitanos del sur. Alucino con que los Jaranovich, que eso lo sabe todo dios, tengan locales de moda como este para el puro blanqueo. Y que, además de famosos, les pasen por aquí esos *disc-jockeys* que parecen estrellas de cine.

La música es esa psicodélica que tan poco me aporta pero que la gente utiliza para moverse o bailar, o vete a saber qué hacen. Aquí no pega U2, ni el gran Manolo, ni Depeche, el grupo favorito de mi Jessi. En fin, nos vamos a la barra. De momento, la mejor decisión.

Pepe me hace una señal tocándome el brazo mientras estoy pidiendo dos cubatas por los que pago cincuenta euros. ¡Cincuenta euros! Aún me tiemblan las manos. ¿Los harán de oro?

Me giro y, mientras le doy el suyo, veo lo que me señala. Allí, en la zona vip, están el del Audi TT y Giselle. Y a su lado, un tipo con bigote.

—Ese es.

—¿El objetivo?

—Sí.

—Vale de misterios, Pepe. Explícamelo todo.

—El del Audi TT, Mario, es un guardia civil corrupto que, como ves, lleva el tren de vida de ir con deportivos y ropa cara, pero es soltero. Está liado con nuestra Giselle. El otro, el que está a su lado, un tal Adalberto, es padre de familia y, por lo tanto, vulnerable. Ese es el objetivo.

—¿Y quién es? ¿El empresario? ¿El que pone la pasta?

—El jefe del picolo.

—Y por jefe te refieres a…

—Sargento de la Guardia Civil.

Dos guardias civiles corruptos. No son peces pequeños a los que hacer morder el anzuelo. Imagino que Pepe lo tiene todo bien atado. O eso, o los tipos nos darán pasaporte. No creo que estos hagan detenidos en sus ratos libres.

Me fijo en el tipo. Están en un reservado de esa zona con vistas a la pista de baile. Hay cinco personas más con él en una mesa redonda y pequeña, pero a Pepe solo parecen interesarle tres. Los otros deben de ser amigos o socios. El tipo del bigote pide otra botella y se la llevan con una bengala encendida. Creo que la botella en un reservado cuesta no menos de quinientos euros, y esa no tiene pinta de ser de las baratas. Lo dicho, casi mi sueldo. El tipo sonríe. Le hace un cubata a Giselle con una de las muchas colas que hay en la mesa, mientras el del Audi TT habla con los otros dos tipos. Está muy atento con ella.

Yo diría que demasiado.

15

Demasiado

Me levanto pronto y con un poco de resaca. Pepe me dejó en casa a las cuatro. Después de la noche de disco nos fuimos pa la *keli*. No era una noche de fiesta, fuimos a trabajar. Allí estaban quienes nos podían llevar a la cumbre, a salir de la mierda donde estábamos, a reflotar nuestras vidas de una puta vez.

Memoricé sus caretos. Eso es primordial y viene en el primer curso de robos y atracos. Hay que estudiar bien dónde te metes siempre. Pepe y yo hemos quedado en llamarnos. Tenemos que esperar la llamada del millón. Esa puedo suponer, sin miedo a equivocarme, que la hará Giselle, que se la sacará a su novio picoleto. No directamente, claro, pero seguro que se las apaña para saberlo. En este negocio no te puedes fiar de nadie.

Como no tengo planes, y estoy de vacaciones, creo que me iré a mi casa de Lleida al menos a pasar el día. Veré cómo está mi viejo y qué se cuece en el barrio. Hace como un año que no voy por allí. Algo dentro de mí me reclama que lo haga. Tengo que volver al barrio, a mi ciudad, a mis mierdas de raíces, por muy mal recuerdo que me traigan.

Me voy a la estación de Sants a coger el AVE. Es un eufemismo eso de pillar el más barato de los trenes que van por vías rápidas. Ahora tengo un pequeño sueldo y me lo puedo permitir. Así que me espera el Avant y una hora y ocho minutos de lectura. He escogido una novela de Lorenzo Silva. Me interesa saber cómo trabajan los

de verde si me tengo que meter con ellos. El trayecto me da para setenta páginas muy instructivas.

Llego a Lleida y al salir de la estación me da la impresión de que todo está igual. Hasta el barrio tengo un paseo largo. No me apetece coger el bus y el sueldo no da para un taxi, así que le doy a las suelas, el transporte universal de los pobres. Como dice en su canción el gran Manolo García: «Un ratito a pie y otro caminando».

Llego en veinte minutos; con eso, en Barcelona, no he salido del paseo de Gracia. Llamo al timbre de la puerta y me siento extraño. Tengo llaves, pero se han quedado en mi piso de Barcelona. Escucho en el interfono la voz cansada de mi viejo. No suele moverse por las mañanas y me imagino que debía de estar en su ventana.

Subo los cuatro pisos y me cuesta respirar a la altura del tercero. Supongo que entre la caminata y… Qué cojones, que me estoy haciendo viejo, joder.

Cuando mi padre me ve entrar, no sé bien si se alegra o solo se da por vencido una vez más. Paso por su lado y entro en el comedor. La casa está igual que como la dejé. Veo algo de polvo en la ventana que, al menos antes, mi padre frecuentaba con asiduidad. Lo miro y baja la mirada. Es de pocas palabras, pero finalmente logro que hablemos un poco.

—Me alegra verte, hijo —revela.

Hasta parece decirlo de verdad.

—¿Cómo estás, papá? Te veo un poco delgado. ¿Comes bien?

—Me apaño. Voy bastante al comedor ese de la esquina, que es para los de mi quinta. Luego echamos un dominó. Así paso las tardes, y los días —acaba diciendo con amargura.

—¿Te llega la paga para todo?

—Sí, no te preocupes. Me arreglo. ¿Vas a quedarte mucho? Tu cuarto está como lo dejaste. Y como tu hermano aún no…, bueno, que no está, pues sigue todo igual. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

Al viejo aún le cuesta decir en voz alta que su hijo está en el talego. A pesar de la vida miserable que ha llevado tiene su orgullo intacto. En fin.

—¿Cómo llevas eso de las pastillas? —me pregunta por sorpresa.

—Bien, no me queda otra.

—Me alegro. No me queda mucho en esta mierda de mundo, y espero que os vaya bien a los dos. Es lo poco que le queda a un padre cuando echa la vista atrás.

Mi padre en modo trascendente es algo nuevo.

—Vamos, papá, que no te vas a morir, hombre. Ya sabes que mala hierba nunca muere.

Eso casi le arranca una medio mueca en forma de sonrisa. Hace muchos años que no lo veo sonreír. Puede que cuando uno intuye el final se arrepienta de la vida miserable que ha llevado. Me deben de quedar cosas por hacer, porque yo, a ese punto, aún no he llegado.

—¿Te quedas a cenar? No tengo mucho, pero puedo ir a comprar.

—No te preocupes, me voy esta tarde. Solo he venido para ver cómo estaban las cosas por aquí. He quedado con el Pelota en el Avenida. Después ya me recogerá Pepe —le miento— y me volveré a Barcelona.

No dice nada. Asiente y se dirige al perchero de la pared, de donde coge una chaqueta.

—Bueno, hijo. Aquí está tu casa si quieres volver.

16

Volver

Jamás. Aunque sé que eso de «nunca digas nunca jamás» que se marcó Sean Connery en su última peli como Bond es una verdad como un templo. Pero no, no tengo la menor intención de hacerlo, aunque escuchárselo decir a mi padre me deja una sensación extraña, y no sé bien por qué, pero es casi tranquilizador. Él fue el culpable de la muerte de mi madre. Ella no encontró otra salida que aquella ventana para acabar con su sufrimiento y eso es algo que jamás le voy a perdonar, pero, sin embargo, es mi padre. No voy a tener otro. Me da una especie de abrazo y se marcha al centro social.

No me voy a quedar mucho aquí, pero hago un repaso rápido del piso. Ni siquiera entro en mi habitación, solo pego una meada en aquel aseo cutre que no obstante es más grande que el que yo tengo en Barcelona. Me quedo un rato ante la ventana desde donde creo que mi padre debe de seguir observando la vida. La que se le está escapando a marchas forzadas. Como a todos. Esa ventana que representa la vida y la muerte.

Salgo del piso y tengo la extraña sensación de que no voy a regresar más. Me dura unos instantes, pero es muy raro. Como lo es equivocarse constantemente. Luego bajo los cuatro pisos del edificio sin ascensor y empiezo a caminar por el barrio de mi vida, que espero que no haya cambiado demasiado en este tiempo de ausencia. De ausencia de sus calles, de sus pequeños parques, de sus

gentes humildes, de la ausencia de ella. Sin Jessi, el barrio no es el mismo.

En esas cavilaciones, y esperando a mi amigo Jordi Cabasses, que todos conocemos como *el Pelota*, llego al bar Avenida. Echaba mucho de menos sus olivas arbequinas, que solo el bueno de Gonzalo sabe aliñar. En Barcelona no hay bares así. Bares de familia. Al menos yo, siendo un foráneo, no los he encontrado. Aunque bien pensado, claro que los debe de haber. Entro muy animado y nada más cerrar la puerta veo las paredes de azulejos blancos, con sus cuadros de toros y las fotos de los equipos del Real Madrid de los noventa. Incluso diría que todo está mucho más limpio de lo que yo recordaba. Me giro hacia la barra antes de saludar al camarero discreto que nos había visto crecer, y me entra un escalofrío.

Allí no está aquel señor con cara amable. Aunque todo parece exactamente igual a como yo lo recordaba, el que está detrás de la barra es un chino.

Un chino.

No es que tenga mala cara; el hombre, de hecho, sonríe al verme entrar, pero mi cara debe de ser un poema.

No hay más clientes. Y yo me quedo petrificado. Por algún motivo que no es difícil de adivinar, Gonzalo ha traspasado el bar a los chinos. Como tantos otros bares.

Dudo.

No sé si quedarme o darme la vuelta cuando entra el Pelota, y esa decisión queda en segundo plano.

No lo había vuelto a ver desde que pasó todo aquello. Ni siquiera lo fui a ver a la cárcel, pero creo que lo entendió. Le llegó su parte del botín para contribuir en su defensa y eso creo que lo ayudó bastante para acelerar su salida de permiso. La justicia es para el que se la puede pagar.

Está algo más delgado. No sé bien si me va a dar un puñetazo, pero lo que hace es darme un abrazo. Y yo se lo devuelvo. Creo que es algo que los dos necesitábamos para cerrar una herida que había cicatrizado mal.

Sin pensarlo, nos sentamos y pido dos cervezas. Veo las arbequinas en el mismo bote que siempre y tienen el mismo aspecto que las originales de Gonzalo, así que las pido sin mucho

entusiasmo.

—¿Cómo estás, Jordi? Te veo muy bien.

—Estoy bien, Ful. Tengo un trabajo de noche en un distribuidor de pescado y duermo de día, así que me acabo de pegar un madrugón. Dice mi madre que así no me mezclo con indeseables.

—Pues me alegro. Y haz caso a tu madre.

—Claro, aunque según eso no tendría que estar aquí.

—No se lo hagas del todo, hombre.

Los dos reímos.

Necesitaba ver esa sonrisa. Es la sonrisa de una inocencia que yo ayudé a romper metiéndolo en aquel lío hace ya más de dos años. Aquel día en el que mi gran golpe con James acabó en tragedia. Pero eso es agua pasada y los dos hemos pasado página. Yo ya estoy metido en algo gordo y no voy a remover la mierda.

—Vaya tela cómo acabó todo, ¿no? Me perdí casi todo el final, pero entre lo que leí en el diario y lo que me contó mi madre no podía creerlo.

—De todo aquello… Si quieres te lo contaré un día. Solo te diré que estar en la cárcel posiblemente te salvó la vida. Lo que ocurrió, bueno, fue un infierno.

—Lo sé, prefiero no saberlo —me corta.

—Sí, mejor.

Tampoco tenía intención de contárselo todo. Hay cosas que se quedarán allí para siempre y que, seguro, requieren una lectura aparte.

—¿Qué te trae por el barrio? Ahora vives en la gran capital.

—Hace tiempo que tenía que venir y quería ver cómo estabas.

—¿Tienes un… —duda— plan? Tú o… Me contaron lo de…

—No, tranquilo —lo corto—. Bueno, yo no, pero sí un amigo, que no es… En fin. Estoy bien, te lo aseguro. Pero creo que voy a participar.

—Entiendo.

Se hace un silencio. Nos miramos y damos un trago.

—¿Qué tal están las cosas por aquí?

—Pues como siempre, la verdad. El barrio sigue como siempre. Aunque no veas… —parece que recuerda algo que le hace sonreír— lo que ha cambiado la peña.

—¿A qué te refieres?

Sonríe de nuevo.

—El otro día me topé con el Ricitos.

—¿Y cómo llevaba la cogorza?

—Qué va, me lo crucé por la calle. Ha perdido como treinta kilos.

Lo miro asombrado. Siempre ha sido un gordo borracho. No de los malos, era bastante simpático aun cuando iba trompa, que era demasiado a menudo. Es de nuestra quinta y siempre pensé que no llegaría a los cuarenta.

—¿Y qué se cuenta?

—No hablé con él, solo me saludó. Iba corriendo por el barrio.

Por mi expresión de sorpresa, mi amigo da una carcajada.

—¿Corriendo? —pregunto incrédulo.

—Te lo juro —insiste—. Ahora se ha vuelto *running o runner* o como se llame.

—Tío, yo he visto a ese notas sentado en una acera llena de mugre comerse un muslo de pollo que se le cayó al suelo al «Caco veloz», que no paraba de reírse. Estaba lleno de arena. Aún recuerdo cómo crujía mientras masticaba.

—Sí —vuelve a reír—, me acuerdo de ese día. Era la fiesta mayor del barrio. Qué risas aquel día.

—*Runner*, el Ricitos. Flipante.

—Sí… Y lo acompañaba corriendo Juli, *el Gramillos*. ¿Te acuerdas? Nos pasaba buena farlopa.

—Juli, Juli… Ah, sí, cojones. *El Señor de los Gramillos*.

Casi no puedo acabar el apodo cuando estalla en carcajadas y yo no puedo reprimir las mías.

—Es increíble, ¿verdad, Ful? Los camellos y borrachos de nuestra juventud son ahora los deportistas.

—Así está ahora el jodido mundo, amigo mío.

Acabamos las risas dando los últimos tragos de las cervezas. Toca retirada.

—Tengo que irme, Jordi. Me ha alegrado mucho verte.

—Y a mí. Pero no se lo diré a mi madre —me guiña el ojo.

Sigue siendo un niño grande. Y quizá es de las pocas personas importantes que me quedan además de Pepe. Jamás haré nada para perjudicarlo.

—Muchas gracias, Jordi. Eso sí. Ten el teléfono cerca. Nunca se

sabe —le digo mientras le devuelvo el guiño.

—No te preocupes, ya sabes que yo nunca te fallaría.

Antes de salir me decido a probar las arbequinas del chino. La madre que lo parió. Saben igual que las de Gonzalo. Esos asiáticos son unos putos *cracks* haciendo copias. El chino, que parece adivinar mis pensamientos, me mira con una sonrisa perenne en su cara. ¿Cómo coño lo habrá logrado?

17

¿Cómo coño lo habrá logrado?

Quiero volver a Barcelona antes de cenar. No quiero estar lejos si la cosa estalla rápido, así que he comprado el billete de vuelta para las siete cuando recibo una llamada de mi amigo Pepe.

Por un momento me da un vuelco el corazón. No creí que la cosa se adelantara hasta tal punto, y me pilla lejos y sin transporte. Pero no es por eso. Él también ha vuelto al barrio para intentar ver a su hijo. Por algún motivo ha sabido que estaba en Lleida y eso hará que yo no tenga que coger el tren. Quizá se lo dije y no me acuerdo. Qué más da. Nos citamos en un rato en la plaza Ricard Vinyes, en el centro de Lleida. Hay una cafetería nueva y muy grande llamada Delsams o algo así, y nada más entrar veo al fondo gente trabajando con ordenadores portátiles. El de la izquierda me suena que es un escritor de Lleida. Ahora que leo más que nunca en mis ratos de ocio, y sé de lo que son capaces de inventar, me pregunto qué estará tramando ese tipo. Levanta la vista y me mira por encima de la pantalla, tiene mirada de poli. Disimulo, pago el café y busco un refugio alejado. Pierde interés en mí y sigue con sus cosas. Yo también.

Enseguida llega Pepe. No soy mucho de cafés, pero me lo he pedido bien largo.

Mi amigo llega con cara de pocos amigos y se pide uno con leche. No hablamos demasiado, no tiene buena cara. Allí solo le explico las cosas que me ha revelado el Pelota sobre esa misma

gente que él también conoce. Casi consigo arrancarle una sonrisa con la nueva hornada de deportistas del barrio. Aquí no tenemos intimidad, así que dejamos para luego una conversación sobre nuestros planes de futuro inmediato. Después nos subimos al coche para dejar la Seu Vella de Lleida, la catedral de la ciudad, a nuestra espalda.

Estamos regresando a Barcelona un poco más pronto de lo que yo pensaba. No le ha ido muy bien la visita a su ex y ni siquiera ha conseguido ver a su pequeño. Nunca cabrees a una mujer resentida. Eso había hecho él cuando empezó a frecuentar los tugurios de sudacas y a zumbarse a todas las hembras que se le ponían delante. Los cuernos no conocen religión, y su mujer jamás le iba a perdonar aquello, así que se lo hacía pagar de la peor manera posible: a través de su hijo. No es hasta pasado Cervera que se decide a hablar.

—Me derrumbo, Ful. No soporto no poder ver a mi hijo. ¡No sé qué voy a hacer!

—No es una cosa que yo pueda aportar como experiencia, Pepe, pero espera un poco, ten paciencia. En unos días tendrás tanta pasta que podrás ponerle remedio.

—Si no lo hago no sé de lo que seré capaz, la odio con todas mis fuerzas.

Yo sé muy bien de lo que mi amigo es capaz. Y ese camino sin retorno es el único que no debe tomar si algún día quiere recuperar a su hijo.

—No sé qué se te está pasando por la cabeza, Pepe, pero si le das pasaporte a tu ex, tu hijo no te lo perdonará jamás. Sé de lo que hablo y lo sabes.

—¿Qué…? No, no. Eso no lo haría nunca, hombre.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—Aunque claro que se me ha pasado por la cabeza —confiesa—. A veces es insoportable. Pero lo sé, Jordi no me perdonaría jamás que le quitara a su madre. Y si encima me pillaran, y tengo claro que yo sería el primer sospechoso de la lista, se quedaría solo en el mundo. No tengo ese nivel de egoísmo, Ful. Aún soy capaz de pensar en mi hijo antes que en mí.

—Me alegra escuchar eso.

—No soy un psicópata, tío.

—Lo sé, Pepe, lo sé.

—Además, lo viví en el curro. No sé si te acuerdas de un caso que nos dejó a todos marcados. Aquellos dos niños solos, llorando desconsolados, mientras nos llevábamos esposado a su padre, y su madre, degollada en el salón. Por suerte, no tengo ese nivel de inhumanidad, a pesar de lo que haya podido hacer en mi vida. Y lo sabes muy bien.

—Lo sé y es algo que jamás olvidaré.

18

Jamás lo olvidaré

Cuervo tenía una cicatriz que le atravesaba la cara casi desde la oreja hasta la mandíbula. Con la barba bien recortada, como manda el reglamento de la Benemérita, se le disimulaba un poco, pero las cicatrices tardan demasiado en sellarse y nunca lo hacen de manera definitiva, están ahí para recordarnos algo. Eso que jamás se irá de nuestra mente mientras vivamos porque se integran en nosotros.

Pero, además, Cuervo tenía otra cicatriz de ese tipo, una que le rasgaba el alma. Era un policía, porque, aunque el nombre de su cuerpo policial era Guardia Civil, él se consideraba más que eso, un poli de los buenos y no tanto un militar. Y por bueno se refería a los que no se corrompen, más aún, de los que pillan a los corruptos. Por eso se metió en la Policía Judicial y se lio a perseguir traficantes. Siempre hay algún agente de cualquier cuerpo dispuesto a lamer las mieles del dinero, las drogas o las putas. Como los políticos, pensaba él, que de vez en cuando alguno también salía a relucir en los pinchazos telefónicos.

Cuervo odiaba dos cosas por encima de todo: en primer lugar, a los delincuentes. Cualesquiera que fueran sus circunstancias estaba convencido de que todos tenemos elección y elegimos el mejor camino. Y si eliges, acarrea con las consecuencias. Siempre hay gente a la que no le importa pasar por encima de los demás, y ahí estaba él para ponerle los grilletes.

Todo tenía un motivo o una razón de ser para ese primer odio.

Cuando aún era cabo y estaba destinado en la comandancia de Sevilla, él y su ahora primera exmujer paseaban por el centro con sus pequeños retoños. El mayor ya caminaba, o más bien corría, y el pequeño aún iba en el cochecito que empujaba él. Su mujer se comía un helado y vigilaba al mayor que no se alejara en exceso de la protección familiar. Y pasó lo que nunca pasa, lo que les toca a los demás y lo sacan en Telecinco o en Antena 3 en *prime time* para mostrar la desgracia ajena.

Un coche perseguido por la Policía Local perdió el control y se subió a la acera. Su mujer ni siquiera lo vio llegar, pero Cuervo sí. Siempre tenía los cinco sentidos en todo y oyó derrapar las ruedas. No podía dejar de sujetar el cochecito de su hijo pequeño, por lo que solo pudo ser testigo de la tragedia. Su hijo mayor salía disparado a cámara lenta como si de una película se tratara con los gritos desgarradores de su mujer como banda sonora.

El pequeño fue a parar a una tienda de comestibles de pakistaníes que tenía unas cajas de cartón en la puerta que, en cierto modo, amortiguaron el aterrizaje del pequeño.

Por suerte para él, su hijo no falleció de puro milagro. Pero la visión de su pequeño en la cama del hospital lleno de escayolas y vendajes, y la pérdida del bazo, lastraron la buena fe en las personas que quizá en otro tiempo tuvo aquel agente de la ley.

La Policía Local perseguía a unos atracadores de una tienda de ropa que se habían llevado sesenta euros de botín. Su hijo casi muere por unos míseros sesenta euros. Diez mil de las antiguas pesetas. Cuervo nunca se recuperó, aunque su hijo sí. Y su odio a los delincuentes acabó en leyenda por el gran número de detenciones que empezó a efectuar. Algunos tenían que pasar por el hospital antes de llegar al juez, lo que le costó alguna advertencia judicial y más de una reprimenda de sus superiores, aunque no se llegara a probar que castigara a los detenidos. Esa vida, siempre en la calle persiguiendo maleantes, le costó su familia. Cuando se divorció de su mujer y se fue de Sevilla con destino a Barcelona, los barrios bajos de la capital andaluza celebraron una fiesta. Algunos delincuentes, de manera literal.

Pero no era lo único que Cuervo odiaba, también lo hacía con el mismo o incluso superior afán por los policías corruptos. Ese odio salía a relucir cada mañana al mirarse al espejo.

De eso era testigo la cicatriz de su cara.

19

La cicatriz de su cara

A Antonof, *el Burán*, le gustaban los contratos rápidos. En ellos podía negociar un precio alto, con lo que eso conllevaba. De entrada, lo alojaban donde a él le parecía mejor, y no le gustaba nada la mugre. Si la ciudad era la capital catalana, le encantaba el hotel W Barcelona, con vistas al mar y ubicado al final del paseo marítimo de la Barceloneta.

Se registraba con un pasaporte falso de Ucrania y nadie diría que no era más que otro respetable, si es que los hay, hombre de negocios. Porque ¿quién cojones sabe qué significa ser un hombre de negocios? Nadie consigue nada sin ensuciarse las manos, pensaba siempre Antonof. Y eso deja cicatrices, que las tenía, pero en su caso no le afectaban al rostro.

Aunque a aquel encargo había ido en coche, a él le gustaba viajar en primera clase y vestir trajes caros, siempre sin corbata. En un enfrentamiento cuerpo a cuerpo la corbata te puede costar la vida si el otro es medianamente hábil. Solo con estirar bien podrían ahogarte sin problemas.

Nunca llevaba armas de fuego con él, se las debía proporcionar el cliente. Sus jefes temporales suelen tener acceso a ellas fácilmente, sin olvidar que Antonof era capaz de matar con un tenedor de postre.

Aún no conocía los detalles del trabajo, pero cuando lo llamó Alexei para ofrecerle el asunto se lo pensó poco. Le encantaba la

Ciudad Condal y la oportunidad de ir al Liceu a escuchar una buena ópera. Ese gusto refinado contrastaba con una efectividad endiablada y un grado de acierto sorprendente para un negocio como aquel.

En muchos casos las víctimas eran personas que se habían entrometido en algún negocio. A veces, la voracidad de los poderosos no conoce límites ni piedad. Antes de París, su último trabajo había sido en la Amazonia eliminando a un jefe tribal que molestaba en la deforestación de una selva codiciada para la plantación del aceite de palma, o de lo que fuera, a él le daba igual.

Cuando la cosa se complicaba era cuando lo contrataba algún cártel de drogas y los objetivos eran otros traficantes, fiscales, jueces o policías. Aunque estos últimos suelen responder a las balas con otras, por lo que esos trabajos requerían un esfuerzo extra. Y un pago extra, por supuesto.

Antonof tenía todo el día para él. Por la tarde debía estar en la plaza de Catalunya a las ocho, donde se reuniría con algún miembro del clan mafioso y le entregarían el material. Allí también encontraría el armamento que había encargado y la información del objetivo. Como aún no sabía a quién o a cuántos tenía que eliminar, se reservaba poder pedir más material o incluso rechazar el trabajo, pero nunca lo hacía. Era un reto y él no rechazaba una apuesta.

Poseía residencia en Mónaco e incluso tenía novia allí. La joven creía que convivía con un empresario respetable que viajaba mucho. Incluso la llevaba con él a alguno de sus asuntos. A ella le encantaba hacer turismo, y a él le iba de fábula poder entrar en los hoteles de lujo con una mujer agarrada del brazo. Nadie sospecha de las parejas ricas en hoteles caros.

Así que ella, sin saberlo, no era más que un cartoncito de las piezas de un puzle.

20

Las piezas del puzle

Hay días en que todo se junta y ocurre. El azar escoge el momento y los actores son dirigidos bajo la batuta del destino. Es cuando empiezan a encajar las piezas de un puzle y se vislumbra la foto que se esconde tras unos simpáticos pedacitos de cartón.

En esos días, Mario Lacasa se levanta de la cama de su novia Giselle y se va al baño porque ha recibido una llamada de su jefe. Este lo es por partida doble, porque además de firmarle los permisos de trabajo es también su socio en la entrada de droga por el puerto para el clan de los colombianos.

Son pasadas las seis de la tarde, hoy la siesta se les ha alargado. Ella en breve se tendrá que ir a trabajar y él, de vuelta a la comandancia. La chica, que parece un ángel, allí dormida entre las sábanas, se abraza al hueco que deja en la cama y Mario piensa que quizá es algo más que la tía a la que se tira. Siente algo por ella más profundo que los buenos polvos que se dan. La deja durmiendo y, una vez cerrada la puerta del baño, contesta.

Empieza susurrando, pero su jefe no le oye bien y acaba hablando con tono medio, bajo la ignota protección de una puerta de madera hueca. Cree que la quiere, pero no tanto como para confiarle el secreto de esa vida de rico alejada de las privaciones de los mal pagados funcionarios.

La conversación es breve, no se andan con chiquitas, y ambos saben que cualquier día pueden tener los teléfonos pinchados.

—Las órdenes llegan mañana —le dice el sargento—. Así que te cambio el turno y entras a las seis. No te retrases y deja de follarte a ese bombón. Te necesito concentrado.

—¿Mañana? ¿Todas las órdenes pendientes?

—Sí.

Cuelga el teléfono rápido y Mario respira entre el optimismo y el estrés que le espera al día siguiente. No tendrá que hacer aquello mucho tiempo más. Está ahorrando para dejarlo y vivir como un rey. Y allí, al otro lado de la puerta, está su reina.

Pero Giselle no duerme, está casi pegada a la puerta del baño, que deja pasar toda la conversación a través de la madera hueca. No ha oído la palabra «coca», ni «droga», ni «cargamento», solo «órdenes». Sabe que en esos negocios se habla en clave. Es una chica lista y solo necesita una pequeña prueba más para asegurarse de que el envío que espera será al día siguiente. Sabe que cuando entra un cargamento a Mario le gusta echarle un buen polvo. Lo ha cogido como un ritual y sabe que es un hombre de costumbres y muy supersticioso. Así que solo tiene que poner alguna excusa para rechazarlo y sus creencias harán el resto, porque él no parará de insistir como un león en celo.

Se queda despierta estirada en la cama antes de que salga del baño. Cuando sale completamente desnudo y se acerca a ella, tiene la confirmación. Cuando ella le niega el sexo, Mario no puede evitar decirle que lo necesita y que, al día siguiente, como le ha salido un trabajillo extra, le hará un buen regalo.

Ella tan solo sonríe al techo mientras él la penetra.

* * *

Un par de horas más tarde, Antonof paseaba por la Rambla en dirección a la plaza de Catalunya, donde le tenían que pasar el material de trabajo. Había ido caminando tranquilo entre el tumulto de transeúntes, sobre todo turistas, que llenaban esa zona. Se paró a contemplar en el suelo el mural de Miró, tristemente famoso por ser el lugar donde se detuvo la furgoneta de los terroristas de Alcanar después del atropello masivo a lo largo de su recorrido. Qué idiotez quitar vidas sin motivo. Además, matando niños. Hasta los asesinos tienen que tener principios, si no tan solo somos animales.

Él quitaba vidas, pero solo era una mera herramienta de los que lo contrataban, así que no sentía remordimiento alguno. El que está decidido a matar, lo hará de todas formas, y es igual que utilice una pistola, un puñal, una cuchara de postre o que pague para que otro lo haga. Así, Antonof se consideraba tan solo un medio. Eso le quitaba carga a su alma, porque tan solo hacía un trabajo que otro no era capaz de hacer. Era el arma de los cobardes. Eso sí, de cobardes con mucho dinero para poder permitirse sus servicios. Ni siquiera los grandes traficantes eran más que sujetos que, aunque hubieran hecho barbaridades, lo hacían al amparo de otros, que los protegían.

Se había vestido de *sport*, ya que sabía camuflarse bien, y un tipo con un traje de Versace, solo, paseando por la Rambla sería sospechoso. Además, tenía que llevar una chaqueta verde. Nada chillón, obviamente, pero lo suficiente como para que lo reconociera el contacto.

Llegó puntual al lugar acordado y, como habían quedado, se detuvo en la tercera farola desde la fuente y esperó que su contacto llegara, suponía que Pavel. También podría ser que enviaran a alguien diferente y que él no conociera. Una vez allí, se puso en tensión. Todos sus sentidos se afilaron. Aunque pudiera parecer que no, ese era el peor momento de su trabajo, porque en ese instante estaba al descubierto, desarmado y sin información.

Su contacto sabría quién era y él podría no saber quién vendría a contactarlo. Era vulnerable y solo esperaba que no se retrasara demasiado.

Vio a dos tipos en bicicleta, pero pasaron de largo. Otro venía corriendo, pero no llevaba nada a la espalda, así que, sin una mochila, tampoco podía ser.

Entonces observó a uno con un patinete eléctrico y vio que llevaba al hombro la bolsa negra que él había pedido para que le entregaran el material. Antonof encontró la forma de que él también pudiera identificar a quien le traía sus objetos si no era quien conocía. Una bolsa negra tipo mochila, pero no de deporte, de la marca Oakley. Él llevaba otra muy parecida colgada de su hombro. A veces los modelos no coincidían en diferentes países.

Observó el entorno, mientras el tipo se dirigía hacia su posición. Se paró en la farola anterior a la suya y se bajó del patinete.

Empezó a caminar en su dirección mirando el móvil. Y él hizo lo mismo.

El contacto, de no más de veinticinco años y en buena forma, lo vio y se acercó a él sin demasiado disimulo. Antonof miró a su alrededor buscando algo que no le cuadrara, pero el chico no parecía ser consciente de que siempre puede haber alguien que te esté siguiendo. Cuando lo tuvo casi pegado, Antonof le dio un golpe seco en el hombro que el otro no esperaba y eso hizo que se le cayera la mochila.

El tipo lo miró y, sin entender qué maniobra estaba haciendo, intentó sujetar su mochila para que no se rompiera lo que había dentro, y de lo que no tenía ni idea de qué albergaba. Con un movimiento rápido, fue el propio Antonof quien inició el cambio de mochilas ante la mirada perpleja del contacto, que no entendía nada. Le habían dicho que le llevara esa bolsa a un tipo que encontraría debajo de una farola con una chaqueta verde, pero no había pensado en nada más que en dársela e irse. De repente, se encontró con otra mochila en el hombro en un visto y no visto. Se giró para ver marcharse al hombre, pero, sin saber cómo, ya se había perdido entre la multitud, así que se subió de nuevo al patinete y regresó al bar que regentaban sus jefes.

Una vez estuvo seguro de que la zona era de fiar, Antonof salió de la plaza en dirección a los taxis aparcados en la calle; el mejor medio de transporte si llevas algo en tu mochila que te puede llevar a la trena. La poli no suele parar un taxi si este no comete una infracción seria, y en ese caso se centran solo en el conductor.

Cuando regresó al hotel, dejó la mochila en la habitación y bajó a tomarse un café al bar del *hall*. Se sentó y disfrutó de la droga negra legal que tanto le gustaba. Delante de él había una mujer hojeando un folleto con las representaciones en el Liceu.

—Disculpe —le pidió Antonof en un aceptable castellano.

La mujer le dirigió una mirada inquisitoria.

—¿Sabría usted qué día estrenan la nueva versión de *Don Giovanni*?

La mujer miró el folleto que ella misma examinaba y vio que la obra que representaban en aquel momento era *La flauta mágica*.

Sonrió.

—*La flauta mágica* termina sus representaciones la semana que

viene, y *Don Giovanni viene* después —le respondió con un leve acento ruso.

—¿Y eso cuándo será exactamente?

—Espere —miró el folleto—; el día diez del once a las veinte horas.

—No entiendo —dijo sonriendo Antonof.

—Perdone, el diez de noviembre a las ocho de la tarde.

—Muchas gracias, aunque no sé si aún estaré por aquí para entonces.

—Si está, estoy en la ochocientos doce —añadió ella, guiñándole el ojo—. Me gustan los hombres con gustos musicales.

La mujer se fue y Antonof regresó a su habitación.

Una vez allí, abrió la mochila, obvió el arma y sacó un pequeño ordenador. Lo encendió y esperó unos segundos hasta que el aparato le pidió una contraseña. Escribió: «diez-11-veinte». El protector de pantalla se desactivó y accedió a la información, lamentando únicamente que *Don Giovanni*, en realidad, no se representara hasta dentro de un año.

Poco después abrió una aplicación encriptada, donde le mostraban algunas fotografías. Sobre ellas tendría que empezar a buscar sus objetivos. No eran imágenes nítidas ni mucho menos, pero se necesitaban buenos contactos para conseguirlas. En ellas aparecían unos tipos corriendo con lo que, con toda seguridad, eran elementos de disfraz en las caras. Todos menos uno, que iba detrás.

Las piezas del puzle empezaban a dejar ver una imagen.

Como siempre en su trabajo, esa imagen estaría en breve manchada de sangre.

No era más que la visión sobre plano del inicio del plan.

* * *

Aquella tarde, a unos kilómetros de distancia, una vez Mario se había ido, Giselle se preparaba para ir a trabajar al bar. Tecleó en su móvil y le envió un mensaje a su primo. Solo escribió:

«Será mañana».

Pero ese era otro plan.

21

El plan

Es la hora, y cuando Pepe me recoge en la Casa Batlló ya están con él Juan y Carapán. Nos movemos rápido, son las siete de la mañana y al tráfico le queda poco para entrar en la hora punta. A pesar de ello, hoy no hay excesivos vehículos, sin contar con la pesadez de los semáforos si no pillas la famosa «onda verde», que en Barcelona debe de ser como encontrar un unicornio, porque yo no la he pillado nunca, aunque todo el mundo ha oído hablar de ella. Pero bueno, tampoco voy demasiado en coche.

Aún no hay turistas por la zona, y las tiendas de ropa cara estarán llenas en un par de horas. Pienso en la pasta que podríamos sacar de la mayoría de ellas, pero en ningún caso sería lo que podemos sacar de este palo. Somos cuatro y, redondeando a la baja, podríamos sacar dos millones cada uno. Eso es una retirada en el Caribe en toda regla. Tengo ganas de decírselo a Jessi: que puede dejar a ese mamarracho con el que sale, que yo podré darle esa vida que se merece.

Ful, céntrate.

Estamos a punto de iniciar una guerra y el enemigo no solo es un delincuente, es además un policía. Aunque corrupto, no lo es en este momento para sus compañeros, que aún deben de pensar que es de los suyos. No es así. Ya pertenece, puede que sin saberlo o sin ser consciente de ello, a un capo de la droga. Nunca lo van a dejar salir de ese pozo sin agua, inundado por riquezas, pero que en

definitiva es un pozo. Puede que sea rico y que viva como tal, pero es esclavo de otro. Prefiero mi portería, eso lo tengo claro. Me puedo ir de allí sin mirar atrás sabiendo que nadie me perseguirá y no tendré que vivir sin perder de vista mi espalda el resto de mi existencia.

Toqueteo mi teléfono y Pepe, que conduce, me mira de reojo.

—No sé si enviarle un mensaje a… —dudo en decirle de verdad a quién le quiero enviar el mensaje y me sale otro nombre— Bilma. Hace días que no sé de ella y…

—Ful, deja eso, por favor —me dice algo más enojado de lo que tocaría. Está nervioso, es normal.

—Lo dejo para luego, no te preocupes.

—¿Que no me preocupe?

Respira hondo y me pregunta:

—Tío, ¿seguro que estás preparado para esto?

—Pues claro, Pepe. Me ofendes. Estoy al cien por cien. Sabes que no te fallaré.

—Yale, vale.

Mira por el retrovisor a nuestros socios. No quiere que nos entren dudas a ninguno. Por eso se ha contenido un poco y no ha sacado la furia cuando me he dejado llevar por el entusiasmo de un dinero que aún no tenemos. Aunque se ha mosqueado. Me conoce y sabe que pensar en Jessi me puede desconcentrar, así que le he mentido. La aparto de mis pensamientos.

—Estamos llegando —anuncia.

Los de atrás se preparan. Y yo también.

—Recordad, no vayáis los tres juntos. Os dejaré a unos cien metros de la casa. Ful, baja tú antes, y vosotros lo hacéis pasada la verja de la otra casa. Caminad tranquilos. Del marido me encargo yo; y, además, no os preocupéis, que ya no está en la casa. Tiene que estar en el trabajo, así que iré hacia allí y…

Pepe deja de hablar y pone una cara que acojona. Incluso a mí. Se ha quedado pálido de repente. Los de atrás solo esperan a que termine de hablar sin comprender por qué se ha callado de golpe y ha continuado calle arriba. Me fijo en lo que le ha dejado ese careto justo cuando pasamos por delante de la casa, puesto que no ha parado para que yo me baje.

Observo que se está abriendo la puerta de la propiedad y de

reojo veo salir el morro de un coche que no puedo identificar. No hace falta.

—No os giréis —indica en un grito ahogado mientras observa salir un coche, que sabe de quién es, por el retrovisor.

Carapán y Juan obedecen y, sin saber qué cojones está pasando, se quedan inmóviles buscando información con los ojos a un lado.

Ellos no pueden verlo, ni yo, aunque lo intuyo. Pepe no quita ojo del retrovisor.

Adalberto sale con su Jaguar del parking de su casa y coge la dirección contraria a la nuestra. Si en este momento nos pinchan, no nos sacan sangre. Por unos minutos no nos encontramos de frente con el guardia civil, que, seguro, va armado, y se marcha a la mierda todo el plan.

Pepe respira hondo.

—Se va al trabajo. Pensé que iría antes, como el tal Mario.

—Es un sargento, tío —le digo—. Tú tendrías que saberlo mejor que yo. ¿Desde cuándo los mandos entran a trabajar a la misma hora que los agentes?

—La mercancía llega hoy, joder. He supuesto que… Es igual, Ful. Ya está fuera.

Los dos de atrás se giran a mirar una vez comprenden lo que ha pasado y que las palabras del jefe del plan indican que ya no hay peligro.

Nadie dice nada y se respira la tensión.

—Venga —les digo—. Seguimos adelante, chicos.

Ahora haremos la aproximación al revés. Yo me bajo antes que mis socios, pero en el otro lado, y veo, mientras comienzo a caminar, que Pepe los deja a unos doscientos metros de mí. Empezamos el acercamiento a la casa. El cielo parece que intuye que algo malo va a pasar y protesta encapotando el horizonte. Quiere llover, contradiciendo al hombre del tiempo, que esta mañana al levantarme ha dicho lo contrario.

En unos instantes la vida de una familia va a cambiar para siempre.

Hoy no les va a tocar la lotería.

22

La lotería

Es la hora y algo me dice que no debería estar aquí, pero sigo caminando por la acera de la urbanización intentando no pensar dónde me he metido. Carapán y Juan están llegando a mi altura. Pepe ya está en ruta intentando controlar a Adalberto, y sé muy bien por qué nos hemos separado. Esta parte del plan es la que menos me gusta, pero es la palanca que hará girar la rueda, así que no queda otra que seguir adelante, y mi amigo me necesita aquí para saber que todo va a salir bien.

Saltamos la verja por una esquina del vallado. La cámara de seguridad está justo encima, por lo que nos grabará de espaldas, y en este momento ya nos hemos puesto los pañuelos cubriéndonos la mitad del rostro de nariz para abajo. Además, con la gorra casi hace que nuestra cara esté cubierta, como si lleváramos un pasamontañas, evitando una prenda que, en caso de que nos parara la poli, sí haría saltar sus alarmas.

Mis pasos no son firmes, o eso me parece al andar sobre una zona de gravilla que dice mucho del giro que está tomando mi vida. Oigo cómo rugen las pequeñas piedras amortiguadas por mis zapatillas deportivas a cada paso, pero a mí me parece que es un estruendo, y que nos van a oír desde dentro y van a llamar a los Mossos.

Eso no pasa.

No es demasiado pronto y, si no nos damos prisa, puede que no

los cojamos desprevenidos y ya estén desayunando.

Es sábado, por lo que la familia no tiene por qué madrugar. No los echarán en falta en ningún sitio, que sepamos; al menos, no en la escuela. Pienso que el hecho de que el cargamento llegue en sábado es un presagio. En realidad, es otra maniobra de los narcos, puesto que no debe de haber tanta actividad en fin de semana, y puede que los guardias no sean tantos. De esa parte de la estrategia se ha encargado Pepe, claro.

Enseguida nos encontramos frente a la puerta de la casa con los pañuelos y las gorras puestas, los guantes de piel, que precisamente no sobran por el viento gélido que sopla estos días por todo el puto país, además de abrigos oscuros. Carapán saca la pata de cabra y, antes de darle, se detiene. Me mira. Yo también lo hago, y de paso busco a Juan, que se mantiene detrás de mí, expectante. Las prendas de ropa en el rostro solo dejan ver una abertura donde se asoman los ojos y los párpados. Aun así, observo una gota de sudor que debe de bajar de la frente por su lado derecho y que se acumula en el tejido negro de tela que comienza a estar húmedo. Mala señal.

Vuelvo la vista hacia Carapán, que parece esperar mi aprobación o vete a saber de quién, así que le digo que sí con la cabeza. Con ese gesto me convierto en el jefe del grupo.

Con un golpe seco, incrusta la palanca en la puerta y empieza a hacer presión. Tenemos muy poco tiempo. Si hace demasiado ruido, o tarda en exceso, la mujer se despertará o lo harán los hijos. Y eso no nos conviene.

Tarda poco, aunque en estos casos siempre parece más tiempo del que en realidad es. La puerta se abre con un «creeeec». Entramos rápido y ajustamos la puerta de nuevo. Desde fuera, aunque hay una buena valla, debe de parecer que todo continúa normal. La vivienda es de dos pisos y hemos de suponer que los dormitorios están arriba. Hay que ser rápidos, pero no olvidar la seguridad. Un telefonazo al 112 cuesta unos pocos segundos.

Apenas empezamos a subir por las escaleras, oigo un pequeño ruido detrás de una puerta a nuestra derecha. Paramos en seco. Ellos también lo han oído. Con una señal les digo que sigan subiendo mientras yo compruebo el ruido.

Nos separamos.

No es lo ideal, pero hay que adaptarse. Los pierdo de vista al

final de las escaleras. Arriba tienen que estar los dos niños y la mujer. Quizá tienen una mascota de la que no sabemos nada. En todo caso, no sería un perro grande. O la información es una mierda, claro. Avanzo con seguridad. En cuanto descarte ese extraño ruido subiré rápido. Lo primordial es que inmovilicen a la mujer, pero no hay que olvidar que hoy en día los niños también tienen teléfono móvil, y estos, además, seguro que cuentan con alguna marcación rápida a emergencias. Digo yo, por la profesión del padre.

Llego a la puerta y veo una luz que sale de dentro, aunque está casi cerrada. La abro y me encuentro lo que no quería encontrar. Un niño de no más de diez años me mira horrorizado sosteniendo un vaso de leche con la nevera aún abierta. Se le ha quedado la boca medio abierta, pero no emite ningún sonido.

Está paralizado por el miedo.

No puedo perder tiempo y me lanzo a taparle la boca mientras pueda evitar que grite. Lo consigo, pero el chaval es guerrero. El vaso de leche que tenía en las manos se cae y se rompe en mil pedazos. El instinto de supervivencia hace que el pequeño cierre la boca y con ese gesto me muerde en la mano. Llevo buenos guantes y no traspasa, pero duele. Un grito ahogado que viene de arriba me hace reaccionar a mí también. Saco uno de los trapos que tenemos preparados y amordazo al pequeño. Lo cojo en volandas y, aunque lo oigo gritar y llorar entre sollozos, empiezo a subir las escaleras con él a cuestas. Tengo un momento de pánico que consigo apaciguar respirando fuerte. Es un secuestro del que, si todo va bien, nadie se va a enterar. Y, sobre todo, nadie saldrá herido.

El tipo no puede ir a la Policía si no quiere que le hagamos daño a su familia; además, le pueden hacer preguntas incómodas. ¿Qué interés puede tener alguien en secuestrar a la familia de un picoleto con un sueldo de funcionario? Eso me tranquiliza, pero aun así corro lo que me dan las piernas. Quiero llegar rápido.

Se abre ante mí un pasillo y oigo ruidos a mi derecha. Sigo con el niño como paquete en el brazo. Empieza a pesar. Abro la puerta y lo que veo me tranquiliza un poco. Allí están atadas de pies y manos, y con un pañuelo en la boca, la otra niña, de unos trece años, y la mujer. Sus miradas también son de pánico. Dejo al niño de pie, pero no me da tiempo de atarlo porque sale disparado hacia

su madre, a la que coge por el cuello, mientras Carapán intenta separarlos. Todos lloran desconsolados. Tengo que actuar rápido, y necesito su atención. Lo que los tiene en ese estado es el desconocimiento, el no saber qué vamos a hacer con ellos. Tengo que dar las instrucciones ya y seguir con el plan. Es lo mejor para todos.

Guardo en mi memoria una noticia que leí hace poco y que me dejó impactado. Leer el diario; esas cosas de tener un trabajo donde estoy sentado delante de un mostrador sin apenas nada que hacer durante ocho horas.

Leí que un violador condenado en el Reino Unido quedó en libertad por un error judicial. Hasta que lo trincaron de nuevo, pero en esos quince días cometió ocho violaciones más. Un animal. Pero lo que me revolvió el estómago fue que dos de ellas fueron en casa de una mujer con sus dos hijos. Niño y niña. El muy hijo de puta los ató a unos delante de los otros para que pudieran verlo todo y después violó a la madre y al niño. Disfrutó haciéndoles sufrir. Maldad pura.

Sí, soy un delincuente, lo sé. Y esto que estoy haciendo no está bien. Pero, joder, no soy un malvado, y creo que en algún lugar dentro de mí tengo eso que llaman «alma».

Me fijo en la mujer, pelirroja de unos cuarenta años muy bien llevados, que ya tiene los ojos rojos de llorar. Me acerco lentamente para no sobresaltarla más, pero eso no la calma.

—Señora —le susurro muy cerca de su cara, intentando captar toda su atención—, señora —le repito, elevando el tono de voz—. Le prometo que no les va a pasar nada. Esto es un tema solo con su marido. Seguro que él colaborará y nosotros nos iremos. Deje de llorar así. Sobre todo, hágalo por sus hijos —le pido, señalándolos.

Ella me mira a los ojos buscando algo que la haga creer en mis palabras. Sus hijos siguen aterrados, juntos en el suelo de la cama de matrimonio, llorando desconsolados.

Carapán no le quita ojo a las piernas desnudas de la mujer ni al escote que enseña sin buscarlo. No me gusta la mirada que tiene.

—Haz la foto —le indico a Juan, que saca el móvil robado, la inmortaliza y automáticamente se la envía a Pepe. Luego me la enseña orgulloso. El padre de familia va a colaborar, no tengo dudas. Tampoco tengo dudas de que nos matará si averigua quiénes

somos.

Yo lo haría.

El plan sigue adelante.

23

El plan sigue adelante

Adalberto está nervioso. Hoy es el día que llega el contenedor. No es, ni mucho menos, la primera vez que lo hace, pero no puede evitar la tensión del momento. Se juega mucho. Se diría que todo. Si sale bien, como en las anteriores ocasiones, le quedará muy poco para dejarlo. Ya tiene suficiente como para vivir a cuerpo de rey el resto de su vida, pero siempre hay un asunto más. Y a los colombianos no se les puede decir que no de un día para otro.

Si sale mal, se acaba su vida. En el mejor de los casos irá a la cárcel, dejando a su familia desprotegida. No quiere ni pensarlo.

Esta vez son mil kilos. Él se lleva trescientos, que repartirá, no a medias, con su socio, el otro guardia civil, Mario, y le dará un pellizco a un tercero para el que será su primer trabajo serio.

También pagará a los intermediarios. Aquí mojan también algunos estibadores y trabajadores del puerto, y un miembro de la Policía Portuaria.

Espera varias llamadas. Lleva consigo tres teléfonos móviles y uno vía satélite que le proporcionó en una ocasión el mismísimo jefe del cártel.

Hace ya un tiempo, y después de hacer la vista gorda a alguna partida pequeña sin apenas intervención, le fueron a buscar dos hombres bien vestidos.

Él salía de trabajar y un coche le hizo luces varias veces. Paró en doble fila y bajó del vehículo sujetando su arma sin desenfundarla.

Del otro coche bajaron dos hombres con traje. Eran abogados. Le entregaron una tarjeta a modo de presentación, le dijeron que estuviera tranquilo y que alguien importante quería conocerlo en persona. Observó la situación y vio que detrás del todoterreno había otro coche de donde bajaron cuatro tipos muy corpulentos. Entendió que no tenía alternativa, así que se subió con los trajeados a un Audi todoterreno enorme, al que seguía un Audi A8 negro con los cuatro armarios. Lo llevaron al aeropuerto y, pasando los controles sin oposición, accedieron a uno de los hangares donde pernoctan los aviones privados. El coche lo dejó al pie de un *jet* y al bajar se encontró con otros tres matones que lo cachearon. Le quitaron la pistola y, aunque estuvo a punto de protestar, sopesó la situación y aceptó el «Luego se la regreso», que le dijo uno de ellos con acento latino.

Subió por unas escalerillas y entró en otro mundo. El de los ricos. Porque ellos viven así y son demasiados los que han hecho su fortuna de manera ilegal. Allí estaba, en un avión privado, donde lo esperaba sentado un tipo más bien bajito y gordo. No lo reconoció de primeras, pero luego supo bien que había conocido a uno de los narcos más sanguinarios desde Pablo Escobar. El encuentro fue breve.

—Me hablaron muy bien de usted. Estoy buscando un buen socio para mis envíos a España.

—Gracias —titubeó Adalberto—, pero no sé muy bien qué significa eso.

—Yo le aclaro. Usted ya deja pasar algunas mercancías sin hacer preguntas. Si acepta, todos mis envíos a través del puerto de Barcelona los llevará usted, y yo a cambio le daré un treinta por ciento del producto. Luego tiene usted dos opciones con la mercancía: se la queda y la distribuye usted mismo, o se la distribuyen mis otros socios de aquí a cambio de un cincuenta por ciento de sus ganancias. Además, le daré algún pequeño cargamento de la mercancía para que lo entregue a las autoridades y así quedará usted bien con los suyos.

Adalberto se quedó un poco pensativo. Eso quería decir cobrar directamente un quince por ciento de los envíos y menos trabajo, o buscarse unos buenos contactos y hacer muchísimo más dinero. En todo caso, se trataba de hacerse rico, con más o menos riesgo.

—¿Y bien?

Miró a su alrededor, vio a los matones y pensó que, si decía que no, podía perfectamente no llegar a su coche de una pieza entera, así que respondió:

—Me parece un buen trato.

—Bien —miró a uno de sus hombres—, mi socio le dará un teléfono limpio vía satélite con el que podrá contactar con Wilson. Es de mi plena confianza. Hace usted el trato con él y los preparativos de salida del puerto. Luego ya hacemos nosotros el resto.

—De acuerdo —dijo sin apenas opción.

—Usted y yo ya no nos veremos más. Espero que le vaya bien en la vida y disfrute de salud, porque le haré muy rico. Mis bendiciones para usted y su familia.

El tipo se giró y dejó de mirar a Adalberto, que comprendió que la reunión había terminado. Un sujeto que parecía un oso gigante le dio un maletín, donde comprobó que estaba el aparato que le había prometido.

Bajó del avión, le devolvieron su arma y lo metieron en el coche de vuelta adonde había aparcado el suyo.

De eso hacía ya casi dos años. El paso del tiempo y no tener incidentes suele llevar a la confianza.

Suena uno de sus teléfonos. El que tiene para sus asuntos personales con sus socios de aquí. No lo conocen muchas personas, pero no identifica el número; claro, no está en su agenda.

Su socio no es.

—Te voy a enviar un archivo —le dice una voz desconocida—. Míralo y no te vuelvas loco, todos están bien.

Al segundo, el corazón de Adalberto empieza a bombear sangre desbocado y, antes de que tenga tiempo de empezar a pensar qué está pasando, un pitido lo alerta de la entrada de un mensaje con un archivo fotográfico.

A Adalberto casi se le cae el teléfono al suelo del impacto emocional. Tiene que mirar la foto detenidamente hasta que comprende qué pasa y la aparta para dirigirse al auricular.

Pepe escucha los gritos, las amenazas y los insultos durante casi medio minuto. Pero aguanta. Cuando el otro se cansa, o más bien se queda casi sin voz, Pepe vuelve a hablar.

—No les va a pasar nada. Y no te servirá de nada ir corriendo hasta tu casa. Ya no están allí —miente como un bellaco—. Escucha atentamente.

Deja pasar unos segundos, asegurándose de que Adalberto se calma y acepta —no le queda otra— la situación.

—No queremos la droga de tu jefe, no estamos locos, pero sí queremos tu parte del pastel. Sé que está sobre un treinta por ciento. Así que harás lo que haces siempre, pero esta vez tu parte te la llevarás toda para ti. Cuando la tengas, envía un mensaje a este número y te daré instrucciones. No queremos nada de tu familia. Ellos están bien. Solo queremos la droga y únicamente perderás este envío. Seguro que tendrás otros en el futuro, así que no te la juegues.

Pepe cuelga el teléfono y deja a Adalberto con una sensación de vacío indescriptible. Siempre pensó que algún día se podía torcer, pero jamás que lo pagaría su familia. Se había confiado demasiado.

Confianza.

El peor enemigo de un delincuente.

24

Un delincuente

Pasan las horas y la llamada no llega. Juan está en el piso de abajo, tal y como habíamos acordado una vez tuviéramos a la familia retenida. Carapán los vigila dentro, en la habitación de matrimonio, mientras yo salgo al jardín para airearme. Me cobijo en una zona segura a salvo de miradas indiscretas de vecinos, aunque el tipo ya se ha cuidado mucho de su intimidad a base de altos abetos como vallas. Me siento en uno de los columpios del jardín.

Algo se está torciendo, lo noto. Miro el teléfono de nuevo y nada, pero en ese momento me llega un mensaje. No tengo ese número en la agenda del teléfono, por lo que lo abro y veo con sorpresa que es de Jessi. No lo esperaba, pero la vida parece que me sonríe desde que acepté este encargo.

«¿Qué estás haciendo, cielo? Yo aquí, sola y aburrida», me escribe.

No reconozco ese lenguaje en Jessi. Ella no hablaba así. «¿Cielo?», ¿desde cuándo se ha vuelto así de cursi? Los ricos la están transformando.

«Estoy con aquel trabajo que te comenté», le escribo.

«OK, pues no molesto. Luego, si quieres, charlamos».

«Nunca molestas», pienso, pero no lo escribo. No quiero desconcentrarme. Espero la llamada de Pepe y quiero estar centrado. Ella no me dejará estar atento. Jessi es mi punto débil. Guardo el teléfono en el bolsillo y paseo por el jardín. Una vez ha

salido el sol, el tiempo en esta zona acompaña y se nota que estamos en la costa. Nada que ver con las nieblas de mi tierra. Debemos de estar a poco menos de veinte grados y se ve el sol. «Todo se paga», me digo mientras observo el césped bien cuidado.

Una tumbona entre dos árboles, muebles de jardín de buena madera con sus cojines, y hasta una silla de esas que cuelgan de un muelle en forma de cesta y que debe de ser la hostia de cómoda. La piscina al fondo. No hay lugar a dudas de que aquel tipo no ha pagado todo eso con el sueldo de picoleto. Me giro y veo el sueño de todo crío. Una pequeña cabaña que se eleva desde un palo que simula un árbol y, al lado, otro árbol grande desde donde cuelga un columpio. Me imagino que ya solo el niño debe de utilizarlo, porque la niña, con esa edad…

La niña. La mirada que tenía el tal… Mierda.

Algo me dice que vuelva dentro cagando leches. Regreso hasta la puerta de la cocina, que es por donde he salido antes. Me da un vuelco el corazón. Está cerrada.

Respiro. No conviene ponerse nervioso. Hay una balda que me impide entrar. Solo puede haberla puesto Carapán. Corre, Ful.

Piensa. Es una balda que solo está para impedir que los niños salgan al jardín sin vigilancia. Hay una piscina. Solo tiene un pequeño tornillo. Muy simple.

Le doy un golpe seco y medido. Se dobla al instante y abro. Sigo concentrado, respirando para no agobiarme. Igual se ha puesto sola al cerrar la puerta cuando he salido yo. No lo sé. Dudo. Eso espero. Los niños.

Empiezo a subir las escaleras de dos en dos. Oigo cómo los niños gimen a través de los pañuelos que los amordazan. Los mismos que les impedirían gritar en caso de… No quiero ni pensarlo. La puerta de la habitación de matrimonio está a mi izquierda, debería estar vacía, pero oigo un ruido dentro. La abro y los veo. Los dos niños están allí atados de pies y manos y, a su vez, a la pata de la cama. Me miran asustados.

La madre.

Salgo de allí rápido. Ellos están bien. Soy un delincuente con principios. Dicen que eso te hace ser débil. A mí no me lo parece. Yo duermo bien por las noches.

La habitación de los niños está al fondo. Oigo hablar a alguien

en la primera puerta. La lógica me indica que solo puede ser Carapán. También oigo unos gemidos. Toco mi bolsillo del pantalón. Allí tengo una navaja. Entro y Carapán me mira desde el lado derecho de la cama. La mujer está tendida bocabajo y gira la cabeza con desesperación hacia mí. No parece que le haya hecho nada, más bien está aterrorizada. Más aún que cuando hemos llegado. Carapán se ha bajado el pañuelo y lo lleva al cuello.

—¿Qué cojones pasa? ¿Por qué los has separado? ¿Y por qué coño te has bajado el puto pañuelo?

—Tranquilo, güey. Todo está bien.

El tipo le da un trago a una botella de cerveza que saca de la parte de atrás. Se la habrá servido de la cocina, puede que cuando ha cerrado la puerta.

—Responde, me cago en Dios.

—Los separé porque no paraban de llorar y me estaban poniendo nervioso. Están todos bien atados —me suelta antes de dar un segundo trago.

Yo también me bebería otra birra, pero sé que eso no es bueno en esta situación. Pepe va a entrar en cólera como sepa que este está bebiendo. Tengo que seguir concentrado.

—Tenerlos juntos era lo que habíamos planeado para poder vigilarlos mejor. No me gusta que te saltes el plan —le explico, todo lo cabreado que puedo representar.

—Ya se lo dije. Relájese. Ahorita los até bien. Así están todos mejor y más tranquilos, ¿OK, *brother*?

—Querrás decir que estás tú más tranquilo, ¿no? Los niños lloran igual, pero ahora ya no los ves.

Le endoso mi mirada más glacial para hacerle otra pregunta:

—¿Has puesto la balda de la puerta de la cocina? ¿Me has dejado adrede en el jardín?

—¿Qué es una balda, *bro*?

La madre que lo parió. Este tipo no me gustó desde que hicimos el trabajo del reloj. Y ahora menos. Pero lo peor de todo es que no me queda más remedio que seguir con el plan y con alguien en quien no confío.

Me acerco a la mujer, que me mira con cara de pánico, y la levanto como puedo, a pesar de estar atada de manos, y la ayudo a caminar.

—No se preocupe. La llevo con sus hijos. Están bien.

Salgo acompañando a la mujer, que noto que se aferra a mí cuando pasamos por delante de Carapán, y este nos sigue detrás.

Al abrir la puerta de la habitación vuelven los gritos ahogados, esta vez de alivio por reencontrarse de nuevo. Se intentan abrazar a pesar de estar atados y se quedan en un rincón sentados en el suelo.

Dejo la puerta abierta, no tengo más remedio, no me puedo fiar que no intenten escapar por la ventana si están solos sin vigilancia. Que no quiera que les pase nada no implica que me olvide de por qué estoy allí.

—No les pierdas de vista, pero desde aquí —le ordeno.

Levanta las manos y, sin decir nada, en mi mente le oigo decir: «OK, güey, todo está bien, *bro*». La madre que lo parió.

Una vibración en mi bolsillo me indica que me ha llegado un mensaje. Solo puede ser de Pepe, pocos más tienen este número, que es exclusivo para este palo. En la tienda de los *pakis* nos aseguraron que estaban limpios.

«Ya envié el mensaje al sargento. Estamos en marcha. ¿Cómo vais por allí?»

Respiro hondo antes de contestar. Le escribo solo cinco palabras:

«Hermano, hay que darse prisa».

25

Hay que darse prisa

Sé que el *modus operandi* para introducir la droga en el puerto es lo que se conoce como «gancho ciego». Es decir, que la droga entra oculta entre la mercancía legal que llega en uno o dos contenedores. Así que el trabajo de los traficantes consiste en asegurarse de que pasa los controles, y aquí entran en juego los agentes corruptos de la Guardia Civil y seguramente algún agente de la Policía Portuaria, más algunos trabajadores del puerto con problemas económicos o con ganas de ser rico de manera rápida. Es un buen negocio y bastante seguro, siempre que no te pillen o que alguien como Pepe descubra tu juego. Porque no solo la gente como Pepe y yo somos capaces de hacer cosas así, hay mucha gente que tiene la tentación de hacerse con un negocio tan productivo saltándose algunos pasos intermedios. Porque si robas la mercancía te ahorras todo el tinglado de tener que meterla en el país.

Hace algunos años que por aquí está a la orden del día robarles la marihuana a los «agricultores». Hasta leí, no hace mucho, que somos el huerto de Europa. Algunos tienen que dormir con una escopeta de caza en sus cultivos cuando llega la hora de la recolección. Aunque es tentador, no me apetece meterme en eso. Sí, me he fumado más de uno, pero nunca he soportado el olor de la marihuana, siempre he preferido el hachís. El plan de Pepe es más seguro y lucrativo, aunque más peligroso, claro.

La vida te pone retos y yo los acepto. Como seguramente hiciera

en su día el sargento ese de los picoletos. Y es tan simple como reconocer que los pobres nunca nos haremos ricos y que los ricos siempre serán más ricos. No hay más secretos en esta miserable vida. Con dinero se compra de todo. Hasta una chica como Jessi. Sí, yo la conseguí sin él, pero no me duró. Ahí está la clave: el dinero. El puto dinero.

El tráfico de los contenedores es constante a pesar de ser sábado. Sabemos que en el puesto de la Guardia Civil solo está el remanente mínimo para cubrir el fin de semana. Incluido Mario, al que Adalberto puede poner y quitar de los horarios a conveniencia, y él mismo, que como sargento puede ir a supervisar cuando le dé la gana. Sabemos también que está trabajando un tal Juárez, del que no sabemos mucho más. Un guardia civil que han reclutado después de meses de observación y de patrulla con Mario; este lo ha ido conociendo y, una vez que descartaron que fuera un topo de Asuntos Internos, le ofrecieron un pequeño trabajo para ver sus aptitudes. Después le pagaron muy bien y por encima de lo que le tocaría, para hacerle ver el mundo que se abría a su paso si se unía al grupo. No tardó en estar convencido en cuanto vio el dinero, las chicas de la zona vip de la disco e incluso alguna raya de primera calidad en ese mundo al que solo acceden unos pocos, pero jamás un funcionario raso. Ni uno alto.

En el listado de camiones que deben salir ese día del puerto, Adalberto tiene marcado uno. Llevan algo de retraso, pero nada que no sea habitual.

Todo marcha bien.

26

Todo marcha bien

Al final, el camión con el contenedor salió del puerto casi a su hora. Era un transporte de tablones de madera donde en su parte interior transportaba la droga. Iba sin mucho disimulo. En bolsas de deporte ocultas casi a simple vista. Lo justo para que a un camionero con las manos largas no le diera por llevarse una parte de la carga si al comprobarla viera lo que se escondía allí. Tampoco les hacía falta nada ingenioso, como ocultarla dentro de los objetos. Con los policías del puerto comprados tenían acceso libre. Solo era una cuestión de horarios. Es decir, adaptarse a los turnos de trabajo de Adalberto. Cuando él trabaja, y es el responsable de la seguridad, tienen las puertas abiertas. Nada que un buen narcotraficante de los que mueven millones de dólares no pueda hacer. El dinero lo compra casi todo. Y a través de ese «casi» es donde entramos nosotros. Porque es ahí donde encuentras el punto débil de todas las personas. En este caso, su familia. Nadie es invulnerable. Todos tenemos un desgraciado punto débil, solo hay que saber encontrarlo.

El propio Adalberto, con un coche oficial uniformado, sale del puerto con sus socios, también beneméritos, y con Mario en labores de conducción para seguir la mercancía. Es sencillo. Siguen al camión con la droga, mientras se une a ellos una furgoneta blanca sin marcas. En una zona de la carretera C-32 próxima al polígono del Camí Ral de Castelldefels, le hacen señales al conductor del

camión para que se desvíe, y lo dirigen hacia la estación de servicio. Es una gasolinera con una buena zona de aparcamiento justo antes de la entrada al polígono. Nada que haga sospechar al conductor. Solo tiene una entrada y una salida próxima, junto con el recorrido interior. Es como una «U» que se estrecha para casi unir los dos sentidos de la marcha sin llegar a hacerlo. En definitiva, si entras a repostar o a descansar solo tienes la alternativa de volver a la carretera si no te gusta lo que ves allí. Un buen sitio para según qué negocios.

Le hacen abrir el contenedor, rompiendo los precintos, y después se llevan al camionero al coche para hacerle pasar un cuestionario. Allí intervienen los hombres del gran jefe. Uno de ellos es español, para dar la cara si hace falta y no levantar sospechas. Por eso Wilson, al que conocían como *el Calvo*, se mantiene siempre en segundo plano mientras sus secuaces descargan la mercancía. Este es el jefe de los narcos en el país. El que el gran jefe le había dicho a Adalberto que sería su contacto en España. Y eso hace. No descarga los fardos, pero siempre está allí para la transacción.

Al camionero, un contratado sin beneficios, solo le interesa que, en caso de una multa, no le caiga a él. Por eso pasa del registro y de lo que hagan allí los agentes.

De la furgoneta de los narcos, incluso sale una pequeña carretilla elevadora manual que descarga algunos de los palés hasta que llegan adonde está escondida la droga. Mientras tanto, los guardias civiles entretienen al camionero revisando los papeles y el tacógrafo. Después dejan la mercancía dentro de nuevo y, como en destino nunca falta nada del material importado, nadie hace más preguntas de las necesarias sobre el registro de los agentes de la autoridad.

Ese día, Mario nota más nervioso de lo habitual a su jefe. Incluso se le ha escapado algún grito al camionero cuando no encontraba el albarán de la carga. Después de media hora de preguntas y revisión, y cuando los hombres del narco le hacen una señal, dejan la inspección y que el camión continúe su ruta. El conductor se va contento, a pesar de todo el registro, porque se va sin ninguna sanción. Y eso que lleva una de las ruedas de recambio sin aire. Se les ha pasado a los picoletos, piensa. Una anécdota para contar a sus compañeros de carretera. Media hora de inspección minuciosa y

no le han visto aquella negligencia. Pringaos.

Cuando el camión se pierde por la carretera, Adalberto se acerca a Wilson.

—Esta vez me quedo con mi parte.

Mario lo escucha y mira incómodo a su jefe. Aquello no es lo que hacen de manera habitual, pierden dinero con el trato, pero siempre es más seguro y rápido quedarse solo con el dinero. Las veces que se quedan la droga tardan días en colocarla y acaba siendo mejor el trato de la pasta, y además tiene muchos menos riesgos.

—Espera. ¿Qué haces? —dice Mario.

—Luego te lo explico. Tengo un buen motivo. Es una orden.

—¿Una orden? ¿De qué coño vas, Adalberto? Aquí no puedes exhibir tu rango. ¿Es que no has visto dónde estamos? —le dice señalando la zona del polígono y a los narcos, que los miran expectantes.

—El trato es conmigo —se dirige a Wilson—. Esta vez nos llevamos los trescientos kilos. Diles a tus hombres que nos ayuden a meterlos en el coche.

—¿Estás loco? —insiste Mario—. ¿Vas a meter trescientos kilos en el maletero del coche patrulla?

—No estoy loco. Y deja de quejarte y empieza a cargar. Dile a Juárez que te ayude.

Wilson asiente y les hace una señal a los otros. Estos se apartan y dejan el camino libre a la carga.

—Se lo descarga usted, nosotros ya trabajamos antes. Esta es su paga —le dice señalando una parte del botín.

Los tres guardias civiles empiezan a meter paquetes en el maletero del coche ante las protestas entre dientes de Mario. Cuando llevan cargada algo más de la mitad de la droga que les corresponde en el maletero, escuchan un sonido muy familiar. Uno que les hiela la sangre.

Sirenas policiales.

Coches de la Guardia Civil empiezan a aparecer por el fondo y lo hacen por el carril de entrada a la gasolinera y por el de salida, estos en dirección contraria, cortando toda huida. Los narcos retroceden hasta la furgoneta en la que han llegado y sacan sus armas.

En uno de los coches policiales, desde el asiento del acompañante, Cuervo da las últimas instrucciones por la emisora y desenfunda su arma reglamentaria. A Andreu, su segundo en la unidad, le parece ver algo en la cara de su jefe que no acostumbra a ver. Su cicatriz se doblega por lo que parece ser algo parecido a una sonrisa.

Pero se queda en una mueca.

27

Una mueca

El teléfono de Pepe suena con una pequeña vibración. Reconoce el número: es Adalberto, el jefe, y su pasaporte a la riqueza. Coge aire antes de contestar.

—¿Lo tienes?

No escucha a nadie al otro lado, pero oye una respiración entrecortada.

—No lo tengo todo.

—¿Cómo? ¿Te quieres jugar la vida de tu familia?

—Escúchame, hijo de puta —logra decir con dificultad—. Ha habido una redada. Solo pude cargar algo más de la mitad de la droga y escapé por los pelos. Me han dado un balazo y no sé cuánto aguantaré sin desmayarme. Te digo dónde estoy, vienes, te llevas la droga y liberas a mi familia. No hay más trato que este.

Pepe sopesa los pros y los contras. Puede ser una trampa, pero aquel tipo no puede arriesgarse a que le ocurra nada a su familia. Al menos eso cree. En caso contrario se irá todo al traste y Adalberto los liquidará a todos.

—De acuerdo —le contesta Pepe.

—Estoy en la calle de la Alhambra de Castelldefels. Ya veréis el coche. No sé lo que aguantaré aquí con una herida abierta, así que date prisa.

Pepe cuelga el teléfono y marca el de la única persona de la que se fía.

Adalberto deja el teléfono en el asiento del acompañante, como si le pesara demasiado, y se aprieta el costado mientras nota que al dejar de hacerlo la sangre sale demasiado deprisa.

Baja del coche de la Guardia Civil y observa la calle sin que nadie lo vea. Observa los impactos de bala en la carrocería y piensa que ha tenido una suerte inmensa de que a él solo lo alcanzaran en el costado.

Ni siquiera abre el maletero para ver la droga. Esa que le ha permitido vivir en el cielo de la opulencia y que lo está llevando al mismo infierno sin pasar por la casilla de salida.

Abandona el coche verde y blanco, sabiendo que nadie se acercará a él las primeras horas. No hasta que algún vecino piense que es demasiado extraño verlo allí tanto rato. Es una zona relativamente segura; de hecho, aquel es un plan de fuga que tiene preparado hace ya varios años. Casi desde que decidió traspasar aquella línea divisoria entre el bien y el mal o, en su caso, la de funcionario pobre y decente a nuevo rico y miserable.

Allí tiene un coche preparado en un pequeño almacén. Es un Audi A3 blanco. Espera a que se abra la puerta automática que hace más ruido del que a él le gustaría y se mete dentro con dificultad mientras aún está bajando la puerta. El sitio no está muy sucio, aunque abunda el polvo. Solo es eso, un lugar seguro que visita muy de vez en cuando. Abre el capó del coche y conecta la batería. Quizá hace un año que no arranca aquel coche. Teme que no lo haga, pero lo hace casi a la primera. Lo deja al ralentí y se dirige a un cajón al fondo, de donde saca una pistola semiautomática y tres cargadores, y también un cuchillo de caza.

Se sienta un momento a descansar en el suelo del almacén. Necesita coger un poco de aire.

Tiene que procesar qué lo ha llevado hasta aquel lugar herido de bala y con su familia en peligro. Necesita coger fuerzas para lo que viene a continuación. Lo que le pase a él le da igual. Sabe que lo han descubierto y ya lo estarán buscando. Su único pensamiento es salvar a su familia, a sus hijos. Él está acabado. Pero aún puede dar un último golpe antes de dejarlo todo. Y qué mejor manera de abandonar este mundo que llevarse consigo a unos cuantos hijos de puta.

Antes de levantarse, acierta a recordar la cara del que hace poco

aún era su compañero. Había oído hablar de él, pero nunca lo había visto en persona. Al que llaman *Cuervo*. Al que ha disparado escapando de aquel lugar.

El que le ha metido un balazo en el costado.

28

Un balazo en el costado

Las sirenas los pillan por sorpresa. La primera intención de todos es pensar en la traición de unos contra otros, pero eso no tiene sentido. Este no es, ni de lejos, el mayor cargamento que han introducido a través del puerto. Así que, en esas pocas décimas de segundo, las armas de los traficantes apuntan hacia las sirenas que llegan desde la zona de la entrada al polígono, justo por detrás de donde están los dos coches de la Benemérita que han traído sus socios en el negocio.

Bien pensado, este lugar apartado y seguro no lo es tanto en caso de que aparezca la Policía, como así ha sido, porque es una ratonera. Los cuatro tipos del cártel, de manera instintiva, se refugian detrás de la furgoneta cargada con la mayor parte de la droga, que está junto al coche del que hace de jefe de la operación. Tres se quedan en la furgoneta y Wilson, detrás de su propio coche.

Adalberto y los dos guardias civiles reaccionan peor. Aquello es un popurrí de pensamientos mezclados entre la desesperación y el modo de respirar un aire que se vuelve a cada segundo más nauseabundo, y no les deja dar una bocanada de oxígeno. Es el despertar de un sueño de dinero sucio, drogas y mujeres, transformado en una pesadilla que desemboca en una celda oscura. Cuando Mario, incrédulo de lo que acontece, aún tiene las manos en la cabeza, se escucha el primer disparo. No es de pistola y viene de muy cerca de donde están. Le sigue una ráfaga corta.

Los colombianos abren fuego con un subfusil, pero parece que están disparando al aire. Se fija y comprende que no lo hacen para asustar. Tienen un objetivo.

El helicóptero de la Guardia Civil es el primero en recibir varios disparos de los traficantes. Con un solo impacto en el chasis, el piloto se ve forzado a dar media vuelta y regresar a la base antes de lo previsto sin daños aparentes en el motor.

En la zona de combate, los tres hombres vestidos de verde, con Adalberto a la cabeza, se agachan de inmediato y corren a parapetarse detrás del coche patrulla, que recibe, por la proximidad, los impactos de los traficantes. Estos, llegado ese momento, no van a hacer distinciones entre uniformes verdes y les da igual si les dan.

Ahora los guardias civiles corruptos están en medio de la línea de fuego de los coches patrulla que se aproximan y contra los que no tienen protección.

Los guardias civiles dirigidos por Cuervo detienen los cuatro vehículos, tres turismos y una furgoneta perfectamente logotipados, a escasos treinta metros, y los ponen de lado, formando una barrera, impidiendo la huida de los traficantes y de sus ya excompañeros, dejando a estos en medio del *fregao*. Salen rápido de los coches y se despliegan parapetados detrás del espacio de los motores. Desde allí empiezan a responder a los disparos. No hay nada más tonto para un policía, el día que se encuentre en un tiroteo, quizá el único que tenga en su carrera policial, que morir detrás de una puerta de coche que, si no está blindada, no es capaz de parar un calibre medio. El bloque del motor es la mejor protección.

Los agentes han venido preparados y también tienen armas largas, así que aquello se convierte en una especie de Beirut, o lo que quiera que signifique eso, y las balas vuelan por encima de sus cabezas.

La situación de Adalberto y los suyos es la peor. Entre los coches de la Guardia Civil que los emboscan y los traficantes, se encuentra su Nissan Terrano de color verde y blanco recibiendo balazos de ambos bandos.

Ellos, por instinto, se agachan rápido a la primera de cambio al escuchar cómo silban las balas. No todos. Juárez, el guardia civil

recién fichado para los negocios, ni siquiera desenfunda. Un proyectil de los traficantes lo alcanza en el pecho y, como no lleva puesto el chaleco antibalas, lo hiere de muerte. Juárez cae al suelo agonizando ante los ojos incrédulos de sus socios en el negocio.

Ante ese panorama, y a pesar de estar casi en *shock*, no les queda otra que elegir bando para sobrevivir, así que, sin casi pensarlo, ellos también disparan a los traficantes desde su lado del coche con sus excompañeros detrás. Las lunas del vehículo se rompen y pequeños pedazos les van cayendo sobre las cabezas. Eso les impide por unos instantes saber qué está pasando y solo pueden cubrirse y encomendarse a algún dios para que los escuche. Como no son creyentes, los dos elevan sus armas sin levantar la cabeza y abren fuego en dirección a los narcos.

Adalberto sabe que sus compañeros de verde no les van a disparar por la espalda, y menos cuando él, en ese momento, está de nuevo de su lado disparando a «los malos». Aunque sea solo por pura supervivencia.

Y así es. Los guardias civiles de los dos coches más centrados dejan de disparar a los traficantes para no herir a los excompañeros que tienen justo delante y que les estorban en la línea de fuego. Un respiro para Adalberto y Mario, mientras siguen disparando los guardias que se encuentran parapetados en los coches en la parte más exterior. Cuervo, que se encuentra en medio, no es un asesino, por lo que, por mucho que odie a los corruptos, tampoco opta por disparar hacia Adalberto ni al otro guardia civil que está disparando a los traficantes. Medio agachado, se desplaza hacia el coche que está a su derecha, saliendo a campo abierto unos metros durante la carrera. Andreu intenta decirle a su jefe que no lo haga, pero este no lo puede escuchar. O no quiere. En todo caso, para el cabo, Cuervo tiene los cojones de un toro.

Entre tanto disparo, empiezan a caer los traficantes. Solo son cuatro con mucha munición, pero por muy buenas armas que lleven no hacen prácticas de tiro como sí hacen sus adversarios de verde. También cae herido un guardia civil de la parte de Cuervo.

Ya desde la derecha, salvando el escollo de sus compañeros corruptos de en medio, y armado con un subfusil HK, Cuervo abate a otro de los traficantes. Pero aún le siguen disparando. Él se ha quedado sin balas y el cargador de reserva está a unos diez metros,

en el coche. Demasiada distancia. Desenfunda su Walther P99 y continúa disparando y protegiéndose cuando los traficantes que quedan devuelven los disparos. Las balas silban cada vez menos debido a las bajas de los colombianos. De hecho, ya solo el jefe dispara, porque el otro que queda, el español, está muerto de miedo, agachado y apoyado contra su propio coche, con la pistola sin balas y tapándose la cabeza, como si eso fuera a hacer que aquello acabara más rápido, y sin ser capaz de levantarse, pues sabe que ya solo puede recibir una bala.

Wilson está a punto de ser él quien dispare al cobarde que tiene al lado, pero las balas siguen llegando desde la zona de la Policía, así que se levanta de su protección y ve que también se eleva otro de los guardias civiles. Wilson es más rápido por estar ya en posición de disparo y el de verde recibe una bala en el tórax, que detiene el chaleco antibalas; no así la segunda, que va al cuello.

En ese momento, el que se eleva es Adalberto, que pilla a Wilson concentrado en los coches del fondo, y no falla. El sargento dispara tres veces y el último alcanza la cabeza del jefe del grupo de traficantes.

Se hace un silencio estremecedor, solo roto por el quejido de los heridos.

Adalberto reacciona, sin pensar, a los pocos segundos.

Su familia.

Sube al coche. Le da al contacto y reza para que arranque. Lo consigue, así que acelera sin miramientos mientras los guardias civiles se apartan por instinto. Ve un hueco entre dos de los coches a su izquierda, no lo suficientemente grande para pasar holgado, pero sí para pasar embistiendo con la fuerza de los caballos y la carrocería de su Terrano.

Cuervo no se aparta. Retrocede unos metros, calcula que el posible impacto no le va a afectar y se prepara.

Adalberto no la ve claramente, pero intuye entre la barba de Cuervo una cicatriz mientras este le apunta. Él hace lo mismo y los dos abren fuego. Se escuchan los disparos. Adalberto dispara a través del cristal delantero del coche y Cuervo espera, como si esos proyectiles no pudieran alcanzarlo. Se equivoca. Antes, sin embargo, una de sus balas atraviesa la puerta del Terrano e impacta en el costado de Adalberto, que solo nota un pinchazo tremendo.

Embiste los coches que están en medio del camino y, después del golpe, pisa el acelerador como si le fuera la vida. La suerte lo acompaña. Los coches de sus excompañeros están inservibles y el helicóptero está volviendo a la base a analizar los daños. Se oyen sirenas, aunque no llegarán a tiempo.

Se pierde camino de su almacén secreto. Su vida, tal y como la ha conocido, ha terminado. Solo tiene la esperanza de salvar a su familia. Una esperanza remota.

SEGUNDA PARTE

SÍ, VOLVÍA A PARECER UN BUEN PLAN

He querido ofrecerte una rosa
y redimirme de mentiras pero eso es imposible.
No es que corras demasiado
es que yo tropiezo constantemente.

MANOLO GARCÍA,
El fin del principio

29

Una esperanza remota

Pepe me ha dicho que pasa a buscarme. No sé cómo hacerlo para dejar aquí solos a estos dos con la familia. El puto Carapán me preocupa. Temo que le haga algo a la madre o, aún peor, a la hija. No me queda otra que la amenaza. Espero que baste. Cuando llegue mi amigo tenemos una tarea importante que hacer. Algo ha salido mal, lo he notado en el tono de Pepe, pero me ha dicho que íbamos a recoger la droga, así que no todo va mal.

Creo que lo mejor será que deje a la mujer junto con los hijos al cuidado de Juan. Los habíamos vuelto a separar mientras yo podía estar pendiente de ella, y esta no ha protestado. Los niños han llorado hasta hace muy poco. No sé si eso será un recurso inútil si el tipejo les quiere hacer algo, pero no se me ocurre nada más.

Llevo a la mujer con sus pequeños de nuevo y ella se deja. Estaba en el fondo de la habitación separada por unos metros. Casi la acompaño caminando. Se comporta de forma sumisa, pero esto cambia cuando vuelve a verlos. Se me escurre del brazo y corre a abrazarlos. Regresa el llanto y la desesperación.

—Señora, su marido ha cumplido —le digo mientras me mira sin dejar de abrazar a sus hijos—, así que una vez lo comprobemos nos iremos sin más. Quédese aquí, por favor, y no le pasará nada.

Le hago un gesto a Carapán, que ha asumido que mientras no esté Pepe yo estoy al mando.

Los reúno fuera de la habitación cuando nos aseguramos de que

todos siguen bien atados.

La música que puse hace un rato sigue sonando en forma de éxitos de los ochenta. Eso nos permite hablar bien y ocultaría los gritos si a la mujer y a los niños les diera por chillar. Rick Astley suena ahora de fondo, pero no identifico el *hit* de la época.

—Esto se está acabando. Tengo que ir a ayudar a Pepe con la parte final y luego nos iremos. Os tenéis que quedar aquí hasta comprobar que todo ha ido bien.

Están atados y no se pueden mover. Así que dejadlos así, ¿entendido?

—OK, *man*, no hay problema. No *mames* —protesta Carapán.

Juan asiente.

A este no lo veo capaz de hacerles nada, pero tampoco impidiéndoselo al otro.

—Tú mejor quédate arriba con ellos —le pido a Juan—. Y, Carapán, estate abajo por si hay sorpresas.

El colombiano baja sin contestar y veo que se va a la cocina. Se pillará otra birra. Esto no me gusta. La podemos joder por no ser profesionales. Siempre estoy trabajando con mierda, pero antes yo elegía esa mierda y al menos eran legales. Este es el equipo de Pepe, yo poco puedo hacer más que esperar que todo vaya bien. No las tengo todas conmigo.

Suena mi teléfono.

Es Pepe.

30

Pepe

Salgo afuera y observo el entorno. No quiero que me vean los vecinos. Me quito el pañuelo de la cara. Me está agobiando y ya no tengo que taparme más el rostro. Pepe me mira y me hace un gesto con la cabeza. No hay nadie vigilando, a simple vista. Camino tranquilo. Eso es básico. Correr llama la atención. Mi amigo está a unos pocos metros pasada la segunda casa. Entro en el coche.

—¿Qué ha pasado?

Me abrocho el cinturón mientras él arranca y sale de allí casi derrapando. No quiere hablar aún y espero.

—Parece que se ha torcido la cosa —contesta al fin.

—Siempre salen imponderables, qué le vamos a hacer —añado algo decepcionado.

De repente veo que ya no habrá casita en el Caribe. La visión de mi Jessi tumbada al sol conmigo en una de aquellas playas paradisíacas se diluye.

—Ha habido una redada y parece que solo tiene la mitad.

—Pero eso en euros igual son cinco kilos, tío. Aún podemos sacar uno y pico por cabeza.

—Eso no es lo que me preocupa. El tipo está herido. Eso me ha dicho. No me fío, Ful. En la guantera hay una pipa, cógela.

Algo en mi cabeza me decía que esto podría pasar. No me apetece nada meterme en un tiroteo. Solo lo he visto en las pelis y me da a mí que la realidad no debe de ser tan emocionante, más

bien al contrario. Pero no tengo remedio, si Pepe me da un arma, es que él ya lleva una, así que abro la guantera y, debajo de unos papeles, la localizo al tacto. Cuando la tengo en mis manos la observo con detalle. Leo que es de la marca Astra modelo A-100. Tiene ya algunos años y el número de serie borrado.

—Sujétala bien con la mano diestra y aprieta la palanquita que hay en la empuñadura a la altura de tu dedo gordo.

Lo hago y cae el cargador en mi regazo. De manera instintiva cierro las piernas para que no vaya al suelo.

—Ahora mueve la corredera adelante y atrás varias veces. Lo has visto en las pelis muchas veces, pero cuidado con la ventana de expulsión, no te pilles el dedo —me insiste cuando ve que dudo.

Cuando tienes una pipa en las manos, no tiene nada que ver con verlo en una pantalla. Mis manos, sin práctica en manejarla, son torpes. El arma está fría, como la muerte que lleva dentro en forma cilíndrica y dosis de 9 mm.

Hago lo que me dice y suena como a metal hueco.

—Ahora vuelve a poner el cargador y tira hacia atrás la corredera una sola vez. Después baja el martillo con esa palanca de arriba y ponía en doble acción. Eso hará que el primer disparo cueste más por el recorrido del gatillo, pero después de ese el resto cuesta muy poco. Vigila.

Me siento como un párvulo haciendo caso al maestro, y se podría decir que algo de eso hay. Que yo recuerde, es la primera vez que tengo una pistola de verdad en la mano, a pesar de lo que viví hace casi dos años en Lleida en mi golpe con James, pero hago lo que me pide sin discutir.

—Ahora la tienes preparada para disparar. Es vieja, pero no tiene por qué fallar. La limpié yo mismo hace poco y la engrasé lo justo.

Me siento inútil con el arma en la mano. No sé qué hacer con ella. Me indica que me la meta escondida detrás, en el cinturón. Hago lo que me dice y se me clava en la espalda. Es jodidamente incómoda, pero a Pepe no parece molestarle.

—Te acostumbrarás —me dice—. Yo llevo una funda, pero para la tuya no tenía. Sobre todo, que no se te cuele pantalón abajo —se ríe.

—Ya, ya —le digo mientras intento ponerla en la cintura por la

parte de delante.

Ahora se me clava en la ingle. Me muevo en el asiento hasta que encuentro una posición que me permite ir más o menos sin dolor. Y eso con el peligro de volarme un huevo. Joder.

—De verdad, espero que no tengamos que utilizarla, pero no me fío del picoleto. Es un corrupto, no se pueden fiar de él ni sus compañeros.

Me pregunto si él utiliza ese término para referirse a sí mismo. No hace más de tres años Pepe era un mosso condecorado. Sé que la vida da vueltas, pero a mi amigo esas vueltas le han acabado provocando un buen mareo. A veces no lo reconozco.

—Tío, con el rollo del arma no te he dicho una cosa que me preocupa.

Hace un gesto para que siga mientras continúa con la mirada puesta en la carretera.

—Hemos dejado a una mujer con dos niños pequeños con Carapán y Juan. Ese colega tuyo me preocupa. Si se propasa con la mujer se nos va a complicar mucho el plan.

Analizo su cara. La mujer me preocupa más de lo que expreso, pero no quiero ser muy dramático. No puedo evitarlo. Odio a los violadores. Los odio a muerte.

—¿Eso te preocupa? Tío, céntrate, que vamos a recoger más de cien kilos de coca e igual nos espera un tipo armado y muy cabreado.

—Ya estoy centrado, solo digo que si conoces bien a esos dos que hemos dejado allí. Nada más.

Resopla.

—Ful, ya no somos niños. Y nunca seremos superhéroes que rescatan a damas en apuros. Despierta ya de una vez.

Cierro los ojos y, ahora, el que resopla aún más fuerte soy yo. Le hago notar que me enerva su pasotismo. Que era un puto poli hace nada, joder. A él le tendría que preocupar más que a mí.

—No los conozco tanto como para poner la mano en el fuego, pero no creo que sean tan tontos. Estamos a punto de ganar mucha pasta.

Asiento no muy convencido. Yo vengo de esa casa. No estoy tan seguro de que no sean tan tontos.

31

Los tontos

La mujer de Adalberto Rojas llevaba demasiado tiempo viviendo una vida que jamás soñó cuando salió de su Cartagena natal. Era hija de un pescador de altura y de una madre con el duro oficio de sacar adelante a cuatro hijos ante las largas ausencias de su marido en la mar. Cuando Amaya lo conoció era un joven guardia civil con vocación y ansia de vivir la vida a todo tren, luego ascendió y vinieron los traslados; primero a Asturias y después a aquella tierra que decían que odiaba a los que habían nacido por el sur.

Aunque al principio trasladarse a Cataluña le supuso un duro golpe, cuando llegó a aquellas tierras observó que la televisión vende muchas veces lo que los políticos de turno necesitan para sus propios intereses, que en demasiadas ocasiones nada tienen que ver con los sumisos y muchas veces ignorantes votantes que los siguen. Allí la gente no le hablaba mal por no saber catalán ni la insultaban en la pescadería. De hecho, en la zona donde se trasladó a vivir, una vez nacieron sus hijos y decidieron dejar la comandancia, la gente hablaba más castellano que catalán, así que Amaya alcanzó la máxima felicidad de su vida en aquella tierra tan alejada de sus orígenes.

A eso contribuyó tener dos hijos adorables y el ascenso de su marido, que en poco tiempo les permitió un cambio de vida colosal. Todo iba bien hasta que los regalos en forma de anillos de diamantes del tamaño de una lenteja le hicieron coger algo de

miedo, porque el sueldo de un sargento de la Guardia Civil daba para lo que daba, y hasta ella, que hacía pocas preguntas, sabía que en ningún caso daba para un chalé en aquella zona privilegiada de Castelldefels. Ni tampoco para coches de lujo, ni para demasiadas cosas que entraban en la vivienda. Él siempre le prometió que estarían protegidos, que nunca les iba a pasar nada. Incluso le dio unas instrucciones sobre un seguro de vida, por si le sucedía algo a él, nada de notarios: «Esta llave abre una caja de seguridad en un banco, asegúrate de que no te siga nadie».

Pero allí estaba, atada de pies y manos junto a sus hijos. No se lo iba a perdonar jamás, aunque ella sabía que algo de culpa tenía. Nunca puso un «pero» a todo aquel alto tren de vida, que además aseguraba la educación de sus hijos, pero siempre era con la condición de una seguridad que ahora habían perdido por completo. No quería ni imaginar qué les deparaba el futuro inmediato. Solo el tipo con el pañuelo azul tapándole media cara le transmitía algo de tranquilidad. Al menos a eso se aferraba, pero hacía rato que se había ido de la habitación y ahora no lo oía. Eso la alertó. Observó a su hijo pequeño. Se había quedado dormido de puro cansancio. Su hija seguía llorando y, a través del pañuelo, solo lanzaba gemidos para coordinarlos con su propia respiración.

Esa imagen la estaba matando por dentro. Ver así a sus pequeños era terrorífico, pero no lo fue tanto como cuando oyó una conversación fuera de la habitación. Mientras la puerta se abría, el que tenía acento de telenovela sudamericana le decía al otro tipo:

—Vaya a vigilar abajo. Yo estaré un rato dentro con los güeys. No entre en la habitación.

32

En la habitación

Amaya estaba aterrorizada. Volvía a estar sola con aquel tipo, y el otro, el que le hablaba de manera tranquila y casi podría haber dicho que se preocupaba por ella y sus hijos, ya no estaba allí. Sus temores se hicieron reales cuando el tipo se bajó la bragueta del pantalón mientras miraba a sus tres rehenes.

Los niños, que no comprendían qué pasaba pero veían el terror en los ojos de su madre, empezaron a gritar en quejidos sordos y llantos desesperados.

La niña miró a su madre cuando el hombre empezó a avanzar hacia la pequeña. Aquello iba a ser algo demasiado insoportable para Amaya. A través del pañuelo consiguió decir algunas palabras con la esperanza de convencerlo de que no lo hiciera. El tipo la miró y no dijo palabra.

Solo sonrió.

En el piso de abajo, Juan sospechaba lo que su socio estaría haciendo, pero qué iba a hacer él. Solo era uno más del grupo esperando a cobrar su parte y desaparecer. Lo que le pasara a la familia de un picoleto no era asunto suyo.

A Ful no le iba a gustar aquello, pero qué más le daba, el jefe era Pepe, que él conocía como *Jack*.

Fue hasta la cocina y abrió la nevera. Vio que tenían una botella de vino abierta. Pensó que con la pasta que había en la casa esa bebida sería mejor que una triste cerveza. La sacó y buscó una copa

por las estanterías. Estaba buenísimo, un Pago de los Capellanes, según leyó en la etiqueta. Tras su segunda copa escuchó un ruido que provenía del jardín. Algún gato de los vecinos. Eso esperaba, porque si Ful regresaba en aquel momento la cosa se iba a complicar.

* * *

Mientras llegamos al almacén observo que la calle está tranquila. Pepe está en tensión, lo noto, y yo también estoy algo nervioso. A lo lejos, en las sombras, hay un coche de la Guardia Civil aparcado. Los dos nos miramos mientras lentamente nos vamos acercando. No se ve a nadie y todo está en calma. Es justo en ese momento cuando suele empezar la tormenta. Miro por todos los lados, pero no se mueve un alma. Pepe maniobra y deja el coche encarado para huir si hace falta, dejando nuestro maletero delante del vehículo de la Guardia Civil. Si la droga está dentro nos facilitará el traslado. Bajamos y los dos cogemos las empuñaduras de las armas sin sacarlas de la cintura. Intento no meter el dedo cerca del gatillo. Está cargada y me podría volar los huevos si lo aprieto por los nervios. Me he puesto unos guantes de látex igual que Pepe, y eso hace que no tenga el tacto completo, pero es mejor eso que dejar huellas en un coche de la pasma y salir en uno de los reportajes de La Sexta del periodista ese de sucesos que tiene más información que un juez, y donde a veces salen los delincuentes más imbéciles. Siempre se aprende viendo las pifias de los demás; ventajas de trabajar de portero, con tanto tiempo libre.

Nadie en la calle, solo un almacén cerca, y veo que está cerrado. Me acerco al coche. Abro los ojos como platos y le hago una señal a Pepe, que controla la calle. Le señalo con la cabeza los impactos de bala en la carrocería, el cristal roto de la puerta del conductor y las marcas rojas que hay en algunas zonas.

Sangre.

Sin embargo, no parece haber nadie. Abro la puerta del maletero y allí están. Muchos paquetes de kilo de color plateado y blanco, nuestro futuro inmediato. Pienso en Jessi, en la arena blanca de la playa pegada a su piel.

Ful, no te despistes.

Empiezo a descargar los paquetes y a subirlos a nuestro coche. Pepe no se une hasta que está convencido de que el picoleto no nos está acechando o sus antiguos compañeros no esperan a ver quién se lleva la droga.

Entre los dos vamos rápido, son paquetes de kilo. Y debe de haber unos ciento sesenta, más o menos. En cuanto cierro el maletero saco el móvil y me quito los guantes, porque no tengo tacto y ya han realizado su función. Es hora de decirle a aquellos dos que dejen a la familia del guardia civil. Marco el teléfono de Carapán mientras Pepe avanza en dirección a la libertad. No coge el teléfono. Cabrón de mierda.

Marco el de Juan. Suena y suena, pero tampoco lo coge. Miro a Pepe mientras lo dejo sonar. Estoy apretando los dientes. Sigo dejando sonar el teléfono.

* * *

En la cocina de la casa de Adalberto suena la música de U2 como tono de llamada de un móvil, pero nadie lo coge. En el suelo de cuadrados blancos y negros yace un cadáver al que le han rebanado el cuello de lado a lado. El teléfono deja de sonar y, aunque no lo hiciera, Juan ya no volverá a poder descolgarlo nunca más. Aún tiene los ojos abiertos por la sorpresa. Allí, delante de él, se había presentado un tipo vestido de guardia civil, ensangrentado y con la cara hinchada. El poli tenía un arma en la mano, así que Juan solo hizo el gesto de levantar sus manos y esperar la orden de ponerlas a la espalda para que le pusiera las esposas. Pero el de verde no sacó sus grilletes. Se acercó, sin dejar de apuntarle, hasta el rincón de la cocina donde se encontraba y Juan solo pudo ver una especie de reflejo en sus ojos antes de que la hoja de un cuchillo le rajase la garganta de cuajo. Sus fuerzas lo abandonaron antes de poder sujetarse el cuello por instinto. Se desplomó en el suelo junto a su teléfono móvil, que tenía en la mano.

Se hizo el silencio, y Adalberto subió los escalones lentamente ante el horror al que su mente se preparaba. Abrió la puerta de la habitación de su hija, que era la primera del pasillo. Lo hizo lentamente. Vacía.

Una lágrima brotó por su mejilla sin que el propio Adalberto

supiera si por alivio o preocupación extrema. La siguiente habitación era la de su hijo pequeño. No se oía nada. Era un silencio doloroso. Allí nunca más se iban a oír las risas de un niño jugando y disfrutando de su infancia. La abrió con precaución. También vacía.

Se desplazó sigiloso por el pasillo. Le dolía el costado. Vio que le aguantaba el remiendo que había ideado con una camiseta para taponar la herida, aunque no paraba de salirle un hilo de sangre de manera constante. Tenía que haber ido a un hospital, pero no podía hacer eso. No sabía si su familia estaba en casa o se la habían llevado como le había anunciado el tipejo del teléfono, aunque en la foto que le habían enviado como prueba de vida había reconocido su propio dormitorio. Por eso abandonó el coche con la droga y se dirigió directamente a su casa con la esperanza de no encontrar demasiada resistencia si los sujetos habían ido a recoger el cargamento. Así, como mínimo, los podía dividir. No tenía más opciones.

A medida que avanzaba por el pasillo, la angustia se aceleraba como la adrenalina en su torrente sanguíneo. Eso podía ser bueno en caso de encontrarse a otro hijo de puta por su casa, pero era fatal para la herida abierta.

Cuando ya pensaba que su familia podía no estar allí, mientras llegaba a la habitación de matrimonio, algo lo alertó. Escuchó ruidos dentro. El impulso era entrar a toda prisa, pero conservaba su instinto de policía y eso le previno de hacerlo a lo loco. Llegó a la puerta lento, con pasos cortos, y se preparó para lo peor. Aquellos hijos de la gran puta podían perfectamente haber matado a su familia.

Giró el pomo de la puerta y la abrió.

La adrenalina se le disparó al máximo.

Allí estaba desatado el mismísimo Infierno de Dante.

33

El Infierno de Dante

Adalberto creyó estar viendo la peor escena de un crimen de toda su vida policial. Allí, en su propia casa. En su propia habitación. En su cama.

Intentó no hacer la visión de túnel y se obligó a apartar la vista de la cama para buscar a sus hijos. No los vio. La puerta abierta del lavabo del cuarto le indicaba que allí no estaban. En la habitación, con muebles por el suelo, observó un tumulto de sábanas tiradas. Eso duró solo unos segundos. Lo justo para ver que no había nadie más. Entonces concentró, ahora sí, su visión sobre la cama. Su mujer atada a la cabecera con las manos por encima de la cabeza. Un pañuelo en la boca. Los ojos amoratados de llorar. Un hijo de puta encima de ella, violándola.

Ella lo vio en la puerta y, por instinto, empezó a golpear y a resistirse a Carapán, que con su volumen apenas notaba nada. Al revés, la resistencia de la mujer lo excitaba aún más y no le dejaba ver qué ocurría en la puerta de la habitación. Pero fue solo por unos instantes. Algo más fuerte que ella lo golpeó en la cabeza. Algo duro que casi lo noquea. Cayó de medio lado en la cama, aturdido, y, por la inercia, acabó en el suelo. Entre sombras, vio el cañón de una pistola y no se movió, esperando el final.

Aunque lo hubiera deseado, Adalberto no le podía disparar, estando su mujer tan cerca, así que, con las fuerzas que le quedaban, optó por el golpe con la culata. Cuando vio al tipo en el

suelo, preparó el arma, pero los gritos de su mujer le indicaron que tenía otra cosa más urgente. Se acercó hasta su mujer y cortó la cuerda que hacía de sujeción a la cabecera de la cama. Amaya, una vez liberada, se abalanzó como pudo sobre su marido rodeándole la cabeza con las manos aún atadas por las muñecas. Este le retiró el pañuelo.

—¿Y los niños? —suplicó él.

—Allí, están allí. —Le señaló hacia el tumulto de sábanas.

Adalberto se liberó del abrazo de su mujer y esta lo siguió por la habitación hasta la esquina donde estaban las sábanas, que de cerca sí pudo observar que debajo ocultaban a alguien.

Unos minutos antes, Amaya había convencido al sujeto de que ella se lo haría pasar mejor que una niña, así que puso una sábana por encima de sus hijos para que no vieran lo que iba a pasar allí. No sabía si aquel monstruo se conformaría con ella, pero eso le permitiría ganar tiempo, sin saber si iba a servir de algo. Qué otra cosa podía hacer. Una vez estuvo atada a la cama, solo le quedó rezar.

Los niños, una vez liberados de las cuerdas, se tiraron al cuello de su padre y después al de su madre.

Mientras Adalberto miraba si su hijo pequeño había sufrido algún daño, este abrió los ojos y el guardia civil pudo ver en ellos el miedo. No le hacía falta ver nada más para saber qué le provocaba eso a su pequeño. Lo apartó a un lado, desenfundó y se giró de inmediato. Aquel hijo de puta se había levantado y estaba saliendo de la habitación.

Disparó dos veces.

Sus hijos volvieron a llorar y a gritar tapándose los oídos y el pequeño se le agarró a la pierna desesperado.

El tipejo huía.

Quizá lo había alcanzado en la espalda, pero no lo suficiente como para abatirlo. Y no podía seguirlo y rematarlo. Había demasiado dolor en esa habitación. Su mujer dejó a su hija en la cama llorando e intentando recuperarse, si eso iba a ser posible alguna vez, y se abalanzó sobre Adalberto.

—Me dijiste que nunca nos pasaría nada. Me lo prometiste. Y mira… —le escupió, soltando toda la rabia que llevaba dentro—. ¡Hijo de puta! —consiguió decir entre llantos.

Adalberto retrocedió buscando dónde apoyarse. Encontró la pared. Miró su herida; vio que se había salido la camiseta que la taponaba y la sangre salía sin control. Su vida se estaba apagando, pero había salvado a su familia. En eso encontró el consuelo antes de cerrar los ojos.

* * *

En otro punto, Ful y Pepe se iban a Lleida, donde el creador del plan tenía un almacén, o algo parecido, preparado para esconder la droga antes de entregarla a un comprador. Ahora tenía que reposar unos días. Era demasiado peligroso moverla en aquel mismo momento. Solo quedaba esa parte final, no exenta de peligro. Ni Carapán ni Juan habían contestado al teléfono, por lo que significaba que algo se había torcido y seguirían el plan B, que era que ellos regresarían a Barcelona por sus medios y se comunicarían cuando tuvieran un móvil nuevo y seguro.

Hasta que no tuvieran la pasta, aquello no había acabado, pero no había dudas de que habían recorrido una parte importante del plan. Si los compradores eran serios, en poco tiempo estarían en una isla tomando mojitos de esos que se beben en los países caribeños, y no la mierda que te sirven en los locales de aquí. Aun así, Ful no las tenía todas consigo.

El antiguo mosso, en cambio, estaba exultante, casi había salido todo a la perfección. Tenían menos de lo que él quería, pero lo suficiente como para empezar una nueva vida. Puso más alta la música del coche: sonaba el «Hallelujah» de Leonard Cohen.

Ful, a su lado, ignorando una canción que le encantaba en otras circunstancias, no conseguía contactar con Juan ni con Carapán. Eso era un problema que Pepe estaba obviando. Miró a su amigo, que le devolvió la mirada.

—¡Lo hemos conseguido, Ful! —exclamó sonriendo mientras golpeaba el volante y gritaba el famoso estribillo de la canción.

Pepe apenas lo escuchó, pero Ful, casi hablando para sí mismo, le contestó:

—Yo no estoy tan seguro.

34

Yo no estoy tan seguro

La tarde, en Barcelona, era buena. Antonof paseaba por la zona del barrio Gòtic entusiasmado por esas calles antiguas dentro de una ciudad que intentaba ser moderna sin olvidar de dónde venía. Aunque no tenía prisa, no dejaba de mirar la hora en el reloj Omega que había encontrado en la mochila. Era un Seamaster de platino. Pensaba en la suerte que tenía con aquel trabajo que la vida le había proporcionado. Porque uno no se hace asesino de repente y, desde luego, si no eres un psicópata, eso no lo planeas.

Simplemente vas haciendo trabajos que te encargan; en su caso, una carrera militar. Un conflicto armado que lo obligó a tener en su mirilla a un objetivo, porque en la guerra no hay personas, solo enemigos que abatir, y después, tan solo es cuestión de apretar el gatillo sin miramientos.

Unas noches de insomnio la primera vez y, al poco tiempo, porque en la guerra no hay períodos de reflexión, sino de supervivencia, cada vez menos pérdidas de sueño por cada enemigo abatido. Hasta que simplemente respiras suave, lento y hondo para que no se mueva el arma ni un milímetro, y disparas por instinto.

Después, la cruda realidad de salir del Ejército y no tener de dónde comer, y una temporada trabajando para un grupo mafioso, hasta que el amigo de un amigo lo recomendó a una empresa que los norteamericanos llaman «contratistas». Un eufemismo de «mercenarios».

En poco tiempo se vio otra vez en zonas de conflicto haciendo de guardaespaldas de empresarios de la guerra. Eso lo llevó a conocer a ese tipo de gente sin escrúpulos con más dinero que Dios. Y un día le llegó una oferta por una cantidad de dinero abismal por hacer desaparecer a un indeseable. Al menos, eso era aquel tipo para quien lo contrataba. No se dio cuenta y ya estaba haciéndolo de nuevo, así que casi sin quererlo volvía a hacer lo que tan bien se le daba, pero esta vez en el sector privado.

Y solo por hacer aquello que antes hacía por su país, con unos pequeños cambios, ya que ahora su patria era el dinero y su comandante un tipo al que solo conocía por correos electrónicos. En un trabajo en el que no te puedes fiar de nadie, se podía decir que, pasados los años, era su amigo, o algo parecido. ¿Cómo lo haces si el que te contrata está pagando para quitar de en medio a quien lo molesta? Con el tiempo, al menos, sabía que se podía fiar de él por los encargos que le daba.

Empezaba a pensar dónde iría a cenar cuando se metió por la calle de Sant Pau y volvió a mirar su magnífico reloj. La verdad era que llamaba la atención. Demasiado. Incluso la de aquellos que jamás se podrían permitir un capricho así. Tres jóvenes marroquíes, recién salidos de los centros de acogida al cumplir los dieciocho, se ganaban la vida como podían o, mejor dicho, como mejor se podían costear la droga y algo que llevarse a la boca. Ese era el precio que pagaban por dejar la miseria de su tierra y encontrar la miseria en tierra lejana. Solo que aquí tienes dónde meter mano a productos que en sus países de origen escasean, aunque, eso sí, la droga allí sea más barata.

Antonof escuchó unos pasos detrás de él, pero los ignoró y no se giró. Los tres chicos, de entre dieciocho y diecinueve años, sabían que siempre era mejor robar a mujeres y a ancianos, pero esa noche no habían podido hincarle el diente a ninguno y se les empezaba a pasar los efectos de ir colocados. Y los casi niños, en esas circunstancias, antes de volver con las manos y el estómago vacío a la iglesia que los acogía, preferían no hacer frente a su realidad. Por eso, aquel tipo, que a su modo de ver era mayor pero no tanto como los ancianos a los que acostumbraban a robar, se les hacía un bocado apetecible si lo llevaban a cabo con precaución.

El de mayor edad se adelantó y empezó la carrera, el que lo

seguía tenía que coger fuerte el brazo del hombre para que le pudiera arrancar de una sola vez el reloj y que el aparato sufriera el menor daño. Cuanto peor quedase, menos dinero les pagarían por él.

Ibrahim cogió el brazo del sujeto, pero al instante percibió que algo no iba bien. Notó unos músculos que no lo parecían debajo de la chaqueta, y el brazo apenas se había movido. Así que cuando el mayor llegó rápido a su altura, la muñeca con el reloj no estaba en la posición de estirar. Lo que encontró fue un puñetazo que le partió tres dientes y que ni siquiera pudo ver de dónde provenía.

Antonof hizo una llave de judo clásica y retorció el brazo del chaval que un momento antes intentaba sujetárselo a él. Quedó inmediatamente inmovilizado y solo pudo ver cómo sus amigos huían de allí, uno de ellos llorando a gritos. El chico miró hacia los balcones y ventanas buscando una ayuda de unos vecinos demasiado acostumbrados a las peleas entre camellos o entre yonquis, o a las víctimas que provocaban ellos mismos, así que ya ni se molestaban en mirar qué causaba los gritos que retumbaban por esa calle tan estrecha. Nadie iba a bajar a ayudar a quien suele amenazarlos cuando les llaman la atención por sus actos delictivos y las presas son turistas o los propios vecinos. Así que Ibrahim iba a descubrir en aquel momento que quien roba, a veces, no lo hace a la persona adecuada.

Antonof arrastró al chico por el cuello, casi sin esfuerzo gracias a la maniobra de sujeción del brazo, hasta detrás de dos contenedores.

—Tú y yo vamos a tener unas palabras.

—Mí no habla idioma —dijo el chico, aterrorizado.

Antonof sonrió.

—Lo hablarás.

35

Hablarás

En el hospital de Belivitge de L'Hospitalet de Llobregat, los médicos y las enfermeras iban a la carrera en la zona de urgencias. Habían entrado tres guardias civiles heridos de bala junto con un cuarto individuo, al que custodiaban dos beneméritos como dos armarios que no se separaban de él. El tipo estaba detenido, y en el transcurso de la reyerta había fallecido uno de sus compañeros. Así que hasta que no se aseguraron de que no había más puerta que la que ellos vigilaban, y de que el tipo estaba sedado, no salieron de la zona de operaciones por muchos gritos que pegara el cirujano.

Uno de los agentes estaba herido de gravedad y lo estaban operando. Los otros dos, más leves, también necesitaban tratamiento. Las balas, aunque atraviesen zonas no vitales, pueden causar infecciones serias, así que recomendaron al guardia civil con la cicatriz en la cara que se quedara ingresado. Eso le comunicaba el médico de guardia mientras Cuervo se vestía con la ropa limpia que su compañero Andreu le había traído. Una vez firmada el alta voluntaria, los dos guardias civiles se dirigieron a la planta de cirugía, donde su compañero luchaba por vivir. No se irían de allí hasta saber qué le pasaba a Gómez, que en ese momento se debatía entre la vida y la muerte.

Se sentaron en un banco de una zona cercana, y Cuervo mandó a su compañero a ver cómo iba la operación del que había sobrevivido. Aún tenían a otro detenido, que ya estaba en la

comandancia, y el capitán Joaquín había ido a ver al juez.

Cuervo sabía que a partir del momento de la detención tenía un máximo de setenta y dos horas para encontrar a Adalberto y a Mario. Era una aproximación que coincidía con las horas para que el detenido pasara a disposición del juez; después de eso, se esfumarían. El tercer guardia civil corrupto, Juárez, estaba en el depósito con los dos traficantes muertos.

Lo que tendrían que escribir en diligencias iba a parecerse a la Biblia en número de páginas, pero eso no preocupaba al teniente. Andreu escribía como los ángeles y sus atestados eran auténticas novelas negras. Cuervo solo se encargaba de que lo que allí apareciera escrito tuviera suficiente carga penal como para lograr una condena. Y con casi ochocientos cincuenta kilos de droga incautada no tienes en tus manos un buen comodín, tienes todos los ases. Aun así, no poseía todas las cartas, una escalera de color mínima supera un póquer, así que no se podía confiar, y necesitaba acreditar con pruebas que aquella cantidad de coca era de sus compañeros corruptos y del cártel de colombianos.

En esos pensamientos estaba mientras le daba vueltas al café con esa especie de cucharilla de plástico. Cuervo apoyó la cabeza en la pared y estiró las piernas. Notó los puntos que le habían puesto en el brazo y vio que estaba en tensión, por lo que dejó de hacer fuerza e intentó relajarlo. No quería volver a aquella sala ni que el médico le dijera que se tenía que quedar ingresado unos días. Necesitaba salir del hospital para iniciar la caza. Estaba furioso. Uno de los suyos había muerto y otro podía perder la vida, y eso le revolvía el estómago.

Repasó mentalmente cómo iban las pesquisas que habían reventado aquella mañana. La investigación iniciada hacía un año se había resuelto de mala manera: uno de sus compañeros había fallecido, tenían a un guardia civil corrupto y dos traficantes estaban muertos, y otro guardia estaba detrás de esas paredes luchando por su vida junto a otro de los traficantes, no demasiado lejos de allí. En la comandancia estaba detenido uno del grupo de los colombianos; era español y eso le daba cierta esperanza de que colaborara. Fantaseó por un momento con que este le entregaba al capo del cártel y viajaba con una comisión rogatoria al mismo centro del país sudamericano a ponerle las esposas. Meneó la

cabeza, pues sabía que eso no iba a pasar nunca. Se centró de nuevo en su misión. Tenía que detener a alguien que estaba más cerca. Al menos de momento no podían haber salido del país, así que tenía algo de tiempo para detener a dos indeseables. Por mucha rabia que sintiera, tenía que aferrarse a la realidad. Adalberto y Mario habían conseguido escapar; el primero embistiendo con su coche la línea policial y disparándole un tiro, y el segundo debía de haberse escapado aprovechando ese momento de distracción. Había sido hábil, aunque por su experiencia sabía que lo de Mario había sido más suerte que pericia.

Estaba seguro de que al menos uno de sus disparos había alcanzado a Adalberto. Se vieron bien las caras y lo vio encajar el disparo mientras él recibía a cambio otro en su brazo.

Ya había enviado efectivos a sus domicilios y estaba pendiente de que lo informaran. Los registros le dirían mucho, y si no estaban allí, cosa previsible, no les habría dado tiempo de hacer maletas, así que todo dependía de si tenían o no un plan de fuga previsto. Quizá debían de haber tenido vigilados sus domicilios, pero iban justos de personal y estaba seguro de que allí, aunque esa diligencia era casi obligada después de la detención, no iban a encontrar nada incriminatorio. Adalberto era demasiado listo.

Andreu volvía en ese momento por el pasillo con dos cafés más en la mano. Cuervo se dio cuenta de que el suyo ya estaba frío. Miró a su compañero para preguntarle con la mirada cómo estaba el traficante. Siempre es bueno tener a otro tipo al que convencer de que le conviene hablar si quiere ahorrarse unos años de trena. Aunque sabía bien que era una misión casi imposible, porque eso significaba ponerse una diana en la espalda. Ese pensamiento se desvaneció con la respuesta de Andreu, que, moviendo la cabeza negativamente, le dijo que el tipo había palmado en el quirófano.

Suspiró, pero no por su vida, sino por la oportunidad perdida de interrogarlo. Andreu se sentó a su lado después de darle el café, y ambos permanecieron en silencio un buen rato.

—Mi teniente, si me permite. No le había visto esa cara antes, y ya hace cuatro años que trabajo con usted.

Se lo pensó antes de contestar y, antes de hacerlo, se señaló el brazo con la venda, donde una bala le había atravesado la carne con mucha fortuna. Ahora el efecto de los medicamentos se estaba

diluyendo y empezaba a dolerle.

—Cuando te vas haciendo mayor, a veces no dejas de pensar en cómo abandonarás este mundo, y si dejarás más respuestas que preguntas.

El cabo lo miró sin comprender.

—Eres joven y te falta, pero todo llega.

—Mi teniente, usted apenas ha pasado de los cuarenta y cinco, si mal no recuerdo.

—Dudo que llegue a los noventa, por lo que ya he sobrepasado el ecuador. Pero no era eso a lo que me refería —dudó—, sino a que hoy me he percatado de que me podía haber enviado al otro barrio alguien con el mismo uniforme.

—¡Ese hijo de puta ni se lo merece, no es digno de llevarlo! Y disculpe si me sale la vena agria.

—No te disculpes…, y coño, Andreu, que estamos más solos que la una. Háblame de tú.

—Sí, perdone…, perdona.

—Hoy me he dado cuenta de que tengo que hablar más con mis hijos. Si hubiese palmado, me hubiera ido sin darles muchas de las respuestas a las preguntas que, seguro, tienen sobre su padre. Como todos los que se van de repente por un accidente y dejan a las familias destrozadas sintiendo que les faltaban tantas cosas por hacer o decirse. —Suspiró y respiró hondo—. Estoy tan lejos de ellos… Ni siquiera me han escuchado decirles muchas veces que les…, que yo… No me hagas caso. Seguro que me han dado algún medicamento y me hace decir tonterías.

El cabo no supo bien qué decirle a su jefe. No era muy normal que se abriera y lo dejó sin réplica. Así que se quedaron los dos en silencio.

Poco después salió el cirujano y les dijo que su compañero se había salvado durante la operación, aunque era pronto para ver cómo evolucionaba, eso sí, con un pronóstico esperanzador. Después, el médico se perdió por el pasillo para informar a sus familiares.

Cuervo y Andreu se miraron.

Empezaba la caza.

36

La caza

El burán es un viento seco y caliente en verano, que en invierno es frío y crudo mientras azota zonas de Siberia y Kazajistán. Ese era el apodo de Antonof, se lo pusieron sus compañeros del Ejército y lo conservaba después de los años.

No llegó tarde de su cita. El chico marroquí había colaborado y le había dado dos direcciones. A última hora de la tarde comprobó, sin resultados, la primera en el Raval, y llegó a tiempo por los pelos a la segunda en la Barceloneta. Después, ya solo le quedaba regresar al hotel.

Allí tenía un sobre donde en su interior solo había un cartoncito, no más grande que una tarjeta de crédito, con una clave formada por números y letras.

Subió a su habitación y se sentó en el sofá orientado a las espectaculares vistas a la playa que le ofrecía el piso en la planta catorce. Abrió una aplicación de un juego para móviles llamado *Marvel: Batalla de Campeones* —un videojuego con millones de jugadores por todo el mundo—, se fue al buscador y puso la clave que le habían proporcionado. Se abrió un chat con la persona que lo contrataba. En realidad no sabía nunca si hablaba con ella o con uno de sus empleados, pero era una forma de comunicarse muy segura, la Policía no puede intervenir ese tipo de comunicaciones, así que ni siquiera hace falta recurrir a la Deep Web.

—¿Cómo va el trabajo? El jefe tiene prisa.

Aquella primera toma de contacto ya le indicó que no hablaba con el tipo de la pasta.

—Tengo una pista muy buena. Mañana tendré resultados.

—Bien, el jefe necesita esos resultados —le contestó con cierto retraso.

Sabía por experiencia que, aunque no hablaba con su contratante, este estaba allí mismo e incluso quizá dictaba las respuestas.

—¿Cuánto tiempo más? —insistió.

—El necesario. Yo trabajo por resultados, no por horas —contestó molesto.

El tipo que estuviera allí lo notó, así que tardó en contestar.

—Está bien, te mandaremos información de nuestros contactos aquí en la Policía. Mantenme informado.

Se desconectó y Antonof salió del videojuego.

Al colgar, observó que tenía una pequeña mancha roja entre los nudillos de la mano derecha. Aunque se había limpiado bien las manos, a veces la sangre seca tarda en salir, y al principio aquel joven marroquí no quería hablar… Luego, vaya si había hablado. Se fue hasta el baño y se lavó bien, esta vez asegurándose de que no quedaban restos. En el bar al que había entrado hacía unas horas solo había podido quitarse lo más evidente bajo el grifo sin una toalla para secarse las manos. Ahora lo había hecho a conciencia y aprovechó para pegarse una buena ducha. Una vez aseado, y con el albornoz de cortesía del hotel, conectó la televisión, pasó de los canales de noticias que emitían en ruso y buscó los de Estados Unidos.

Pidió que le subieran a la habitación una botella de cava. El más caro que tuvieran.

Aquella tarde no saldría más e incluso haría que le subieran la cena. Se sirvió una única copa que degustó observando las vistas. El día de trabajo había sido muy bueno.

* * *

Eran las dos de la mañana cuando Giselle abrió la puerta de su piso en camisón. Por la mirilla vio a alguien que de entrada no debería estar allí, pero no tenía elección. Si no le abría, podía

perfectamente echarla abajo.

Mario pasó rápido el umbral de la puerta, mirando hacia atrás por si había alguien observando escaleras abajo y lo habían seguido. Esperó un par de segundos en silencio, cosa que Giselle no comprendió, y después cerró la puerta lentamente. Al abrir, ella se había llevado las manos a la boca, como gesto para no emitir un grito sordo.

—¿Qué… qué te ha pasado?

Mario, aún con los pantalones verdes de su uniforme y una chaqueta gris para ocultar el resto de la indumentaria policial, pasó de largo y se fue hasta la ventana que daba a la calle Rosselló. No abrió la boca. Llevaba el pelo sucio y despeinado. Ni rastro de la gomina que utilizaba a menudo, y además tenía marcas de hematomas en la cara.

—Mario, por favor, respóndeme. ¿Qué te ha pasado? —insistió Giselle.

—¿Qué me ha pasado? —resopló por la nariz—. Que nos han pillado. Eso es lo que me ha pasado. Estoy vivo de milagro —reveló con amargura al recordar las balas silbando por encima de su cabeza.

Después recordó cómo su jefe se metía en el coche y salía a toda velocidad embistiendo todo a su paso. Lo odió con todas sus fuerzas cuando vio que lo dejaba allí tirado, pero también comprendió que ese gesto involuntario había hecho que todos sus excompañeros del cuerpo se centraran en el vehículo y se olvidaran de él por unos instantes, que no desaprovechó para salir a la carrera y precipitarse por un terraplén cercano a su posición que daba a un camino de tierra. Cuando los guardias civiles quisieron darse cuenta, ya les llevaba algo de distancia, y como tenían heridos y habían tenido que retirar el helicóptero, pudo llegar a Barcelona después de robar un coche. Qué más le daba otro delito con todo lo que tenía encima.

Giselle se dejó caer en el sofá y Mario, abatido, hizo lo mismo a su lado. Estaba derrotado y frustrado.

—Nena, no tenía adónde ir. Seguro que ahora estarán en mi casa.

—¡Oh, Mario! Lo siento, mi amor. ¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Necesito dormir un poco y descansar. A ver si mañana puedo pensar algo con la cabeza más despejada.

—Claro, amor, quédate aquí.

Ni siquiera fue a la habitación con ella. Se recostó en el sofá y allí se quedó medio adormilado, asimilando el vuelco que su vida acababa de dar. Giselle se fue al baño, se sentó en la taza del inodoro y sacó el móvil para escribir.

Solo envió dos palabras: «Está aquí».

37

Está aquí

Después de dejar la droga escondida a buen recaudo en un almacén de su tío, Pepe y yo nos hemos despedido por unos días. Es mejor dejar pasar algo de tiempo y no mover el material. Justo después de hacernos con la carga, y tras una redada de la Guardia Civil, es preferible no llamar la atención. Los dos socios que estaban en la casa del sargento de la Guardia Civil siguen sin contestar a los teléfonos. Quedamos en no ponernos nerviosos y esperar a que ellos se pongan en contacto. Ahora, poco más podemos hacer.

Aprovechando que estoy de vacaciones, he aceptado la propuesta de mi viejo y pasaré unos días en el barrio. He conseguido ahorrar algo de pasta e incluso puede que me vaya unos días a la montaña a respirar aire fresco. No lo hago desde que era un crío, cuando en el *esplai* del barrio nos llevaban de campamentos. De allí solo guardo buenos recuerdos, de esa inocencia que se tiene en la niñez, donde mi hermano era un pequeñín al que tenía que proteger de los mayores y mi amigo Pepe era «mi otro hermano». De pasar los días sin espera. De vivir sin ser consciente que eso pasará muy rápido y te atrapará la vida. Entonces te haces mayor, a tu hermano lo enchironan y a ti casi te meten en el hoyo de por vida por pasarte con las pastillas. Así que aún puedo dar gracias.

Iré a visitar a mi hermano al trullo. Le voy escribiendo cartas, pero hace meses que no lo veo. Espero que dentro no consuma

demasiado y no se endeude mucho.

Con ese plan pasaré la mitad de las vacaciones. El resto será concretar la venta de la coca a un camello distribuidor que quiera y pueda pagar esa cantidad de dinero que esperamos sacar, y sobre todo que no intente hacernos lo mismo que nosotros le hicimos al picoleto. Después de eso, se abre un futuro del que no soy capaz de ver el recorrido. Si sale bien, en unos meses podré dejar la portería donde malvivo y pensar en un objetivo vital diferente; si sale mal, bueno, a eso es a lo que estoy acostumbrado, pero siempre me rehago.

Mientras camino hacia casa recibo un mensaje de Jessi. Está en Lleida visitando a su familia. Intento no ilusionarme con que esa visita al Pirineo la pueda hacer con ella. Le digo que podemos vernos y me dice que puede que un poco más tarde. Eso me alegra el día. Paso delante del bar Avenida, que ya no es el de Gonzalo, y sin pensarlo mucho me meto dentro. No hay nadie y el chino me sonríe. Creo que me ha reconocido del otro día. Me pido una cerveza y él me sirve unas arbequinas con una sonrisa. Las acepto encantado, pues a Gonzalo había que pagárselas aparte. Busco el diario local, pero no tiene ni *La Mañana* ni *El Segre*, aunque sí veo *La Vanguardia, El Periódico* y *El Mundo*. Como no hay nadie, agarro los tres. Creo que en alguno de ellos irá la noticia del alijo incautado por los beneméritos.

Figura en el primero que pillo. Leo que han aprehendido más de ochocientos kilos. Me gustaría que fueran más exactos, ya que así sabría lo que nosotros guardamos en el escondite. Ni siquiera lo hemos contado aún. Pone que murieron dos traficantes allí mismo, y un tercero en el hospital. Mierda. También que palmó un guardia civil en el tiroteo y que otro quedó malherido. Mierda por dos.

La noticia figura a doble página y el periodista parece estar muy bien informado. Al leerlo no puedo dejar de ponerme algo intranquilo. En uno de los laterales de la página puedo leer que el jefe de los guardias civiles corruptos se encontraba en su casa después de ahuyentar a unos ladrones que, además, insinúa el periodista, abusaron sexualmente de su mujer. Sin darme cuenta, veo mi puño cerrado y estoy arrugando el diario de la rabia.

El chino me mira extrañado.

Mierda. Lo hizo, al final el muy hijo de puta lo hizo. Una cosa

que tenía que pasar desapercibida se convertirá en algo que implicará más persecución policial. Puede que también se unan ahora los Mossos. Viva la Pepa. Dos cuerpos policiales persiguiendo a los narcos que le hicieron «el vuelco» a otros narcos. Calma, Ful. En la casa no dejé huellas, no me quité los guantes, ni la gorra, ni el pañuelo. No me pueden reconocer. Nadie sabe que estuve allí, excepto Pepe, Juan y Carapán.

Vuelvo al lateral de la noticia donde explica el suceso en la casa. Nada, nada, na… Mierda: «… a uno de los atacantes lo encontró la policía degollado en la cocina, pero el segundo agresor logró huir».

Le pido la cuenta al chino y voy a pagar, cuando veo entrar a Pepe en el bar. No teníamos que vernos en unos días, pero siempre sabe dónde encontrarme. Tiene la misma cara que yo, por lo que habrá leído el diario o se habrá enterado por sus fuentes de expoli. Me indica que me siente. Se pide un café y espera a que el chino se lo sirva y se aleje. Le señalo con la mirada el diario y asiente. No hace falta que lo abra.

—¿Sabes quién?

—Creo que Juan.

—Joder.

—Por lo que intuyo, el sargento nos dejó la droga y se fue a su casa para ver si estaba allí su familia. De alguna forma lo supo o supongo que esperó que nos dividiéramos para tener una oportunidad, y allí pilló a los dos por sorpresa. Uno en la cocina y el otro, bueno, no sé muy bien qué hacía.

—El muy hijo de puta ya te diré yo lo que hacía. Estaba violando a la mujer, en el mejor de los casos. ¿De dónde sacaste a esta basura?

—Tranquilízate, Ful. Era el equipo que había, y el Carapán era el que tenía los contactos. Sin Giselle no habríamos llegado al tal Mario y este no nos habría llevado a Adalberto.

—Ya, pero yo no trabajo así. Ese tipejo es escoria, es…

—No ha cumplido con su parte y se queda fuera. No te preocupes. Tenemos la droga, solo debemos esperar a que amaine la tormenta y podremos vivir como los ricos, Ful. Ahora solo repartiremos entre dos.

—¿Y si Carapán no se conforma?

—Te lo he dicho, nos encargaremos de él.

Pepe lo dice muy tranquilo. Sé que no miente y que no lo dice por decir. Si tiene ocasión, acabará con este cabo suelto. Carapán no deja de ser un tipejo que nos venderá a la primera. Pero no aún. Sabe que tenemos la droga y eso significa pasta, y querrá cobrar. Como Giselle, que se tiene que llevar su parte y, aunque la suya es más pequeña, Pepe no la nombra.

No reconozco a mi amigo.

Apuro la cerveza que casi me había dejado a medias cuando ya me iba y él se toma su café. Hacemos una pausa necesaria. Saca cinco euros y paga. Puedo hacerlo yo, pero no discutiré con él. Siempre paga. Me da una palmada en el hombro derecho y se va. Ahora soy yo el que se pide un café, por hoy ya no quiero beber más.

Le doy la vuelta a la última página de sucesos y me da un vuelco el corazón. No sé si la cosa podía ir peor. Reconozco el lugar por la fotografía que lo acompaña. El titular me deja helado: «Atraco a una pequeña tienda de objetos de segunda mano en la Barceloneta. La Policía sospecha que allí se comerciaba con objetos robados».

¿Casualidad? Joder. Siempre me ha costado creer en eso. Que a veces las cosas pasan sin más. No. Siempre he creído que las casualidades no existen. Que si pasan es porque nosotros hacemos que pasen y que lo demás es puro azar. ¿Dónde cojones me he metido esta vez?

Pago y me marcho. No quiero saber más.

Mientras camino hacia casa, una multitud de pensamientos se agolpan en mi mente, aunque, sobre todo, una pregunta no me abandona casi hasta llegar al piso de mi padre.

Me pregunto si allí, en aquella pequeña tienda de la Barceloneta, aún seguirá el reloj del viejo al que robamos. Ese mismo modelo que llevaba el segurata de la disco de Barcelona. Es demasiada casualidad y sé la respuesta.

El puto reloj.

38

El puto reloj

El día anterior, en la tienda de artículos de segunda mano de la Barceloneta, Paolo se preparaba para cerrar. Eran casi las ocho de la tarde y aquel día ni los «moritos» ni los otros «proveedores» le habían llevado uno de sus objetos preferidos. Y solo había vendido un Rolex que almacenaba desde hacía mucho —de un cliente que se había echado atrás— a un rumano que regentaba un piso con prostitutas y que hacía tiempo que esperaba otro modelo. Supuso que se cansó de esperar y se llevó el que tenía allí. El tipo había pagado doce mil euros, lo cual tampoco estaba mal del todo, por un reloj que en el mercado vale más del triple.

Mientras recogía, entró un cliente. No lo había visto nunca, pero vestía traje caro y llevaba un Omega de los buenos, él sabía distinguir bien las baratijas y aquel reloj no lo era.

Adoptó su acento para los extraños y se dirigió al tipo que curioseaba las vitrinas con los objetos para turistas, que no eran más que una tapadera de la que también sacaba lo suficiente como para disimular ante Hacienda.

—¿Está interesado en algo en especial, señor?

El hombre sonrió.

—Sí, no lo dude. Me ha costado dar con esta tienda. Las indicaciones que me dieron los chicos no eran muy exactas.

—¿Ah, sí? ¿Le han recomendado mi pequeño negocio?

—No exactamente. Vengo del centro y estoy buscando algo muy

especial —dijo, mientras observaba el pequeño aparador donde había unas pulseras doradas que se veía a la legua que eran falsas —, pero nada de esto que tiene aquí expuesto.

—Claro, tengo algún otro material dentro. Si me dice qué está buscando, puede que se lo encuentre. Y también cojo encargos.

—Fantástico. Quiero un reloj —le dijo señalando la muñeca donde brillaba su propio Omega.

El viejo divisó negocio. El acento era claramente del Este y aquel reloj no se lo podían permitir los policías, por lo que quien tenía delante era un cliente, sin duda. Menudo ojo tenía para eso, se jactaba siempre. Son muchos los que se pueden permitir un lujo de los que él ofrecía, pero por el precio de uno nuevo el viejo les conseguía relojes que valían el triple o más, y que les proporcionaba una clase muy por encima de la suya. Y, sobre todo, les daba la oportunidad de blanquear dinero negro en un artículo que no podían adquirir legalmente sin levantar sospechas.

—¿Qué clase de reloj? —le dijo enseñando la vitrina que tenía delante, consciente de que ni por asomo sería lo que buscaba.

El hombre sonrió de nuevo.

—Vamos a jugar, ¿no es eso?

—No, no, yo soy un hombre de negocios serio.

Antonof se frotó la mandíbula y acto seguido sacó una fotografía de un reloj.

—Quiero este.

El viejo examinó la foto con detenimiento, como si fuera un verdadero experto. Y lo era. En la imagen se observaba el detalle ampliado de una muñeca donde se veía claramente el reloj.

—Buen gusto, un Richard Mille. Y muy caro. Precisamente tuve uno hace muy poco, pero lo vendí. Si me deja unos días más, yo podría… —le dijo mientras volvía a examinar la foto.

—No me ha entendido, caballero. No quiero un Richard Mille, quiero ese Richard Mille. El de la foto.

El viejo no contestó, pero el hombre notó que este se ponía pálido mientras escuchaba lo que le decía, y con su lupa observaba con más detenimiento el reloj que aparecía en la instantánea. Más en concreto, una pequeña raya casi diminuta que ya había visto hacía muy poco tiempo.

Dejó la foto en el mostrador y vio que el hombre lo miraba con

atención. En ese momento, al recuperar sus gafas, vio las facciones musculadas de la cara de aquel hombre que lo observaba a través de unos ojos grisáceos.

—Mire, yo solo soy el comerciante, no pregunto —dijo recuperando su propio acento—. Solo hago transacción con los pedidos. No sabía que le hubieran robado a usted.

—¿A mí? No. Pero sí a alguien que no quiere que le roben y tiene dinero para pagarme.

El viejo estaba blanco.

—Me va a decir a quién se lo ha vendido, claro. Pero lo que me interesa saber, sobre todo, es quién lo trajo aquí. El que lo robó.

—No lo conozco, solo sé que se hacía llamar Jack. Eso dijo —aclaró por la cara que ponía el tipo—. Vino con otros dos, uno entró y el otro se quedó en la puerta. Los tengo en la grabación de seguridad. Se la daré. Las tengo abajo. Le puedo imprimir unas fotos. Al que se lo vendí posteriormente no lo conozco, no lo había visto nunca.

—Bien —dijo Antonof mientras daba la vuelta al cartel de abierto de la pequeña tienda.

Después caminó hasta el viejo, que no sabía qué le iba a pasar. Estaba acorralado y no tenía escapatoria. Esperaba poder darle lo que quería y que no le hiciera ningún destrozo.

Antonof empezó a cumplir su contrato en aquella tienda.

Ya no volvería a abrir nunca más.

39

Nunca más

Ha pasado la mañana y, aunque he dormido algo mejor que en mi apartamento de Barcelona, mi vieja cama tampoco es para tirar cohetes. Al salir medio dormido he tenido un *déjà vu* de esos. Mi padre está sentado frente a la ventana tal y como lo recordaba. Hacía mucho que no veía esa imagen. Él y la ventana maldita. Me oye y se gira. Años atrás me habría ignorado, pero hoy no lo hace.

—Hay café, si quieres. Lo he preparado hace poco.

No tiene una Nespresso, mi padre prepara el de toda la vida. Y no está nada mal, la verdad.

Miro el reloj y veo que son las ocho.

—Estupendo —contesto con un bostezo.

—¿Qué planes tienes, hijo?

—Iré a ver a Sergio y después no sé. Solo estaré unos días por aquí, pero igual me voy a Andorra o al Pirineo, no sé, por no ir a Salou, como hacía siempre. Bueno, ya sabes, hace mucho.

Salou y Cambrils, además de ser dos municipios estupendos, nosotros los conocíamos, o al menos así era cuando yo era más joven, como «las playas de los de Lleida». Dudo que los habitantes de esos sitios sepan eso, o lo compartan, pero no es nada extraño, solo es cuestión de distancia para los que nacimos en Lleida, que es la única provincia sin playa de Cataluña. En menos de una hora puedes estar estirado en la arena. Bueno, hoy en día, con los radares y las multas, en algo más, pero cuando yo era joven y nos íbamos a

la playa, en moto se podía hacer en unos treinta y cinco minutos por la nacional. Esa que les ha costado la vida a tantos y que en mis tiempos segó otras tantas por las prisas y los excesos de la época, además de por la no prohibición de llevar casco. Qué locura era eso visto con la perspectiva de ahora. En aquellos tiempos, ponértelo era una cortada de rollo si no te daba el aire en la cara a doscientos por hora. La putada era cuando lo que te daba en la cara era el asfalto o el guardarraíl a esa velocidad. Cuántos se quedaron en el camino. Creo que tantos como los que se fueron por el jaco, o por la coca, o los que se quedaron fritos por las *pastis* años después. En fin.

Lo dejo en su ventana y me sirvo ese café. Se queda allí observando la calle y yo me quedo en la cocina. Me siento en la única silla que hay. Tenía otra, pero se le debió de romper. El hombre vive solo y apenas debe de tener visitas. Para qué más. Observo que no hay demasiado polvo y está bastante limpio. Sospecho que habrá contratado a alguien para que le limpie el piso. Aun con su escasa pensión, le da para no vivir en una pocilga, porque él no debe de saber cómo se utiliza ese palo con final en cepillo que llamamos escoba. Yo no lo vi nunca hacerlo en vida de mi madre y aún menos cuando se fue.

Miro el móvil y no tengo mensajes de Pepe, pero sí de Jessi. Quizá nos podamos ver. «Nos podríamos escapar a la montaña», me dice. Se me acelera el pulso. Es un sueño. La añoro tanto… Le escribo que voy a reservar una habitación en un buen hotel y que la llamaré para recogerla.

—Papá, ¿me puedes dejar el coche un par de días? ¿Lo necesitas?

—Cógelo, hijo. No tengo que ir a ningún lado —contesta en un tono que casi es un pesar.

—Gracias, estaré de vuelta mañana. No te preocupes, que te lo devuelvo de una pieza.

—Lo uso poco, solo para ir al Mercadona a cargar la compra. Ya me apaño sin él. Tienes las llaves en la entrada.

Aquel viejo Opel Astra no es mucho, y como todo en esta vida debía de tener su trote, casi se podría decir que sus aventuras. Yo las tuve con mi viejo Ford Escort. Unas que solo su dueño debe conocer. También el de mi padre, que yo desconozco. Las cosas que pasan en un coche. Seguro que si hablara aquella chatarra podría

contarme una buena historia.

40

Una buena historia

Carapán miró hacia atrás y se aseguró de que no lo siguiera nadie. Aunque se guiaba por sus impulsos más primarios, no era tonto. Sabía que no tenía que haber violado a la mujer en pleno golpe, pero él no lo podía evitar. Era demasiada tentación y eso ya le había costado inconvenientes en su país, donde su familia, de buena posición, no tuvo demasiados problemas para pagar a quien fuera para callarle la boca. Pero todo tiene un límite y, al final, su padre se cansó.

Un día, después del calvario que representaba aguantarlo, le pidió que se fuera cuando, ya con diecinueve años, no pudo evitar ese deseo insaciable e intentó violar a la hija de la empleada del hogar, que vivía con ellos desde hacía muchos años. No lo consiguió por los pelos gracias a los gritos de la muchacha, pero otras se quedaban tan en *shock* que no podían hacerlo. El dinero de papá había conseguido silenciarlas después, pero esta luchó hasta que el propio Carapán supo que si quería hacerlo tendría que hacerle daño de verdad. Y no es que no quisiera hacerlo, pero no se encontraba en un terreno apropiado para eso. Estaba en su propia casa y una de sus hermanas acudió al escuchar los gritos. Lo encontró subiéndose los pantalones mientras la chica lloraba desesperada. En cuestión de segundos acudió el resto de la familia, y aquello que ocultaban como si fuera un secreto familiar en lugar de una maldición se hizo tan palpable que acabó con el primogénito expulsado de la casa.

Él, en su mente, nunca lo entendió. No era más que la hija de la empleada del hogar. Lo que no sabía era que ese pensamiento, en términos médicos, se llama «sociopatía», así que emprendió el viaje con el dinero que le entregó su progenitor para empezar una nueva vida lejos de allí.

Carapán siempre pensó que su padre quería demasiado a aquella trabajadora del hogar y, con el tiempo, que esa hija quizá se parecía físicamente demasiado al viejo.

La madre de la chica, como tantas, calló bajo la plata, pero él tuvo que partir y se refugió en España. Barcelona tenía buenas oportunidades incluso para él, y aprovechando que allí tenía familiares optó por la Ciudad Condal.

A su prima Giselle no le hizo demasiada gracia cuando llegó, puesto que los comportamientos de un violador compulsivo se desarrollan en la infancia, y la chica, ya de niña antes de emigrar, aprendió a tiempo que no podía quedarse a solas con su primo.

Carapán, no obstante, tenía agallas y se adaptó rápido a sus nuevos negocios, y aceptó algunos encargos para llevar droga aquí y allí. Hasta que un día conoció a un tipo que decían que había sido poli y que ahora se ganaba la vida con los trapicheos. Una noche de juerga le enseñó unas marcas en la piel de su espalda y le contó que se las había hecho la poli de su país. Por algún motivo, este lo creyó. La realidad era que lo habían pillado violando a una chica de catorce años en Barichara y que los aldeanos le habían marcado la piel a latigazos para siempre. Lo iban a colgar por la mañana, pero pudo escapar de la casa donde lo retenían. Aquellas marcas a fuego le habían servido para entrar en el grupo de Jack, que desde luego no se llamaba así, como él tampoco se llamaba Carapán.

Pero el tal Ful lo había calado y, aunque no sabía si el jefe se habría enterado de su asunto en casa de aquel policía de verde, Carapán sabía que ellos habían ido a por la droga. Y creía merecer su parte. Se la había ganado como ellos y, además, qué más daba que se hubiera desquitado con aquella zorra —pensó—, si después casi le cuesta la vida. Había aparecido el tipo del que tenían que encargarse Jack y Ful y solo la suerte, que lo acompañaba muchas veces, lo había salvado. Esa suerte que era la otra cara de la moneda de algunas chicas, a las que les salía cruz cuando Carapán se cruzaba en su camino.

Uno de los disparos del guardia civil le había rozado el costado derecho. En ese momento sintió un escozor y, aunque se asustó de primeras, siguió corriendo. Vio que ese dolor amargo en el costado no se lo impedía, así que salió de allí como pudo y, una vez a salvo, comprobó que solo era un rasguño.

Se fue al centro y regresó a Barcelona en autobús. No fue a su mierda de piso compartido y se refugió en una pensión. No pedían mucho y, aunque tuvo que enseñar sus documentos, nadie buscaba en aquel momento a Norberto Ramírez. Ventajas de que todo el mundo te conozca por tu apodo; *Carapán* nunca le gustó demasiado, pero ahora sabía que lo estaba ayudando.

La vida le había vuelto a poner un obstáculo, pero eso nunca supuso un problema. Consiguió salir adelante y viajó al otro lado del charco. Así que aquello no era más que otra prueba. Nunca había pisado la cárcel, a pesar de que solo dejaba destrucción a su paso, pero qué le iba a hacer. Él era así y no era culpa suya. No hacía nada malo. Al menos eso sentía dentro de sus entrañas, ya que las mujeres con las que saciarse no le importaban en absoluto.

Después de descansar en una cama pequeña, se levantó y pensó en dar un paseo corto, sin alejarse mucho de la pensión.

Había salido a que le diera el aire y a pensar. Estaba solo y sin información, así que, convencido, marcó el número de móvil de Jack. Si pensaba que él se iba a olvidar de cobrar, iba listo. Cuando uno hace un trabajo, quiere que le paguen, y de aquel negocio tenía que cobrar una buena tajada.

Iba a reclamar su parte.

41

Su parte

Recojo a Pepe en la esquina del que fue su antiguo piso. En el que tiene los mejores recuerdos de su vida anterior con su hijo. Su mujer ha accedido a que lo vea un rato, y hace bien. Es mi amigo, pero no conviene cabrearlo. Es capaz de cualquier cosa, lo sé porque lo he visto.

Echando la vista atrás se diría que no fui un lince escogiendo a mis amigos, pero hay cosas que no escoges tú, y el entorno en el que naces es una de ellas. Tampoco escoges a la familia, pero a los amigos sí, y algo debe de significar que mis mejores amigos de la infancia fueran José, un pederasta en ciernes, y Pepe, que acabó de mosso d'esquadra desahuciado y solo con muertos a sus espaldas. Muertos que parece que no le pesan lo más mínimo.

No es que a mí me pese en exceso el que llevo, pero recuerdo que lo pasé muy mal. Al cabo del tiempo, como todo, se fue esfumando esa sensación de vacío que me invadió los primeros días. Supongo que la mente busca cómo defenderse de la culpa y encuentra los pecados del fiambre para apaciguar tu conciencia. Al final optas por pensar que el mundo es mejor sin esa escoria que tú has tirado a la basura, y así te sobrepones. «Deshumanizarlos», leí una vez que se llamaba. Las numerosas horas muertas en mi trabajo de mierda han servido para algo. Jamás había leído mucho más que cómics hasta que empezaron a caer en mis manos las novelas negras del tal Vázquez Montalbán que me dejó el señor Gómez. Qué bien

comía aquel hombre. No me faltaron tampoco las del Bevilacqua ese, que naturalmente me dejó el señor Hipólito, como buen expicoleto que era. Muy instructivas, la verdad. Nada como conocer bien cómo funciona el mundo de los que un día igual te están persiguiendo.

Pepe está callado. No hemos hablado desde que lo he recogido, pero tiene muy buena cara. Solo vamos a dar una vuelta de reconocimiento donde dejamos la droga para comprobar que todo está bien. Es el almacén de un bar que era de su tío, que tuvo que cerrar al enfermar de cáncer. Nadie va a entrar allí y la mercancía está segura.

Una vibración me saca de mis pensamientos. Es el teléfono de mi amigo. Mira quién llama y me indica que pare un segundo en doble fila. No hemos salido del barrio y eso no es problema. En el centro algún guardia urbano nos podría meter la bronca o la multa, pero en los barrios son más permisivos con esas pequeñas faltas, y mientras no molestes al que quiera salir, no hay problema. Veo un hueco que nos evitará todo eso y ahí que aparco.

Pepe, antes de descolgar, me enseña qué nombre aparece en la pantalla. Le da al verde y le cambia la cara, a mí también. Es el puto Carapán. Lo odio a muerte, es un maldito violador. La peor escoria de la Tierra a mis ojos. Supongo que su madre, si la tiene, no opinará lo mismo, no deja de ser el hijo de alguien, aunque siempre he pensado que estas alimañas no tienen madre. Me gustó aquella escena de la peli *El señor de los anillos*, creo que en la segunda parte, en la que los orcos nacían del suelo. Me recordó que hay especímenes caminando por las calles que deberían venir al mundo así, sin madre y sin padre. Seres demenciales sin ascendencia. Eso, al menos, nos daría una explicación racional de por qué son unos demonios. Y aunque pueda parecer hipócrita por mi parte sabiendo a qué me dedico, siempre me digo que no soy una mala persona, que nunca me ha gustado hacerle daño a nadie, eso lo tengo claro, y que hago lo que hago por necesidad.

Sé que no es del todo cierto. No tuve todas las oportunidades que otros tienen cuando era un niño, pero mis elecciones también cuentan y fueron nefastas. Aun así, nunca he hecho daño por voluntad en cuanto tuve conciencia de ello. Quizá esa es la diferencia. Aunque una cosa sí que me ha enseñado la vida. Algo,

por poco que sea, se puede cambiar. Espero que para bien.

Observo a Pepe, que mira al frente como si no hubiera nadie al otro lado de la línea. No le contesta nada de inicio; luego, no puede evitarlo:

—¿Cómo te atreves a llamar, hijo de la gran puta? Y por un móvil que podría estar pinchado —le espeta mientras mira a ambos lados de la calle antes de poner el altavoz del teléfono. No hay gente por los alrededores, estamos dentro de un coche, así que no nos oirá nadie. Lo del pinchazo lo dice por decir. Lo teníamos más que hablado. Esos teléfonos para el palo están limpios y, en todo caso, es demasiado pronto para que la poli sepa de ellos y tenga tiempo de pedir órdenes judiciales para pincharlos. Ventajas de trabajar al otro lado de la ley con un exmosso que era de los buenos, como Pepe. Y, además, nos desharemos de ellos en breve.

—Me escapé por los pelos, güey. Apareció el poli y me escabullí. No pude ver dónde estaba Juan. No me avisó y debió de largarse, el muy pedo.

—Juan murió.

Silencio.

—Ah. Bien. No sabía.

—No sabes mucho. Me arrepiento de haberte invitado.

—Ya es tarde. Hice mi parte y quiero lo que me toca. Sin mi prima Giselle, no tendrían nada. Hice mi parte —insiste.

—¿Tu parte era violar a la mujer? Cabrón.

Me muero de ganas de llamarlo de todo, pero prefiero no interferir. Este es el plan de Pepe y él lleva las riendas. El tipo insiste.

—No pasa nada, *bro*. Solo era la mujer de un policía —afirma Carapán.

Pepe tiene la cara roja y se muerde la lengua, pero sabe que no ganará nada si entra en una batalla dialéctica por teléfono. Respira antes de hablar:

—Está bien. Deja que mueva un poco los hilos y, en cuanto nos paguen la mercancía, te daré lo que te debo. Después de eso no quiero verte nunca más.

—Ya me dice usted. Estaré escondido, no más. Quiero mi plata.

Pepe cuelga y tiene la cara en tensión. Se la he visto otras veces, pero algo le recorre la mente.

—¿Le vamos a dar su… —dudo si utilizar su propia jerga, pero no me resisto y caigo— su plata?

Pepe no me decepciona.

—No, le daremos plomo.

42

Le daremos plomo

Las luces de los coches policiales invadían la calle de la tranquila zona residencial de Castelldefels. Incluso, yendo hacia allí, a Cuervo le había parecido ver salir un coche de una de las casas que conducía el futbolista Cesc Fàbregas. Alucinaba con lo que debían de valer aquellas mansiones, y que ahora él se acercara a una de ellas donde vivía un excompañero suyo.

Cuando llegó a Barcelona, era bien conocido que un sargento vivía en aquella zona, pero decían que le había tocado la Primitiva. A él nunca le coló esa explicación, sabiendo que tenía su trabajo en un puerto internacional de entrada y salida de mercancías donde se introduce absolutamente de todo. Tampoco les coló demasiado a otros, pero como era un tipo discreto, a pesar de ser mucho más rico de lo que aparentaba —solo su Jaguar cantaba un poco—, y que el tema de los contenedores no hace saltar ninguna alarma si no es por un chivatazo o un comportamiento extraño que Adalberto no tenía, estos siguieron con sus vidas sin hacer demasiadas preguntas.

Porque las respuestas a esas preguntas no sirven para aquel que no quiere indagar más de la cuenta y va a trabajar para ganar un sueldo y no tener problemas. No es que sus compañeros fueran unos corruptos, es que ellos solo tenían delante a un sargento que no fallaba en el trabajo y al que no se le conocían historias raras. Y acusar sin pruebas en un trabajo con jerarquías puede salir caro.

Ese no fue el caso de Cuervo, que en cuanto supo de su

existencia se puso manos a la obra para saber si de verdad el tal Adalberto era un policía afortunado o, como sospechaba, era más bien un policía bien untado.

Desde el día anterior ya tenía la contestación, aunque en realidad esas respuestas los policías las saben muchísimo antes. Pero lo que cuesta es que la Justicia, con todos sus recovecos y garantías, lo pueda saber también. Y eso cuesta un horror: seguimientos, escuchas telefónicas —muchas de ellas sin nadie al otro lado—, informes de Hacienda, más seguimientos, y un larguísimo rastro de horas invertidas para sacar a la luz los trapos sucios de una sociedad que comparte suciedad en forma de consumo de drogas en todas las escalas sociales, y de otros vicios aún peores.

Cuervo los odiaba a todos por igual.

Llegó y aparcó cerca de una patrulla de los Mossos d'Esquadra, que se acercaron a identificarlo por ir en un coche sin distintivos policiales. Les mostró su placa y estos, que ya tenían instrucciones precisas, lo dejaron pasar sin problemas. Incluso uno, que debía de saber de rangos, lo saludó marcialmente cuando vio que en su carné profesional ponía que era teniente. No tenía mala relación con ellos, de hecho, tenía mejor relación con ellos que con el Cuerpo Nacional de Policía. Aunque, claro, él tampoco era un policía fácil de llevar, y eso significaba conflictos. También con sus propios compañeros, que, tratándose de un cuerpo de policía militar, lo había llevado a tener auténticos quebraderos de cabeza. Pero de eso hacía tiempo, y desde que el general le cogiera afecto por todas sus virtudes, podía ir por la vida benemérita solo intentando disimular sus defectos.

Accedió a la casa y se paró en la misma entrada a observar aquel lujo. Incluso tenía un cuadro de Miró. Andreu le salió al paso.

—Mi teniente, a sus órdenes.

—Dime qué es lo que tienes, Andreu.

Su segundo le dio unos cubrezapatos de plástico para no contaminar la zona con indicios externos. Andreu ya los llevaba puestos.

Cuervo respiró hondo mientras se los ponía y seguía observando. Al final, pensó, puedes vivir en la opulencia, pero si tu dinero es sucio acaba manchándolo todo. Si no, que se lo digan a la cantidad de políticos corruptos que ocupaban cargos importantes en el país

que ahora pueblan Soto del Real. Se giró hacia Andreu.

—El tipo del cuello rajado está en la cocina. ¿Lo quieres ver?

—Claro. ¿Quién es?

—Se llama Juan Francisco Estiarte López. Delincuente de poca monta, con doce antecedentes por los Mossos. Para nosotros es blanco. Nada destacable, a ver —revisó un papel con anotaciones—: hurto, robo con fuerza en establecimiento, algo de drogas, pero leve…

—Pues ha subido el listón.

—¿Y qué haría aquí? Igual trabajaba con Adalberto —sugirió Andreu.

Cuervo frunció el ceño.

—No, no me cuadra. Busca relacionados con él, a ver con quién se movía. Esto tiene pinta de extorsión a un narco.

Andreu lo miró con las cejas arqueadas.

—No pongas esa cara. No perseguimos a compañeros. Adalberto se convirtió en un narco en el momento en que traspasó la línea.

—Ya, mi teniente, pero se hace raro.

—Volvamos al tal Juan y a sus cómplices, porque por lo que sabemos por lo menos había otro pájaro más.

—Eso parece. La esposa de Adalberto no está muy colaboradora. De hecho, no sé si nos hubiera llamado si los vecinos que escucharon los disparos no hubieran llamado al 112. Los Mossos la encontraron en estado de *shock*, y son ellos los que nos han dicho lo de la violación. Parece que se lo sonsacaron a la hija mayor, pero después la mujer se rehízo y ya no nos deja hablar con los niños.

—¿Dónde está?

—Arriba.

Con un gesto con la cabeza le indicó que prefería ignorar de momento al fiambre de la cocina. Deseaba saber más datos de aquel que había deshonrado el uniforme que juraron defender. Empezaron a subir a la zona superior.

—¿Qué tal con los Mossos? Joaquín no contesta, aunque me parece que iba a ver al juez.

—Con los Mossos bien, sin problema. Y el capitán me llamó a mí porque parece que no tenías cobertura. Habló con la jueza, y como esto viene de nuestra investigación bajo el amparo judicial, solo están en tareas de apoyo. Incluso los de la unidad de investigación

ya se han ido. Nos dejaron una patrulla en la puerta, y la verdad, no nos viene mal que hagan ellos el plantón por la falta de efectivos, ya sabe.

Cuervo asintió. Era lo esperado, pero por cómo iba todo se podía esperar cualquier cosa. Aun así, tratándose de una investigación ya en sus postrimerías, con la droga incautada y con guardias civiles muertos, era normal que los que tienen la competencia de la seguridad ciudadana se apartaran. Por ellos mismos o por imperativo legal. A nadie le gusta que metan las narices en sus asuntos, y aquel lo era de la Guardia Civil. Aquel lo era de Cuervo.

En la parte de arriba, un guardia civil enfundado en un traje de plástico blanco se giró mientras se acercaban.

—¿Y el juez de guardia?

—Lo fue a buscar Antúnez. Viene con el forense.

El teniente observó las habitaciones, primero las que debían de ser de los niños. Se estremeció. Era lo único que podía lograr ese efecto en el teniente. Los niños nunca tienen culpa de los pecados de los padres, aunque en muchas ocasiones son ellos quienes los acaban pagando. Siguió avanzando hasta la que debía de ser la del matrimonio. Allí solo había un rastro de sangre. Aquel hijo de puta era fuerte. Aun estando malherido, había llegado a su casa. En ese momento, Cuervo entendió por qué había embestido a los coches a la desesperada. Pero no era más que un tipejo a ojos del teniente, uno que había deshonrado todo lo que juró defender, y que había puesto a su familia en peligro por sus negocios con los narcos a cambio de la famosa plata. Al final, lo que había recibido era el plomo, pero no de ellos. El que llevaba dentro era de la pistola de Cuervo, no tenía dudas. Y eso demostraría el estudio de su pistola, que ya estaba en la unidad de intervención de armas de la comandancia, para su análisis, como manda el protocolo, después de un episodio como el que habían vivido.

Su mujer, por iniciativa propia y ante el desastre, había avisado a una ambulancia. No le quedó opción, porque pensaba que su marido se iba a morir allí mismo. Rezó para que los servicios médicos no alertaran a la Policía, cosa improbable viendo el estado en que estaba Adalberto. Pero al final el tipo había logrado recuperar fuerzas y había escapado. Dejó allí a los suyos. Sabía que, con ellos, con la Guardia Civil a la que había deshonrado, estarían

más seguros que con él. Se había preocupado bien de que su esposa no figurara en ningún negocio sucio. Así que solo tenía que soportar la presión de los interrogatorios y ella, con un seguro que le había montado, podría seguir adelante hasta que él supiera cómo reorganizarse. En otro país, claro.

Los servicios médicos llegaron solo para atender a una familia rota que había soportado cosas que están lejos de la mayoría de los mortales: secuestro, violación y, al final, muerte. Aunque esta estuviera en un cuerpo extraño en la planta baja.

Cuando los primeros mossos accedieron al lugar, la mujer ni siquiera sabía de qué le hablaban cuando le preguntaron por el hombre muerto en su cocina. Estaba aturdida y superada por los acontecimientos, así que preguntaron a los niños, que tampoco estaban para responder a demasiadas preguntas. Lo justo para establecer que había habido una posible violación a su madre.

Después vino el lío de competencias. Uno de los binomios de Cuervo se presentó en el domicilio por si aparecía Adalberto y observaron el desfile de ambulancias y coches de los Mossos. Después de informar al capitán, y este hacer las mil llamadas requeridas, habían llegado a un acuerdo, no sin antes pasar por el juzgado de por medio. Y este, en términos policiales, es Dios. Así que, entre la buena relación del capitán y el inspector de los Mossos de aquella ABP de la policía autonómica, y la orden del juzgado, la cosa, una vez superados los escollos iniciales, fue relativamente rápida.

Ahora, allí estaba Cuervo observando al energúmeno muerto donde esperaba encontrar al que hacía solo unas horas la había emprendido a tiros con ellos. Su expresión rezumaba tranquilidad, a pesar de todo. Puede que a eso ayudara el corte profundo en el cuello. Allí tendría que estar el sargento, pero no estaba. Y, sin embargo, era un tipo que lo había perdido todo.

La avaricia de saltar haciendo trampas a una escala social que no le correspondía le había quitado a su familia y sus míseras posesiones terrenales.

Cuervo lo tenía claro. Hagas lo que hagas, al final siempre te encuentra la muerte. Y esta estaba indagando para encontrar a Adalberto, puede que incluso lo hiciera antes que ellos, a juzgar por la sangre que había perdido y que manchaba el pasillo y las

escaleras de la lujosa casa.

—Mi teniente, me dicen que los Mossos han encontrado el coche en el que huyó Adalberto. Como estaba lleno de agujeros lo han balizado, pero ya nos avisan que de la droga que falta en el cargamento, ni rastro.

—Que lo analicen bien los nuestros. Solo estarán las huellas de las ratas, pero sirven para atar el lazo de la sentencia para Mario y, si por fortuna sobrevive, también para Adalberto.

—A sus órdenes.

—¿Qué dice el hijo de puta que tenemos en comisaría?

—Fue el mismo capitán a hablar con él.

—¿Y qué dice el capitán?

—Como te he dicho, no te ha localizado y me ha llamado a mí.

Cuervo miró su teléfono y vio que lo tenía sin batería. Meneó la cabeza.

—Ya me he enterado, Andreu. ¿Qué dice Joaquín?

—El capitán dice que el español que iba con los colombianos no va a hablar. Este trabaja para los narcos, y desde luego que si habla tendrá consecuencias. Ha pedido un abogado de inmediato, y de hecho ya se ha presentado allí uno de ese bufete de abogados famosos de Barcelona. De los de mil euros la hora.

—Era de esperar.

—Jefe, con casi ochocientos kilos de coca pura, ya puede venir Rita que ese se va a la trena.

—No viene para sacarlo, Andreu. Le va a dar un mensaje y desde luego ya no va a hablar ni para pedir un bocata.

—Ya.

—Centrémonos en lo importante. Hay que acabar la operación y nos falta detener a dos ratas. Una muy gorda.

—¿No estarán fuera ya?

—No, imposible. Además, Adalberto está herido. Necesita cura urgente. Tenemos que ver si entre sus relaciones hay algún médico. Y aunque tengan un plan para una emergencia no les habrá dado tiempo de activarlo. No es algo que se planteen para algo inmediato. Y viendo como vimos en las vigilancias el tren de vida de Mario, dudo que este lo tenga a punto.

—¿Entonces?

—Estará escondido, no tengo duda. Sabe que ahora todo dios le

busca. No se atreverá a abrir su caja de seguridad para las emergencias. Teníamos que haber dedicado más esfuerzos con él y haber identificado a esa chica que lo acompañaba a veces.

—Somos los que somos, mi teniente. Y el pez gordo era Adalberto.

—Ya. —Respiró hondo y se volvió hacia el cabo—. Dos equipos. Uno que revise el historial de Adalberto, a ver dónde puede ir a curarse, y otro que se centre en Mario. Anula los permisos. Aún tenemos cuarenta y ocho horas máximo y luego se esfumarán. Y el tiempo corre deprisa.

—Así lo haremos. Yo me centraré en la chica con la que se veía en las vigilancias. La camarera.

—Bien.

—Aunque, mi teniente, si yo fuera Mario cogería un coche y pasaría la frontera volando. Hay caminos para eso.

—No, no lo hará. No es tan tonto, aunque lo parezca. Necesita un plan de fuga.

43

Un plan de fuga

Son las ocho y media de la mañana y hace ya media hora que recogí a Jessi. Hemos decidido ir a Andorra.

Cuando la he visto en la puerta de la casa de sus tíos pensé que era un sueño, pero allí estaba de nuevo, como cuando la pasábamos a buscar de más jóvenes y vivía allí con sus parientes. Desde siempre, ellos son su única familia, pero los visita aún menos que yo al viejo. Se crio sin padres, y sus tíos hicieron lo que pudieron. No dejaban de ser dos personas entrando en la madurez a los que les cayó una bomba cuando ya habían criado a sus propios hijos y pensaban en su jubilación. Pero ¿qué iban a hacer? Eran su única familia y los accidentes ocurren. Lo cierto es que aún hubiera podido ser peor si se hubieran desentendido, como hacen muchos. Así que Jessi creció en un hogar sin demasiado amor, y con la cuenta atrás puesta para salir de aquella casa. Ellos no me conocen y yo solo los vi una vez que coincidimos en el tanatorio de Lleida. Estaban bastante afectados y no me acerqué, porque vaya sitio para conocer a alguien.

Vuelvo la vista a la carretera. Estamos llegando a Ponts y creo que me detendré en el bar donde paraba de pequeño con mis padres. Ese de la rotonda.

—¿Estás aquí? —me dice ella de repente.

Casi no hemos hablado en este rato. Ella parecía distraída y sé que no le gusta nada madrugar, así que la he dejado que se

despejara.

—¿Ful?

—Sí, sí, perdona. Estaba pensando en lo cruel que es la vida.

Ella arquea una ceja antes de contestar.

—Dímelo a mí.

—Bueno, ¿cómo estás? —le pregunto—. ¿Qué tal después de la separación? Algo leí en la prensa rosa.

—Ahí seguimos. Me quedó una buena pasta y vendí la mitad de las joyas que me regaló. Así que no me quejo. Y ya sabes, me han abierto las puertas de otros sitios.

Otros sitios es el eufemismo de «otros tíos». Hace unos años no hubiera sabido qué cojones significa la palabra «eufemismo». El hartón que me he pegado buscando el significado de palabras que salían en las novelas que he leído. En fin.

—¿Y tú, Ful? ¿Cómo estás? Pero de verdad.

—Estoy bien, nena. Y ahora mismo estoy donde quiero estar —le confieso mirándola a sus ojazos azules.

—¿Quieres decir que era buena idea juntarte con el mosso de nuevo? Ya sabes cómo acabó la anterior vez.

Pienso bien mi contestación y aprovecho para contemplar la breve llanura de sembrados que se extiende delante de mí en la carretera y que en poco se transformará en media montaña. Hace años que no voy a Andorra y me apetece perderme entre tiendas y calles rodeadas de las grandes zonas montañosas que conforman el paisaje de este pequeño país de los Pirineos. Aún no hace frío del todo, y con una chaqueta recia bastará. Es un lugar perfecto para perderse, aunque solo sean dos días.

—¿Ful?

—Sí, lo siento, estoy distraído. Me preguntabas por…

—Por tu amigo Pepe. La última vez no acabó muy bien.

—Lo siento, Jessi, pero él no me abandonó.

Nada más decirlo me arrepiento. En mi cabeza sonaba diferente. No se merece que le diga eso. Ella se fue con un buen motivo y ni siquiera la culpé porque se llevara la pasta.

—Perdona, no quería… —intento disculparme.

—No, tranquilo, es culpa mía. No debería juzgarte.

No sé qué decirle cuando suena el móvil. Miro la pantalla y es Pepe. Joder, ¿le habrán pitado los oídos?

—¿Qué tal, colega? —respondo.

—Bien, ¿dónde estás?

—Me voy un par de días a Andorra.

—¿Tú solo?

Dudo.

—Si, solo —contesto mirando a Jessi, que divisa el paisaje de campos que tiene a su derecha, muy cerca ya de Ponts.

No me gusta mentirle a mi amigo, pero sé lo que me dirá y no quiero discutir con él.

—Necesito desconectar un poco. Mañana por la tarde bajo.

—Vale. Creo que tengo compradores para aquellas alfombras.

—Estupendo. Yo te ayudaré a llevarlas.

Nos hemos deshecho de aquellos móviles para el palo y ahora llevamos los nuestros. Nunca sabes quién te escucha y, aunque no es difícil entender que las alfombras son los kilos de coca, le tocaría a la pasma demostrarlo, llegado el caso.

—Desconecta. Mañana hablamos, hermano —me dice antes de colgar, casi sin esperar a que yo conteste. No es tonto, sabe que yo no me voy solo a ningún lado si puedo ir acompañado, pero lo de Jessi es solo para mí. Ella me ignora como yo lo he hecho mintiendo a mi amigo.

Se hace un silencio incómodo, roto por el aire que entra a traición por alguna goma desgastada de las puertas del coche. Le doy al botón de cerrar los elevalunas eléctricos y el ruido solo disminuye un poco. Con los años habrá perdido algo de insonoridad exterior. Entonces me acuerdo. Me traje un CD que tenía por casa. Lo inserto y le doy al *play*.

En cuanto suena «Enjoy the Silence», de Depeche Mode, le cambia la cara a mi amada. Cierra los ojos y se centra en la música mientras suena la voz de David Gahan.

—Me encanta, gracias —me responde poniendo su mano en mi pierna.

Con esa mano tan cerca de mis partes, mi mente vuelve a aquellas escapadas que hacíamos y que siempre acababan en una zona apartada donde, desde luego, no hacíamos el amor, eso es muy ñoño para nosotros. Jessi y yo follábamos como si no hubiera un mañana.

—¿Algún buen recuerdo? —dice frotándome la entrepierna con

esa sonrisa que haría derretir los dos polos en segundos.

Mi cabeza se vuelve a la carretera cuando estamos a punto de llegar a Ponts. Busco un camino que encuentro a mi izquierda. Lo tomo cruzando una línea continua que trasvaso sin problemas. No hay demasiado tráfico de bajada. Ella no dice nada. Solo juega con su mano por encima de mis pantalones mientras mira al frente y vuelve a sonreír. No sé adónde lleva ese camino que he cogido, pero en cualquier lugar apartado voy a parar.

Con su otra mano desabrocha mi bragueta y yo, torpemente, me bajo un poco los pantalones como puedo, sin dejar de conducir. No sé si seré capaz de llegar a ningún lado cuando se inclina y mete su cabeza entre mis piernas.

Dios. Aún no estamos ni a la mitad del camino de la escapada y yo ya estoy en el paraíso.

44

El paraíso

Mario se había levantado muy cansado. Estaba solo en la cama y se alarmó al principio, pero enseguida oyó trastear en la cocina y eso lo relajó. Aquel lecho, al que acudía regularmente, era sin lugar a dudas su lugar divino, aunque la pasada noche, por primera vez, no saboreara las mieles de su amada Giselle. Le costó hacer el movimiento de incorporarse y, aun teniendo un cuerpo modelado en el gimnasio, notó que le dolía todo. Eran pasadas las once de la mañana y supuso que la adrenalina gastada hacía no demasiadas horas le estaba pasando factura. Caminó hasta que la encontró en la cocina. Bella y deslumbrante, aunque fuera en una especie de camisón.

Giselle le ofreció una taza de café. Le sonrió y él pensó que, después de lo que había sucedido, al menos aún la tenía a ella.

Desayunaron algo. Mario nada más que por poner algo en su estómago desganado. El café sí que pareció sentarle bien. Ella se moría de ganas de preguntarle, pero esperó a que él estuviera dispuesto a explicarle algo. Tal y como había aprendido a hacer con el tiempo. Así había podido enterarse de muchas cosas que, de hecho, eran las que lo habían llevado a aquella situación. Mario no pudo reprimir un lamento que intentó detener con la mano en la boca al recordar que su vida había terminado y en cómo le iba a explicar a sus padres, ya mayores, que a partir de ese momento dejaba de ser guardia civil y que, en el mejor de los casos, debería

fugarse del país para no pisar la cárcel. Cosa que solo ocurriría con toda la suerte del mundo, que parecía haberlo abandonado. A su padre, cabo jubilado del cuerpo, aquello lo iba a matar en vida. Mario comprendía en ese momento que el arrepentimiento solo sirve para el que no tiene raíces profundas que puedan sufrir por una mala poda del árbol. Jamás se paró a pensar que todo aquello podía acabar tan mal, incluso casi descartó tener una cápsula de escape, tal y como le aconsejó Adalberto. Le entró un escalofrío al pensar qué haría con su vida si no tuviera ese dinero guardado. Quizá no le arreglaba la vida, pero tenía para empezar de nuevo lejos de allí.

Ella le cogió la mano suavemente en señal de comprensión, y él la miró casi con la desesperación del que se ha perdido en el desierto sin rumbo ni brújula. Solo con una pequeña cantimplora medio llena, que era lo que Giselle le representaba entonces.

—No sé muy bien qué voy a hacer, cariño.

—Pero ¿qué es lo que ocurrió?

—Nos pillaron, qué crees.

En ese momento supuso que se refería al plan de Jack y a su primo Carapán, y, si había salido bien, tan solo era un robo en el que su amante perdería un cargamento, pero no su vida, como parecía. Algo no le cuadraba a ella.

—¿Quién? —dudó en preguntar.

—Quién va a ser, nena, mis compañeros. Se presentó la unidad de un teniente al que llaman Cuervo, no sé bien cómo, pero allí estaba. Y se lio la de Dios. No había tenido que disparar en la vida y gasté los dos cargadores. Creo que me cargué a uno de los hijos de puta que nos jodieron.

—¿A uno de tus compañeros?

—No, a los del trato. Seguro que nos jodieron.

Giselle se puso blanca e intentó recuperarse antes de que Mario se diera cuenta. Ella no sabía de quién estaba hablando y pensó que se refería al grupo de su primo. Si los pillaban o sospechaban, como habían dado con ellos, ella misma tendría problemas serios.

—No entiendo, ¿de quién hablas?

—Pues de los putos colombianos. Con los que negociamos otras tantas veces. Creo que esta vez nos jodieron. O al menos no vigilaron suficiente y los pillaron. Con nosotros de por medio.

—¿Y tu amigo Berto?

—No contesta. Lo último que sé de él fue cuando cogió el coche y me dejó allí tirado y embistió a «los nuestros»… —Hizo una pausa —. No sé por qué digo los nuestros. Aunque gracias a eso pude escapar yo.

La chica puso cara de póquer. No sabía muy bien cómo salir de aquella situación. Si Mario relacionaba un poco y era un buen poli ataría cabos enseguida. Jack no le había contado demasiado sobre lo que iban a hacer con la información que ella les pasaba, solo que le pagaría muy bien, pero ella no tenía un pelo de tonta. Sabía que les iban a robar la droga. Mario era un bocazas y no le costó saber de sus trapicheos, aunque este no parecía saber nada de la parte del plan que ataba a Adalberto. Y ese era su comodín.

—¿Y qué vamos a hacer, amor? —le dijo cogiendo su mano.

Él tenía la mirada perdida y tardó en contestar.

—No te preocupes, tengo un plan de fuga. Es lo primero que me enseñó Adalberto. Eso te da garantías y te asegura un futuro en caso de que las cosas se tuerzan. Pero no lo puedo activar aún. Tenemos que salir de España, ir a tu país… Allí nos podemos perder.

—Me costó mucho salir de allí para volver ahora sin más.

—No, cariño —se acercó y le dio un beso en la boca—, no es lo mismo salir de allí pobre que volver como ricos. Tengo algunos contactos y pasta suficiente como para que vivamos muchos años sin preocupaciones.

Ella prefirió no decir más y no contradecir sus planes, en los que no iba a estar de ninguna de las maneras. Así que le siguió la corriente.

Después de un buen polvo y una ducha, Mario salió a comprobar cómo estaba su caja de seguridad. Se despidió de ella con la esperanza de una nueva vida con su amada. Salió del portal y, aunque estuvo atento a que nadie lo esperara, no detectó a un hombre que controlaba la entrada del edificio.

Cuando Giselle abrió la puerta pensando que Mario se había dejado algo, el corazón le dio un vuelco que la llevó a taparse inútilmente con las manos el escote que su ropa interior dejaba ver.

Empezaba a comprender demasiado tarde que mezclarte con la mierda siempre te mancha las manos.

45

Mezclarte con la mierda siempre mancha las manos

Cuando Pepe entra en el bar para recogerme y dirigirnos a Barcelona no tiene buena cara. Sé que había quedado con un amigo que trabaja allí. Un mosso, claro. Uno que debe de desconocer a qué se dedica Pepe ahora y que cree que solo está pendiente de eso que ellos llaman «recursos judiciales a una resolución», o algo así, para que lo readmitan. Imagino que no debe de querer perder el contacto si es de verdad un amigo, pero puedo intuir que habrán hablado de sus cosas y también de las que nos interesan. Por su cara, lo que han hablado no son buenas noticias. Quizá le ha trasladado sus dudas a que regrese al cuerpo, cosa que yo cada vez tengo más claro que no ocurrirá. Se pide un carajillo de coñac, así que la cosa no pinta bien.

—A ver cómo te lo explico —me dice una vez sentados.

—Por tu cara diría que estamos a punto de caer en una emboscada y que los geos van a entrar aquí en breve rompiéndolo todo.

—La putada de eso es que no dista demasiado de la realidad. Aunque no serán los geos. Verás. Óscar, que era mi compañero de habitación en la Escuela de Policía en Mollet, está de visita a sus padres, y ya sabes que nos llevamos muy bien.

—Por favor, Pepe, sáltate esa parte. ¿Qué cojones pasa?

—Vale, al grano. ¿Te acuerdas del receptador al que le vendimos el reloj del anciano en aquella tienda de la Barceloneta? Pues hace

unos días le dieron pasaporte. Tenía un sistema de grabación en el local, hecho que yo ya conocía, y por eso nos pusimos barbas falsas y gorras.

Lo sabía. Lo leí en el diario, pero no había encontrado el momento de comentarlo con él. Ya da igual hacerlo ahora.

—Entonces ¿qué? ¿Se nos ve? —le pregunto—. No nos podrán identificar y no tocamos nada dentro. No dejamos huellas.

—No, no salimos en la grabación.

—¿Entonces? No entiendo, ¿a qué viene esa cara?

—Ese es el problema, Ful. Alguien se llevó las grabaciones. Y lo que es el remate es que el tipejo desconfiado tenía una cámara oculta que yo no sabía y parece que nadie más que él. Me dijo Óscar que la encontraron de casualidad. Allí se ven los últimos dos días de la gente que entra en la tienda. No me ha dicho nada de que persigan o sospechen de dos tipos con gorra. Muchos de los que le llevaban relojes robados las usan. La Policía solo ha reconocido a un tipo enorme que se dedica a la seguridad de las discotecas de Barcelona y que compró un reloj. Como es un mafioso lo van a controlar, a ver si ha tenido algo que ver, pero no lo tienen claro porque después tienen grabado cómo otro tipo diferente se carga al vendedor.

—Buf, pues ya sé adónde fue a parar el reloj.

Pepe me mira y arquea las cejas.

—Y qué más da, eso no nos sirve. No estás escuchando. En el vídeo se ve cómo lo torturan y lo asesinan. Y lo hace un solo tipo. El audio es malo, y la grabación parece que también. El muy imbécil se gastó poco en esa cámara, confiado en las que tenía más visibles. El caso es que el sicario le pregunta por el Richard Mille que robamos nosotros.

—¡Joder! ¿Y a quién mierdas le robamos el peluco?

—Como fue en un lugar público, y se presentó allí una patrulla de los Mossos, al viejo no le quedó otra que denunciar el robo para no levantar sospechas, así que ahora sabemos que ese reloj pertenecía al padre de un capo de la mafia rusa.

—¿En serio? —reconozco incrédulo—. No puedo creerme la puntería que tenemos.

—En realidad eso no altera nuestros planes —sigue—, pero no me hace ninguna gracia saber que alguien tiene fotos nuestras,

aunque sea con barbas y gorras, dispuesto a hacernos lo mismo que al viejo receptador de la Barceloneta.

—Tarde o temprano tendremos que ocuparnos de eso, Pepe. Sabes perfectamente que con Carapán campando por ahí nos puede delatar a la primera de cambio. Y él no llevaba disfraz. Si lo encuentran antes que nosotros, cantará *La traviata*.

—Lo haremos, seguro. Pero ahora solo es información que nos cae del cielo.

Apuro mi cerveza y Pepe el carajillo.

Tenemos que irnos. Es la hora de sacar la basura.

46

La basura

Hemos quedado con Carapán en el centro comercial Gran Via 2 de L'Hospitalet de Llobregat. Es un lugar muy grande con varias plantas de parking. Pepe estuvo ayer y localizó una zona fuera del alcance de las cámaras de vigilancia.

Mientras viajamos hacia Barcelona no dejo de pensar en mis dos días con Jessi. No sé si eso volverá a pasar, y no puedo reprimir una sensación de vacío.

Le devolví el coche a mi padre y vuelvo a ser un pobre que no tiene para pagarse un buga. Aunque ahora mismo mis acciones, si llegan a buen puerto, me darán para comprarme un Ferrari. No me lo compraría nunca, claro. Las explicaciones que tendría que dar serían demasiadas. Y qué cojones hago yo con un deportivo. Así que en eso me concentro mientras escucho en la radio a Sabina. Ese sí que sabe vivir la vida, o eso dicen los que pululan a su lado, sin que los demás mortales sepamos jamás si esas letras vienen de sus vivencias o son simplemente las fantasías de un poeta que, aunque le fallara la voz, acertó el tono. Uno que todos buscamos alcanzar en nuestro día a día de mierda si no eres capaz de hacer algo para cambiarlo.

Quizá por eso me dirijo a hacer una cosa que no he hecho nunca. Voy dispuesto a quitar una vida de forma premeditada. Me digo para mí que es una vida maldita y que si lo hacemos restará sufrimiento a otros muchos. Una vida que no se merece vivir, y eso

me convierte en juez y verdugo. Otra prueba más en mi vida. Lo cierto es que no sé aún si seré capaz de hacerlo. Matar no es tan sencillo como parece, aunque sea una rata miserable.

No se me escapa que, en el fondo del asunto, para Pepe tan solo es que ahora mismo esa rata es el único que nos puede delatar en cualquier momento. Una opción que con el plan inicial, y si el muy hijo de puta hubiera tenido la polla detrás de la bragueta, las consecuencias, a pesar de que se torció todo con la redada de la Benemérita, no hubieran sido las mismas.

* * *

Entramos al centro comercial y, como es un día entre semana, y además media mañana, no está tan lleno como yo lo recuerdo de los *findes*.

Los dos vamos armados. Es un riesgo que tenemos que correr, puesto que el objetivo es quitar una vida. Y lo haremos. Creo. Pepe me ha dicho que lo distraiga, que lo fuerce a hablar de la mujer y los niños para descentrarlo, y él irá por detrás y lo eliminará. Eso me quita algo de peso, porque la realidad es que lo deseo ver muerto, pero no tener que apretar yo el gatillo me alivia algo. Sé que seré cómplice, pero no es al juzgado a quien temo en este momento, sino a mi conciencia. Espero tener el temple para doblegarla sabiendo que ese tipejo no merece vivir. Y eso lo estamos decidiendo dos «don nadie» de barrio. La vida tiene esas cosas.

Bajamos a la planta menos dos. Casi no hay vehículos. Pasamos las cámaras de seguridad, que evidentemente nos graban. El coche de Pepe estará en esas grabaciones, en eso no podemos hacer nada, pero hemos llegado una hora antes y haremos lo que hace la gente normal en un sitio como este: comprar.

Dejamos el coche bien encarado, por si las cosas salen mal. Me fijo en la matrícula del vehículo de mi amigo y juraría que no es la suya. La ha cambiado. Siempre intenta pensar en todo. Yo ideo qué explicación daríamos a la pasma si nos parasen con dos pistolas y la matrícula del coche falsa, y no la encuentro.

—Esa matrícula pertenece a un Golf del mismo modelo y color que el mío, no te preocupes —me dice cuando repara en que me fijo

en ella desconcertado.

Eso es bueno, si solo la comprueban no saltarán las alarmas. Asiento. Nos dirigimos a los ascensores. Vamos a la planta donde hay tiendas de ropa, ya que Pepe quiere una camisa nueva.

En pocos minutos estamos sentados tomando un café en una especie de terraza interior del centro. A mi amigo se le ve tranquilo. Yo miro mi mano y no tiembla. Quiero quitar de en medio a esa escoria humana. Aunque me pregunto si eso me va a pasar factura en el futuro. Creo que no. Es un violador. Lo odio.

—¿Estás bien, Ful?

—Sí —le aseguro, mientras saboreo el café solo y sin azúcar al que me he acostumbrado, no sin esfuerzo.

—¿Qué tal esos días en Andorra? ¿Solo?

—No me hace falta nadie.

—¿De verdad? No te gustaba ir solo ni al baño.

—La gente cambia.

—Venga, Ful. A mí no puedes engañarme. Y lo sabes.

Es cierto, y me someterá a preguntas en plan poli hasta que me sonsaque algo. Le encanta hacerlo y aún nos quedan veinte minutos para la reunión con el mierda al que hemos venido a dar pasaporte. Pero yo también lo conozco a él, así que le daré algo con lo que se sienta vencedor en la contienda.

—Está bien, sé que no pararás hasta que te lo diga. Fui con alguien.

Me mira y arquea las cejas esperando un nombre. No se lo daré. Así que respondo con un movimiento de hombros.

—¿Ahora tenemos secretos?

—Querido Pepe, te confiaría mi vida, lo sabes. Pero creo que es bueno que tengamos nuestra pequeña intimidad.

—Ya sé, tu Bilma Picapiedra.

Sonrío. Sabe que ya se ha salido con la suya y he confesado que no he ido solo. También que no diré más.

—¿Estás preparado? —contraataco.

—¿Y tú?

—Para este tipo, sí —respondo lo más seguro de mí mismo que sé transmitir.

Mira el reloj y vuelve la vista hacia mí. Yo asiento y nos levantamos de las sillas de la cafetería hacia el parking.

Es la hora.

47

La hora

En la medio oscuridad del parking del centro comercial Gran Via 2 se respira la calma. Algún que otro coche que entra y sale, pero poco movimiento. Es lo que queremos. No podemos levantar sospechas. Hemos comprado una mierda de camisa y ya esperamos al hijo de puta que nos puede condenar a pasar muchos años en la cárcel.

Llega con retraso, pero entra en lo habitual de la gente que procede de los países tropicales. Lo he visto este tiempo en que casi se diría que vivo con ellos. Al menos, mi ocio lo paso allí. Con mi Bilma. El famoso «ahorita vuelvo» es literalmente «en una hora vuelvo», así que no nos preocupamos en exceso. Pero noto la tensión. Vamos a ejecutar a alguien. Y me digo «ejecutar» porque no me sale de ninguna manera, por más que lo intento, la palabra «abatir», que utiliza la pasma. No es nuestro caso, aunque ellos la utilizan para «neutralizar» —otra palabra que no puedo usar— o para borrar del mapa a terroristas. Dejé de quejarme porque usaran esas palabras neutras a la hora de matar cuando vi que en la Rambla uno de los terroristas que atentaron en Barcelona había atropellado mortalmente a dos niños, uno de apenas tres años. Casi diría que aplaudí cuando supe que lo habían «abatido» unos días después. Sí, puede que seamos delincuentes, pero al menos Pepe y yo tenemos principios. Joder, matar a niños. Hijos de…

Céntrate, Ful, estás a punto de quitar una vida. Aunque sea la de

un miserable, no dejo de preguntarme si habrá alguien que llore su pérdida. ¿Una madre? ¿Un padre? ¿Quizá algún hermano o hermana? Poco más. Esas sanguijuelas acaban con todo, incluido su entorno más cercano.

Pepe y yo hemos decidido que no merece vivir. Me pregunto también en qué nos convierte eso. Sé la respuesta. Solo somos unos supervivientes que intentan que el agua no les pase del cuello. Por eso pataleamos lo que podemos. Y sé que antes de ahogarnos llegaremos a la orilla. Así que, si algo se interpone entre nosotros y la orilla, como esa rata, hay que eliminarla antes de que crezca demasiado y se convierta en un cocodrilo.

De pronto, un coche entra por la rampa y, después de pararse unos segundos, gira hacia nosotros. Estamos fuera del nuestro con las pipas en la cintura por la parte de la espalda, y uno a cada lado del coche a un metro y medio de distancia. Si él también viene armado no podemos estar muy pegados. Eso nos haría un blanco fácil. Estar separados nos da una posibilidad de respuesta a uno de los dos. Yo no he disparado en mi vida. He sacado el seguro para no pifiarla y no dejo de escuchar la voz de Pepe diciéndome que no meta el dedo en el gatillo si no es para disparar. Que lo deje fuera estirado todo el rato. Eso sé que requiere práctica y también que mi amigo teme algún tiro accidental por mi parte. Espero que Carapán tenga la misma práctica que yo, aunque creo que eso es difícil. En su país se tiene fácil acceso a las armas de fuego, por lo que intuyo que las debe de manejar mejor que yo.

El coche se detiene delante de nosotros. Con las luces puestas no vemos el interior. Estamos en desventaja, si ahora nos disparase estamos fritos, pero jugamos una carta casi ganadora. No sabe nuestros planes y cree que viene a cobrar. Cuando apaga las luces y el motor, confirmo mi jugada, aunque compruebo que él tiene la suya.

No viene solo.

Se abren las puertas y bajan dos personas. Una es Carapán: bien; la otra es… Giselle: mierda.

Pepe y yo cruzamos miradas. El plan ha cambiado. No esperábamos que viniera acompañado y menos con su prima. Sabe que a ella, si no es una amenaza, no le haremos daño. Al contrario. Hijo de puta hasta el final.

—¿Vienes acompañado para cobrar?

—Mi prima no tenía qué hacer y así le compro algo, *bro*.

—Ya, bueno —le responde dubitativo Pepe, mientras empieza a acercarse al coche.

Me pongo a su altura. No hacemos gestos raros ni nada parecido como esconder la mano detrás de la espalda. Al menos, aún no.

—No pudiste tener la polla en su sitio, ¿verdad?

Compruebo que la cara de Giselle se pone pálida, ella no debe de saber nada de las aficiones de su primo.

—¡¿Lo volviste a hacer?! —le grita.

Pues sí que lo sabe.

—¿Qué dice usted? Loca. No haga caso a estos *vatos*.

—Cuando me vine aquí, sé que pasó algo en su casa. Me lo contó su hermana. Le hiciste algo a Charito.

—No manche, hemos venido a otra cosa. Denme la plata que me deben y no me volverán a ver.

Discuten entre ellos, eso es bueno para el plan si ella logra descentrarlo un poco.

—Está bien. Te pagamos y no te volvemos a ver, puta escoria. Está en una bolsa en el maletero del coche. Ven a cobrar.

Pepe no tiene un nuevo plan. Solo el que habíamos previsto pensando en que vendría solo. Pero ¿qué se propone? ¿Liquidarlo con su prima de testigo?

—Pepe, ¿qué pretendes? —le susurro con disimulo—. No podemos hacerlo hoy. Dale largas. Mientras tenga perspectiva de cobrar no irá a la pasma.

—No me puedo arriesgar.

Esto no va bien y creo que es mejor darle largas, aunque Pepe no lo vea.

Carapán y Giselle se acercan. Ella va primero. Ahora descubro que el tipo lleva un cuchillo que apunta a la cintura de su prima. Por eso se ha callado de repente, está temblando de miedo. Parece que lo conoce bien y teme que si cobra «lo celebre» con ella. Pasan por mi lado. Si hubiera venido solo, creo que le habría disparado yo mismo. El sistema de iluminación de la planta se apaga unos instantes. Nos quedamos quietos en la oscuridad hasta que vuelve a detectar movimiento y se enciende de nuevo. En ese momento veo los ojos de Giselle. Está aterrorizada. Me mira como una vez lo hizo

Jessi y no pude ayudarla. Eso la apartó de mi vida. Ella no es mi Jessi, pero no dejaré que este tipo se salga con la suya, no se irá con ella. Llegan a la parte de detrás del coche.

El maletero está abierto. No hay bolsas de dinero y sí una capa de plásticos que envuelve la moqueta. El tipo nos mira y, aunque tendría que estar temblando de miedo, creo ver una medio sonrisa. Solo tiene un cuchillo y nosotros en este momento sacamos las pistolas casi al unísono. Su suerte se ha acabado.

Giselle abre sus ojos azules y parece que se le van a salir. La miro para intentar transmitirle que a ella no le pasará nada, que confíe en mí. Pido demasiado para una mirada.

Carapán baja el cuchillo. Su suerte lo abandona.

Pepe levanta el arma y le apunta a la cabeza.

Quiero pensar que el tipo nunca ha pensado en si tenía suerte o no cuando se libraba de todas las atrocidades que cometía. Solo aprovechaba la oportunidad que se presentaba. Debía de ser afortunado en el momento justo.

De repente, aparece un coche bajando por la rampa. Al girar, sus luces iluminan nuestra zona y nos deslumbran un poco. Pepe dispara.

Hay impacto. Lo sé porque un cuerpo se desploma.

Pero no es Carapán el que cae. El muy hijo de puta se mueve más rápido de lo que aparenta por su envergadura y supongo que luchar por su vida lo ayuda a esa agilidad repentina. Yo sujeto el cuerpo de Giselle, que cae a plomo. El coche que ha entrado pasa por nuestro lado justo en el momento en que yo estoy agachado con Giselle. Solo hago eso. Contengo un cuerpo sin vida entre mis brazos. La bala le ha alcanzado la cabeza y unos ojazos azules muertos están clavados en mis pupilas, atravesándolas.

El coche pasa de largo y se va por donde ha venido. Puede que huya de lo que ha visto u oído, pero no lo hace rápido, quizá tan solo no le ha gustado la plaza para dejar su coche. De repente, oigo la voz de Pepe que me está diciendo algo.

—¡Ful, cojones! —grita—. ¡Se escapa!

Lo ignoro. No puedo apartar mis ojos de los de ella, como si aún pudiera hacer algo.

Dejo reposar suavemente el cuerpo de la joven en el suelo y me incorporo. Pepe corre en dirección a la entrada del centro

comercial. En ese momento veo que se cruza, disimulando, con una familia que sale de allí cargada de bolsas. Hombre, mujer y un niño pequeño. Van a buscar el coche para irse. Rezo para que no sea uno de los pocos que tenemos cerca de nuestra posición. Giselle está en el suelo y hay sangre alrededor de su cabeza. En mis manos también, de haberla sujetado. Compruebo que aún llevo la pistola, temblando, en mi mano derecha. Ni recordaba que la llevaba. He perdido de vista a Pepe. El centro comercial está lleno de cámaras. ¿Qué pretende? ¿Pegarle tres tiros y salir en todos los noticiarios?

La familia se aleja de mi posición hasta llegar a su coche a una distancia prudencial, suben y se marchan, y eso me da un breve respiro. Sé lo que tengo que hacer. Pepe ha desaparecido por la entrada del centro en busca de las escaleras o qué sé yo, así que recojo el cuerpo de la chica y lo coloco en el maletero. Aún sujeta su bolso. Lo quito de su mano, que noto suave, y lo dejo a sus pies. Me maldigo porque no sea el puto Carapán el que me esté mirando ahora sin vida. La acomodo y le retiro el pelo de la cara, como si eso le fuera a servir de algo. Le tapo los ojos bajando sus párpados, en un vano intento de que deje de mirarme y atravesarme el alma. Aunque sus párpados ceden, no lo conseguiré, y sé que esa mirada me perseguirá el resto de mi vida.

Veo a Pepe que regresa con una mano detrás de la espalda para ocultar su arma. Mira el cuerpo ya en el maletero y, sin decir nada, coge la botella de lejía que teníamos preparada y la esparce por el suelo del parking sobre la mancha de sangre que ha dejado la chica. Después la tira vacía, sin miramientos, en el maletero, y lo cierra. Me mira y, sin abrir la boca, se sube al coche. Por un momento creo que se va a ir solo y me va a dejar allí. Baja la ventana de su lado y da unos golpes en el techo a modo de señal. Miro la mancha en el suelo, que se disuelve esparcida por la lejía, o eso me parece a mí, y me subo como puedo. Las piernas me pesan. Arrancamos y salimos de allí a poca velocidad. No tenemos por qué huir a toda prisa porque eso llamaría la atención. Pepe sigue calmado a pesar de que nada ha salido bien.

El tipo se ha escapado. La operación de limpieza ha sido un fiasco.

Todo lo que hago en mi vida es un puto desastre.

TERCERA PARTE

Como todo buen plan, este también iba a necesitar puntos de sutura

Lo que no te dije era importante
y se lo comieron los peces.
La vida es un combate
y el amor una pistola en medio de ninguna parte.

NOEMÍ TRUJILLO,
Solo fue un post

48

Un puto desastre

En el coche soy incapaz de escuchar la música que sale de los altavoces y parece que la oiga a mucha distancia. Llueve un poco y la visión del limpiaparabrisas es hipnótica. Parece que nos encaminamos a ninguna parte, pero creo que mi amigo vuelve a tomar dirección Lleida. No tenemos opción. La droga sigue allí y no es bueno alejarse en exceso de tu póliza de seguro. Sin esa droga no solo todo habrá sido en vano, sino que nuestro futuro se encaminará a lo más negro. Y eso sin contar con que el asunto del reloj se nos puede volver en contra. Puede ser que todo haya sido una casualidad, pero mi instinto me dice que no. Nunca es casualidad que te persiga la muerte.

Me intento limpiar las manos con un trapo empapado de alcohol y veo que la tela se queda impregnada por un tono rojizo. Froto fuerte, como si eso me ayudara a limpiar algo más que las manos. No ocurrirá y mi amigo me mira de reojo.

Apenas hemos hablado más que para indicarle que podía continuar en algún cruce sin mucha visibilidad, pero ya estamos en la autovía y el silencio está siendo estremecedor. Tengo que aclarar las cosas con Pepe.

—Sabes que si nos paran los Mossos, ahora mismo nos vamos a la trena veinte años, ¿no?

—O treinta.

Veinte son muchos, pero treinta me parece una vida.

—Y eso sin contar el delito de posesión ilegal de armas de fuego.

—Vale, vale, lo pillo.

Dejo pasar unos segundos y Pepe sigue concentrado en lo suyo mientras conduce.

—No te apena en absoluto haberle metido un tiro a una chica inocente… —afirmo más que pregunto.

Pepe se gira y arquea una ceja. La izquierda. Nunca he sabido cómo cojones es capaz de hacer eso.

—¿Inocente? Se tiraba a un picoleto para sacarle información, sabía parte del plan… No creo que la chica fuera del todo inocente.

—No me has contestado.

Inspira hondo antes de contestar:

—Mira, Ful, ¿que preferiría no haberlo hecho? Pues claro. ¿Me sabe mal? Sí, por supuesto. ¿Me va a dejar una huella en el alma que no me dejará pegar ojo nunca más? Pues no.

—¿Cómo puedes, Pepe? Yo…

—Se trata de supervivencia, amigo. Yo todo me lo planteo así. Son ellos o yo. Solamente sigo un camino que me devuelva a mi hijo. Por eso, todo es relativo. Tengo que recuperar a mi familia.

—Eso te conducirá a la destrucción. Te quedarás sin alma, hermano. ¿Qué le quedará a tu hijo de ti si sigues ese camino? ¿No te lo has planteado?

—Ay, Ful. Siempre has sido un romántico, pero tienes que ver la vida como es. Siempre intentas salvarlas y, como ves —me señala con la cabeza la parte del maletero donde descansa el cuerpo de Giselle—, eso a veces no es posible. Y ahora esta chica…

—Giselle, se llamaba Giselle.

—Como se llame, joder. No puedes ser un héroe, ya no somos críos. No fantaseamos con ponernos mallas apretadas, una máscara y saltar por los tejados de Nueva York. Si quieres seguir así, ser un héroe e intentar salvarlas a todas, cómprate una buena pala, porque seguirás cavando tumbas. Y una de ellas será la tuya, Ful. No siempre estaré allí para ayudarte, aunque seas de lo poco a lo que puedo llamar «familia».

Pepe aprieta los labios y se calla algo que se queda para él. Vuelve a la carretera y yo a mis cosas. Quizá tiene razón. Se podría decir que ya estoy cavando tumbas. Aunque sea de manera metafórica.

No, ya no somos críos, pero tampoco somos animales. Y desde que dejé la coca y las pastillas de meta tampoco soy un zombi sin remedio. Aquello pasó y solo me consuela que ahora siempre intente salvarlas, aunque no lo consiga. Era demasiado pequeño para salvar a mi madre. Tampoco pude hacer nada por evitar que le hicieran daño a Jessi y eso me costó que se alejara de mí, aunque ahora haya vuelto a mi vida de nuevo. Y nada he podido hacer por salvar a Giselle. Se podría decir que como héroe soy un auténtico fracaso, pero una cosa tengo clara…

No voy a dejar de intentarlo.

49

No voy a dejar de intentarlo

El teniente López Cuervo estaba en su despacho repasando la investigación por si en ella encontraba alguna pista de los agentes que estaban fugados. La situación en casa de Adalberto le había dejado una sensación extraña. Quería atraparlo a toda costa desde que empezó a tener los indicios necesarios como para poder ir a por él, pero ese giro con su familia, y sobre todo ese sufrimiento que había visto en aquellos niños, le habían dejado mal cuerpo. Tanto que había cogido el teléfono, había llamado a la escuela de su hijo mayor en Sevilla y, después de sacarlo de la clase, había podido hablar con él. Su relación no era la mejor con la distancia de por medio, pero desde el divorcio de su primera mujer siempre se cogía quince días en verano en los que se escapaba para unas vacaciones con sus hijos que todos esperaban con entusiasmo. Antonio, ya con trece años, no dejaba de ver con orgullo a su padre cuando de vez en cuando salía por televisión con los alijos de droga que incautaba en Cataluña. A pesar de que les tapaban la cara en las imágenes, la forma de moverse de su padre, siempre en segundo plano a pesar de ser el jefe, no engañaba a ese chico tan perspicaz.

Su padre tenía que estar pasando un mal momento si lo llamaba a esas horas y no a las habituales, más cercanas a la noche, y ya en su piso de la comandancia.

Lo cierto, y lo que carcomía por dentro al teniente, era no haber podido ponerle las esposas a aquel hijo de puta que, de momento,

se había ido de rositas. Tenía que reconocer que, al estar herido, antes de ir a un hospital o a un médico de confianza, Adalberto había optado por lo principal, y en realidad por lo correcto, tal y como también lo veía Cuervo. Sus hijos antes que él. Eso lo desconcertaba un poco, ya que cuando se le cruzaba algún policía en sus investigaciones contra el tráfico de drogas, y los había trincado de todos los colores, siempre esperaba que fueran unos miserables egoístas que habían perdido el honor que representa llevar sus uniformes.

Sin darse cuenta, reparó en que se volvía a tocar la cicatriz de su cara de manera inconsciente justo cuando en la puerta se presentaba el cabo Andreu.

—Con su permiso, mi teniente.

—Pasa, Andreu.

El cabo accedió al despacho y vio que su jefe tenía una expresión extraña.

—¿Qué le pasa, mi teniente? No tiene buena cara, si me lo permite.

—Nada, solo que…

Tiró el boli encima del escritorio entre los papeles que estaba repasando. Mientras, el cabo esperó a que hablara.

—Me hubiera gustado ponerle ya las esposas. Eso es todo.

—Lo haremos, mi teniente. Aunque le entiendo. Cuando imaginé la redada, intenté predecir múltiples opciones para adaptarme a lo peor, y como siempre dice usted, nunca estamos preparados para lo que nos depara el destino. Jamás pensé que nos coserían a tiros y que tendríamos un compañero caído. Y si le soy sincero, lamento lo que le pasó a la familia del sargento, aunque se convirtiera en un delincuente. Ellos no tienen culpa. Al menos no los niños.

—Sí, lo sé. Esa imagen de la familia de un guardia civil en aquellas condiciones fue muy dura.

—¿Qué hacemos con el agente Mario Lacasa? Este no necesita curarse, que sepamos. ¿Cree que habrá escapado?

—No, aún no. Y hemos de cerrar el círculo.

—Ha desconectado el teléfono. Tendrá otro de prepago a nombre de algún indigente o vaya a saber.

—¿Cómo va con la chica aquella con la que se veía en los seguimientos?

—¿La camarera?

—Sí, lo vi muy acaramelado con ella.

Andreu lo miró y casi no pudo ocultar una sonrisa.

—Enchochado, Andreu, enchochado. ¿Te gusta más así?

—No, por Dios, mi teniente, acaramelado es lo correcto si usted lo usa —dijo ya con la sonrisa en la cara.

—Andreu, no te pases.

—Por supuesto, disculpe mi comentario —dijo sin dejar la media sonrisa—. Estoy con lo de la chica. La estamos buscando.

Eran ya muchas investigaciones y demasiadas noches en vela y eso genera confianza, aunque haya grados militares de por medio.

—Anda, Andreu, no sé cómo te aguanto. Sal de aquí y sigue haciendo gestiones. Encontradme a la camarera. Y dile a Guadalupe que se vaya a descansar, que esta noche trabaja también.

—¿Adónde vamos?

—Seguiremos las pistas, Andreu. Seguiremos las pistas.

50

Las pistas

Leí en una novela que para hacer desaparecer un cadáver no hay nada como los purines de los cerdos. Esas balsas de mierda de los gorrinos son muy corrosivas, y nos servirían ahora que transportamos uno en el maletero. Porque, sinceramente, no sé qué tiene en mente Pepe, pero no me liaré a cortar trocitos de la chica con una sierra, eso escapa de mis principios básicos, que, aunque no son muchos, este aparece al principio de la lista. Tampoco conozco ahora mismo ninguna de esas granjas, así que espero que mi amigo se ilumine un poco.

La situación es muy extraña. Hemos parado como si nada a almorzar en un restaurante a pie de carretera de La Panadella. Dejamos el coche aparcado junto a los otros, como si la carga de nuestro maletero no se diferenciara del resto. Incluso hemos comido cerca de una mesa llena de mossos d'esquadra; por fortuna, ninguno conocía a mi amigo. Y hemos tenido mucha suerte, porque Pepe me ha dicho que esa zona pertenece a Igualada, y allí hay muchos que vienen de Lleida en lo que ellos llaman «coches patera». Ya tienen guasa, los polis. Así que estamos solos y sin tener que dar explicación alguna. Supongo que es el destino. Ese que alguien nos ha trazado y que casi siempre escapa de nuestro control. No entiendo muy bien esta parada a comer hasta que Pepe me explica que viene a cuento por los turnos de trabajo de sus excompañeros. Él sabe qué horas son las mejores para volver a casa y no puedo

cuestionar eso, aunque yo hambre no tengo, a pesar de que mi estómago ruge.

Pagamos y seguimos la ruta, y mi cansancio va en aumento. La carga emocional pesa siempre más que lo que uno es capaz de procesar.

En cierto modo me entristece que el destino de una chica de veinte años escasos sea el de desaparecer sin dejar rastro en el mundo y que su familia no vaya a saber nada más de ella, pero pocas opciones tenemos. Quemar el cuerpo no es una posibilidad. No les salió bien a esos dos guardias urbanos de Barcelona con su compañero y pareja. Seguí el juicio a través de un periodista de *La Vanguardia* que también había escrito un libro sobre el caso. Siempre se aprende de los errores de los otros. Y, además, los ubicaron por el móvil, así que…

De pronto me da un vuelco el corazón.

—¡Pepe!

—¿Qué te pasa? Te has quedado blanco. ¿Aún afectado? Tío, supéralo. No tuvimos opción y sabes que fue un accidente.

—No, no. Con las prisas no la registramos. Lleva su teléfono móvil.

Pepe tarda unos segundos en procesarlo.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¿No lo hiciste? Pensé que sí.

—No, no lo vi, ni pensé en ello. Solo en que no me pillaran con un cadáver en las manos en el parking de un centro comercial.

—¡Joder, me cago en la puta!

Estamos entrando a Lleida por el barrio de Pardinyes y Pepe sale en dirección a la Mitjana. Es un parque natural muy grande cerca del río Segre. Allí va la gente a pasear, correr o ir en bici, pero no suele estar muy transitado. Necesitamos un sitio donde parar sin cámaras ni vecinos. El móvil de Giselle es literalmente un GPS de su ubicación, y lo será siempre. Ahora mismo está transmitiendo y grabando su posición. He visto en algún reportaje de la tele que no es muy exacto, pero eso no nos sirve. La buscarán en Lleida. Es una putada no haberlo pensado antes.

Siempre que se tuercen las cosas pasa esto. No puedes estar centrado si te distraes en lo que se te escapa. Y matar a Giselle no entraba en nuestros planes. Encima, el puto Carapán se fue de rositas.

Paramos en una calle ancha donde hay vehículos aparcados y edificios solo a un lado, dejando atrás lo que en Lleida se conoce como «Los huevos del Siurana», que es una escultura gigante que creo que en realidad son dos melones, pero que rápido encontraron apodo en honor al antiguo alcalde de la ciudad. Es un sitio más o menos seguro. Sé que cerca hay bancales de árboles frutales. Meterse en los bancales es habitual, o al menos lo era cuando yo era joven para ir a echar un polvo en el coche cuando no tenías otro recurso.

Son las cinco de la tarde y aún se ve bien, así que no nos abraza la oscuridad y hay que ir con cuidado. La zona no está especialmente bien iluminada, eso nos ayudará algo, porque está anocheciendo deprisa.

No quería volver a ver la cara de Giselle hasta que no fuera la última vez a modo de despedida. No me queda otra que afrontar que, al abrir el maletero, aunque antes bajé sus párpados, me mirará de nuevo con sus ojos azules y me volverá a atravesar el alma.

Bajamos los dos e intentamos cerrar las puertas suavemente, aunque no haya nadie al acecho. Pepe me mira y no sé ver qué piensa. Quizá que le he fallado. No lo sé. En cierto modo tenía que haberlo pensado antes. Eso por lo menos. Y él, no haberlo dado por supuesto. Pero aquí estamos, intentando ver cómo cojones lo arreglamos.

Al abrir el maletero siento una especie de malestar, y no por la mirada imposible de la chica. Lo cierto es que, con la inercia de la marcha del coche, la cabeza se ha inclinado hacia atrás y no le vemos la cara. Que es mucho mejor de lo esperado. Pepe siempre conduce a acelerones.

Lleva un pantalón tejano tan apretado que descarto que su teléfono móvil se esconda allí. Pepe no pierde el tiempo, se ha puesto unos guantes de látex de la caja que siempre lleva en el coche y registra la chaqueta. Tampoco. Nos queda el sitio más evidente, su bolso. Mete la mano y por su expresión veo que sí está allí. Creo que aún tenía la esperanza de que se lo hubiera dejado en casa. Vamos, Pepe, ¿qué chica de veinte años sale de casa sin su *smartphone*?

Lo extrae y lo mira.

—Está encendido y tiene veintidós llamadas perdidas.

Lógicamente, está bloqueado y no podemos acceder a ellas, pero es necesario saber quién la busca. Me pongo unos guantes yo también y saco la mano derecha de la chica sujetando su dedo índice. Empieza a costar moverla, se está quedando rígida. Pepe acerca el aparato hasta la marca de la huella y conseguimos que así se desbloquee.

Mi amigo hace de poli. Eso lo ha hecho muchas veces cuando estaba al otro lado de la ley y la defendía. Lo revisa todo. Entre las fotos encuentra un par de vídeos donde Giselle le está haciendo una mamada a un tipo que no muestra la cara. Me lo enseña y flipo. Los jóvenes de hoy en día están chalados. ¿Cómo se graba alguien practicando sexo y exponiéndose al escarnio general con un solo clic? También sé que en otras circunstancias ya me habría descargado ese vídeo para mis noches solitarias, pero no ahora, y menos de cuerpo presente. Le hago una señal con la cabeza y entiende que tenemos prisa por ir a lo importante. Va a las llamadas.

—La mayoría son de Mario, el guardia civil del Audi TT. Voy a mirar los *whatsapps*.

Va leyendo en silencio.

—Mira el último.

Lo lee en voz alta:

—«Pensé que me querías, hija de puta. Pero te has largado de casa en cuanto me he ido y pasas de contestar. Que te den». Es del tal Mario. Cree que ella se ha largado porque a él lo deben de estar buscando sus compañeros. Bueno, excompañeros, claro.

—Pues eso nos va bien. Si cree eso, este al menos no la buscará.

—Los demás son de alguna amiga y del bar donde trabaja. Esto sí nos afecta, porque no se ha presentado a trabajar y empezarán a hacerse preguntas. No hay nada más que nos interese.

Pepe coge el aparato, intenta extraer la tarjeta, pero necesita una llave especial que no tenemos aquí, así que lo tira al suelo y lo chafa. Lo pisa con energía, apretando el talón, y por fin se rompe. Se ha abierto el sitio donde va la tarjeta y está medio salida. La saca y la intenta romper, pero es demasiado pequeña para sus dedos, así que sigue el mismo camino que el aparato: la golpea con fuerza con una piedra.

Luego coge la parte que no se ha astillado y la lanza en medio del bancal. Allí es difícil que la encuentre nadie en mucho tiempo.

Cierra el maletero con la muchacha inmóvil dentro y me mira. Ya nada podemos hacer más que rezar para que, si siguen la pista, no sean tan avispados como para pensar que los asesinos de la chica están en la ciudad donde perderán su ubicación GPS. Ya. No soy tan ingenuo.

Volvemos al interior del coche y creo que no nos ha visto nadie. Hemos quedado en vernos a primera hora de la mañana porque tiene que desaparecer un cadáver. Y tiene que ser pronto. No podemos estar cerca de él demasiado tiempo. Si te pillan con droga vas unos añitos a la trena, pero con un cadáver, a mi edad y con la vida que he llevado, quizá no vuelva a ver salir el sol en libertad.

Esto se ha convertido en una partida de cartas por eliminación y me gustaría saber quiénes son todos los jugadores en la partida, al menos los que quedan.

51

Los jugadores que quedan

Carapán estaba escondido y alojado en la pensión Barcelona City, en la Rambla. Aún no había asimilado su decepción por lo ocurrido y bebía a tragos una botella de *bourbon*. Su encuentro con Jack y su socio no había salido como esperaba, y tenía que replantearse el asunto. Su prima había muerto y lo único que lamentaba era no haber parado de camino al encuentro y haberse acostado con ella, porque para él la voluntad de la chica era lo de menos. No le gustaba la palabra «violador». Uno es lo que nace y él solo era un buen amante. Eran ellas las que no sabían que estaban siendo amadas por alguien especial como él.

Necesitaba desahogarse, así que había llamado a un teléfono de los que venían en el diario: «Chica discreta. Diecinueve. Lo que quieras». Con la esposa del guardia civil no había podido saciarse del todo porque el muy pendejo llegó antes de que acabara, y aunque pensó en hacérselo a Giselle, sabía que le iba a hacer mejor función, como así fue, si iba de buen grado al encuentro con Jack y Ful.

Así que, con todas las precauciones del mundo, salió a la calle en busca de un piso que no le quedaba lejos de la pensión. Había quedado con la prostituta por teléfono y, aunque no era la primera vez que pagaba por sexo, estaba algo nervioso. Y ni él entendía por qué.

—Hola, corazón.

Carapán la miró de arriba abajo y vio que aquella muchacha, aunque joven, no tenía los diecinueve años prometidos en el anuncio, pero le servía igual. Tenía en mente algo más que hacer gritar a una puta. No había salido en ninguna cadena de televisión la aparición del cadáver de una chica joven. Eso significaba que los dos cabrones que tenían su parte del botín se habían llevado el cuerpo, y con un poco de suerte, su teléfono móvil. No tenía otra cosa a la que agarrarse, así que se giró hacia la meretriz y le dijo:

—Antes de nada necesito que haga algo por mí. Será un pequeño extra.

La chica sonrió ante la presencia de un billete de cincuenta euros.

Mientras Carapán marcaba un número de teléfono, le daba una documentación que había robado de la casa de Giselle.

—Eres esa chica y has perdido el móvil. Que te lo busquen para la denuncia a la Policía.

—No sé si me lo harán, cielo.

Carapán le entregó el teléfono una vez le contestaron de la compañía telefónica y le sonrió:

—Es un chico —le susurró—, seguro que usted lo convence.

* * *

Mario había estampado el teléfono contra la pared hacía un rato y sus nuevos amigos le habían prometido que le darían uno limpio en un par de horas. Se había refugiado con los búlgaros. Los conoció en la discoteca de moda donde trabajaban y se metió con ellos en el gimnasio. Algunas fiestas privadas y, después de un tiempo de putas y rayas de coca, amigos para siempre. El grupo que comandaba Bogdan se había hecho con el control de las porterías de las mejores discotecas de la ciudad de Barcelona, y en algún caso llegaban a extorsionar a sus propios jefes. Por muy pijos que se creyeran, una buena paliza aplana el terreno, y si iban a la Policía, un futuro accidente de coche con sus familias en el interior acabaría de convencerlos de que es mejor trabajar con ellos y para ellos.

Pero la de los Jaranovich era harina de otro costal. Estos eran un auténtico clan mafioso y, además, familiar. Eso, en la práctica, viene a decir que no suele haber traiciones ni chivatazos, y que las

afrentas lo son para todos ellos. Aquel era un hueso demasiado duro de roer incluso para los búlgaros. Por el momento.

A Mario le habían prometido un sitio seguro para que pudiera desaparecer, al menos hasta que pasase la tormenta. Una vez las cosas se calman y los policías tienen otros casos, se vuelven menos incisivos y dejan de morder lo suficiente como para que el que tiene la pierna apresada pueda desprenderse, aún con el desgarro, y alejarse, aunque sea a la pata coja. Su caja de seguridad estaba intacta y segura. Ese también era su seguro de vida ante los búlgaros, ya que sin dinero al que recurrir sabía que acabaría trabajando para ellos, y eso no le apetecía en absoluto, viendo cómo actuaban.

* * *

Antonof esperaba en la habitación de su hotel de lujo. Sus propias investigaciones no habían dado los frutos que esperaba y, aunque tenía unas fotografías bastante buenas de los ladrones del reloj, solo con eso no podía avanzar. Al menos dos de ellos iban con barbas falsas y gorra, así que de poco le servían de momento. Había enviado las fotos a sus jefes, que con sus contactos sabrían dónde preguntar. Todo buen clan mafioso tiene en nómina a policías que hacen esas gestiones, así que no le quedaba más que esperar. Pidió hora en el *spa* y la sauna, y pensó que para aquel trabajo podría haber llevado a su pareja. La verdad era que estaba teniendo casi unas vacaciones.

* * *

Adalberto permanecía escondido detrás de una columna, cerrando los ojos a ratos y sin dejar que lo venciera el sueño acumulado. Aquello era una partida de cartas y estaba seguro de que él era solo uno más de los jugadores que buscaban el botín. Su botín. Aunque en toda contienda siempre se tiene que contar con alguien que no tiene una buena mano de cartas pero está atento al juego. En toda partida que se precie siempre hay que contar con el crupier. Por eso Adalberto se recuperaba de sus heridas, apostado en la oscuridad de un parking en un barrio de clase alta que hay en

la zona del paseo de Gracia de Barcelona. Estaba solo, y sabía que la única manera de salir de aquella situación y volver con su familia era recuperar la droga que le habían robado. Calculaba que, si se hacía con los más de ciento cincuenta kilos de coca casi pura, podría obtener como poco unos cinco millones de euros. Él sabía bien cómo colocarla e incluso cómo, con un poco más de riesgo, doblar o triplicar la mercancía con un buen corte. Ya pensaría en eso más adelante. Ahora necesitaba información e iba a acudir al único lugar donde sabía que la podría conseguir. Sus jefes del cártel de Colombia estaban descartados, así que no le quedaba otra que esperar en ese parking a que apareciera su hombre.

Había podido curar sus heridas gracias a un médico amigo que, sin hacer demasiadas preguntas, solo le había pedido que no volviera por allí. Nadie quiere líos con un apestado, y en eso se había convertido. Ahora todo eran caras de circunstancias cuando no hacía ni dos días lo que encontraba eran abrazos y agasajos.

Llevaba allí casi dos horas cuando por fin entró el coche que esperaba. Un Lexus negro enfiló la bajada y buscó su plaza de aparcamiento. Adalberto se movió entre las sombras y sorprendió a su conductor, que, con un traje de dos mil euros sin ninguna arruga, no era persona acostumbrada a las sorpresas. Lo miró y al poco lo reconoció. Adalberto era un personaje muy venido a menos de cuando el abogado del gran bufete lo invitó a conocer al jefe del cártel de la droga. De hecho, no lo había vuelto a ver más.

—Por Dios, qué susto me ha dado.

—No era mi intención, pero creo que usted conoce mis circunstancias.

El hombre asintió y abrió la puerta trasera de su coche para recoger un maletín. Sin mirarlo, le preguntó:

—Y bien, ¿qué puedo hacer por usted?

—No vengo a pedir dinero, si eso es lo que piensa. Solo necesito información que no puedo conseguir de ninguna otra forma.

—Yo no trabajo para usted. Lo entiende, ¿verdad?

—Claro. Pero a todos nos conviene cerrar este capítulo de la mejor manera, ¿no cree?

El abogado no dijo nada y, con el maletín en la mano, esperó a que Adalberto le dijera qué pretendía.

—Se va a producir una transacción de coca en breve. Ya sabe a

qué droga me refiero. Necesito saber dónde y cuándo.

—¿Y cómo se supone que yo voy a saber eso?

Adalberto forzó una sonrisa.

—No me toque los huevos. Sabe perfectamente cómo enterarse de eso, y si lo consigue se deshará de mí para siempre.

El hombre permaneció en silencio unos segundos sopesando los pros y los contras, hasta que dejó ir el aire acumulado en sus pulmones y cerró los ojos.

—Veré qué puedo hacer. No le prometo nada.

Adalberto le pasó un número de teléfono para localizarlo y se esfumó en la oscuridad. Ya solo esperaba que le dieran las cartas para estar en la partida final, y estaba seguro de que el abogado, para no tener que verlo nunca más, le conseguiría esa información.

Ahora lo único que le faltaba era saber quién iba a ser el crupier.

52

El crupier

Cuervo, acompañado de Andreu y Guadalupe, estaba en uno de los coches de la secreta de la Guardia Civil. Nada de un coche de fábrica con distintivos policiales, se encontraba en un Maserati confiscado a un traficante que generalmente utilizaban los de Drogas para esas pesquisas.

Andreu había podido ir a descansar un poco aquella tarde, pero Lupe, que era como la llamaban en la comandancia, no había podido de la emoción. Era nueva en el grupo y no era lo habitual que el teniente la llevara con él. Siempre hacía las tareas básicas que todo novato hace al empezar: mucho despacho, ordenador y cascos para escuchar a los malos que tenían pinchados. La calle era para veteranos y algunas pocas actuaciones donde empezar a coger experiencia. Por supuesto, no había estado en la redada maldita con los traficantes, y eso la enojaba, ya que uno siempre piensa en lo que podría haber aportado de estar allí, y si eso hubiera cambiado el desenlace. Los pocos que habían querido hablar de ello le decían que había sido un infierno.

Cuando llevaban algo más de media hora controlando la entrada, Andreu preguntó:

—¿Qué plan hay, mi teniente?

—De momento, esperar… Lupe, ¿has mirado lo que te dije de la empresa de seguratas de la puerta?

—Sí, se trata de una empresa sociedad limitada, en la que el

administrador es un tal Bogdan Aleksandrov. Todos los que aparecen son búlgaros.

—Son los del famoso caso de la extorsión a discotecas de Barcelona que nos explicó en aquella cena el subinspector de los Mossos, el amiguete mío —explicó Andreu.

—No voy a esas cenas.

—Pues si me lo permite, tendría que ir. No todos son gilipollas. Hay gente muy sana y te enteras de cosas.

—Claro, ¿y vosotros qué contáis de nosotros a cambio?

—Es un toma y daca, jefe. Y nadie cuenta casos abiertos, claro. No deja de ser una cena entre profesionales.

—Fui a una nada más llegar —intervino Lupe—, y no veas la bronca que se llevó un mosso de su sargento cuando después de demasiadas copas se fue un poco de la lengua con un caso abierto.

—Ese no ha venido más, pero era un poco idiota, la verdad —puntualizó Andreu.

Cuervo parecía sopesar esos pros y contras. No le vendría mal salir de vez en cuando.

—Lo que le decía —siguió el cabo—, se dedican a meterse en las puertas de los locales y, una vez allí, controlan el cotarro: tráfico de drogas, prostitutas de lujo para las zonas vip, cosas así. Si los empresarios se niegan, amenazan con palizas, a ellos y a sus familias. Amenazas y no tan amenazas. A uno lo enviaron a la UCI con las dos piernas rotas. Me contó el subinspector Teixidó que les costó montar el caso porque nadie quería denunciar. Estaban cagados de miedo.

—Que amenacen a tu familia no debe de ser muy bonito.

—Y, además, míralos. Los cabecillas, o los cabezas de turco, estuvieron dos meses en el trullo y a la calle. Creo que el jefe es ese de allí —le dijo señalando a uno que llevaba un pinganillo y una americana.

En la puerta, además del señalado como jefe por Andreu, había otros cuatro tipos, todos de no menos de cien kilos, y algunos de metro noventa y muchos.

—Vaya morlacos.

—Pues sí. A ver cómo cojones le haces una luxación a un tipo como ese, que además se pasa la vida en el gimnasio.

—Yo lo tengo claro —dijo Cuervo, señalando la cadera, donde se

alojaba su Walther.

—Luego te vendrá algún juez con la proporcionalidad —dijo Lupe, indignada.

—Pues ya me llevaréis tabaco al trullo. Por cierto, ¿qué tal con los teléfonos intervenidos? ¿Alguna novedad?

Andreu sacó una pequeña libreta con las tapas de color rosa, regalo de su hija pequeña.

—¿Tu libretita de los apuntes? —dijo casi con sorna el teniente.

—Y bien que me va, mi teniente… —Buscó pasando algunas páginas—. Sí, aquí. El teléfono de Adalberto está apagado desde la intervención; se apagó la señal cerca de Castelldefels después del tiroteo. El de Mario, igualmente, está muerto, y el de su novia, una tal Giselle, parece que también. —Miró de nuevo los apuntes—. La han llamado mucho, pero hasta que se desconectó no respondió a ninguna llamada. El teléfono estuvo activo hasta esta tarde, pero solo hemos interceptado mensajes de WhatsApp. Tampoco ha respondido a ninguno, y solo destaca uno donde un tipo le dice de todo por haberla dejado. Es probable que sea Mario desde un teléfono limpio. Igual ella se ha largado.

—Intervenid ese terminal.

—Ya está pedido y en proceso de que nos lo autorice el juez.

—¿Algo más?

—El rastro del teléfono de ella se pierde en una zona de Lleida.

—¿Lleida? ¿Qué cojones se le ha perdido en Lleida?

—Parece que allí lo apagó o, mejor dicho, lo desconectó o destruyó, supongo que para cambiarlo.

Cuervo analizó los datos en silencio. Lupe iba a intervenir, pero Andreu le hizo una señal con la cabeza para que esperara a que fuera él quien hablara. Eran muchos años juntos.

—Ella está metida, no hay duda. Leí en la ficha que no tiene carné de conducir, por lo tanto, no va sola. O ha ido en tren y se pueden pedir las imágenes, pero no lo creo. Puede que incluso vaya con Mario y hoy estemos aquí perdiendo el tiempo —imaginó Cuervo, que parecía hablar para él mismo—. Andreu, tenemos que pedir qué aparatos estaban conectados a ese repetidor en el momento en que se desconectó de la red. A ver si hay suerte y está un poco apartado y no hay muchas casas cerca. Luego, ya sabéis, investigar y descartar. Espero que no sean muchos y eso nos

permita acercarnos. Y si sale algo positivo, lo encanutamos también.

—Por cierto, ¿nos quedaremos aquí toda la noche? —preguntó Lupe—. No es que me queje, ¿eh?, pero dicen que en esta disco está la *créme de la créme* de Barcelona…

—No hemos venido de marcha.

—¿De marcha? ¿Cuánto tiempo hace que no sale, mi teniente?

Cuervo obvió el comentario de la guardia civil ante la sonrisa escondida de su cabo. Y cuando iba a intervenir, oyó el ruido de motores que llegaban a la zona. Coches caros que los ricos hacen rugir ante su llegada, como hacen los leones en la sabana para marcar territorio.

Los tres se giraron y vieron llegar dos Ferraris y un Porsche último modelo. Lupe abrió los ojos como platos y, por su juventud, esperó que de los coches bajaran Piqué y Shakira, Ter Stegen o el mismísimo Leo Messi con Antonella, aunque había leído que estos llevaban una vida muy familiar.

Pero no, de aquellos coches de lujo bajaron cinco gitanos que, después de saludar efusivamente a todos los porteros y saltarse la cola para entrar, accedieron sin problema. No en vano, la discoteca era suya.

La guardia civil puso cara de decepción. Hasta Andreu tenía cara de desengaño ante la llegada de los Jaranovich.

Aunque había ido por trabajo, ese no era el giro que esperaba Lupe.

El teniente sonrió.

Era el que esperaba Cuervo.

La noche seguía siendo joven.

53

La noche es joven

Al final, todo se reduce a qué hacemos y qué decimos. Nunca fui de los que fardan y luego se cagan. Si digo que hago algo, lo hago. Eso me ha llevado toda mi vida a cometer muchos errores, pero ahora, incluso después de lo que he vivido, me cuesta ver más allá de mis narices. Tendría que haber aceptado la habitación que me ofrecía mi padre, pero por algún motivo no soy capaz de pasar la noche allí, así que me he metido en el hotel, por llamarlo de alguna manera, que hay delante de la estación de trenes. Y tengo mis motivos: no es que esté sucio, pero se nota que no le dan una capa de pintura desde hace años. Me hubiera encantado volver a esa mierda de zulo en el que vivo en Barcelona, porque con todo, allí me siento como en casa. Nadie me mira mal, a pesar de que todos los vecinos viven en pisos de más de ciento cincuenta metros, y según mi colega Josma, que se dedica a eso, valen una pasta. Allí me espera, a veces, mi Bilma. Pero, claro, aquí en casa, al fin he podido volver a ver a mi Jessi.

—Sé que es muy cutre, amor, pero no me gustaría llamar demasiado la atención. He tenido que dar mi DNI para registrarme y ahora soy rastreable. Si hubiera ido a algún hotel de cuatro estrellas creo que habría dado el cante.

Ella se asoma desde el lavabo con un camisón semitransparente.

—No te preocupes, corazón. Recuerdo bien de dónde vengo.

Se vuelve a meter dentro con la puerta abierta.

—Ya, pero estás acostumbrada a los lujos y yo…

—Bah, tranquilo. Además, estás a poco de poder irte a uno no de cuatro estrellas, sino de cinco o de gran lujo. ¿Me llevarás a uno de esos? —me pregunta desde dentro.

—Pues claro.

La llevaría al fin del mundo.

Mientras Jessi está en el baño, cojo la mochila que preparé al salir de casa. En uno de los bolsillos está el recipiente con mis pastillas. Lo cojo y lo observo. Es un cilindro de plástico donde se ubican los comprimidos que me mantienen cuerdo.

No me toca la dosis, pero me gusta saber que están allí. Las guardo de nuevo.

—Jessi —dudo si preguntar en este momento, pero sé que tengo que hacerlo—, háblame de tu amigo. Yo ya te conté en Andorra cosas de mi Bilma Picapiedra.

Se asoma con el cepillo de dientes en la boca. Lo coge con la mano y me lanza una de sus miradas felinas.

—¿De verdad quieres hablar de él?

—Bueno, solo saber si él, ya sabes, yo…

—Ful, estoy en esta mierda de hotel con mi mejor lencería. ¿No crees que eso es respuesta suficiente?

—Está bien. Déjalo, amor. Venga, ven.

Oigo cómo se enjuaga y cierra el grifo. Noto una excitación que solo ella es capaz de provocarme.

Se queda mirándome en la puerta del baño con esa tela semitransparente. Es la cosa más bonita del mundo, es la más sexi. Lo es todo para mí, aunque sepa que nunca estaremos juntos, más que en estas escapadas robadas al destino.

—¿Sabes, Jessi? Guardo todas esas revistas donde sales.

—¿Todas?

—Sí.

Ella ensombrece el rostro.

—No te preocupes, no me importa que estés con él. Así es la vida. Pero estás tú, y siempre te sacan tan guapa…

—Ful, están retocadas, ya lo sabes.

—Eso no quita que estés preciosa.

—No en todas.

—Para mí, sí.

—Eres un cielo.

Huele a jazmín y rosas, nunca he olvidado su perfume. Se mueve lentamente hasta la cama y me besa. Dejo que nuestras lenguas se saboreen lentamente. No querría estar en ningún otro lugar del mundo.

La noche es nuestra.

54

La noche es nuestra

Los tres guardias civiles con ropa de calle se dirigieron a la puerta de entrada de la discoteca. Al final, no hacía falta que se camuflaran, en breve se iban a identificar. Cuervo esperaba a que llegaran los dueños del cotarro, puesto que con los búlgaros no había demasiado que negociar. Y al final de todo, como en la vida, no deja de ser un negocio. La oferta y la demanda. En eso consiste cualquier transacción. Y el teniente sabía muy bien qué podía ofrecer él.

En la puerta, se puso delante de ellos un matón de casi dos metros en cuanto vio que se saltaban la cola. Los tres sacaron sus placas y se identificaron.

—Aparta. ¡Ya! —soltó Cuervo expeditivo.

—Esperen, por favor —les dijo casi en modo de súplica.

El tipo dudó y llamó a su jefe. Bogdan se presentó de inmediato.

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros? —pronunció en un aceptable castellano.

—Creo que tú en nada, pero podemos probar.

El búlgaro les indicó una zona escondida tras las puertas de entrada donde se podía hablar.

—Buscamos a un guardia civil. En realidad, a un hijo de puta. Creo que sabes a quién me refiero.

—Aquí vienen muchos de sus compañeros. Son bienvenidos igual que ustedes. Y por ser el primer día les invito a una copa.

Los tres guardias civiles guardaron silencio, así que el tipo vio que no venían a perder el tiempo.

—Vale, no quieren copas. ¿A quién buscan?

—A Mario Lacasa.

—No lo conozco —respondió Bogdan al momento.

Andreu sacó dos fotos que le pasó a Cuervo.

—A mí me parece que sí. —Cuervo le ofreció las imágenes.

El búlgaro cogió una de las fotos y la observó de cerca. Se le veía a él mismo con Mario saludándose en la entrada de la discoteca, y por la ropa que llevaba calculó que no hacía más de dos meses de la instantánea. La otra era más reveladora: estaban en el gimnasio compartiendo pesas. Los polis habían hecho los deberes. Eso lo convenció de que no le iba a servir para jugársela. Bogdan se las devolvió sin más.

—Saludo a muchos de sus compañeros. Y algunos van al mismo *gym* que yo. No sé ni su nombre.

Cuervo sabía que aquella conversación iba a ser inútil, pero nunca hay que dejar de intentarlo. Decidió que se había acabado su tiempo con el búlgaro y cogió la directa. Nunca se sabe si al final hay suerte.

—Lo busco por narcotráfico e intento de asesinato. Tú verás si lo cojo sin tu ayuda. Y aún peor: si lo cojo y sé que lo has ayudado, eso que hacéis ahora de extorsionar a capullos pijos va a ser un chiste a mi lado.

—No sé quién es, y si por esas fotos piensa que somos amigos… Nosotros no traicionamos a nuestros amigos.

—No me has entendido bien, te lo voy a repetir: narcotráfico y asesinato. Lo que te estoy diciendo no es Primera División, es Champions League, y en esa categoría el premio es prisión incondicional solo por participar en el juego.

El búlgaro parecía impasible, aunque el guardia civil notó que algo se removía en su interior. El cabo Andreu sonrió al verle la expresión. Sabía bien que esa sensación la provocaba mucho su jefe. Aun así, el tipo no cedía, y Cuervo perdió la paciencia.

—Como quieras, ya hablaremos —dijo dando por cerrada la conversación, antes de meterse en el interior de la discoteca—. Por cierto, bonito reloj. Y ahora aparta.

El búlgaro, con cara de pocos amigos, se apartó bajando la

manga de modo instintivo para ocultar la muñeca.

Cuervo pasó al interior seguido de sus compañeros. Habían dejado a Bogdan en la entrada, y este enseguida se puso a dar órdenes o avisos de que entraban unos guardias civiles. Había mucha gente dentro, bailando, bebiendo y, en muchos casos, gastando eso que llaman juventud, aunque algunos ya tenían la edad de Cuervo.

—Id a la barra a pediros algo y controlad aquellas escaleras. Y, sobre todo, no me quitéis el ojo a mí, iré a hablar con los Jaranovich. Hacedme una contra.

Andreu asintió, y Lupe, a su lado, esperó a que su compañero le explicara en qué consistía eso. No iban a perder de vista a su jefe, pero en especial a todo aquel que lo siguiera o vigilara. Así se lo explicó el cabo; se trataba de vigilar a quien vigila.

Cuervo se dirigió a las escaleras que daban a una especie de escenario transformado en zona vip, donde en un reservado estaban los dueños de los Ferraris y de la propia discoteca.

En el acceso, dos armarios le cerraron el paso y le dijeron que era zona exclusiva con invitación. Cuervo se giró y divisó a Bogdan, que observa la escena al principio de la zona de baile. Clavó sus ojos en el búlgaro, y este, apretando su solapa, transmitió instrucciones. Los dos armarios se apartaron y lo dejaron pasar.

El teniente fue directo a la zona de los gitanos, donde otro tipo impedía el acceso. Cuervo sacó su placa y uno de los Jaranovich le hizo una señal para que pasase.

—¿Qué quiere tomar, agente? Está invitado.

—Soy teniente. Y no he venido a beber, si lo hago es con mis amigos, nunca con delincuentes.

En aquel aparte, lejos de la pista de baile y con los altavoces de espalda, se podía establecer una conversación, así que los otros miembros del clan escucharon las palabras de Cuervo. Se giraron hacia él e incluso alguno hizo ademán de levantarse. Uno lo detuvo con la mano. Cuervo ya había identificado al jefe y se dirigió a él.

—No vengo a por vosotros. Al menos hoy no, pero sé que me vais a ayudar.

—*Nusotros* no *semos* delincuentes, payo. Estamos de fiesta. Tómate *argo*, anda.

—Iré al grano. Antes de venir aquí no estaba seguro, pero

después de hablar con el de la puerta, lo sé. Vuestros amigos los porteros ocultan a un guardia civil al que estoy buscando. Lo quiero. Así que es sencillo: si me lo entregáis, os dejo en paz con vuestros negocios. Si no…, en un par de días estaré aburrido, así que buscaré un nuevo caso al que hincarle el diente —dijo mirando la discoteca y a los gitanos.

—Puede buscar lo que quiera, payo, no tenemos na que esconder. Y no trabajamos pa la pasma.

—Hoy sí, te lo aseguro. —Cuervo se rascó la cabeza cerrando los ojos y volvió de nuevo la vista hacia el jefe—. Tenéis dos empresas fantasma ubicadas en el polígono de la Zona Franca, donde no hay nada más que una oficina con una secretaria, cuatro bares ruinosos y dos comercios de todo a un euro. ¿Aún funciona eso? —Meneó la cabeza y volvió a cerrar los ojos con el gesto—. Sigo. Las empresas tienen acciones de propiedad de varias discotecas, incluida esta. También están a su nombre los dos Ferraris de la puerta y el Porsche. Algunas acciones de bolsa, un palco en el Camp Nou del Barça y otro en el estadio de Cornellà del Espanyol. ¿Voy bien hasta aquí? Vivís en la misma Zona Franca, pero tenéis otras dos casas en Sarrià-Sant Gervasi alquiladas, ¿es así? Además…

—Vale, ya le entendemos.

La cara del gitano ya no mostraba la menor simpatía y los otros se miraban inquietos.

—Todo esto lo he averiguado solo por venir aquí en busca de alguien que ni es de los vuestros. Y ni tan siquiera es ahora mismo un caso abierto. ¿Te imaginas qué pasará si me voy de aquí sin nada que me entretenga y no deje de pensar en vosotros?

—No somos chivatos.

—Claro que no, solo estamos negociando una tregua. Me dais al tipo, que además es un picoleto, y me olvido de vosotros… —hizo una pausa— por un tiempo.

—Veré qué podemos hacer.

—Date prisa, el tiempo vuela. Tienes hasta mañana a las doce del mediodía. Si se escapa, no habrá trato.

El gitano asintió y Cuervo se dispuso a marcharse después de darle una tarjeta al jefe.

—Eres un buen negociante, payo. Parece que tuvieras sangre gitana.

—Creo que algo tengo.

55

Algo tengo

Cuando me despierto, Jessi ya no está en la cama. Solo queda el aroma que me enloquece y que desprende su cuerpo perfecto después de follar toda la noche. He quedado con Pepe y, de momento, solo sé que me cuesta levantarme. Me estoy haciendo mayor. Joder, incluso en conversación conmigo mismo me cuesta decir la palabra «viejo». Y eso es el camino al que me dirijo de manera irremediable.

El espejo me devuelve a esa cruda realidad. La vida me consume y el chaval que llevo dentro se va desvaneciendo sin pausa alguna. Va muriendo sin remedio en la certeza de saberse mortal. Cuando eres joven nunca te planteas eso, así que sé que cuando empiezas a hacerlo es que envejeces, y tu cabeza se empieza a preparar para un destino inevitable. Cierro los ojos y sigo viendo a la muerte. La veo en los ojos de Mamasamba, que, a pesar del tiempo pasado, me siguen persiguiendo. Y la veo en los ojos de Giselle, que, sin ser yo el culpable directo, algo me escuece en mi interior. Cansancio de vivir. Ese es el peor de los males. Y además sugiere un egoísmo atroz. Con la gente que se muere sin quererlo y algunos estamos cansados de vivir.

No me voy a suicidar. Ni loco. Pero mi vida empieza a necesitar ese golpe de suerte que me evita desde que nací, condenado a mi familia y a mis pérdidas. Yo no lo hago, pero la gente a mi alrededor no para de palmar.

Agarro el tarro de las pastillas y las observo. El tipo que hay al otro lado del espejo parece que se ríe de mí. Noto una vibración del teléfono en mi bolsillo. Es Pepe, que me espera en el bar Avenida.

Joder, si son las once.

Recojo mis cosas. No traje demasiado equipaje, así que es rápido y aún tengo veinte minutos de caminata hasta el barrio.

Me pongo los cascos y los enchufo al teléfono, iré acompañado de Radio Futura. Suena «El tonto Simón». Me pregunto quién debía de ser el tal Simón que hizo cabrear tanto a Santiago Auserón para que le escribiera en su honor esta canción. Y que además se convirtiera en un éxito. Puto *crack*. Me gusta Radio Futura.

Un día, hace años, recuerdo que José, el Pelota y yo, en nuestros análisis fumeteados, y no entiendo cómo me acuerdo de esto, llegamos a la conclusión de que nunca se debe joder a un cantautor. Yo, con los años de lectura, he añadido que tampoco a un escritor de novela negra. Este no te insulta, pero te tortura y te mata en sus novelas. No puedo evitar sonreír al pensar que, si ahora tuviéramos esa conversación, entre petas, como aquellos días, incluiríamos el no matar perros para no cagarla y, sobre todo, no cargarnos al de John Wick.

No me viene mal caminar, la verdad. No hago deporte y, cuando lo necesito, las paso canutas, como hace no mucho en Barcelona con un reloj de lujo en el bolsillo. Peluco que volvió a cambiar de manos y ahora diría que lo lleva, no sé cómo, un armario empotrado en la puerta de una discoteca del puerto deportivo.

Aunque lo necesite, no me gusta caminar y menos correr. Nunca me ha gustado el deporte. Solo admito el que veo sentado en mi sofá cuando se cansan otros. Envidié en su día esos cuerpazos que tanto gustan a las mujeres, pero el esfuerzo es tanto que no vale la pena. Si consigo la pasta, igual hago como ese expresidente del Gobierno que marca abdominales y me «los pongo» en el quirófano. Aunque para qué los querrá si ya es rico y no le hacen falta. Creo que me quedaré como estoy. Con mi incipiente barriga, que parece negarse a salir, aunque por ahí asoma, y con mi cara gastada por una vida que no elegí, y donde no he parado de equivocarme. Aún me veo la minga, por lo que, de momento, tranquilo.

Con esos pensamientos chorras, llego al barrio. Ahora que me fijo, no parece muy diferente de cuando me fui. En la época del

ladrillo, irte un tiempo del barrio era volver a un lugar diferente con la vista llena de grúas alzándose sobre los tejados, pero ahora solo hay algunas pocas.

Subo por la cuesta que hay delante de la comandancia de la Guardia Civil e instintivamente me cambio de acera y voy por donde aparcan los coches, un descampado enorme que está justo delante. Hay un guardia civil haciendo eso, la guardia, que me mira al pasar. Lo veo de reojo y solo controlo que no salga corriendo detrás de mí. Sé que no es probable, pero siempre que veo a la pasma tengo esa sensación. No lo hace, pues enseguida pierde interés por mí gracias a dos jovencitas de poco más de veinte que pasan por su acera. Él tampoco tendrá muchos más años.

Llego al bar Avenida y pido una cerveza y mis arbequinas. El chino sonríe de nuevo al verme. Supongo que lo hace con todos, pero es agradable que alguien te reciba con una sonrisa.

Pepe llega mirando detrás de él, controlando fugazmente el movimiento de la calle. Después entra y se pide un Aquarius, y me recuerda a sus tiempos de mosso: deportista y padre de familia perfecto. No creo que quede nada de eso en mi amigo, pero lo debe de ayudar a superar su autoestima. Qué sé yo.

En cuanto el chino nos deja solos, pregunto. No puedo evitar saberlo.

—¿Dónde has dejado a Giselle?

Pepe controla al chino con el rabillo del ojo antes de contestar. Sabe que está en la barra, pero no habla hasta tenerlo controlado con la mirada.

—En un congelador. Bueno, es una nevera de refrescos, en realidad.

Por mi cara de asombro, Pepe hace un aspaviento y me lo explica:

—Aún no sé dónde deshacerme de ella. Y no la puedo llevar permanentemente en el maletero del coche. ¿Tienes idea de lo que huele un cadáver en descomposición? Está en el bar aquel que cerraron mis tíos hace meses, y tengo una llave que me dejó mi tío Antonio. La droga está en el almacén de al lado.

Joder. Todo nuestro futuro está en un bar cerrado por la desgracia ajena.

—¿Y si él va allí para algo?

—No lo hará. Está con la quimioterapia, y, además, será solo por un tiempo. Me dio las llaves para que vigile que no le entren a saquear lo poco que tiene allí de valor. Eso sí, Ful, tenemos que pensar qué hacer con ella y rápido.

Pienso en el cuerpo y la cara de ángel de la niña y me veo abriendo ese congelador de refrescos y viendo cómo me mira con sus ojos azules inertes. Meneo la cabeza y le doy un trago largo a la cerveza.

—¿Y qué hacemos ahora, Pepe? Tenemos ciento cincuenta y pico kilos de coca y un cadáver. Y nos tenemos que deshacer de todo.

—Ciento cincuenta y siete, para ser exactos. —Lo miro extrañado—. Los he contado.

—De acuerdo, ¿y qué hacemos con todos esos kilos?

—Vamos por partes, Ful. Yo estoy a la espera de un contacto para que se quede la coca. Compra más barato, porque sospecha de dónde sale, pero nos lo compraría a treinta mil el kilo.

Intento hacer cálculos mentales, pero Pepe se adelanta:

—Son cuatro millones y medio, Ful. A partes iguales: dos millones doscientos cincuenta mil euros para cada uno. Con esto nos retiramos los dos.

No es un mal negocio si conseguimos vender la mercancía. De hecho, es una cantidad que jamás pensé que pudiera estar a mi alcance. Y ahora lo está.

—¿Es de fiar ese tipo?

—Claro, como todo aquel que compra coca robada a narcos. ¿Tú qué crees? Nadie es de fiar, pero esto es una transacción. Debemos asegurarnos de que el tipo no llegue a la conclusión de que se puede ahorrar esa pasta.

—Ya, eso pensaba.

—Creo que nos moveremos rápido. Un par de días como mucho. Quizá necesitemos a un tercer hombre. Y puede que también intente hacerme con un subfusil.

—¿Nos vamos a la guerra, Pepe?

—Solo por precaución. Somos dos y alguien nos tiene que cubrir. Alguien de confianza. Le estoy dando vueltas.

—Yo me ocupo. Creo que puedo conseguir a alguien, pero le pagaremos generosamente.

—Pues claro, Ful.

—Estaré preparado.

—Lo sé, pero también tenemos esa otra misión. Ve pensando dónde o cómo hacer desaparecer el cuerpo de la nevera. —Sabía que Pepe me iba a encomendar a mí este trabajo—. Yo seguiré con los contactos.

—Esa parte no es muy agradable, hermano.

—Lo sé, pero si te paras a pensarlo… es la más importante.

56

Lo más importante

Al día siguiente, en la comandancia, Cuervo estaba en su despacho junto con Andreu, que repasaba unas grabaciones de los teléfonos que tenían intervenidos. No estaban dando demasiados frutos. Los profesionales no hablan ya por ese medio y, si lo hacen, los cambian a menudo. Todo eso es papeleo y más papeleo para pedir nuevos pinchazos y seguir gastando horas de los agentes, que tienen que estar pendientes de ellos las veinticuatro horas del día.

Andreu no paraba de mirar el reloj de manera involuntaria y estaba poniendo de los nervios a su jefe.

—Déjalo ya, Andreu, no avanzará más rápido la aguja.

—Esto de esperar ya sabe que no es lo mío, mi teniente.

—Sigue con lo que tenemos. Nos falta Adalberto, no se lo puede haber tragado la tierra. Está herido y necesitará ayuda médica por cojones.

—Hemos dado aviso a todos los hospitales, y sobre todo a nuestros médicos de confianza, pero ya sabe que no son muy dados a facilitar información de sus pacientes.

—Pero qué cojones, siempre con lo mismo. Que no me interesa saber si tiene diarrea, me cago en Dios. Solo si los visita. Y tienen obligación legal de informar sobre lesiones, más aún si es una herida de bala, joder.

—Lo sé, jefe. A mí ya me ha convencido.

—¿Te estás cachondeando de mí, Andreu?

—Jamás, mi teniente —dijo casi poniéndose firme y medio escapándosele la risa.

—Tira pa fuera, que aún te voy a mandar al calabozo un par de días.

Cuando Andreu iba a salir, Lupe llamó a la puerta, aunque esta ya estaba abierta.

—¿Da su permiso, mi teniente?

—Pasa, Lupe, que este ya se iba.

—Tenemos una llamada en la centralita que pide hablar con usted. Me parece, por el tono de voz, que es un gita…, bueno, que es quien usted esperaba.

Los tres se quedaron quietos un instante.

—¿Y qué haces ahí parada, mujer? Pásamela ya.

Lupe le hizo una indicación a un guardia civil que esperaba con el auricular puesto en la oreja. Sonó el teléfono de su mesa y Cuervo lo descolgó al segundo tono.

—Diga, soy el teniente López Cuervo.

—Ya pensaba que no quería nada de mí. Tanto esperarle, payo.

—Te di mi número de teléfono móvil personal. No esperaba que llamaras a la comandancia.

—Mejor por aquí. Que los móviles no son de fiar.

—Está bien. ¿Qué tienes para mí?

Un breve silencio que Cuervo interpretó como una duda, pero al final habló.

—Un paquete.

—¿Dónde lo recojo?

—Espere. ¿Qué gano yo a cambio?

—Ya te lo dije, voy a estar ocupado un tiempo largo con todo el trabajo que me va a dar «ese paquete» y no te voy a molestar.

Al otro lado de la línea, el miembro del clan de los Jaranovich no las tenía todas consigo y pareció volver a dudar.

—Y bien, ¿qué será? —insistió Cuervo—. ¿Me das trabajo o te convierto en mi trabajo?

—Esquina del parque de Can Mercader. En media hora. Y no me lo llene de picoletos, ¿vale? El paquete está muy colaborador.

—Allí estaremos, y si puede ser, que esté de una pieza.

—Espero que tenga palabra, teniente.

—Ahora mismo eso es lo único que tengo.

Cuervo colgó el teléfono y miró el reloj ante la mirada atenta de sus dos camaradas.

—Pero ¿qué hacéis ahí parados? A los coches, joder. Nos vamos a recoger un paquete.

—¿Un paquete, mi teniente? Más bien una rata.

57

Una rata

En el parque de Can Mercader, en el límite entre L'Hospitalet de Llobregat y Cornellà, había un hatajo de niños jugando y dos o tres grupos de corredores que parecían dar vueltas por el parque. Los guardias civiles, liderados por el teniente López Cuervo, llegaron en un coche camuflado, y a poca distancia, dos vehículos uniformados. La gente se giraba al paso de los coches. Aquí hace años que patrullan los Mossos, y a la Guardia Civil solo la ven en operaciones como la que llevaban a cabo en ese momento.

El lugar estaba lleno de palmeras y vegetación que intentaban ventilar los kilómetros de tocho que lo envolvían como una prisión de muros infinitos.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Tú lo has dicho, Andreu, a buscar una rata. Comunica que necesitamos más personal. Que bajen los que están en los coches y empiecen a buscar. A saber dónde lo han dejado.

—Quizá es una trampa, mi teniente.

—¿Y qué iban a ganar con ello? ¿Que los coloquemos en nuestro punto de mira? Puede que la Nacional o los Mossos ya les vayan detrás. No, dudo que quieran eso. Venga, a buscar.

Los tres guardias civiles de paisano se separaron y empezaron a recorrer el parque buscando sitios donde los Jaranovich hubieran podido esconder a Mario con seguridad. Cuervo pensó que a los gitanos, reyes de la droga en Barcelona, les iba a salir el negocio

redondo. Les hacían un favor a sus enemigos entregando a uno de ellos, pues estaba seguro de que Mario estaría allí. Lo que no tenía tan claro era el estado en el que se lo encontraría, ni cómo lo habían hecho para convencer a los búlgaros, claro que esto es simple cuestión de matemáticas. Quien tiene más armas, siempre gana. Por eso Cuervo supo la tecla que debía tocar.

Iban recorriendo el parque ante la mirada de los atletas que aprovechaban el camino de tierra que les brindaba el recorrido para dejar de castigar sus articulaciones heridas de asfalto. Estos los miraban curiosos, pero no decían nada a pesar de que los tres llevaban un peto que los identificaba plenamente. Si hubieran visto algo extraño, y un tipo atado o metido en un agujero seguramente lo sería, ya les hubieran dicho algo.

No parecía estar por allí. Cuervo escuchó que lo llamaban por el auricular de su emisora portátil.

—Teniente, aquí Sierra Uno. No parece que esté…

—Me da igual, seguid buscando —lo cortó.

De repente, una voz que auguraba triunfo sonó por el altavoz de su oreja.

—Aquí, en la esquina de la carretera. Tengo algo.

«¿Algo?», pensó Cuervo. Empezó a correr hacia lo que interpretó que sería la zona donde le indicaban. A lo lejos vio a dos guardias civiles de uniforme que señalaban unos matorrales. A su lado estaba Lupe, que al verlo le hizo una indicación con la mano.

—Llamen a una ambulancia, por favor. Rápido —dijo, hablándole a su emisora portátil, uno de los agentes que estaba junto a Lupe.

Justo cuando llegaba al lugar, lo hacía Andreu. Allí, entre unos matorrales, con un pañuelo en la boca y señales de haber recibido una buena paliza, estaba Mario. Sin su gomina, su ropa cara y su deportivo no era más que una mortaja humana llena de restos de sangre seca y respiración entrecortada.

—¿Cómo está?

—Así de primeras creo que sobrevivirá, mi teniente, pero no lo sacaremos de aquí sin una cizalla. Lo han atado con una cadena y un candado. Se han asegurado de que no escape. Y por si intentaba liberarse, el brazo izquierdo, al menos, seguro que está roto.

Cuervo miró lo que quedaba del que solo unos días antes era un

compañero de profesión, a pesar de que se había apartado del camino hacía ya demasiado tiempo.

Mario alzó los ojos de repente y pareció como si hasta entonces no se hubiera percatado de que estaba rodeado de sus excompañeros. Miró a Cuervo con uno de sus ojos medio cerrado por la inflamación y este le devolvía la mirada. Si esperaba compasión, allí no la iba a encontrar. En ella solo vio desprecio.

58

Desprecio

Mientras nos dirigimos al punto donde pensamos tener el encuentro, hay tensión en el ambiente. Pepe está repiqueteando con los dedos el volante y eso sé que lo hace cuando está muy nervioso. Ni siquiera va al ritmo de la música que suena a través de los altavoces. Ni las letras de Sabina hacen que el momento se pase más ameno. Llevamos ciento cincuenta y siete kilos de coca en el maletero del coche, no cabe ni un alfiler, así que si nos para la poli no tendremos más opción que embestir o salir de allí a tiros. Intento romper el hielo y que la situación se relaje, por eso planteo una pregunta inocente, esa que solo se hacen los perdedores que aún sueñan con alguna cosa diferente al futuro que les ha tocado vivir.

—¿Qué harás con la pasta?

Pepe interrumpe el repique de dedos. No sé si por la pregunta o porque no es capaz de hacérsela hasta que tenga el dinero en las manos. Como dicen aquí, «*un cop al sac i ben lligat*», algo así como «no cantes victoria hasta que lo tengas todo dentro del saco y bien atado».

—Solo pienso en mi hijo. Espero que me pueda pagar al Monguilod o alguno por el estilo. Es un abogado de Girona —me aclara— que sé que ha llevado con éxito casos de los Mossos. Lo conocí en algunos juicios de mi paso por la Bisbal d'Empordà.

—Será un dinero bien empleado. Oye, ¿y el Javier Melero ese que aparece mucho en los diarios?

—Pues no lo descarto. Supongo que si mi ex ve dinero fácil, le será más sencillo relajar las condiciones. Si tengo que pagar, lo haré, pero no perderé a mi hijo, Ful.

Era su objetivo inicial y no lo cambiará por nada. Me parece una buena forma de invertir un dinero que algunos llamarían sucio. Como si hubiera alguno limpio.

—Y tú qué harás, ¿directo al Caribe?

—Eso de tumbarte a la bartola y que te lo hagan todo tiene que estar bien.

—Pero te sentirás solo, Ful. Un tiempo está bien, pero la soledad es mala si no se administra bien.

—¿Quién te ha dicho que iré solo?

—¿Te vas a llevar a tu Bilma? ¿En serio?

—¿Por qué no?

—Hombre, no sé.

—Pues no, no me llevo a Bilma, a pesar de que no estaría mal. Pero, como dices, al poco nos aburriríamos el uno del otro.

—Entonces, como no te lleves al Pelota… —se ríe.

—No, no me lo llevo, aunque te sorprendería lo divertido que es, pero no.

—Chico, se me acaban las ideas.

—No te lo quería decir hasta estar seguro, pero sí hay alguien en mi vida y es alguien que siempre me ha querido.

Me giro para ver su reacción, y compruebo que a Pepe se le ha tensado la cara de repente.

—¿A quién?

—Vamos, Pepe, tampoco es asunto tuyo.

—¡¿A quién, hombre?! —grita.

—Me estás tocando los cojones. Me iré con quien me salga de los huevos. Creo que no te toca a ti decirme con quién me acuesto o me fugo.

Cierra los ojos, sabe que a malas no obtendrá nada.

—Por favor, Ful —dice muy pausado—. ¿Con quién tienes pensado irte?

—Con Jessi.

De repente, Pepe pega un frenazo en mitad de la carretera y para el coche. No me mira, abre la puerta, sale afuera y camina por el arcén. Sabía que no lo entendería. Siempre ha visto a Jessica

como un parásito del barrio que me tenía sorbido el cerebro. Siempre me había dicho, casi desde que entró en mi vida hace ya muchos años, que ella iba a la suya y que una vez tuviera quien la mantuviera me abandonaría. Y así fue, acertó. Ella se fue y, con algo de dinero, consiguió llegar a la gente de pasta que sale en las revistas. Se lio con algunos de esos mierdas que salen en los programas cutres de la tele. Hasta que lo conoció a él, a ese hijo de puta con el que se la veía en la cubierta de un yate, y los periodistas de las páginas rosa se preguntaban quién era aquella belleza. Pero Jessi ha vuelto a mi vida y no voy a renunciar a ella.

Yo también salgo, mientras Pepe continúa renegando.

—Creo que no es para tanto, Pepe. Sé que no te cae bien, pero es de confianza. Hasta ella se alegró de que tú y yo nos hubiéramos encontrado de nuevo —le miento, no le hizo ninguna gracia que me volviera a liar con los asuntos de Pepe.

—Ful, tío, con ella no, hombre —se lamenta meneando la cabeza.

—Venga, Pepe, déjalo. Eso es asunto mío. Y me alegra que te preocupes, pero sé lo que hago. Venga, vamos, que la droga no se vende sola.

—Jessica murió hace seis meses, Ful. Lo sabes bien. Estuviste en su entierro.

Las palabras de Pepe entran como estiletes en mi pecho. Me duele tanto que creo que estoy sufriendo un infarto. Necesito aire. Pasan por mi cabeza unas imágenes del tanatorio de Lleida. Allí están los tíos de Jessica. No me atrevo a ir a saludarlos. No entro a ver el cuerpo. Mientras no la vea, ella está viva. Muevo la cabeza como si eso me fuera a despertar de una pesadilla. Todo es muy confuso.

—¡Pero ¿qué cojones dices?! —le grito—. Si estuve con ella hace unos días… De hecho, es con ella con quien me fui a Andorra.

—¿Dónde tienes las pastillas?

—¿Qué? ¿Las pastillas? Pues aquí. Las llevo siempre conmigo.

Rebusco en la bolsa y saco el botecito. Sabía que las llevaba. Las fui a buscar al CAP con mi receta. Fui hace tres meses. No he vuelto a por más. ¿Por qué no he vuelto a por más? Miro el recipiente y aún tiene el precinto de seguridad. No las he empezado siquiera. Las imágenes se suceden en mi mente. Estoy viajando a Andorra. La

cara de Jessi que va a mi lado se difumina hasta desaparecer. Estoy solo en el coche. Y en el hotel. Allá donde busco recuerdos de ella recientes, Jessi aparece y poco a poco se desvanece. Como una especie de sueño extraño y difuso.

Una lágrima resbala por mi mejilla. Es amarga. Es cruda. Es una realidad húmeda que inunda mi alma a través de mis ojos.

—¿Estoy loco?

—No, ya lo sabes, amigo. Esas pastillas te mantienen cuerdo.

—¿Adónde vamos? —pregunto confundido.

Lo cierto es que ahora no sé bien qué es real y qué no. No sé si toda esta película ha sucedido o estoy atado a una cama en el hospital Santa Maria de Lleida.

Pepe se acerca y me coge del brazo. Lo hace suave. Me acerca al maletero del coche, que abre. Está lleno de paquetes plateados de un kilo.

—Robo del reloj, picoletos, extorsión al cabecilla, esposa de Adalberto, Giselle, robo de la droga… —me dice señalando su interior; después lo cierra.

—Sí, sí, me acuerdo. Y del puto Carapán también, que a saber dónde andará. Lo que ahora no sé es si todo es real. Estoy hecho un lío, Pepe.

Mi amigo se esfuerza en resumirme la historia que ya sé, pero que, claro, debido a mi esquizofrenia, no sé bien qué he añadido o qué he omitido. Lo llevaba bien, incluso diría que me gustaba la paz que tenía en aquella portería. Leer novelas, mirar las redes sociales a ver qué imbecilidad ponían mis contactos del barrio, ver series en el portátil…, pero entonces llegó la noticia que jamás esperé que ocurriera y, además, la vi por la tele. Jessica se había liado con un famoso del tres al cuarto cuyo único mérito era haber heredado el dinero de su madre empresaria, también famosa, y después haber vivido del cuento sin pegar un palo al agua. Por lo que parecía, a Jessica le habían dado una paliza de órdago y se había caído por la borda del yate del energúmeno en el puerto de Ibiza. Nada de alta mar.

Las lesiones le impidieron salir a la superficie y se ahogó. Esperé a que condenaran a ese cabrón, pero los abogados caros saben bien crear las dudas suficientes, y consiguieron que el jurado dudara. Total, solo era una chica de barrio venida a más y él un pobre

famoso que salía llorando por todas las cadenas, a cambio de su parte del pastel, reclamando su inocencia.

Me volví loco, y no solo pillé una cogorza del quince, sino que me salté la toma de las pastillas de aquel día.

Y del siguiente.

Y del otro.

Las dejé. Siempre las llevo conmigo, pero no me las tomo desde hace seis meses. Algo en mi interior me impide hacerlo.

Acudí al entierro de mi Jessica, donde coincidí con sus tíos, aunque no me atreví a decirles nada. Y, como dice Sabina, la vida siguió como siguen las cosas que no tienen mucho sentido.

Hasta que un día Jessi volvió. Y también lo hizo Pepe. Para mí todos eran reales, así que seguí sin tomarlas y me uní al plan de mi amigo. Aunque sabía que debía tomarlas, el dolor era demasiado fuerte. ¿Qué iba a perder o a quién, si las volvía a tomar? Lo miro y no veo más que el sufrimiento de un buen amigo.

—Creo que lo único que ha creado tu mente es a Jessi. ¿Por qué te las dejaste de tomar, Ful? Ya sabes lo que te pasa cuando lo haces, tío.

No puedo evitar un suspiro que sale de lo más profundo de mi ser. Ahora, más o menos, puedo ver ese día que para mí lo cambia todo. Ese día que no abrí el tarro, tras el desconsuelo al ver la necrológica de mi Jessi, y no me tomé la medicación. Solo tengo una respuesta y creo que Pepe la sabe.

—Para estar con ella.

Mi amigo resopla. No lo hace enfadado. Es mi amigo y sé que comparte mi dolor. Se dirige a la puerta del conductor. La vida sigue. Supongo que tenemos que ir a cambiar droga por dinero. Yo solo estoy confundido, con un buen descanso y tiempo me repondré y seguiré con mi vida. Aunque ahora no tengo ese tiempo. Me dirijo al coche y abro la puerta del acompañante.

—¿Qué haces? —me pregunta Pepe.

—Qué voy a hacer, ¿no nos vamos?

—Claro, pero antes tómate las putas pastillas.

59

Las putas pastillas

Vamos bien de tiempo a pesar de la parada que nos hemos visto obligados a hacer. Me ha sentado bien escuchar música durante el viaje, y me ha aliviado que no saliera por los altavoces el grupo favorito de mi Jessi. Ella ya no está. Lo sé hace tiempo, pero a veces una maldición como la mía te permite recuperar, aunque sea en vano, algunos buenos recuerdos. Los últimos días, ella ha estado viva. Y ha estado conmigo. Eso es mucho. La putada es que todo tiene una cara amarga y la he vuelto a perder sin poder despedirme. Aunque reconozco que no ha sido el *shock* que fue la primera vez, no he podido reprimir algunas lágrimas que mi amigo ha evitado observar para no incomodarme más. En circunstancias normales no estaría aquí, sino en casa, lamentando mi suerte y esperando que el consumo de mis medicinas haga su magia y deje de mostrarme personas que no existen. Pero tenemos una misión que cumplir y necesito estar en la mejor forma que me permitan los efectos de la pastilla que me he tomado. Me suelen dar sueño y lo noto. Me tomaría un café doble, pero eso sería una mala idea. Abro los ojos, que se esfuerzan en cerrarse. Tengo que luchar contra eso.

La ruta hasta el lugar del intercambio está siendo tranquila. No hay coches a esta hora, así que eso nos garantiza un poco de intimidad. A los compradores no les hacía mucha gracia desplazarse hasta aquí, pero es más fácil mover billetes que los ciento cincuenta y siete kilos de coca que ahora mismo viajan en nuestro maletero.

Cierto que, una vez hecha la venta, ellos serán los que tendrán el problema, pero de eso no debemos encargarnos nosotros. Ya no será nuestro problema y me imagino que ellos, siendo unos profesionales del negocio, tendrán sus trucos. Y eso es precisamente lo que nos preocupa. Ellos estarán en un juego que dominan y nosotros somos los novatos. Eso es lo que pasa cuando no te dedicas a nada en concreto y picas de donde te dan oportunidad: que sabes de todo un poco y en realidad no dominas nada.

En este caso, nos hemos juntado un exmadero y un delincuente de poca monta como yo. Sí, no me molesta admitirlo, hay que ser consciente de lo que uno es o aspira a ser para no cagarla. Así que, con esta mezcla, sabemos de qué va la cosa, y sé que aquí ellos, si lo ven claro, preferirán llevarse la mercancía gratis. Puede que yo también hiciera eso si los que tuviera delante fueran unos pardillos. Además, esta droga proviene de un cargamento de sus rivales, quizá por eso hayan aceptado. En definitiva, si no estamos preparados y atentos, nos iremos sin nada, o simplemente ni siquiera nos iremos.

Pero no somos unos pardillos.

—¿Lo has llamado?

—Sí, tranquilo.

—¿Cómo cojones voy a estar tranquilo? No sé cómo te va la cabeza por dentro, Ful.

—A ver, Pepe. Puede que vea a gente que no existe, pero no me he vuelto gilipollas de repente. Tengo la cabeza algo espesa por la pastilla, pero no me dejará KO. Sé los efectos que me provoca.

—Mierda, Ful. Nos estamos jugando mucho, ya lo sabes. Te diría que la vida, y no lo digo por decir. Esta va a ser una de las citas más importantes de tu vida. Te necesito en plena forma.

—Lo estoy —me lo pienso un poco—. Lo estaré.

Mi amigo me mira y veo su cara de preocupación.

—Lo estaré cuando llegue el momento.

Aprieta los labios y creo que se muerde la lengua para no contestar, pero poco a poco va relajando la cara. Nos estamos acercando a la rampa de acceso a la Seu Vella de Lleida, la catedral.

—¿Seguro que estará tu amigo?

—No tengo ninguna duda. Nunca me ha fallado.

Accedemos a la explanada principal, que tiene la dimensión de un campo de fútbol pequeño, y vamos hasta la esquina que da al

castillo, donde hay una zona peatonal que lleva a una de las entradas del edificio principal, y también de la puerta del bar. Es una zona privilegiada con unas vistas de Lleida espectaculares. Allí Pepe apaga las luces del coche y el motor. Nos quedamos en silencio, un silencio roto solo por el canto de algunos grillos, que una vez se cercioran de que no somos un peligro, y el motor ha dejado de rugir, continúan con su chirrido estridente.

Ahora solo queda esperar.

No tardarán mucho en aparecer los traficantes. Solo nos quedará despejar la duda de si son eso, traficantes, o son cazadores.

60

Los cazadores

El teniente López Cuervo llegó a su piso ubicado en el mismo cuartel, lo que llaman «el pabellón». Estaba cansado, aunque le hubiera gustado poder tener algo más de trabajo y continuar. Llevaba demasiadas horas sin dormir, pero no estaba allí por gusto. Las gestiones se habían acabado por aquel día y había mandado a descansar a los agentes de su grupo. La búsqueda de Adalberto estaba encallada y sabía que el tiempo corría en su contra. Si este tenía una caja de seguridad la utilizaría en breve y se esfumaría para siempre. Había detenido a Mario, pero era el pescado pequeño, quería al grande. Nada de pececitos o delfines, ni siquiera tiburones. Él quería a Moby Dick. Y ese era Adalberto. En su interior sabía bien que, aunque lo tuvo sujeto a su caña, poco a poco se estaba rompiendo la cuerda de tanto estirar, y en breve cedería y lo perdería, con anzuelo incluido.

Dejó la pistola y la placa en la entrada, a la vista. No recibía visitas y poco tenía que temer viviendo dentro de un acuartelamiento desde que ETA había dejado de poner bombas en lugares donde también residen niños.

Cogió el teléfono y miró las pocas fotos que su exmujer le mandaba de sus hijos. Sintió un escalofrío que no supo entender. ¿Cómo se había apartado tanto de ellos? No podía más que añorarlos. Incluso a ella, a la que, con el tiempo, comenzó a entender.

Alguien llamó a la puerta.

Era el cabo Andreu. Se quedó un momento en la entrada, pero Cuervo se metió dentro y al cabo no le quedó otra que acceder. A pesar del tiempo transcurrido en la unidad, era la primera vez que lo hacía. Su teniente no tenía cuadros colgados en las paredes, ni casi decoración. En el comedor, en una repisa, las fotos de sus hijos. Y dos retratos de ellos dibujados a lápiz. Eran muy realistas en el trazo y Andreu se acercó a ver quién los firmaba. Arqueó las cejas incrédulo al ver que las iniciales del autor de los retratos eran J. L. C. Se giró hacia Cuervo.

—Mi teniente, ¿usted los ha…? —No supo ni cómo acabar la pregunta ante el asombro de una faceta de su jefe de la que jamás hubiera sospechado.

Este llegaba de la cocina con dos cervezas.

—¿Tan raro te parece? Es un *hobby* que abandoné hace muchos años, y desde entonces solo he dibujado estos dos.

Andreu no sabía bien qué decir.

—Son muy buenos. Sus hijos estarán muy contentos.

—Nunca los han visto. No los traigo aquí en nuestras vacaciones. ¿Qué quieres, Andreu? No habrás venido a admirar mis dibujos, ¿verdad?

—No, no, mi teniente. Verá…

—Suéltalo ya, hombre —le dijo mientras daba un trago a la cerveza.

—El caso es que me he ido a tomar un café con mi colega Teixidó, el *sotsinspector* —«subinspector»— de los Mossos.

Cuervo permaneció atento, aunque sin quererlo se puso en tensión. Su cabo lo esperaba e intentaba encontrar la manera de decirle las cosas sin provocar un cabreo a su superior.

—¿Y estaba bueno el café, Andreu?

—No, bueno, sí, pero no es por eso por lo que vengo. Perdone. Mire, hay confianza con él y nos contamos cosas. Siempre en ambos sentidos, se lo aseguro. Así que le he explicado lo que podía sobre nuestra operación en el puerto y la búsqueda de Adalberto. Y, bueno, parece que los Mossos tienen *encanutado* a otro grupo de colombianos que podrían ser la competencia de los que entraban la droga en el puerto. Son algo así como enemigos. Ya sabe, rencillas entre grandes cárteles de la droga. Por eso nuestras investigaciones

no se han juntado en el programa de coordinación nacional. Así que, entre una cosa y otra, Teixi me ha dicho algo que a él no le encajaba en su operación. Parece que su grupo estaba dispuesto a efectuar una pequeña compra de droga del clan del Valle. Lo han llamado algo así como «un premio de ciento cincuenta y siete sobres». Naturalmente, no se refieren a sobres, ya sabe. Pero ese número… Sería demasiada casualidad, ¿no le parece? Por eso he venido enseguida.

Cuervo dejó la cerveza en la mesa y puso atención a lo que le contaba su subordinado. Su cabeza empezó a atar cabos. Un número que podría ser cualquier cosa en otras circunstancias, pero que sería demasiada casualidad que fuera la cantidad exacta de la droga que faltaba en el alijo de Adalberto.

—¿Te ha dicho dónde?

—Creo que eso no lo han dicho.

—Venga, hombre. O no te lo quiere decir y van a ir los Mossos a «cerrarlo».

—No, no lo creo. No tenía por qué decírmelo. Como le digo, es de total confianza, y además me explicó que ellos no iban a quemarse en un intercambio pequeño y destapar así su operación. Van a por los peces gordos, como nosotros.

—Eso es muy vago, puede ser cualquier cosa. Aunque encaje en la cantidad que nos falta a nosotros, con esa información no vamos a ninguna parte.

—Lo único que consiguieron interpretar es algo sobre una compra de ciento cincuenta y siete sobres de azucarillos cerca de un gran castillo. Mi colega sabía, por mí —dijo en voz baja—, que habíamos pillado ochocientos cuarenta y tres kilos en la redada, y al hablar de esa cifra le sonó extraño, pues ambos suman mil, y me llamó. Aunque es cierto, con eso solo poco haremos —reconoció Andreu.

—Espera —la cara del teniente se iluminó, mientras se echaba la mano a la frente y se la pasaba por el cabello—, ¿tienes el teléfono de ese *sotsinspector*?

—Sí, claro.

—Llámalo ya. Es urgente.

Andreu buscó el contacto y se puso el móvil en la oreja.

—Pregúntale si tiene algún dato más. Fecha, horas, lo que sea…

—Teixi, estoy con mi jefe. De aquello que hemos comentado en el café, ¿sabes si dijeron algo de cuándo sería esa compra?

El cabo escuchó y, después de darle las gracias, colgó el aparato.

—Me llama en unos minutos. Pero, mi teniente, aunque nos dé algo, castillos, si se refieren a eso de verdad, hay muchos en la región. No tenemos el lugar de la transacción.

—No estoy de acuerdo, porque puede que sea así de sencillo, y tenemos dos datos que encajan.

—¿Dos?

—¿En qué lugar se perdió la señal del teléfono de la chica, la novia de Mario?

—En Lleida.

—¿Sabes las veces que pasando por la autopista he visto ese pedazo de castillo que se alza en medio de la ciudad? Siempre me digo que un día iré con tiempo y me desviaré a verlo, pero nunca lo hago. Bueno, eso es igual, pero creo que los que robaron la droga son de allí y han buscado un lugar seguro para el intercambio.

—Joder.

—Puede que no sea nada, pero también puede que la droga esté allí, la chica esté allí y, lo más importante, si encontramos la droga, igual nos lleva hasta Adalberto. Que puede que también esté allí.

—Igual se fuga con esa chica —añadió Andreu.

El teniente asintió, dando también por buena esa teoría. Eran tantas las variables que todo era posible. En definitiva, era una línea de investigación que se abría donde hacía solo unos instantes no había nada. Muchas veces detrás de esas líneas no hay más que un buen gasto de horas extra, pero los investigadores las siguen siempre, aunque sea para descartarlas.

Sonó el teléfono. El teniente estaba a la expectativa.

Andreu respondió, conversó y, poco menos de un minuto después, colgó.

—No hay nada en las llamadas, pero uno de los sujetos que tienen pinchado y controlado ha recogido a tres tipos y se han ido en dirección a Zaragoza por la A-2 hace diez minutos. Me manda los datos por WhatsApp con la condición de que no les hagamos la cama. Le he dicho que eso nunca lo haríamos, mi teniente. ¿Cree que se van a Lleida?

—Saca el coche y dile que esté tranquilo, que no me interesa su

caso. Nos vamos.

—Pero todo es una conjetura, mi teniente.

—¿Tienes algo mejor que hacer? —le dice casi empujándolo hacia la puerta mientras recoge de la entrada la placa y la pistola—. Y llama a Lupe, vamos contra reloj. Y eso si al final no van también los Mossos detrás.

—No, se lo aseguro.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Qué te ha dicho ese colega tuyo?

—Me ha asegurado: «Todo vuestro, compañero. Buena caza».

61

Buena caza

Hemos llegado dos horas antes del plazo previsto. Así nos da para inspeccionar un terreno que, aunque ya conocemos bien, hace bastante que no lo pisamos. Cabe la posibilidad de que todo sea una trampa, por eso tenemos que prepararnos. Yo, además, sigo algo chafado por el efecto de la pastilla, y leo en la cara de mi amigo la preocupación. Le he fallado en el peor momento, pero no lo haré ahora. Me doy un guantazo que incluso me deja la cara dolorida, pero surte algo de efecto. Me tengo que reponer, Pepe me necesita y no le voy a fallar.

Bajamos del coche cuando nos aseguramos de que no hay nadie. Es difícil saberlo del todo porque la iluminación es escasa en la zona, y esa misma penumbra que buscamos para que la cosa vaya bien para nuestros intereses nos puede pasar factura.

—¿Cómo te encuentras, Ful?

—Bien, de verdad.

—Falta un buen rato, métete en el coche y descansa un poco. Te necesito al cien por cien, te irá bien. Solo estate atento al teléfono y que tu contacto no nos falle.

Lo cierto es que estoy algo mareado y me vendrá bien descansar. Sé que las pastillas me atontan un rato, pero también que luego se me pasa y estaré a punto.

—No nos fallará —le digo mientras me meto en el coche.

Pepe se queda fuera observando. Está en tensión, pero nos

jugamos demasiado, y hasta que no se formalice el trato no lo sacaré del estado de paranoia que tiene siempre ante un reto como este. Siempre me contaba que cuando era mosso le pasaba igual ante el cierre de una operación. Daba igual que fuera de drogas o de un grupo de atracadores, se mantenía atento y al pie del cañón las horas que hicieran falta.

Yo, sin querer, cierro los ojos. Los vuelvo a abrir a duras penas, pero se repite ese patrón unas cuantas veces hasta que noto que alguien me toca fuerte el hombro. Me despierto y veo que mi amigo me mira y dice algo que no alcanzo a escuchar. Poco a poco vuelve el sonido, como si hubiera estado apagado y alguien le diera al volumen.

—Ful, despierta, amigo. Queda poco más de media hora. No podemos apurar más.

Intento salir del coche, pero me cuesta, aunque percibo que mis músculos se van despertando. Tengo la sensación de haber dormido doce horas.

—Mira el teléfono, por favor. Antes has recibido un mensaje, pero ni te has enterado. Mira si tu contacto…

Lentamente, voy recuperando facultades y saco el móvil de mi bolsillo. Sí, tengo un mensaje. Es escueto, como habíamos convenido. Solo pone: «Todo OK». Miro a Pepe y asiento. Se lo enseño para que no piense que también está solo en mi mente.

—Está esperando.

Me desperezo y, bostezando, aprovecho para estirar los brazos todo lo que dan. Observo a mi alrededor y cada vez veo mejor.

Estaré a punto cuando llegue el momento, y no creo que falte mucho ya.

Ya solo queda esperar a los traficantes.

62

Los traficantes

Un coche se aproximaba a Lleida por la autopista. Era un Audi Q7 último modelo. Sus cuatro ocupantes no pasarían las pruebas antidroga de cualquier control policial, a excepción del conductor. Aquella noche sabía que no podía beber ni meterse una buena raya. Eso lo tenía más nervioso que sus acompañantes, que iban bien puestos. Además, era el único español del grupo de colombianos que integraba el cártel desplazado a España y que se encargaba de la entrada de droga desde su país de origen. Venían a recoger algo más de ciento cincuenta kilos. Ciento cincuenta y siete, para ser exactos. No es mucho comparado con los alijos que solían manejar, pero sabían que era coca robada a su enemigo y el jefe quería esa droga como trofeo.

Los contactos los había hecho el propio español, que se podría decir que era el representante del cártel aquí.

Iban armados hasta los dientes y también llevaban una bolsa con varios millones de euros.

Respetaban la velocidad y las señales de tráfico.

La Policía no suele parar coches de lujo, así que viajaban con cierta tranquilidad a pesar de los controles policiales que sabían que había en Cataluña por algún tema político que a ellos les era del todo ajeno. Lo mejor era que se dedicaban a parar a los de aquí, porque a los sudamericanos de la droga les era indiferente que Cataluña se independizara mientras no afectase a sus negocios. Y ya

se sabe, a río revuelto, ganancia de pescadores.

Iban siguiendo el GPS a pesar de que la catedral de Lleida se divisa a decenas de kilómetros de distancia. No conocían las calles ni el acceso, así que tenían que extremar las precauciones y seguir haciendo caso a la voz femenina y robótica que les proporcionaba Google Maps. Emilio sabía que, si habían conseguido esa droga, los tipos seguramente eran unos profesionales, pero también sabía por experiencia que la podían haber conseguido por pura casualidad, como hicieron unos años atrás unos pueblerinos, que la encontraron a pie de playa en una cala de Girona y se pusieron a venderla a precio de saldo, y con tanta imprudencia que se la ofrecieron a un mosso d'esquadra que tardó poco en montar una redada y trincarlos. No parecía el caso, pero si podía conseguir la droga gratis, no iba a pagar un euro.

Cuando los altavoces les indicaron que quedaban cinco minutos para su destino, los cuatro tipos se prepararon. Comprobaron sus armas y los que viajaban atrás se metieron una raya de coca.

Encararon la curva a la derecha y luego a la izquierda para aparecer en una gran llanura pavimentada donde a lo lejos divisaron un único coche. Se acercaron lentamente y, con las luces apagadas, se quedaron a veinte metros y también apagaron el motor. Los tipos estaban dentro del coche y no hacían ningún movimiento. Todos estaban alerta. Emilio sintió la tensión del momento. Intentó calmar el ansia de salir de allí victorioso sin recurrir a una línea blanca de polvo, que siempre ayudaba bastante en aquellas situaciones.

Fuera como fuera, algo le decía que tuviera cuidado. Esa droga tenía dueño y seguro que ese dueño estaba muy cabreado.

63

Un dueño muy cabreado

Adalberto miró a su alrededor y solo vio oscuridad, salvo aquella luz que venía de la iluminación artificial de las farolas. Se encontraba escondido en una especie de foso y llevaba varias horas allí. Casi se había quedado dormido, puede que lo hubiera hecho un rato sin darse cuenta. Le habían dado un relajante muscular para calmar el dolor de su herida, que requería tiempo para cicatrizar. Necesitaba estar a tope para lo que esperaba que fuera el final de esa carrera de obstáculos en la que se había convertido su vida. Su mujer y sus hijos tenían el futuro asegurado, al menos eso lo había hecho bien. Su provisión de fondos los había dejado arreglados, y ahora él se podía dedicar a su venganza, y ya de paso a ajustar cuentas. Allí se iban a reunir los que le habían tendido una trampa y los del cártel enemigo de sus socios. Aún podía hacer algo de provecho para poder irse del país y hasta, con el tiempo, puede que su mujer lo perdonase.

Aquel abogado de su jefe le había asegurado, y seguro que saberlo le había costado algunos favores, que el intercambio iba a ser aquella noche en la zona de la Seu Vella de Lleida, una catedral gótica cuya construcción se inició en el siglo XIII a partir de la estructura de una mezquita musulmana anterior, al lado de la cual emerge un castillo también de origen sarraceno. Le hubiera gustado estar allí por otra cosa diferente y ver el espectacular claustro que dicen que alberga en su interior, pero no, él estaba allí para acabar

lo que otro había iniciado y darle su merecido. Esperaba encontrar al hijo de puta que había violado a su mujer y maltratado a sus hijos. Solo de pensarlo, la rabia se apoderaba de él y tenía que concentrarse en respirar para centrarse.

No sabía Adalberto de los giros que había tenido aquella historia, y que Carapán, que era a quien él odiaba a muerte, también era aborrecido por sus compañeros de fechorías.

Tampoco podía olvidar que, en el intercambio, si los colombianos cumplían, iba a haber más de cuatro millones de euros en metálico. Su tapadera se había quemado y ya no era útil al cártel, así que solo le quedaba aceptar esa limosna que le habían ofrecido a través de los abogados, y con eso puede que iniciar otra vida lejos de la suya.

La de «el honor es mi divisa» se le había acabado de manera oficial hacía unos días, aunque en realidad era él quien la había finiquitado en cuanto aceptó el primer pago, y cuando aceptó reunirse con el jefe del cártel al que nunca más volvió a ver.

Oyó unos ruidos de motor lejanos y se puso en tensión.

Había llegado la hora de rendir cuentas.

64

Hora de rendir cuentas

Veo un coche que se aproxima por la única entrada que da acceso a la Seu Vella. No es que esté más nervioso de lo habitual, pero sé que nos jugamos mucho. Incluso yo, que acabo de volver a perder a mi Jessi. La vida sigue, me diría ella, así que eso es lo que estoy haciendo.

Es un Audi todoterreno muy grande, así que puede que vengan cuatro o cinco, y nosotros no somos más que dos para encararlos. Con nuestras barbas falsas, que al menos ocultan nuestra cara a simple vista, y las gorras de béisbol. A mí, Pepe me ha dado una de la Policía de Nueva York, manda huevos. Él tampoco está demasiado contento, lleva una del Real Madrid. Y es un fanático del Barça, o al menos lo era, cuando nos importaban esas cosas, así que me imagino que le saldrá algún sarpullido. Igual que a mí, vamos.

Apagan las luces y el motor a escasos veinte metros de nuestro coche. Los coches quedan uno frente al otro. Voy a abrir la puerta para salir, tenemos que acabar con esto.

—Espera un momento, Ful —me dice Pepe mientras me coge del brazo.

Le hago caso, claro. Ya entiendo lo que quiere decirme. Nuestros ojos se están acostumbrando a la penumbra que reina allí una vez los tipos han apagado las luces del coche que hasta ahora nos enfocaban directamente.

Me suelta el brazo como señal y salimos del vehículo, ahora que

podemos ver que ellos también salen. Al menos lo hacen el conductor y el acompañante. Vemos que dentro hay dos tipos más. Ya no tengo dudas, como flaqueemos intentarán robarnos.

—Eh, vosotros —nos dice el que conduce—. ¿Jack?

—¿Quién lo pregunta? —contesta Pepe.

—Papá Noel, que te trae un regalito si te has portado bien. ¿Me traes algo a cambio?

—Déjate de mierdas. ¿Has traído la pasta? Quiero verla.

El tipo que iba de acompañante lleva una bolsa de deporte. La abre y enseña el contenido. Parecen billetes de color granate o algo parecido. Desde esa distancia, eso podrían ser fotocopias o billetes falsos con la estampa de un culo en lugar de la cara del tipo importante que lleven. ¿Cómo lo voy a saber?, nunca he visto un billete de quinientos euros, pero sí sé distinguir un billete falso, aunque para eso tengo que acercarme, claro.

—¿Y vuestro regalo?

—Está en el maletero.

Los hombres que van detrás salen del coche. Aún en la oscuridad diviso el bulto que intentan esconder en el costado. Como mínimo, armas largas automáticas, o recortadas. Qué más da. En cualquier caso, nos harían picadillo si se pusieran a disparar. Pepe me mira de reojo, también lo nota. Se están envalentonando.

—Tendremos que comprobarlo los dos, ¿no es cierto? —dice el tipo mientras sonríe.

—Sí —intervengo por primera vez—, pero creo que antes de que se nos ocurran malas ideas puede que quieran ver nuestras cartas.

El tipo borra la sonrisa y los de detrás se empiezan a mover con pasos cortos y lentos hacia los lados. Ahora mismo somos blancos perfectos. Tenemos a dos delante y dos en los flancos. Hay tensión y la cosa se está torciendo. Hora de sacar la artillería.

—Creo que te conviene decirles a tus amigos que se replieguen.

Todos se paran en seco. No dispararán hasta que lo tengan muy claro, ya que no dejan de estar en terreno desconocido. Lo que significa muy conocido para Pepe y para mí. Sin embargo, no se repliegan. Esperan la orden de su jefe. Como se lo está pensando mientras analiza la situación, levanto mi brazo muy lentamente. No puedo hacer movimientos bruscos. Los de los flancos descubren sus armas automáticas. El de la bolsa saca una pistola de detrás y el que

habla permanece impasible. Hasta que ve algo que no encaja. Mira hacia su pecho y observa un punto luminoso rojo. Lo tiene en el corazón. «Es una mira láser», se dice a sí mismo mientras comprende que es difícil timar a un timador. Sabe que cualquier movimiento raro o ruido que no esté en el plan inicial —intercambiar la droga por pasta y cada uno por su lado— le puede costar la vida.

—Retrocedan —les dice a los matones.

—Esos dos al coche, por favor —les dice Pepe.

Obedecen.

—Solo queremos el dinero y os damos la mercancía. No tiene que palmar nadie. Esta noche todos podemos volver con nuestras familias.

Hay que apelar al trato inicial. A eso hemos venido todos, y una vez comprueban que no somos unos pueblerinos de provincias, se convencen, sobre todo el jefe, de que es mejor hacer la transacción y salir de allí todos vivos.

Con los tipos armados dentro del coche, ahora estamos dos a dos. No vemos lo que hacen, o si nos apuntan, pero con el punto rojo que le hemos mostrado al jefe no harán nada. El de la bolsa no guarda el arma, pero la tiene en la mano apuntando al suelo. Nos arroja la bolsa a los pies. Pepe se desplaza hasta casi delante del coche para inspeccionar el dinero. Si yo sé distinguir un billete falso, él es capaz de olerlos. También tiene su arma cogida por la culata, pero la mantiene en la espalda. El jefe se cruza con él y se aproxima hasta mí. Quiere comprobar la mercancía. Le abro la puerta del maletero y se la muestro. Coge uno de los paquetes y mira el dibujo de un águila que llevan todos. Veo que sonríe, aunque a mí se me escapa el porqué. Saca una navaja de manera tranquila, para que nadie se ponga nervioso, y pincha uno de los paquetes al azar. Extrae con la punta una pequeña muestra y del bolsillo saca una especie de tubo como de ensayo. Lo destapa y mete un poco de polvo dentro. De inmediato se transforma en un llamativo color azul turquesa. Tiene un reactivo como los de la poli. Eso de probar polvo blanco, que bien podría ser matarratas, para las pelis o los novelistas peliculeros indocumentados. Repite la operación con otro de los paquetes con el mismo resultado.

—Bien. ¿Están todos? —me pregunta.

—Ciento cincuenta y siete kilos. Ni uno más, ni uno menos. ¿Y el dinero? —le digo, aunque me dirijo a mi amigo.

—Pues yo diría que todo no está —dice Pepe.

—Hay la mitad. Dos millones de euros —aclara el tipo que está conmigo—. Compréndanlo. Teníamos que asegurarnos, pero se lo traeré en breve.

—Mejor, porque si no, os llevaréis la mitad.

Lo reconozco, yo me llevaría ahora esos dos millones, que es más de lo que Pepe y yo ganaremos en nuestra puta vida, le daría al tipo la mierda de droga y nos podríamos olvidar de todo esto. Pero mi amigo no está por la labor, es su plan y poco puedo decir yo, que a punto he estado de cagarla bien.

—No, amigo. Ahora hago una llamada y hago que traigan el resto.

—No soy tu amigo, y además…

Pepe se para en seco. Algo se ha movido detrás del coche de los traficantes. Ha sido una sombra, pero yo también he creído ver algo. Por un momento mis ilusiones se desvanecen a la espera de escuchar el puto «¡Alto, Policía!». Pero no se escucha eso. Una ráfaga de disparos sale del coche y todos nos echamos al suelo. No puedo ver a Pepe, que estaba con el otro tipo frente al coche. Pero el jefe de los narcos que está conmigo también se parapeta a mi lado detrás de nuestro coche, que se ha quedado con el maletero abierto. Los dos nos miramos, en una situación extrañísima en la que ninguno quiere levantar la cabeza para ver qué pasa. Al final, yo lo hago un poco sin dejar de poner un ojo en el hombre que se agazapa junto a mí. No se la he visto, pero puede llevar una pipa. Yo, sin saber cómo, llevo la que me dio Pepe en la mano. De pronto caigo en que las balas no están saliendo del coche de los traficantes, sino que lo están atravesando. Levanto la cabeza lo justo y veo que los cabrones armados que estaban dentro del vehículo están fiambres, y por un lado aparece una figura que me resulta familiar. Joder, y tanto que me lo resulta. Ese es nada más y nada menos que el dueño de la droga que tenemos en el maletero de nuestro coche. Se mueve de manera extraña, pero se maneja bien con esa especie de ametralladora.

Vuelve a disparar otra ráfaga, esta vez contra nuestro coche. Escondo de nuevo la cabeza y el tipo que sigue a mi lado hace lo

mismo.

En la parte de delante debería estar Pepe, que no sé dónde se habrá podido refugiar, y me temo lo peor. Yo me he resguardado detrás del vehículo junto con el jefe de los narcos, pero a él el tiroteo lo ha pillado en medio. Me agacho para mirar por debajo del coche. Está oscuro y solo veo lo que debe de ser un cuerpo tendido en el suelo. Ni siquiera distingo que haya dos allí tirados, que corresponderían al de la bolsa del dinero y a mi mejor amigo. Vuelvo a poner mi cabeza a salvo a la espera de que el atacante aparezca por el lado y me dé la oportunidad de dispararle antes. Van sonando las balas hasta que se detienen un momento. Debe de estar recargando, pero cómo cojones voy a saber dónde está y si tiene otra arma apuntando al que asome el hocico.

—Tu hombre, ¿dónde está tu hombre? —me susurra el jefe—. Tienes a un francotirador, ¿por qué no le dispara? —me insiste casi desesperado.

Sí, eso sería lo que debería pasar. Que nuestro hombre escondido, y que estaba asegurando la situación, solucionara el asunto. Le voy a contestar, pero escucho una voz que grita algo que me hiela la sangre:

—¡Alto a la Guardia Civil!

65

La Guardia Civil

Cuando pensamos en este plan, también barajamos la posibilidad de que ellos hicieran lo mismo, que tuvieran un francotirador preparado para abatirnos, pero eso no cambiaba que quien llevaba la voz cantante estaría señalado por una mira láser. Sí, eso he dicho, porque quien la sujeta de una manera certera es el Pelota. Y eso es lo que es. Una mira láser comprada en un bazar de los chinos por tres euros. Lástima que no nos quedara más opción que recurrir a él, y claro, eso significa que detrás de ese puntero láser no hay nada más, ni un arma de larga distancia ni tirador entrenado para matar. Solo un buen amigo regordete que asume un riesgo a una buena distancia y que después del primer disparo espero que haya tomado las de Villadiego. Era un farol en toda regla, pero para ganar una partida de póquer donde nadie quiere enseñar las cartas necesitas esa jugada maestra. Y a mí me llaman Ful. Lo que no habíamos previsto era que se metieran más jugadores en la partida. Intentamos ser discretos y nadie salvo nosotros sabía lo del intercambio. Nadie excepto la otra parte, claro. Y cuando no controlas todas las cartas te puede pasar eso, que tu jugada maestra no sea solo tuya y otros hablen de ella.

Ese grito de la Guardia Civil ha hecho cesar los disparos momentáneamente, porque a los pocos segundos, imagino que mientras Adalberto comprende que lo han vuelto a cazar sus excompañeros, los disparos comienzan a sonar en la explanada de la

Seu Vella. Esta vez, sin embargo, desde mi escondite con mi nuevo amigo, escuchamos la réplica de lo que seguro son los tiros de los picoletos que responden. Al poco cesan, y se hace un silencio sepulcral mientras el sonido del eco que han provocado por rebote en las gruesas paredes del histórico edificio se va apagando poco a poco. No sé cómo, pero algo me hace levantar la cabeza para mirar qué pasa. Entre lo que antes eran las ventanas del coche, veo a un tipo cargado con dos metralletas que se gira hacia mí. Está cosido a balazos. Su expresión es casi de sorpresa. No parece entender que ya está muerto. Lo reconozco, es Adalberto. Nuestros ojos cruzan una mirada que no sé explicar. Después cae al suelo. No puedo perder el tiempo y parece que mi nuevo amigo me lee la mente.

Los dos salimos disparados hacia una zona oscura para intentar perdernos. Hay un acceso en la parte interior de la parte amurallada que debe de bajar en dirección al edificio de los juzgados que se encuentra más abajo, y no muy lejos de donde estamos. Me dirijo hacia allí a través de un camino por el interior del vallado del recinto, y el jefe de los compradores va hacia el otro lado bordeando la explanada para intentar bajar en dirección al centro de la ciudad.

En mi huida solo puedo echar un ojo a la parte delantera del coche, para ver si veo a mi amigo Pepe, pero si la vista no me falla solo hay dos tipos tirados en el suelo. Uno es seguro el socio del traficante, reconozco su chaqueta, pero la bolsa del dinero no está, y Adalberto está tirado un poco más atrás, donde lo he visto caer. No veo a Pepe, creo que lo ha conseguido. Si yo también lo logro, habré conseguido todo aquello que me propuse hace ya demasiado tiempo. Una voz me alerta de que no lo celebre antes de tiempo.

—Se escapan —oigo a mi espalda.

No me giro para ver quién me persigue, aunque creo que solo viene uno detrás. Tan solo corro y, a unos cincuenta metros, veo una oportunidad de esconderme. Me quito la barba falsa porque me molesta al respirar y la tiro con la gorra. Hay un saliente y sé que da a otra zona detrás de la muralla. Además, llevo una pistola y eso me da mayor seguridad. No pienso, solo corro. Me vuelven a empezar a quemar las piernas. Sé que no aguantaré demasiado y los polis suelen estar en forma. Oigo los pasos a lo lejos que me persiguen. La gravilla del suelo lo delata, parece que me recorta

distancia. El saliente está cerca. Vamos, Ful, aprieta los dientes.

Llego a la zona y me meto por un hueco entre un muro de piedra. Me paro y espero a que mi perseguidor llegue hasta mí. Tengo la pistola en la mano, pero mis esfuerzos están centrados en recuperar el aliento. Ahora mismo no le acierto a un elefante a dos metros. Me centro en escuchar, pero no oigo nada. Puede que haya pasado de largo.

Poco a poco me alejo de mi escondite y sin dejar de mirar que no aparezca nadie por sorpresa. La grava también me delata a mí, así que camino despacio y todo lo lento que puedo.

Nadie. La situación me escama. No me parece normal que el guardia civil queme perseguía se haya dado por vencido.

Los cojones. Me paro en seco cuando veo el cañón de una pistola que me apunta a la cara. El sujeto ha sido más listo que yo y ha dado la vuelta a la zona amurallada mientras yo lo esperaba detrás. No se ha metido en la boca del lobo, como tampoco lo hubiera hecho yo. He pecado de imbécil.

Mi libertad se va a la mierda cuando veo, gracias a la luz de una farola que tengo delante, a un tipo que me corta el paso. Un tipo con una cicatriz en la cara.

66

Una cicatriz en la cara

—¿Quién cojones eres tú? —me pregunta una voz que no reconozco.

El desconocido sale de las sombras y lo primero que veo, a través de su barba recortada, es su cicatriz en la cara. Un tipo duro. No me conviene jugar con él. Pero tampoco yo soy un blando.

—Lo mismo digo, colega. ¿Quién te ha dado vela en este entierro? —le respondo.

—El Gobierno de la nación —me dice mostrando una placa—. Tira el arma hacia aquí.

Sé que hay muchos palos a narcos que los hacen falsos policías, aunque este no lo parece. La reconozco, es la placa de la Guardia Civil. Mierda. Esto se ha ido a la mierda.

Lo hago, no tengo más remedio. El hombre, con mucho cuidado, la recoge y tira el arma dentro de unos arbustos. Muy lejos de cualquier intento de recuperarla con rapidez.

—Mire, agente, yo…

—Soy teniente, y como me digas que pasabas por aquí te meto dos guantazos. Ya estoy bastante harto de esta mierda.

No me conviene contestar. Como me aconsejaría Pepe, no sin la presencia de mi abogado. Y aunque hace años de eso, sé lo que duelen los guantazos de los picoletos. Miro cómo cojones escapar, pero no hay salida más que despeñarme muralla abajo. Mi mundo se viene abajo y creo que lo noto en su mirada. Me está leyendo la

mente. Su cara refleja… ¿Odio? Pero ¿qué cojones le he hecho yo a este tipo?

—Oiga, tranquilícese. No voy a oponerme. No soy tan idiota. Así que relaje esa cara, que parece que le debo dinero.

—Estoy muy relajado. Esta es mi cara amistosa.

—Pues entonces tiene un problema, teniente.

Sin dejar de apuntarme, saca las esposas que lleva a la espalda. No desvía la vista para nada. Es un cazador. Se parece a Pepe cuando era de los buenos, aunque este no es como él.

—Os creéis capaces de cualquier cosa, ¿eh? Os importa una mierda la mugre que dejáis a vuestro paso. Matar, violar, robar, traficar, lo que sea por la pasta, ¿no?

—Crea lo que quiera, yo no soy así. He hecho cosas malas en mi vida y nunca me ha gustado hacerlas.

—No tenías remedio, ¿verdad? Conozco el cuento. Lo he escuchado muchas veces. Demasiadas.

Un ruido a su espalda me da una esperanza. A ver si es Pepe y salimos de esta. Sin cargarnos a un picoleto, espero. Pero no, mis esperanzas de salir esposado se diluyen. Y las de salir con vida, quizá también. Puede que salga de aquí en una bolsa de plástico. El que aparece detrás del guardia civil es el puto Carapán, que parece tener más vidas que un gato. Y, sigiloso como uno de ellos, ha sorprendido al picoleto, que no cambia la cara ni cuando tiene un arma apuntándole a la cabeza. Carapán le quita la pistola y le da un golpe seco en el brazo, que hace que se le caigan las esposas al suelo. Le da la vuelta y se pone a mi lado. Pero no tanto como para que yo pueda hacer algo. Al final va a resultar que el gordo es el más listo de la clase.

—Felicidades, colega. Eres una puta rata indestructible. ¿Cómo cojones nos has encontrado…? Ya, el teléfono de tu prima. Claro. Conseguiste su última posición y sabías que Pepe es de Lleida. ¿Qué has hecho?, ¿seguirnos?

—Cállese, huevón. En cuanto me deshaga del madero me llevará al dinero, y ya veré qué hago después con usted. Si se porta bien le daré lo suyo.

Sé perfectamente qué significa «lo suyo»: lo tengo negro.

—Soy guardia civil, así que mejor márchese ahora que puede y quizá me olvide de su cara durante un tiempo. Le perdono el golpe

de antes. Pero no se acostumbre, no suelo hacerlo…

Carapán no lo deja terminar. Se adelanta de nuevo y le da un golpe en la cabeza con la culata. El picoleto lo encaja con un paso atrás, pero enseguida rectifica y vuelve a su posición inicial tocándose la ceja, que empieza a sangrarle. Tiene dos cojones, no hay duda, pero no conoce a Carapán. Lo va a matar y creo que ahora solo está disfrutando del momento.

—Mira, tío, no la líes más. Deja ir al picoleto. Yo te llevaré al dinero. Esto ya se nos ha ido demasiado de las manos a todos.

—Anda, cállese. Intentaron matarme. Y por su culpa, ella… Ustedes la mataron.

—Pero ¿de qué vas, hijo de puta? Violaste a la mujer del picoleto de la droga, cabrón. Te dije que no tocaras a la familia. Eso es sagrado.

—¡Y qué! ¿Por qué les molestó tanto? Solo eran familia de *tombos*.

—Nosotros no trabajamos así.

Leo en la cara del teniente que está atando cabos. Es demasiado tarde. Eso no le va a salvar la vida.

—¿Y cómo trabajan, huevón? Sigo aquí, *gorrero*.

—No sé qué significa eso, pero nosotros no somos animales, desgraciado. No violamos a mujeres ni a niñas. Pero ¿de dónde coño has salido tú? ¿Es que en este país solo importamos la mierda?

Lo digo como si aquí no tuviéramos alimañas autóctonas como él. Sé que las hay y peores, pero nosotros no nos juntamos con esa calaña. Carapán sonríe. Le da igual, nada lo convencerá de lo que quiere hacer. Y yo también lo sé. Aunque no ha notado que, con mis pequeños movimientos al hablar y acercarme poco a poco, él se ha separado al mismo tiempo para mantener la distancia de tiro con el guardia civil y conmigo, y se ha situado en una zona interesante. A mí no puede dispararme aún, o se quedará sin la pasta y tendrá a toda la pasma persiguiéndolo, y eso, sin recursos, te envía rápido al talego. O al hoyo.

Estoy a menos de un metro y medio. Sonríe de nuevo al poli y sujeta el arma con convicción. La cuenta atrás de su vida se acaba y el tipo lo acepta con entereza.

—¡Espera! —le dice el picoleto mientras dirige su mirada hacia mí. Lo dice con tal convicción que Carapán se detiene—. Has dicho

que tú no eres un tipejo como este.

—No lo soy —le respondo al guardia civil.

El teniente duda un momento, pero asiente. Sabe que no tiene mucho tiempo.

—Si sales de esta, ¿te puedo pedir un favor?

Carapán observa atento, pero lo deja seguir hablando. Con las dos armas, detenta el poder total y tiene curiosidad. Yo le asiento levemente con la cabeza.

—Lo he visto muchas veces en los cadáveres que he investigado. Ya no pueden decir nada y a sus familias solo les quedan preguntas que nadie sabe contestar. —Se para un momento, como si buscara las palabras—. No pierdo nada por intentarlo así que… —Vuelve a dudar, pero al final le salen las palabras—. Di les a mis hijos que lo siento y que los quiero mucho. Mi último pensamiento es para ellos.

—¿Cómo se llama usted, señor?

Veo en sus ojos que entiende que necesitaré algún dato para hacerlo.

—López Cuervo, pero ellos se apellidan López Flores. Viven en Sevilla.

Con eso creo que lograré encontrarlos. Me tenía que dar algún dato, o era misión imposible, y sabe que el que le va a quitar la vida no tiene interés en su familia. Eso sería complicársela demasiado a cambio de nada. Es una situación extraña, pero no tiene a nadie más y supone que yo sí sobreviviré, aunque todavía no sé cómo.

—Lo haré. Se lo juro.

El teniente asiente y parece que se relaja para aceptar su destino. Carapán tiene la cara de depredador que debe de tener cuando abusa de una mujer. Ya he visto demasiada muerte. El colombiano está absorto en el teniente, lo tiene que estar para apuntarle a la cara. Saborea el instante. El momento de apuntar y apretar el gatillo es un instante de concentración total, como cuando uno lee un libro; no se puede estar pendiente de nada más o no te enteras de lo que lees.

No dejo pasar la oportunidad. Con un golpe atolondrado, aunque efectivo, lo empujo con mi codo. Es lo máximo que me da la distancia, y Carapán, absorto en el guardia civil, no me ve llegar.

Con mi cambio sigiloso de posición anterior, el colombiano no ha visto que detrás de él hay una piedra de esas que se utilizan para

poner parasoles en el suelo. Tropieza y se desequilibra. Solo había un metro hasta el saliente, así que se precipita al vacío. En el último instante le puedo ver los ojos, y el pánico en ellos.

Demasiado poco le va a durar ese miedo. La gravedad es una de las leyes más severas y exactas. Desde los cinco metros hasta donde cae, puedo oír romperse sus huesos contra el suelo.

Me giro y el teniente me mira sorprendido. Creo que no está acostumbrado a ello, pero no le dura mucho. Reacciona al ver su pistola en el suelo. Se le ha caído a Carapán, pero yo estoy más cerca. Cruzamos nuestras miradas y parece que el tiempo se detiene. Si me tiro la recogeré antes que él. Aún puedo huir. Aún puedo… No. Basta.

Le hago un gesto con los ojos que entiende a la perfección y camina lentamente hasta el lugar donde reposa su pistola. La recoge. Yo respiro mis últimos momentos de libertad. Los saboreo como cuando era pequeño y había de postre un helado. Miro abajo y veo espachurrado a un miserable.

—Hubieras podido hacer eso después de que él me disparara, ¿verdad? —me pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Pero me hubiera costado dormir bien —reconozco—, y hay cosas que no se pueden comprar ni con mucho dinero. Dígale usted mismo a sus hijos que los quiere y que siente eso que haya hecho o haya dejado de hacer. Yo no hace mucho perdí a alguien importante y no me pude despedir.

El teniente había empezado a avanzar hacia mí, pero se detiene. De hecho, creo que no sabe qué cara poner. Guarda el arma en su funda.

—Heme aquí, con un auténtico delincuente que acaba de cometer un homicidio delante de mí, y no soy capaz de ponerle las esposas. Hay que joderse.

No sé qué decir, así que espero que él decida. Pero miro abajo y tengo que hacerlo.

—Permítame que le corrija, pero lo de homicidio se va a quedar en nada, porque el muy cabrón se ha ido de nuevo. Pero lo de delincuente es verdad.

El teniente llega hasta mí y se asoma para verlo. El tipo que debería estar hecho mierda en el foso ya no está.

—No se sorprenda, una vez vi tirarse desde el puente viejo del río Segre a un africano y no hacerse un rasguño, aunque cuando lo subieron arriba se escapó del personal de emergencias, se tiró de nuevo y se rompió las dos piernas —le digo.

A pesar de la mala noticia, me parece ver que sonríe. Con esa cicatriz es difícil saber qué expresión tiene. Me clava los ojos, que ya no expresan odio.

—Mira por dónde, sigo teniendo un caso que atender. Así que lárgate. Me olvidaré de ti… por un tiempo.

—Si me da dos días, teniente, no me volverá a ver el poco pelo que me queda.

—Te doy una semana. Después ya veremos.

—Joder, no sé qué decir. Gracias.

Me mira y, aunque no lo dice y solo asiente, sé que también me las da a mí. No sé si por salvarle la vida o por demostrarle que a veces no todos los delincuentes somos malas personas. Me giro para irme, no sea que se arrepienta.

—Una cosa —me dice cuando ya casi empezaba a marcharme.

—¿Sí?

—¿Lo hubieras hecho? ¿Hubieras ido a buscar a mis hijos?

Me lo quedo mirando. ¿Aliviar en algo el lamento y la pérdida de un niño? ¿Algo que nadie hizo por mí cuando lo necesité y solo era un crío?

—No le quepa duda.

Baja la cabeza y ahora sí veo que medio sonríe. Con un gesto me dice que me largue. No me hacen falta más señales.

—Ah, teniente. El tipo ese se apoda *Carapán*. Si pregunta en el bar Ronda de Barcelona creo que el dueño le podrá dar alguna pista fiable para capturarlo.

Me mira, asiente y me hace un gesto para que me largue definitivamente.

Corro escaleras abajo y, después, por la hierba entre la oscuridad. Las luces de los coches patrulla de los Mossos están llegando. Saber hacerle un puente a un coche viejo es lo que me separa de la felicidad.

Sonrío.

¿Al final voy a tener un final feliz?

67

¿Final feliz?

Han pasado dos meses desde que salimos de la Seu Vella de Lleida y estoy a punto de abrir el bar Avenida. Ese ha sido mi destino final. Qué cojones iba a hacer yo en una isla del Caribe tirado a la bartola el resto de mi vida. Si allí te asas, y yo tengo la piel muy sensible. No, al final comprendí que mi vida estaba en el barrio. Donde me crie y donde descansarán mis huesos cuando palme. Así que le hice una oferta irrechazable al chino: le compré el bar. Aunque fue reticente de inicio, comprendió que por mucha mafia que hubiera detrás, él estaba en mi barrio y la vida aquí puede ser muy difícil si no aceptas las reglas. Este es mi barrio. Esas son las reglas. Y aquí siempre hay algo que hacer.

He vuelto a casa de mi padre, qué iba a hacer si no. No puedo, bueno, más bien no debo gastar un dinero que en teoría no tengo. Al menos no en un período breve de tiempo. Eso sí, he contratado a un buen abogado para mi hermano y creo que en breve estará fuera. Si logro que deje los vicios, quizá logre tener una vida digna.

Esta mañana ha venido el Pelota a tomarse algo. Con la pasta que le di por hacernos el favor del láser se ha comprado una bici y se ha unido a los nuevos deportistas del barrio. Parece que *El Señor de los Gramillos* es el líder del grupo. Hacen una especie de salidas en bici donde el premio es un almuerzo a todo tren en un puerto de montaña, para luego bajar con el cinturón desatado hasta abajo a tumba abierta, ya que serían incapaces de dar un solo pedal después

de la comilona. Alguno, me cuenta el Pelota, se lleva el pedal puesto del bar. En fin… Yo ni me lo planteo, me canso cuando veo el deporte por la tele. Me pilla demasiado mayor para esas proezas. Así que me resigno a lo que me ha tocado vivir.

Me despedí de mi portería y de Bilma sin demasiada pena. Ella me prometió alguna visita, y yo devolvérsela. Eso no pasará. Nunca pasa. Son esas cosas que se dicen desde el corazón cuando se tiene delante a la persona, pero que empiezas a ponerle dudas y trabas en cuanto te alejas de ellas. Al final, la pereza o la vagancia, como más apetezca llamarla, se hace tan latente que pasa el tiempo y se convierte en una quimera inalcanzable. Casi me costó más irme de la que había sido mi casa más de un año, bueno, casi dos. Nunca lo hubiera dicho, pero mientras recogía mis pocas posesiones del cuchitril que tenía por vivienda me di cuenta de que aquel había sido mi hogar y mi refugio después de mi primera crisis. Aunque también comprendí que ya no lo era después de la segunda. La señora Emerenciana, a la que ayudaba a subir la compra, incluso me regaló un reloj. Joder. Un reloj. Baratito, claro, pero manda huevos los caprichos del destino.

Pero os preguntaréis varias cosas. Hay algunos cabos sueltos y yo no dejo nada sin atar.

Desde luego, Pepe había podido escapar. En cuanto oyó el primer disparo, y el tipo que tenía a su lado cayó fulminado, se refugió en una media muralla que había cerca. No fue casualidad, nosotros escogimos la zona donde hacer el intercambio y esa era una de las variables que contemplamos si nos disparaban. Así logró salir de allí a la carrera con la bolsa del dinero. No podía volver para ayudarme, como yo tampoco podía ayudarlo a él, así que esperamos unos días y volvimos a contactar.

Lo habíamos conseguido, pero la historia no había acabado. Los dos lo sabíamos.

Lo más urgente era desprenderse de esa espada de Damocles que colgaba sobre nuestras cabezas. Desde luego, tengo la suerte del enano, como dice un escritor calvo. Solo yo soy capaz de meterme en el robo de un peluco y acabar perseguido por un asesino internacional.

Pepe y yo estábamos relativamente seguros, ya que en todas nuestras acciones habíamos llevado algún tipo de disfraz que

dificultaba nuestra identificación, pero claro, en este caso no se trata de que se recojan pruebas para una condena que puedan hacer dudar a un jurado. En estos casos, ante la duda, te quitan del medio, por lo que aún nos quedaba cerrar esa puerta y no tener que estar pendientes de nuestras espaldas de por vida.

Por otro lado, Pepe había arreglado algo la situación con su mujer. No hay nada que una más que untar con pasta. Ha conseguido un régimen de visitas aceptable y yo diría que hasta ha vuelto a sonreír.

Yo tenía una semana para arreglarlo todo. Después, el teniente podría tener la tentación de buscarme, aunque dudo que lo haga si yo no le doy motivos. Por qué iba a perder el tiempo con un don nadie como yo. Ahora tan solo soy el dueño de un bar de barrio muy lejos de las investigaciones de la Guardia Civil. Aunque, paradojas de la vida, la comandancia de Lleida queda a escasos cuatrocientos metros de aquí. Incluso entraron a tomar un café no hace mucho una pareja de mossos d'esquadra, y yo les hice el descuento habitual a los maderos. Nada de gratis, el café y las pastas a un euro. Solo para hacerles ver que son bienvenidos. Me parece que salía en la segunda parte de *El Padrino* eso de «mantén cerca a tus amigos, pero aún más a tus enemigos», así que, si lo dice Michael Corleone, me lo aplico sin dudarlo. Creo que en aquel momento no la entendí muy bien, pero ahora lo tengo muy claro.

Nos repartimos la pasta a medias, por supuesto, pero aún teníamos asuntos muy urgentes que resolver. Sobre todo, en lo referente al puto reloj, que al final nos podía complicar la vida de mala manera. Por amigos de Pepe, supimos que el tipo quería recuperar su reloj Richard Mille a toda costa y se iba a cargar a quien fuera necesario. De eso era testigo fiambre el receptador de relojes, portugués o de donde narices fuera. El hecho era que o arreglábamos el tema o iríamos siempre con una diana en la espalda girándonos en cada esquina, y esa no es forma de vivir. Por eso ideamos un plan, otro, para evitar el crematorio antes de tiempo.

Después venía el asunto Carapán, que aún seguía vivito y coleando. Sabía por dónde nos movíamos, así que ese era también un asunto sin resolver que tenía que acabar de una vez.

Por último, y no menos importante, nos quedaba el peor de todos los temas. Giselle. La chica seguía en el congelador del bar

cerrado del tío de Pepe, pero ese no podía ser un refugio eterno. Necesitábamos deshacernos del cuerpo, y eso, aunque lo parezca en las pelis, no es nada fácil.

A sumar a todo esto, la perdida de Jessi me estaba afectando demasiado. Tenía en mi casa todas aquellas revistas del corazón donde, a pesar de todo, se la veía feliz en las cubiertas de los yates en una vida que jamás imaginó que tendría en nuestro barrio. Lo que me reventaba el alma era verle la cara a él, al hijo de puta rico y famoso que le había quitado la vida, según él por un desgraciado accidente, y que gracias a los abogados caros que podía costearse se había salido con la suya. Con su cara de no haber roto un plato, no le costó convencer al jurado de que aquella chica, a sus ojos, solo era una tía buena que se había arrimado a un famoso para aprovecharse, y que lo que pasó fue un trágico accidente. Solo dos miembros del jurado votaron en contra de absolverlo. Esa era la justicia que había tenido el amor de mi vida. Y esa fue la causa de que dejara mi medicación en un desesperado intento de revivir lo que quedaba de la única mujer que habría en mi vida.

Una vida de mierda.

68

Una vida de mierda

Sabíamos que era un solo hombre el que buscaba ajustar cuentas por el robo del reloj. Pepe lo supo gracias a que conocía a un mosso de Barcelona que estaba metido en el caso del asesinato del comerciante de la Barceloneta.

Pepe y yo teníamos que arreglar ese asunto antes de que nos explotara en la cara. No sé cómo aún no nos ha tocado la lotería con la de números que compramos, porque mira que ir a robarle el reloj al padre de un mafioso ruso…

Así que nos presentamos en el hotel donde se alojaba. No fue difícil dar con él, ya que lo seguían a todas partes dos matones enormes. Nos fue bien, porque el tipo se volvía a su país en pocos días, y resulta que aquella joya en forma de reloj era el último regalo de su esposa antes de que se la llevara el cáncer. Habíamos robado el último regalo de la madre de un *vor* a su padre. Pedí hablar con el tal Alexei mientras Pepe se quedaba en el vestíbulo, por si yo no bajaba, y después de pasar dos controles más exhaustivos que en un aeropuerto me encontré con aquel viejo. Me recibió en persona y su hijo no parecía estar por allí. Lo reconocí enseguida, a pesar de haberlo visto solo una vez. Por un momento, el ruso me examinó y casi me cago encima al pensar que me reconocería, pero ese día íbamos disfrazados tanto Pepe como yo.

Sin embargo, Carapán no.

Por aquellos sinos del destino, yo sabía dónde estaba su reloj,

tengo buen ojo para estas cosas, y no tengo dudas de que el peluco se lo agenció el matón de la disco de Barcelona. Si le entregaba al nuevo propietario y a Carapán, o al menos las pistas para buscarlo, puede que dejaran de buscar a más responsables y salváramos el culo. Era el plan A para deshacernos de Carapán, que estaba desaparecido y nadie sabía de él. Al viejo le pedí dinero a cambio, claro. No iba a colar, si no. No fue muy espléndido, pero salimos de allí con vida y mil pavos. Le di la dirección de la discoteca de los búlgaros, donde el jefe disponía de ese Richard Mille que tanto deseaba recuperar su propietario. Y vaya si lo hizo. A los dos días venía en la portada de todos los diarios: «Un ajuste de cuentas de una red de extorsión en Barcelona se salda con cuatro muertos». A uno le habían cortado las manos. Sentí un escalofrío al pensar que aquello lo debía de haber hecho un solo tipo. Ahora solo les quedaba encontrar a un hombre. Y a nosotros, deshacernos de una mujer. O, más bien, de una joven.

Había que darle un buen final a Giselle.

69

Giselle

Era cuestión de tiempo que supiera qué iba a hacer con el cuerpo de Giselle. La chica merecía un buen entierro y que su familia la pudiera llorar. Enterrarla en un agujero y que se esfumara sin rastro no me parecía bien.

Y al final la solución casi se presentó sola. Es fácil odiar hasta desear la muerte de alguien, pero de eso a tenerlo delante y apretar el gatillo va un trecho largo si aspiras a ser un ser humano decente. Y no digo que Pepe sea un mal bicho, que algo tiene, pero se necesita ser de otra pasta y yo no lo soy. No pude ayudar a mi Jessi en vida, pero no le iba a fallar en la muerte. Puede que no sea capaz de descerrajarle dos tiros a ese hijo de puta, pero iba a vengar a mi amada.

Recuerdo que debían de ser cerca de las tres de la madrugada y habíamos tenido que salir sin dormir de Lleida para poder estar en el puerto deportivo de Sitges-Aiguadolç.

Giselle iba en el maletero metida en una bolsa de deporte con diez bolsas de hielo para que el cuerpo siguiera conservándose. Me estaba arriesgando mucho a ir a la trena, pero creí que debía hacerlo. Pepe estaba más nervioso que cuando fuimos a por la droga.

Llegamos en plena noche al puerto deportivo. Aparqué fuera e, intentando no hacer ruido porque hay gente que duerme allí en sus casas flotantes, cargamos el cuerpo de la chica, que iba en una bolsa

grande. Ella era muy delgada y no muy alta. La humedad que desprendían al derretirse los cubitos de hielo que puse para el traslado me mojaban la espalda. No debía de pesar más de cincuenta kilos, pero aun así se notaba que era un peso muerto, nunca mejor dicho. El trayecto no era muy largo, y la seguridad de un barco, ridícula para un delincuente como yo. Y más aún cuando me acompaña un exmadero; exmosso, para ser más exactos. Entramos por una especie de acceso en la popa, dejando momentáneamente el cuerpo en la cubierta. Lo teníamos dentro de una bolsa gigante que compré en una tienda de deportes, en metálico y con todas las precauciones a un seguimiento de la pasma llegado el caso. Entramos en silencio y recorrimos la zona interior, que se componía de una especie de salón con algo parecido a una cocina pequeña y cuatro habitáculos, dos con literas, que eran las habitaciones. Tal y como pensé, no había nadie.

A aquel tipo le gustaba decir que vivía en su barco. No era cierto, claro, como casi nada de lo que se publica en esas revistas de señoras que aborrezco, aunque seguro que para quien las compra cumplen su función de entretenimiento, como lo habían sido para mí todas esas novelas que había leído dejándome la vista en mi vieja portería.

Saqué una bolsa de sangre de cerdo y rocié la barandilla de la parte que daba al muelle. No mucha cantidad, pero sí la suficiente para que se viera a simple vista. Daba igual que después la poli comprobara que era de animal. Solo era el cebo para que picaran. Eso tenía que llamar su atención para husmear dentro. Unas piedrecitas para Pulgarcito.

En la parte interior había una nevera bastante grande. Imaginé que tenía que ser así por las travesías de alta mar, así que vaciamos lo que había dentro y metimos allí a Giselle. Sus ojos seguían cerrados estrujando mi alma, pero le di el último adiós y cerré la nevera. Después recogimos la comida y bebida que habíamos sacado y lo pusimos todo en la bolsa. La bolsa, con el peso de la comida, fue directa al fondo del mar del puerto deportivo. Unos diez metros. Era negra y a esa profundidad nadie la vería jamás.

Nos quedaba la segunda parte y, en definitiva, la puntilla para que la Policía cerrara el caso sin indagar más: esconder la pistola con la que Pepe había disparado y matado a la chica. Era la clave,

porque en el cráneo de la chica estaba alojada la bala de aquella arma. Encontré un sitio oculto entre un hueco detrás de unas estanterías. Tenía que ser un lugar que no fuera fácil de encontrar, pero que la pasma localizara seguro durante un registro. Pepe me miró y, sin decir nada, asintió. Él sabía bien si el lugar era bueno, así que allí la dejé.

Una vez hecho, miré el reloj y eran cerca de las cinco de la madrugada. Teníamos que irnos de allí cagando leches.

Salimos afuera cuando aún era de noche y la luna ya empezaba a esconderse de nuevo. Entre las sombras, llegamos al coche de mi viejo. Pepe cogió el último teléfono móvil limpio que nos quedaba y marcó el 112. Después de aquella llamada, también iba a desaparecer.

—Oiga, creo haber visto sangre bastante sospechosa en una parte de un barco del puerto deportivo. Un barco azul y gris, no veo el nombre completo, pero creo que pone algo de «Libertad».

Colgué y dejamos que, tal y como me había explicado Pepe, allí se presentara una patrulla de los Mossos. En cuanto localizaran el barco y vieran la sangre, entrarían, y les costaría poco llegar al cuerpo de Giselle. Los de la Secreta, con toda seguridad, encontrarían el arma, y dos y dos son cuatro. Aunque era evidente que sabrían que había muerto hacía días, tendrían el cuerpo, el arma y otra denuncia contra un sujeto que se libró por los pelos de otra parecida. A ver qué jurado lo libraba ahora. Daría igual que en ese momento estuviera en otro lugar. Como se haría patente en la autopsia, ella había muerto hacía días. El hijo de puta se salvó de lo que le hizo a mi Jessi, pero de esta no lo iba a librar ni toda su pasta.

Cuando estaba saliendo de allí, oí cómo las sirenas se acercaban al puerto.

Lo bueno es que vi la detención por la tele al día siguiente. Su cara era un poema, y sentí un alivio cuando lo enviaron a chirona.

Nos habíamos librado del cuerpo y yo me había tomado mi venganza. Cómo me hubiera gustado tener esa sangre fría para matarlo por mí mismo, pero del dicho al hecho hay mucho trecho, y además, ¿por qué mancharte las manos?

El tipo ingresó en el centro penitenciario de Lledoners de forma provisional. Justo donde también se encontraba encerrado alguien a

quien no le había hecho demasiada gracia saber que su amada no lo abandonó. Allí estaba el exguardia civil Mario Lacasa. Al amor de su vida se la había cargado un niño rico hijo de puta. Seguramente cuando esta le debía de decir a aquel cabrón que lo dejaba para volver con él. Eso fantaseaba Mario, con una rabia infinita, mientras planeaba su venganza acostado en su cama desde su celda. Lo hacía mientras afilaba un cuchillo de plástico endureciéndolo con un cepillo de dientes pegado. A escasos metros se encontraba el famoso venido a menos, al que le era imposible conciliar el sueño sabiendo que, al menos a esa chica de la que lo acusaban de matar, no la había visto en la vida. Sus abogados le aseguraban que aún podrían arreglar aquello. La Justicia es una amante cara pero asequible para según qué bolsillos. Miraba esas cuatro paredes como única forma de escaparse de aquella pesadilla, imaginando que navegaba de nuevo en su barco con alguna belleza. No quiso pisar el patio y se refugió entre el cemento y unos barrotes.

Allí lo encontraron mientras se desangraba sin comprender por qué. Un pinchazo certero en la femoral con un cuchillo de plástico afilado selló su destino.

Nunca llegó a salir de su celda.

70

Su celda

Y hasta aquí todo lo que tenía que contar. Han pasado dos meses desde que salió la noticia de la muerte en prisión del exnovio de mi Jessi y la vida ha seguido como si nada.

No hay forma humana de dar con Carapán, a pesar de que le pusimos detrás a un asesino enviado por la mafia rusa y le di alguna pista a un teniente de la Guardia Civil. El muy hijo de puta se habrá escondido de tal manera que ni con los recursos que ahora disponemos seríamos capaces de encontrarlo si él no da la cara. Tampoco irá a la pasma porque sería apuntarse a un pie, pero claro, si un día lo trincan por cualquier cosa, y eso siempre acaba pasando siendo un despojo humano, lo rajará todo.

Además, estoy seguro de que debe de estar planeando su venganza. Quizá haya empezado ya.

Hace más de una semana que mi amigo Pepe no entra por esa puerta. Nadie lo ve por el barrio y hasta su exmujer me preguntó por él no hace mucho. Echo de menos hablar con él. Me gustaría que el tiempo corriera más deprisa, que pudiéramos dar un salto hacia delante para ponernos en el punto deseado y, una vez allí, que sea lo que Dios quiera. Es lo que tiene pensar eso, que a veces ese tiempo te atrapa.

Así que, a punto de cerrar el bar, y sin clientes, casi no me sorprende demasiado la figura que se presenta en la puerta con una pistola en la mano. Suspiro. Llevaba demasiado tiempo tranquilo y

eso te puede pasar factura cuando menos te lo esperas.

—Espero que no lo hayan gastado todo en esta mierda de bar.

—¿Aún esperas que te demos tu parte? ¿Después de todo?

—Es mía.

—Pues aquí no quiero socios, colega.

—¿Dónde está el *tombo*?

—¿Quién?

—Jack, el poli.

—Cómo voy a saberlo. Dímelo tú.

—No lo veo entrar desde hace días, y sé que viene mucho.

—Ah, nos has estado espiando. Muy bien, hombre.

Se impacienta y monta el arma. Por lo que me enseñó Pepe, si ahora aprieta el gatillo saldrá una bala por ese cañón.

—¿Dónde está Jack? —repite.

Sabe bien que es de él del que tiene que preocuparse, aunque le estaría bien no olvidar esos principios morales que uno adquiere con la vida, que en mi caso no se aplican a los violadores. Seres repulsivos como el que tengo delante.

Se acerca y yo no me muevo de detrás de la barra. Si hago algún movimiento extraño me disparará sin dudarlo. Sabe que, si no demuestra que está dispuesto a todo, no cobrará. Ya se la jugué en la Seu Vella, y ahora no creo que se fíe de mí. Tengo un cuchillo a escasos centímetros, pero no es rival para una pistola. Levanta el arma y me apunta a la cara. Si dispara ahora, es el fin. Nadie sobrevive a un disparo a bocajarro en la cabeza. Qué le voy a hacer, así es la vida de quien decide tomar los peores caminos. En nuestro caso, esa espada de Damocles se convierte en un cañón con una bala en su interior.

Si es así como me tengo que ir, que así sea.

Algo distrae su atención. Un ruido que viene del baño de señoras. Intenta no dejar de apuntarme, pero si fijas tu visión en otro punto, eso es imposible. Así que en cuanto se acerca hacia allí, yo aprovecho esos instantes para coger el cuchillo sin apenas moverme. Él sigue avanzando, mirando hacia la puerta y hacia la barra, intentando no perderme de vista, pero están en sitios opuestos y eso no es posible, así que cuando veo la oportunidad le lanzo el cuchillo. No fallo en el blanco, pero eso de que se clave la hoja, se queda para el circo. Le impacto con el mango, así que no

siente más que un golpe en el hombro y solo hago que se distraiga un momento. El tipo reacciona disparando hacia la barra y yo me agacho por instinto. No me da de milagro, pero sí a una de las botellas que tengo encima, que estalla y me llena de cristales diminutos y líquido que no sé reconocer de primeras, pero huele a whisky. Va a volver a disparar, pero no oigo la detonación. Me levanto poco a poco esperando que no me vuele la cabeza y la imagen me tranquiliza. Pepe lo tiene cogido por el cuello con una navaja y me da tiempo a ver cómo le agarra el arma, que Carapán entrega sin oponer resistencia. Me incorporo y, antes de que la situación empeore, me voy a la puerta y observo la calle. No sé bien cuánto ruido ha hecho ese disparo ni si eso ha asustado a alguien y ha llamado a la pasma. No lo parece, y como tengo puesta la tele, quizá la detonación se ha camuflado. Bajo la persiana y apago la luz exterior. Me giro para ver que Carapán sigue teniendo la cara amenazante.

—Si creen que esto ha acabado, ustedes se equivocan, yo…

Un disparo en su sien apaga las últimas palabras de un miserable. Hace días que lo detectamos por el barrio, y mi amigo se instaló en el pequeño falso techo que tengo en el bar. No debe de ser muy diferente a una celda sin ventanas, donde lleva metido ocho días. Allí le he llevado comida y agua, y he sacado sus necesidades en un cubo. Se ha aseado con toallitas, pero huele que apesta. En cierto modo, peor que una celda de una prisión. La única diferencia es que de esta se puede salir cuando uno quiera.

Pepe no ha dudado ni un momento. Ese disparo llega dos meses tarde y, si bien yo hubiera dudado, mi amigo no lo ha hecho. Solo nos queda trasladarlo a un lugar que no nos relacione con él. Eso, llegado a este punto, es una minucia. Pepe me dice que nadie dudará de que se trata de un suicidio, puesto que encontrarán restos de pólvora en su mano del disparo que ha efectuado antes.

Nos quitamos de en medio el peligro, y ahora solo pienso en mi retiro en el bar y en aquel guardia civil que me dejó ir. Que no se le acaben los casos abiertos y le dé por pensar en mí.

Aunque no le dije mi nombre, eso no es un obstáculo para tipos como él.

Si investiga un poco sabrá que todos me llaman Ful.

AGRADECIMIENTOS

No tenía previsto que Ful tuviera una continuación porque siempre había pensado que no había más historias que contar. Quizá porque ese fue el último manuscrito que pudo leer mi madre antes de dejarnos y ni siquiera lo pudo ver publicado. Pero al final la vida sigue y las historias también, primero vino Xavi y después Tomás, y un día, sin proponérmelo, Ful tenía más cosas que contar. Creo que a ella le habría gustado. Y es aquí, donde escribo sobre gente de barrio que ha crecido sin privilegios y con muchas dificultades, cuando puedo adentrarme en mis raíces.

Las mías están forjadas en el deporte. Ese que te aparta de caminos oscuros que muchos no saben esquivar. En mi caso, el atletismo, pero aplicable a tantos otros donde te acabas cruzando con muchas y muy buenas personas. Algunas acaban formando parte de la vida de cada uno. Pero no tantas son las que te aportan lo suficiente como para acabar influyendo en lo que te conviertes. Y si una persona, además de mi madre, ha influido en mi vida de una manera fundamental, ese es Quim Erta. Él fue mi primer entrenador serio en el mundo del atletismo. Entró en mi vida cuando no hacía mucho que había perdido a mi hermano Javi y yo, a mis diecinueve años, era un chaval sin rumbo. Casi diría que, más que entrenador, me hizo de padre. Creo que leyendo esto muchos deportistas se sentirán identificados, en sus propias experiencias, en lo que significa un entrenador. Él, además, me transmitió los valores del atletismo, el esfuerzo, la constancia, el sacrificio, la exigencia, la recompensa y la superación, entre muchos otros. Esos son los valores que te forjan como persona, y por lo menos creo que a mí sí me ayudaron. Tampoco me puedo olvidar en este punto de Fanny Majó, su esposa, y en aquellos momentos también una persona muy importante para mí. Por eso le he dedicado este libro. Porque mientras lo escribía venían a mi mente aquellos que no tuvieron la suerte de crecer con referentes y cayeron en los pozos de los que,

como habréis leído en esta ficción los que hayáis llegado hasta aquí, no supieron salir.

Así que, Quim, Fanny, este es mi humilde homenaje y mi gratitud.

Y, ya que estoy con los agradecimientos, no puedo dejar de hacerlo con algunas personas fundamentales en mi proceso de escritura.

A Esther, por estar siempre a mi lado y apoyarme. Ella sustenta mis relatos.

A Juanjo, Carol y Alejandro, mis lectores cero, por sus consejos y aportaciones. Son una parte fundamental de mis novelas.

A Juan Carlos, Josep, Dani y Pep, por sus aportes técnicos y por su amistad, siempre.

A Noemí y Lorenzo, de una manera u otra, ellos siempre están.

A mis editores, Gori, Ilya y Roger. Ya son cinco novelas juntos. Un recuerdo y mi agradecimiento más sincero, siempre, para Josep y Carlos.

A mis agentes, Pablo y David, de Editabundo.

Y a los lectores, siempre a ellos, gracias por acompañarme.

Hasta pronto.

Rafa Melero Rojo es leridano de adopción, aunque nació en Barcelona en 1972. Mosso d'esquadra de profesión, debutó en el mundo editorial en el 2013 con la novela *La ira del Fénix*, autoeditada en Círculo Rojo. Posteriormente, en el 2014, la editorial Playa de Ákaba publica su traducción al castellano. En el 2015, publica *La penitencia del alfil* (Alrevés) en castellano y en catalán, esta última dentro de su sello negro «crims.cat», y en el 2016, se edita su tercera novela, *Ful* (Alrevés), ganadora del I premio de novela Cartagena Negra 2017. A finales de ese mismo año publica *El secreto está en Sasha*, y en el 2020 *Efecto colateral* (ambas en Alrevés).